



UN
RITO
DE
ESPADAS

LIBRO 47 DE EL ANILLO DEL HECHICERO - THE SORCERER'S RING

MORGAN RICE

UN RITO DE ESPADAS

El Anillo del Hechicero 07 The Sorcerer's Ring
Morgan Rice

—¿Qué es lo que pretende comunicarme? Si es algo para el bien general,
Presente ante mis ojos a un lado el honor y al otro la muerte, Y miraré a ambos
con indiferencia, Que Dios me acompañe, ya que amo El nombre de la gloria
más de lo que temo a la muerte—.

William Shakespeare
Julio César

CAPÍTULO UNO

Thorgrin montó en la parte posterior de Mycoples mientras ella volaba a través de la extensa campiña del Anillo, hacia el sur, a buscar a Gwendolyn. Thor sujetó la Espada del Destino mientras miraba hacia abajo y vio el paraje infinito del ejército de un millón de hombres de Andrónico, cubriendo el Anillo como una plaga de langostas. Sintió que la Espada palpitaba en la palma de su mano y sabía qué era lo que estaba instándole a hacer. Proteger al Anillo. Expulsar a los invasores. Era casi como si la Espada le estuviera dando órdenes — y Thor lo hacía con gusto.

Muy pronto, Thor daría la vuelta y haría que todos y cada uno de los invasores la pagara. Ahora que el Escudo había sido activado otra vez, Andrónico y sus hombres habían quedado atrapados; ya no podrían filtrarse más refuerzos del Imperio y Thor no descansaría hasta que hubiese matado a todos y cada uno de ellos.

Pero todavía no era el momento para la matanza. El primer asunto más importante para Thor era su verdadero amor, la mujer por la que había sufrido desde que él se había ido de estas fronteras: Gwendolyn. Thor ansiaba poder verla otra vez, abrazarla, saber que estaba viva. Dentro de su camisa ardía el anillo de su madre, y apenas podía esperar a ofrecérselo a Gwen, de profesarle su amor, de proponerle matrimonio. Quería que ella supiera que nada había cambiado entre ellos, independientemente de lo que había sucedido con ella. Todavía la amaba mucho — incluso más — y necesitaba que ella supiera eso.

Mycoples se movió suavemente, y Thor podía sentir la vibración a través de sus escamas. Mycoples, presintió él, estaba ansioso por llegar también donde estaba Gwendolyn, antes de que le pasara algo. Mycoples se agachó y entró y salió de las nubes, agitando sus grandes alas y parecía estar contenta de estar aquí, dentro del Anillo, llevando a Thor. Su vínculo estaba creciendo y Thor sintió que Mycoples compartía cada uno de sus pensamientos y deseos. Era como volar en una extensión de sí mismo.

Los pensamientos de Thor cambiaron hacia Gwendolyn mientras volaba, entrando y saliendo de las nubes. Las palabras de la ex reina dominaban sus pensamientos, seguían volviendo hacia él, tanto, que Thor prefería acallarlos. Su revelación le había dolido más allá de lo que imaginaba. ¿Andrónico? ¿Era su padre?

No podía ser posible. Una parte de Thor esperaba que fuera otro juego mental despiadado de la ex reina, quien, después de todo, lo había odiado desde el principio. Tal vez ella quiso implantar falsas ideas en su mente para molestarlo, para alejarlo de su hija, por el motivo que fuera. Thor quería creer eso desesperadamente.

Pero en el fondo, mientras ella pronunciaba las palabras, éstas resonaban dentro del cuerpo y alma de Thor. Él sabía que eran ciertas. A pesar de que quisiera pensar lo contrario, en el segundo en que ella las había dicho, él sabía que Andrónico era, sin duda alguna, su padre.

El pensamiento pendía sobre Thor como una pesadilla. Siempre había esperado y rezado en algún lugar de su mente, para que el rey MacGil fuera su padre y que de alguna manera Gwen no fuera realmente su hija, para que así pudieran estar juntos. Thor siempre había esperado que el día en que supiera quién era realmente su padre, que todo tuviera sentido en la vida, que su destino se aclarara.

Saber que su padre no era un héroe era una cosa. Podía aceptar eso. Pero saber que su padre era un monstruo — el peor de todos los monstruos — el hombre a quien Thor quería muerto más que nada — era demasiado para procesar. Thor llevaba la sangre de Andrónico. ¿Qué significaba eso para Thor? ¿Eso significa que él, Thor, estaba destinado a convertirse también en un monstruo? ¿Eso significaba que tenía algo de maldad corriendo por sus venas? ¿Estaba destinado a ser como él? ¿O era posible ser diferente a él, a pesar de tener la misma sangre? ¿El destino viajaba a través de la sangre? ¿O cada generación formaba su propio destino?

Thor también luchó para entender todo lo que esto significaba para la Espada del Destino. Si la leyenda era cierta — que sólo un MacGil podía blandirla — ¿eso significaba que era un MacGil? Si fuera así, ¿cómo podría Andrónico ser su padre?

A menos que Andrónico, de alguna manera, fuera un MacGil.

Lo peor de todo, ¿cómo podría Thor compartir esta noticia con Gwendolyn?

¿Cómo podía decirle que era el hijo de su enemigo más odiado? ¿Del hombre que hizo que la violaran? Sin duda, ella odiaría a Thor. Ella vería la cara de Andrónico cada vez que mirara a Thor. Y sin embargo Thor tenía que decírselo — no podía ocultarle ese secreto. ¿Eso arruinaría su relación?

La sangre de Thor hirvió de rabia. Él quería golpear a Andrónico por ser su padre, por hacerle eso. Mientras volaban, Thor miró hacia abajo y observó la tierra.

Él sabía que Andrónico estaba allí en algún lugar. Pronto se encontrarían cara a cara. Él lo encontraría. Se enfrentaría a él. Y lo mataría.

Pero primero tenía que encontrar a Gwendolyn. Al cruzar el Bosque del Sur, Thor presintió que estaba cerca. Tenía un mal presentimiento en el pecho, de que algo horrible le iba a ocurrir a ella. Instó a Mycoples a volar más y más rápido, sintiendo que en cualquier momento ella podría morir.

CAPÍTULO DOS

Gwendolyn estaba sola en el parapeto superior de La Torre del Refugio, vestida con las túnicas negras que las monjas le habían dado, sintiendo como si hubiera estado aquí desde siempre. Ella había sido recibida en silencio, solo por una monja, su guía, hablando sólo una vez para instruirla sobre las reglas de este lugar: no había que hablar, no había que interactuar con ninguno de los demás. Cada mujer vivía aquí sola, en su propio universo. Cada mujer que quería que no la molestaran.

Ésta era una torre del refugio, un lugar para aquellos que buscaban la sanación.

Gwendolyn estaría a salvo aquí de todos los daños del mundo. Pero también sola.

Absolutamente sola.

Gwendolyn entendía todo muy bien. Ella también quería que la dejaran en paz.

Ahora ella estaba allí parada, en la cima de la torre, contemplando la panorámica de gran alcance de las copas de los árboles del Bosque del Sur del Anillo y se sentía más sola que nunca. Ella sabía que debería ser fuerte, que era una luchadora. La hija de un rey, y esposa — o casi esposa — de un gran guerrero.

Pero Gwendolyn tuvo que admitir que, por mucho que deseara ser fuerte, su corazón y su espíritu aún estaban heridos. Ella extrañaba mucho a Thor y temía que nunca regresaría por ella. Y aunque lo hiciera, una vez que él supiera lo que le había sucedido, temía que nunca querría estar con ella otra vez.

Gwen también se sentía vacía al saber que Silesia había sido destruida, que Andrónico había ganado, y que todos sus seres queridos habían sido capturados o asesinados. Andrónico ya estaba por todas partes. Él ocupó totalmente el Anillo y no había ningún otro lugar a dónde ir. Gwen se sentía desesperada, agotada; demasiado agotada para alguien de su edad. Lo peor de todo es que sentía que había decepcionado a todos; sentía como si ya hubiese vivido demasiadas vidas y ya no quería ver más.

Gwendolyn dio un paso hacia adelante, hasta la cornisa, a la orilla del parapeto, más allá de donde se suponía que uno podía pararse. Levantó los brazos lentamente y sostuvo sus palmas hacia fuera de su costado. Ella sintió una ráfaga de viento, los gélidos vientos del invierno. La hicieron perder el equilibrio y se meció al borde del precipicio. Miró hacia abajo y vio la pendiente en picado hacia abajo.

Gwendolyn miró al cielo, y pensó en Argon. Se preguntaba dónde estaba, atrapado en su propio universo, cumpliendo su castigo, por su culpa. Daría cualquier cosa para verlo ahora, escuchar una última vez su sabiduría. Tal vez eso la salvaría, la haría darse la vuelta.

Pero se había ido. Él también había pagado un precio y no podía regresar.

Gwen cerró los ojos y pensó una última vez en Thor. Si tan sólo estuviera aquí, podría cambiar todo. Si tan sólo tuviera a una persona que quedara viva, que realmente la amara, tal vez eso le daría un motivo para seguir viviendo. Ella miró al horizonte, esperando ver más allá de la razón a Thor. Al ver las nubes pasando rápidamente, creyó escuchar débilmente, en algún lugar en el horizonte, el rugido de un dragón. Era tan distante, tan suave, ella debió haberlo imaginado. Solamente era su mente jugando bromas con ella. Ella sabía que ningún dragón podría estar aquí, dentro del Anillo. Y también sabía que Thor estaba lejos, perdido para siempre en el Imperio, en algún lugar del cual nunca regresaría.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Gwen mientras pensaba en él, en la vida que podrían haber tenido. De lo cerca que habían estado alguna vez. Ella imaginaba la mirada en su cara, el sonido de su voz, su risa. Ella había estado muy segura de que serían inseparables, de que nunca se separarían por nada.

—¡THOR!—. Gwendolyn echó hacia atrás su cabeza y lloró, balanceándose en la cornisa. Ella deseaba que él volviera con ella.

Pero su voz hizo eco en el viento y se desvaneció. Thor estaba a un mundo de distancia.

Gwendolyn se agachó y sostuvo el amuleto que Thor le había dado, el que una vez le había salvado la vida. Ella sabía que había utilizado su única oportunidad.

Ahora, ya no había más oportunidades.

Gwendolyn miró hacia abajo de la cornisa y vio el rostro de su padre. Estaba rodeado de una luz blanca, sonriéndole.

Ella se inclinó hacia adelante y colgó treinta centímetros sobre el borde, cerrando sus ojos ante la brisa. Ella se cernía ahí, atrapada entre dos mundos, entre los vivos y los muertos. Estaba perfectamente equilibrada y sabía que la próxima ráfaga de viento podría decidir por ella qué dirección seguiría.

Thor, pensó ella. Perdóname.

CAPÍTULO TRES

Kendrick cabalgó ante el vasto y creciente ejército de los MacGil, de los silesios, y liberó a compatriotas del Anillo, mientras todos ellos atravesaban como ráfaga las puertas principales de Silesia hacia el ancho camino al Este, hacia el ejército de Andrónico. Junto a él iban Srog, Brom, Atme y Godfrey y detrás de ellos, Reece, O'Connor, Conven, Elden e Indra, entre miles de guerreros. Mientras cabalgaban, pasaron por los cuerpos calcinados de miles de soldados del Imperio, negros y tiesos por el soplido del dragón; otros estaban muertos por la marca de la Espada del Destino. Thor había desatado oleadas de destrucción, como si fuera un ejército de un solo hombre. Kendrick asimiló todo y estaba asombrado al recorrer con la vista la destrucción de Thor, el poder de Mycoples y la Espada del Destino.

Kendrick se maravilló ante el giro de los acontecimientos. Pero días atrás, todos habían sido apresados, bajo el yugo de Andrónico, obligados a admitir la derrota; Thor todavía había estado en el Imperio, la Espada del Destino era un sueño perdido, y había pocas esperanzas de su regreso. Kendrick y los demás habían sido crucificados, dejados para morir, y había parecido como que todo estaba perdido.

Pero ahora cabalgaban como hombres libres, como soldados y caballeros una vez más, fortalecidos por la llegada de Thor, la fuerza ahora estaba de su lado.

Mycoples había sido una bendición, una fuerza de destrucción cayendo del cielo; Silesia ahora era una ciudad libre, y la zona rural del Anillo, en vez de estar llena de soldados del Imperio, estaba llena de cadáveres del Imperio. El camino hacia el Este estaba lleno de cadáveres del Imperio hasta donde alcanzaba la vista.

Pero aunque todo eso parecía alentador, Kendrick sabía que medio millón de los hombres de Andrónico estaban en espera, al otro lado de la zona montañosa.

Los habían vencido temporalmente, pero apenas les habían aniquilado. Y

Kendrick y los otros no estaban contentos con sentarse a esperar en Silesia a que Andrónico reagrupara y atacara una vez más — ni querían darles la oportunidad de escapar y retirarse hacia el Imperio. El escudo estaba activado, y aunque Kendrick y los demás eran menos en número, al menos ahora tenían la oportunidad de pelear. Ahora, el ejército de Andrónico estaba huyendo y Kendrick y los otros estaban decididos a continuar la serie de victorias que Thor había comenzado.

Kendrick miró sobre su hombro a los miles de soldados y hombres libres que viajaban con él y vio la determinación en sus rostros. Todos habían probado la esclavitud, probado la derrota, y ahora podía ver cuánto apreciaban lo que parecía ser que eran hombres libres una vez más. No sólo para sí mismos, sino para sus esposas y familias. Todos y cada uno de ellos estaban resentidos, incentivados para hacer que Andrónico pagara y asegurarse de que no atacara otra vez. Estos eran un ejército de hombres dispuestos a luchar hasta la muerte, y cabalgaban al unísono. Por donde cabalgaban liberaban a más y más hombres, quitándoles sus ataduras y absorbiendo un ejército extenso y en rápido crecimiento.

Kendrick se estaba recuperando del tiempo que pasó en la cruz. Su cuerpo todavía no estaba tan fuerte como antes, y aún persistía el dolor en sus muñecas y tobillos, en donde habían estado esas cuerdas gruesas. Él miró a Srog y a Brom y a Atme, sus vecinos en la cruz y vio que ellos tampoco estaban tan fuertes como antes. La crucifixión había cobrado su precio en todos ellos. Aun así, todos montaban con orgullo, incentivados. No había nada como una oportunidad para luchar por tu vida, una oportunidad para la venganza, para hacerte olvidar tus heridas.

Kendrick estaba contento de que su hermano menor Reece y los de La Legión hubieran regresado de su misión, cabalgando a su lado una vez más. Le había dolido ver la matanza de la Legión en Silesia, y que estos hombres hubiesen regresado a casa, había restaurado un poco su dolor. Siempre había estado cerca de Reece al crecer, lo había protegido, había tomado el papel de un segundo padre para él durante todos aquellos tiempos cuando el rey MacGil había estado muy ocupado. De alguna manera, el hecho de ser solamente su hermanastro le había permitido a Kendrick acercarse más a Reece; no era ninguna carga para ellos ser apegados y eligieron ser allegados por elección. Kendrick nunca había podido ser allegado con sus otros hermanos menores — Godfrey había pasado su tiempo con inadaptados en la taberna y Gareth —

bueno, Gareth había sido Gareth. Reece había sido el único de los hermanos que había elegido el campo de batalla, que había querido llevar la vida que Kendrick había elegido también. Kendrick no podría estar más orgulloso de él.

En el pasado, cuando Kendrick había cabalgado con Reece, siempre había sido protector, manteniendo un ojo sobre él; pero desde su regreso, Kendrick pudo notar que Reece se había convertido en un verdadero guerrero, fortalecido, así que ya no sentía la necesidad de estarlo vigilando tanto. Se preguntaba qué tipo de tribulaciones debió haber experimentado Reece en el Imperio para transformarlo en el guerrero curtido y hábil en el que se había convertido. Deseaba sentarse con él y escuchar sus historias.

Kendrick también estaba encantado de que Thor hubiera regresado, y no sólo porque Thor los había liberado, sino también porque le agradaba y había respetado a Thor inmensamente y se preocupaba por él como haría con un hermano. Kendrick todavía recordaba la imagen de Thor regresando y empuñando la Espada. Él no podía superarlo. Era algo que nunca había esperado ver en su vida; de hecho, nunca había esperado ver a alguien blandir la Espada del Destino, mucho menos a Thor, su propio escudero, un pequeño y humilde muchacho de un pueblo agrícola de la periferia del Anillo. Un forastero. Y ni siquiera era un MacGil.

¿O sí lo era?

Kendrick quería saber. Él no dejó de pensar en la leyenda: sólo un MacGil podría esgrimir la espada. En lo más profundo de su corazón, Kendrick tenía que admitir que siempre había esperado ser él mismo el primero en blandirla. Había esperado que fuera el sello definitivo de su legitimidad como un verdadero MacGil, como el primogénito. Él siempre había soñado que de alguna manera, algún día, las circunstancias le permitirían intentarlo.

Pero a él nunca se le había brindado esa oportunidad y no envidiaría con recelo el logro de Thor. Kendrick no era codicioso; por el contrario, se maravilló del destino de Thor. Aunque no lo entendía. ¿La leyenda era falsa? ¿O Thor era un MacGil? ¿Cómo podría serlo? A menos que Thor también fuera hijo del rey MacGil.

Kendrick quería saber. Su padre tenía fama de dormir con muchas mujeres fuera de su matrimonio — que era en realidad cómo él mismo había sido engendrado.

¿Fue por eso que Thor había salido a toda prisa de Silesia, después de hablar con su madre? ¿Qué habían discutido, exactamente? Su madre no lo

diría. Era la primera vez que ella mantenía algo en secreto, de todos ellos. ¿Por qué ahora?

¿Qué secreto guardaba? ¿Qué podría haber dicho que había hecho que Thor saliera corriendo de esa manera, dejándolos sin decir una palabra?

Hizo que Kendrick pensara en su propio padre, en su linaje. Aunque deseaba tanto que no fuera así, le quemaba la idea de ser ilegítimo, y por millonésima vez, se preguntaba quién era su verdadera madre. Él había escuchado varios rumores a lo largo de su vida acerca de las distintas mujeres con las que se había acostado su padre, el rey MacGil, pero nunca lo había sabido con certeza. Cuando todo se hubiera arreglado — si alguna vez ocurría — y el Anillo volvía a la normalidad, Kendrick decidió que descubriría con seguridad quién era su madre. Él podría enfrentarse a ella. Le preguntaría por qué lo había dejado ir, por qué nunca había formado parte de su vida. Cómo había conocido a su padre. Realmente quería conocerla, ver su rostro; ver si se parecía a él; y hacer que le dijera que sin duda era legítimo, tan legítimo como cualquier otro.

Kendrick se alegró de que Thor hubiera salido corriendo para recuperar a Gwendolyn, sin embargo, una parte de él también deseaba que Thor se hubiera quedado. Al entrar en batalla, ampliamente superados en número contra las decenas de miles de hombres de Andrónico, Kendrick sabía que podían utilizar a Thor y Mycoples ahora más que nunca.

Pero Kendrick había nacido y sido criado como guerrero, y no iba a sentarse a esperar a que otros pelearan sus batallas por él. En cambio, hizo lo que su instinto le había ordenado hacer: salir y conquistar lo más posible del ejército del Imperio como pudiera, con sus propios hombres. Él no tenía las armas especiales como Mycoples o la Espada del Destino, pero tenía dos manos, mismas que había usado desde que era un niño. Y eso siempre había sido suficiente.

Ascendieron una colina y al llegar a su cresta, Kendrick miró al horizonte y vio a lo lejos una pequeña ciudad de MacGil, Lucia, la primera ciudad al Este de Silesia. Los cadáveres del Imperio estaban alineados en el camino, y evidentemente la ola de destrucción de Thor había terminado aquí. En el horizonte lejano, Kendrick podía ver un batallón del ejército de Andrónico retirándose, cabalgando hacia el Este. Él supuso que se dirigían al campamento principal de Andrónico, a la seguridad del otro lado de la zona montañosa. El cuerpo principal del ejército se estaba retirando — pero

dejaron detrás una división menor para tener bajo control a Lucia. Varios miles de los hombres de Andrónico fueron colocados en la ciudad, montando guardia ante ella. También eran visibles sus ciudadanos, esclavizados por los soldados.

Kendrick recordaba lo que había pasado con ellos en Silesia, cómo los habían tratado y su cara enrojecida con un deseo de venganza.

—¡AL ATAQUE!—, gritó Kendrick.

Levantó su espada por lo alto y detrás de él se oyeron los gritos animados de miles de soldados.

Kendrick pateó su caballo, y todos ellos corrieron al unísono hacia abajo de la colina, rumbo a Lucia. Los dos ejércitos se preparaban para el enfrentamiento, y aunque ambos tenían igual cantidad de soldados, Kendrick sabía que no coincidían en términos de sentimientos. Esta división remanente del ejército de Andrónico era de invasores que huían, mientras que Kendrick y sus hombres estaban dispuestos a luchar por sus vidas para proteger a su patria.

Su grito de batalla ascendía a los cielos mientras se dirigían hacia las puertas de Lucía. Llegaron tan rápido y tan pronto que varias docenas de soldados del Imperio que montaban guardia se dieron vuelta y se miraron unos a otros confundidos, evidentemente no esperaban este ataque. Los soldados del Imperio se dieron vuelta, corrieron al interior de las puertas y con furia dieron vuelta a las manivelas para bajar la verja levadiza.

Pero no lo suficientemente rápido. Varios de los arqueros de Kendrick, liderando el camino, dispararon y los mataron, sus flechas aterrizaron expertamente en sus pechos y espaldas, encontrando las juntas en sus armaduras. El mismo Kendrick aventó una lanza, como lo hizo Reece que estaba junto a él. Kendrick encontró su objetivo — un gran guerrero apuntando con un arco — y quedó impresionado al ver a Reece encontrar el suyo sin esfuerzo, perforando el corazón de un soldado. La puerta permanecía abierta y los hombres de Kendrick no dudaron. Con un gran grito de batalla, fueron a la carga, dirigiéndose hacia el corazón de la ciudad, sin parar, para mantenerse alejados de la confrontación.

Surgió un gran sonido de metal cuando Kendrick y los demás levantaron las espadas y hachas y lanzas y alabardas y enfrentaron a los miles de soldados del Imperio que corrieron a recibirlos a caballo. Al primero en hacer impacto, Kendrick levantó su escudo y bloqueó un golpe, al mismo tiempo que

hacía girar su espada y mataba a dos soldados. Sin dudar, se dio vuelta y bloqueó otro golpe de espada, luego empujó su espada en el estómago de un soldado del Imperio. Mientras el hombre moría, Kendrick pensó en vengarse; pensó en Gwendolyn, en su gente, en toda la gente del Anillo que había sufrido.

Reece, junto a él, hizo girar su mazo e impactó a un soldado en un costado de la cabeza, derribándolo de su caballo, y luego levantó su escudo y bloqueó un golpe que iba hacia un costado de él. Él giró su mazo y derribó a su atacante. Elden, junto a él, corrió hacia adelante con su gran hacha y la bajó sobre un soldado que apuntaba a Reece, cortando directamente su escudo y yendo hacia su pecho.

O'Connor disparó varias flechas con mortal precisión, incluso a tan corta distancia, mientras que Conven se lanzaba a la batalla y luchaba temerariamente, arremetiendo más allá de todos los demás hombres, sin siquiera molestarse en elevar su escudo. En cambio, giró dos espadas, dirigiéndolas hacia el grueso de los soldados del Imperio, como si quisiera morir. Pero sorprendentemente, no lo hizo. En cambio, derribó a los hombres a la izquierda y a la derecha.

Indra le siguió no muy lejos. Era audaz, más que la mayoría de los hombres.

Usaba su daga con habilidad y astucia, cortando como un pez a través de las filas y apuñalando a los soldados del Imperio en la garganta. Mientras lo hacía, pensaba en su tierra natal, en cuánto había sufrido su gente bajo la bota del Imperio.

Un soldado del Imperio bajó su hacha hacia la cabeza de Kendrick antes de que él pudiera esquivarlo, y se preparó para el golpe; pero escuchó un gran sonido metálico y vio a su amigo Atme a su lado, deteniendo el golpe con su escudo.

Entonces Atme clavó su lanza corta y apuñaló al atacante en el intestino. Kendrick sabía que le debía su vida, una vez más.

Mientras otro soldado iba hacia adelante con un arco y una flecha dirigida hacia Atme, Kendrick se dirigía hacia el frente y le cortó su espada hacia arriba, lanzó el arco hacia el cielo, la flecha navegó sin rumbo sobre la cabeza de Atme. Entonces Kendrick embistió al soldado en el puente de la nariz con la empuñadura de su espada, derribándolo de su caballo, donde fue aplastado hasta morir. Ya estaban a mano.

Y la batalla siguió y siguió, cada ejército dando golpe tras golpe, los hombres cayendo en ambos lados, pero más en el lado del Imperio, ya que los hombres de Kendrick atacaban con rabia, presionando más y más hacia la ciudad.

Eventualmente, su fuerza barrió con ellos como una marea. Los hombres del Imperio eran guerreros fuertes, pero eran los que se utilizaban para atacar y fueron tomados por sorpresa; pronto, fueron incapaces de organizar y retener el oleaje del ejército de Kendrick. Ellos fueron repelidos y cayeron en grandes cantidades.

Después de casi una hora de intensa lucha, las pérdidas del Imperio se convirtieron en una retirada a gran escala. Alguien de su lado hizo sonar un cuerno, y uno por uno comenzaron a darse vuelta e irse galopando, tratando de salir de la ciudad.

Con un grito aún mayor, Kendrick y sus hombres fueron tras ellos, persiguiéndolos hasta Lucia y siguiéndolos por las puertas traseras.

Quienes permanecieron en el batallón del Imperio, todavía cientos de ellos que eran fuertes, se fueron cabalgando por sus vidas en un caos organizado, corriendo hacia el horizonte. Surgió un gran grito en Lucia de los prisioneros liberados de MacGil. Los hombres de Kendrick cortaron sus cuerdas y los liberaron conforme pasaban, y los prisioneros no perdieron el tiempo corriendo a los caballos de los soldados caídos del Imperio, montándolos, quitándole las armas a los cadáveres y uniéndose a los hombres de Kendrick.

El ejército de Kendrick se incrementó a casi el doble de su tamaño y los miles de ellos persiguieron a los soldados del Imperio, cabalgando arriba y abajo de las colinas hasta alcanzarlos. O'Connor y los otros arqueros lograron derribar a algunas de ellos, cayendo los cadáveres aquí y allá.

La persecución continuó, Kendrick se preguntaba hacia dónde se dirigían, cuando él y sus hombres llegaron a una colina particularmente alta y miró hacia abajo y vio a una de las ciudades más grandes de los MacGil al este de Silesia — Vinesia — enclavada entre dos montañas, en el valle. Era una ciudad importante, mucho mayor que Lucia, con gruesos muros de piedra y puertas de hierro. Kendrick se dio cuenta de que fue en este lugar hacia donde huyeron los restos del batallón del Imperio, ya que la ciudad estaba protegida por decenas de miles de los hombres de Andrónico.

Kendrick hizo una pausa con sus hombres en la cima de la colina y asimiló la situación. Vinesia era una ciudad importante, y eran ampliamente superados

en número. Sabía que sería imprudente intentarlo, que lo más seguro sería regresar a Silesia y estar agradecidos por su victoria de hoy, aquí.

Pero Kendrick no estaba de humor para las opciones seguras — y tampoco sus hombres. Querían sangre. Querían venganza. Y en un día como hoy, las probabilidades ya no importaban. Era hora de que los hombres del Imperio, supieran de qué estaban hechos los MacGil.

—¡A LA CARGA!—, gritó Kendrick.

Surgió un grito, y miles de hombres fueron corriendo hacia adelante, dirigiéndose temerariamente hacia abajo de la colina, a la gran ciudad y hacia el gran rival, dispuestos a arriesgar sus vidas, a arriesgarlo todo por el honor y por su valor.

CAPÍTULO CUATRO

Gareth tosió y jadeó mientras tambaleaba hacia adelante por el paisaje desolado, con sus labios agrietados por la falta de agua, con sus ojos huecos con círculos oscuros debajo de ellos. Habían sido unos días angustiosos, y había esperado morir más de una vez.

Gareth había escapado por un pelo de los hombres de Andrónico en Silesia, escondido en un pasadizo secreto profundo dentro de la pared y esperando el momento oportuno. Había esperado, acurrucado como una rata en la oscuridad, esperando el momento oportuno. Sentía que había estado allí durante muchos días. Había presenciado todo, habían visto con incredulidad cómo Thor había llegado en la parte posterior de ese dragón, había matado a todos esos hombres del Imperio. En la confusión y el caos que sobrevino, Gareth había encontrado su oportunidad.

Gareth se había escabullido por la puerta trasera de Silesia mientras nadie estaba mirando y había tomado el camino hacia el sur, abriéndose paso a lo largo de la orilla del Cañón, principalmente hacia los bosques, para no ser detectado. No importaba — las calles estaban desiertas de todos modos. Todo el mundo se había ido hacia el Este, dando la gran batalla por el Anillo. Mientras marchaba, Gareth observó los cuerpos carbonizados de los hombres de Andrónico alineados en el camino, y sabía que las batallas de aquí hacia el sur, ya habían sido peleadas.

Gareth se fue todavía más al sur, su instinto lo conducía de regreso hacia la Corte del Rey — o lo que quedaba de ella. Él sabía que había sido devastada por los hombres de Andrónico, que probablemente se encontraba en ruinas, pero aun así, él quería ir allí. Quería irse lejos de Silesia e ir al único lugar donde sabía que podía estar a salvo. El lugar que todos los demás habían abandonado. El único lugar donde él, Gareth, había sido una vez el rey supremo.

Después de varios días de andar, débil y delirante por el hambre, Gareth finalmente había emergido del bosque y vio la Corte del Rey a lo lejos. Ahí

estaba, con sus paredes todavía intactas, al menos parcialmente, aunque carbonizadas y desmoronándose. Por todas partes estaban los cadáveres de los hombres de Andrónico, evidenciando que Thor había estado aquí. Fuera de eso, no había nada, no quedaba nada sino el silbido del viento.

Eso le parecía bien a Gareth. Él no planeaba entrar en la ciudad, de todos modos. Había venido aquí a una pequeña estructura oculta, en las afueras de las murallas de la ciudad. Era un lugar que había frecuentado cuando era niño, una estructura circular de mármol, elevándose solamente unos metros del suelo y adornada con estatuas talladas elaboradas, sobre su techo. Siempre se había visto antigua, por lo bajo, como si hubiera surgido de la tierra. Y así era. Era la cripta de los MacGil. El lugar donde había sido enterrado su padre — y el padre de él.

La cripta era la estructura que Gareth sabía que quedaba intacta. Después de todo, ¿quién se molestaría en atacar una tumba? Era el lugar que quedaba donde sabía que nadie se molestaría en ir a buscarlo, donde podría buscar refugio. Era un lugar donde podía esconderse, donde podía estar completamente solo. Y un lugar donde podría estar con sus antepasados. Pese a todo el odio que Gareth sentía por su padre, curiosamente, se encontraba queriendo estar cerca de él en estos días.

Gareth corrió por el campo abierto, una fría ráfaga de viento le hacía temblar mientras envolvía su manto harapiento alrededor de sus hombros. Él escuchó el chillido estridente de un pájaro de invierno y miró hacia arriba y vio a la enorme y horrible criatura negra dando vueltas en círculo sobre su cabeza, seguramente, con cada chillido, anticipaba su caída, su próxima comida. Gareth no podía culparlo.

Se sentía en las últimas, y estaba seguro de que parecía ser la comida principal del ave.

Gareth finalmente llegó al edificio, agarró la enorme manija de la puerta de hierro macizo con las dos manos y tiró con todas sus fuerzas, el mundo giraba, estaba casi delirante de agotamiento. Rechinó y necesitó de toda su fuerza para abrirla.

Gareth se apresuró en la oscuridad, azotando la puerta de hierro. Resonó detrás de él.

Agarró la antorcha apagada en la pared, donde sabía que estaba montada, pulsó su pedernal y la encendió, teniendo solamente la luz suficiente para poder ver conforme bajaba las escaleras, más y más profundamente en la

oscuridad. Hizo más frío y había más corrientes de aire conforme avanzaba, el viento encontraba su camino abajo, silbando a través de las pequeñas grietas. No podría evitar sentir como si sus antepasados estuvieran aullándole, reprendiéndolo.

—¡DÉJENME!—, les gritó.

Su voz resonó una y otra vez por las paredes de la cripta.

—¡PRONTO TENDRÁN SU PREMIO!—.

Pero el viento persistió.

Gareth, enfurecido, descendió más profundo, hasta que finalmente llegó a la gran cámara de mármol, excavada con sus techos de tres metros, donde todos sus antepasados yacían enterrados en sarcófagos de mármol. Gareth marchó solemnemente por el pasillo, sus pasos resonaban en el mármol, hacia el final, donde yacía su padre.

El viejo Gareth habría roto el sarcófago de su padre. Pero ahora, por alguna razón, estaba empezando a sentir afinidad con él. Casi no lo entendía. Tal vez era que el efecto del opio estaba desapareciendo; o quizás era porque sabía que él también estaría muerto pronto.

Gareth llegó al sarcófago y se encorvó sobre él, inclinando la cabeza hacia abajo. Se sorprendió a sí mismo cuando empezó a llorar.

—Te extraño, padre—, gimió Gareth, con su voz resonando en el vacío.

Lloró y lloró, las lágrimas corrían por su cara, hasta que finalmente sus rodillas se debilitaron y se desplomó por el agotamiento en el mármol, sentándose en el suelo, apoyado sobre la tumba. El viento aullaba como si respondiera, y Gareth dejó la antorcha, que se quemaba más y más abajo hasta que una pequeña llama disminuía en la oscuridad. Gareth sabía que pronto todo sería oscuridad y que se uniría a todos aquellos que amaba más.

CAPÍTULO CINCO

Steffen recorrió sombríamente el solitario camino del bosque, yendo lentamente desde La Torre del Refugio. Le rompió el corazón dejar ahí a Gwendolyn, la mujer a la que había jurado proteger. Sin ella, no era nada. Desde que la conoció, sintió que por fin había encontrado un propósito en la vida: cuidarla, dedicar su vida a compensarla por haber permitido que él, un simple sirviente, subiera de rango; y sobre todo, por ser la primera persona en su vida que no lo detestaba ni subestimaba basado en su apariencia.

Steffen había sentido orgullo en ayudarla a llegar a la torre con seguridad. Pero dejarla allí le había hecho sentir un hueco por dentro. ¿Adónde iría ahora? ¿Qué haría?

Sin ella para protegerla, su vida se sentía una vez más sin rumbo. No podía volver a la Corte del Rey ni a Silesia: Andrónico los había derrotado a los dos, y él recordaba la destrucción que vio cuando huyeron de Silesia. Lo último que recordaba, era que todos sus habitantes eran prisioneros o esclavos. No tendría ningún caso regresar. Además, Steffen no quería cruzar el Anillo otra vez y estar lejos de Gwendolyn.

Steffen caminó sin rumbo durante horas, serpenteando por el sendero, poniendo en orden sus pensamientos, hasta que se le ocurrió un sitio a dónde ir. Siguió el camino hacia el norte, hasta una colina, al punto más alto y desde este mirador vio un pequeño pueblo situado en otra colina, a lo lejos. Se dirigió a él, y al llegar, se dio vuelta y vio una ciudad que tenía lo que necesitaba: una vista perfecta de La Torre del Refugio. Si Gwendolyn intentaba dejarla, quería estar cerca para asegurarse de que estar allí para acompañarla, para protegerla. Después de todo, su lealtad era ahora para ella. No para un ejército o una ciudad, sino para ella. Ella era su nación.

Cuando Steffen llegó a la pequeña aldea, decidió quedarse allí, en ese lugar, donde siempre podía ver la Torre y vigilarla a ella. Al pasar a través de sus puertas, vio que era un pueblo pobre, indescriptible, otra pequeña aldea en los alrededores más alejados del Anillo, tan oculto en el Bosque del Sur que

los hombres de Andrónico seguramente ni se habían molestado en seguir este camino.

Steffen llegó ante la mirada de asombro de docenas de aldeanos, con las caras llenas de ignorancia y falta de compasión, mirándole con las bocas abiertas y el desprecio y burla que había recibido desde que había nacido. Mientras todos escudriñaban su apariencia, podía sentir sus miradas de burla.

Steffen quería girar y huir, pero se obligó a no hacerlo. Necesitaba estar cerca de la Torre, y por el bien de Gwendolyn, soportaría cualquier cosa.

Un aldeano, un corpulento hombre cuarentón, vestido con harapos como los demás, se dio vuelta y se dirigió hacia él de manera desagradable.

—¿Qué tenemos aquí, una especie de hombre deforme?—.

Los otros se rieron, girando y acercándose Steffen mantuvo la calma, esperaba esta especie de recibimiento, que había tenido toda su vida. Se daba cuenta de que mientras más provincianas eran las personas, más alegría sentían de ridiculizarlo.

Steffen se reclinó hacia atrás, asegurándose de que su arco estuviera listo sobre su hombro, en caso de que estos aldeanos no fueran solo crueles, sino violentos. Él sabía que, si fuera necesario, podía acabar con varios de ellos en un abrir y cerrar de ojos. Pero no había venido aquí buscando violencia. Había ido a buscar refugio.

—¿Podía ser más que un fenómeno?—, preguntó otro, mientras un grupo grande y creciente de aldeanos amenazantes comenzaban a rodearlo.

—Por sus marcas, yo diría que sí lo es—, dijo otro. —Eso parece ser armadura de la realeza—.

—Y ese arco — es de cuero fino—.

—Sin mencionar las flechas. Con punta de oro, ¿verdad?—.

Se quedaron parados a pocos metros de distancia, con el ceño fruncido, amenazadoramente. Le recordaban a los pendencieros que lo atormentaban cuando era niño.

—Así que, ¿quién eres, monstruo?—, le preguntó uno de ellos.

Steffen respiró profundamente, decidido a mantener la calma.

—No vengo a hacer ningún daño—, comenzó diciendo.

El grupo rompió a reír.

—¿Daño? ¿Tú? ¿Qué daño puedes hacernos?—.

—¡No podrías dañar a nuestras gallinas!—, rió otro.

Steffen enrojeció a medida que crecían las carcajadas; pero él no

permitiría que lo provocaran.

—Necesito un lugar dónde alojarme y comer. Tengo manos con callos y una espalda fuerte para trabajar. Si me dan una tarea, me concentraré en hacerla. No necesito mucho. Sólo lo que cualquier hombre—.

Steffen quería perderse haciendo el trabajo servil, como había hecho todos esos años en el sótano, sirviendo al rey MacGil. Eso le haría olvidarse de las preocupaciones. Podría realizar trabajos forzados y vivir una vida de anonimato, como se había preparado a hacer antes de que hubiera conocido a Gwendolyn.

—¿Te consideras un hombre?—, dijo uno de ellos, riendo.

—Tal vez podemos encontrar un trabajo para él—, dijo otro.

Steffen le miró con esperanza.

—Es decir, ¡luchando contra nuestros perros o gallinas!—.

Todos se rieron.

—¡Yo pagaría una gran cantidad para ver eso!—.

—Hay una guerra allá afuera, en caso de que no lo hayan notado—, les dijo Steffen fríamente. —Estoy seguro de que incluso en una aldea provincial y rudimentaria como ésta, pueden necesitar ayuda para mantener las provisiones—.

Los aldeanos se miraron unos a otros, desconcertados.

—Por supuesto que sabemos lo de la guerra—, dijo uno, —pero nuestra aldea es demasiado pequeña. Los ejércitos no se molestarán en venir aquí—.

—No me gusta tu forma de hablar—, dijo otro. —Todo sofisticado, Parece que fuiste a la escuela. ¿Crees que eres mejor que nosotros?—.

—Yo no soy mejor que nadie—, dijo Steffen.

—Eso es obvio—, rió otro.

—¡Basta de bromas!—, gritó uno de los aldeanos en un tono serio.

Dio un paso adelante y empujó a los demás a un lado con su mano fuerte. Él era mayor que los demás y parecía ser un hombre serio. La multitud se calmó ante su presencia.

—Si es cierto lo que dices—, dijo el hombre con su tono de voz grave, áspera, —necesito un par de manos extra en mi molino. La paga es un saco de granos al día y una jarra de agua. Dormirás en el granero, con el resto de los chicos del pueblo.

Si estás de acuerdo, te aceptaré—.

Steffen asintió con la cabeza, satisfecho al ver por fin a un hombre serio.

—No pido nada más—, dijo.

—Sígueme—, dijo el hombre, abriéndose paso entre la multitud.

Steffen lo siguió y fue llevado a un enorme molino harinero, de madera, alrededor del cual había adolescentes y hombres. Cada uno de ellos sudando y cubiertos de tierra, estaban parados en las pistas fangosas y empujaban una enorme rueda de madera, cada uno agarrando un rayo de la rueda y caminando hacia adelante con él. Steffen se quedó allí parado, analizando el trabajo y se dio cuenta de que sería un trabajo agotador. Con eso bastaría.

Steffen se dio vuelta para decirle al hombre que lo aceptaría, pero ya se había ido, suponiendo que lo tomaría. Los aldeanos, con unas cuantas burlas finales, volvieron a sus asuntos mientras Steffen miró hacia adelante, a la rueda, a la nueva vida que le esperaba.

Por un momento había sido débil, se había permitido soñar. Se había imaginado una vida de castillos y realeza y rango. Se había visto a sí mismo siendo una persona importante, el ayudante de la reina. Él debió haber sabido que no debía tener pensamientos tan altos. Él, por supuesto, no había nacido para eso. Nunca lo había sido. Lo que le había ocurrido, conocer a Gwendolyn, había sido una casualidad. Ahora, su vida podría estar relegada a esto. Pero, al menos, era una vida que conocía. Una vida que entendía. Una vida de privaciones. Y sin Gwendolyn en ella, esta vida estaría bien para él.

CAPÍTULO SEIS

Thor instó a Mycoples para que volara más rápidamente, mientras pasaban a través de las nubes, acercándose más a La Torre del Refugio. Thor sentía con cada gramo de su ser, que Gwen estaba en peligro. Sintió la vibración corriendo a través de sus dedos, a lo largo de todo su cuerpo, haciéndole saber, advirtiéndole. Ve más rápido, le susurró.

Más rápido.

—¡Más rápido!—. Thor instó a Mycoples.

Mycoples rugió suavemente, agitando sus grandes alas con más fuerza. Thor no había ni siquiera necesitado pronunciar las palabras — Mycoples entendía todo, antes de que siquiera lo dijera, pero de todos modos las pronunció. Hicieron que se sintiera mejor. Se sentía indefenso. Presintió que algo andaba muy mal con Gwen, y que cada segundo era importante.

Finalmente pasaron por una zona de nubes y al hacerlo, Thor se llenó de alivio y la vio aparecer, a lo lejos: La Torre del Refugio. Era una pieza antigua y misteriosa de arquitectura, una torre perfectamente redonda, delgada, elevándose hacia el cielo, llegando casi tan alto como las nubes. Construida con una antigua y brillante piedra negra, Thor pudo sentir el poder saliendo de ella desde aquí.

Mientras se acercaban, de pronto vio algo arriba, en la cima de la torre. Era una persona. Ella estaba parada en la cornisa, con las palmas de las manos a sus costados. Sus ojos estaban cerrados, y ella estaba meciéndose en el viento.

Thor supo de inmediato quién era.

Gwendolyn.

Su corazón se aceleró cuando la vio allí parada. Él sabía lo que ella estaba pensando. Y sabía el motivo. Ella creía que él había renunciado a ella, y que no podía evitar sentir que era su culpa.

—¡MÁS RÁPIDO!—, gritó Thor.

Mycoples batía sus alas con más fuerza, y volaban tan rápido que dejaba a

Thor sin aliento.

A medida que se acercaban, Thor vio a Gwen dar un paso atrás, lejos de la cornisa, hacia la seguridad de la azotea, y su corazón se llenó de alivio. Sin siquiera verlo, por iniciativa propia, ella había cambiado de opinión y decidió no saltar.

Mycoples rugió y Gwen miró hacia arriba y vio a Thor por primera vez. Se encontraron las miradas, incluso desde esa gran distancia, y él vio el asombro en el rostro de ella.

Mycoples aterrizó en el techo y en el momento que lo hizo, Thor saltó, apenas esperando a que aterrizara y corrió hacia Gwendolyn.

Gwen se volvió y lo miró con los ojos abiertos de par en par, sorprendida.

Parecía como si ella estuviera mirando un fantasma.

Thor corrió hacia ella, con su corazón acelerado, lleno de entusiasmo y extendió sus brazos. Se abrazaron fuertemente mientras Thor la levantaba y la apretaba. Él la hizo girar una y otra vez.

Thor escuchó el llanto de ella en su oído, sintió sus lágrimas calientes cayendo en su cuello, y apenas podía creer que estaba realmente aquí, abrazándola, en vivo.

Esto era real. Éste era el sueño que había visto en su mente, día tras día, noche tras noche, cuando había estado en lo más profundo del Imperio, cuando había estado seguro de que nunca volvería, de que nunca volvería a poner su mirada en Gwendolyn otra vez. Y aquí estaba ahora, sosteniéndola en sus brazos.

Habiendo estado alejado de ella durante tanto tiempo, todo lo que tenía que ver con ella, parecía nuevo. Se sentía perfecto. Y juró que nunca volvería a subestimar el tiempo que estuviera con ella.

—Gwendolyn—, le susurró al oído.

—Thorgrin—, susurró ella.

Se abrazaron durante mucho tiempo, y después, lentamente se separaron y se besaron. Fue un beso apasionado, y ninguno de los dos se separó.

—Estás vivo—, dijo ella. —Estás aquí. No puedo creer que estés aquí—.

Mycoples resopló y Gwendolyn miró sobre el hombro de Thor, mientras Mycoples batía sus alas una vez. La cara de Gwen se sonrojó de miedo.

—No tengas miedo—, dijo Thor. —Su nombre es Mycoples. Ella es mi amiga. Y

también será tu amiga. Déjame enseñarte—.

Thor tomó la mano de Gwen y la llevó lentamente hacia el parapeto. Podía sentir el miedo de Gwen cuando se acercaron. Él entendía. Después de todo, era un dragón real, vivo, y era lo más cerca que Gwen había estado de uno de ellos en su vida.

Mycoples miró a Gwen con sus ojos enormes, de color rojo brillante, resoplando suavemente, agitando sus alas y arqueando el cuello. Thor sintió algo parecido a los celos. Y tal vez, curiosidad.

—Mycoples, te presento a Gwendolyn—.

Mycoples giró su cabeza, con orgullo.

De repente giró hacia atrás y al hacerlo, miró directamente a los ojos de Gwendolyn, como si viera a través de ella. Se inclinó tan cerca que su cara casi tocaba a Gwendolyn.

Gwen jadeó sorprendida y asombrada — y tal vez con miedo. Acercó su mano temblorosa y la colocó suavemente sobre la nariz larga de Mycoples, tocando sus escamas púrpura.

Después de varios segundos de tensión, Mycoples finalmente bajó su nariz y la frotó contra el estómago de Gwen en señal de afecto. Mycoples seguía frotando la nariz contra el estómago de Gwen, como si estuviera concentrada en ello, y Thor no podía entender por qué.

Luego, igual de rápido, Mycoples alejó su cabeza y miró hacia el horizonte.

—Es hermosa—, susurró Gwen.

Ella se volvió y miró a Thor.

—Perdí la esperanza de que regresarías—, dijo. —No pensé que lo harías—.

—Ni yo—, dijo Thor. —Pensar en ti es lo que me ha sostenido. Me dio una razón para sobrevivir. Para regresar—.

Se abrazaron otra vez, sujetándose mutuamente con fuerza, mientras la brisa los acariciaba, y después, finalmente, se apartaron uno del otro.

Gwendolyn miró hacia abajo y notó la Espada del Destino en la cadera de Thor y sus ojos se abrieron de par en par. Ella suspiró.

—Trajiste la Espada—, dijo. Lo miró con incredulidad. —Tú eres el que iba a blandirla—.

Thor asintió con la cabeza.

—¿Pero cómo...?—, comenzó a decir ella y después calló. Evidentemente, estaba abrumada.

—No sé—, dijo Thor. —Simplemente pude hacerlo—.

Los ojos de ella se abrieron con esperanza, al darse cuenta de otra cosa.

—Entonces el Escudo está activado otra vez—, dijo ella esperanzada.

Thor asintió solemnemente.

—Andrónico está atrapado—, dijo él. —Ya hemos liberado la Corte del Rey y Silesia—.

La cara de Gwendolyn se sintió aliviada y contenta.

—Fuiste tú—, dijo ella, al darse cuenta. —Liberaste nuestras ciudades—.

Thor se encogió de hombros, con modestia.

—Fue Mycoples, más que nada. Y la Espada. Yo simplemente seguí adelante—.

Gwen sonrió.

—¿Y nuestro pueblo? ¿Están a salvo? ¿Sobrevivió alguien?—.

Thor asintió con la cabeza.

—En su mayoría están vivitos y coleando—.

Ella sonrió, lucía más joven otra vez.

—Kendrick te espera en Silesia—, dijo Thor, —también Godfrey, Reece, Srog y muchos más. Todos están vivos y bien y la ciudad es libre—.

Gwendolyn se abalanzó y abrazó a Thor, sosteniéndolo firmemente. Podía sentir un alivio corriendo por su cuerpo.

—Pensé que todo estaba destruido—, dijo ella, llorando suavemente, —perdido para siempre—.

Thor meneó la cabeza.

—El Anillo ha sobrevivido—, dijo. —Andrónico está huyendo. Volveremos, y nos desharemos de él para siempre. Y después reconstruiremos todo—.

Gwendolyn de repente le dio la espalda a él y miró hacia otro lado, hacia el cielo, enjugando una lágrima. Ella envolvió firmemente su manto sobre sus hombros, y su cara se llenó de temor.

—No sé si puedo volver—, dijo, vacilante. —Me pasó algo. Mientras estabas fuera—.

Thor se dio vuelta y la enfrentó, sosteniendo sus hombros.

—Sé lo que te pasó—, dijo. —Tu madre me lo dijo. No hay nada de qué avergonzarse—, dijo.

Gwendolyn lo miró, con los ojos llenos de sorpresa y asombro.

—¿Lo sabes?—, preguntó asombrada.

Thor asintió con la cabeza.

—No significa nada—, dijo. —Te amo tanto como siempre. Aún más. Nuestro amor — eso es lo importante. Eso es lo que es irrompible. Te vengaré. Yo mismo mataré a Andrónico. Y nuestro amor nunca morirá—.

Gwen se abalanzó y abrazó a Thor con firmeza, sus lágrimas corriendo por el cuello. Él notó cuán aliviada se sentía ella.

—Te amo—, le dijo Gwen en su oreja.

—Yo también te amo—, respondió él.

Mientras Thor estaba parado allí, abrazándola, su corazón se aceleró con inquietud. Él quería ahora, en este momento, más que nunca, hacerle la pregunta.

Pedirle matrimonio. Pero sintió que no podía hacerlo hasta contarle primero su secreto, hasta que le dijera quién era su padre.

La idea lo llenó de vergüenza y humillación. Aquí estaba él, habiendo prometido matar al hombre que ambos odiaban tanto. Y con sus siguientes palabras, ¿cómo podría anunciarle que Andrónico era su padre?

Thor estaba seguro de que si lo hacía, Gwendolyn lo odiaría por siempre. Y él no podría arriesgarse a perderla. No después de todo lo que pasó. La amaba demasiado.

Así que entonces, con sus manos temblorosas, Thor metió la mano en su camisa y sacó el collar, el que encontró entre los tesoros del dragón, con una cuerda de oro y un corazón de oro brillante, repletos de diamantes y rubíes. Lo sostuvo cerca de la luz, y Gwen jadeó al verlo.

Thor apareció detrás de ella y lo abrochó alrededor de su cuello.

—Es una pequeña muestra de mi amor y afecto—, dijo.

Colgaba hermosamente en su cuello, el oro brillaba en la luz, reflejando todo.

El anillo le quemaba en su bolsillo, y Thor prometió dárselo cuando fuera el momento adecuado. Cuando pudiera reunir el valor para decirle la verdad. Pero ahora no era el momento, por mucho que él deseara que pudiera serlo.

—Así que como ves, puedes volver—, dijo Thor, acariciando su mejilla con el dorso de su mano. —Debes volver. Tu pueblo te necesita. Ellos necesitan a una gobernante. El Anillo, sin un líder, no es nada. Te quieren para que los guíes.

Andrónico aún habita en la mitad del Anillo. Nuestras ciudades todavía

necesitan ser reconstruidas—.

La miró a los ojos y pudo ver lo que pensaba.

—Di que sí—, le instó Thor. —Regresa conmigo. Esta torre no es lugar para que una mujer joven viva el resto de sus días. El Anillo te necesita. Yo te necesito—.

Thor tendió una mano y esperó.

Gwendolyn miró hacia abajo, vacilante.

Finalmente, ella extendió la mano y la colocó en la de él. Sus ojos se volvieron más y más brillantes, rebosantes de amor y calor. Él pudo ver cómo volvía lentamente a ser la antigua Gwendolyn que había conocido una vez, llena de vida, amor y alegría. Era como si fuera una flor, siendo restaurada ante sus ojos.

—Sí—, dijo ella suavemente, sonriendo.

Se abrazaron y él la sujetó con firmeza y juró nunca dejarla ir otra vez.

CAPÍTULO SIETE

Erec abrió los ojos para encontrarse a sí mismo en los brazos de Alistair, mirando sus ojos de color azul cristal, que brillaban con amor y calor. Ella sonría por la comisura de sus labios, y él sintió el calor que irradiaba de sus manos y a través de su cuerpo. Cuando se revisó, se sintió completamente curado, renacido, como si nunca hubiera sido herido. Ella lo había resucitado de entre los muertos.

Erec se sentó y miró a los ojos de Alistair con sorpresa, preguntándose una vez más quién era realmente, cómo podría tener esos poderes.

Mientras Erec se sentaba y frotaba su cabeza, recordó inmediatamente: Los hombres de Andrónico. El ataque. La defensa del barranco. La roca.

Erec se puso de pie de un salto y vio a todos sus hombres mirándolo, como si esperaran su resurrección — y su comando. Sus rostros estaban llenos de alivio.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?—, se dio vuelta y le preguntó a Alistair, frenético. Se sentía culpable de haber abandonado a sus hombres durante tanto tiempo.

Pero ella le sonrió dulcemente.

—Solamente un segundo—, dijo ella.

Erec no podía comprender cómo pudo haber ocurrido. Se sentía tan recuperado, como si hubiera dormido durante años. Sintió un nuevo rebote en su andar cuando se puso de pie y giró y corrió hacia la entrada del barranco y vio su obra: la enorme roca que había hecho pedazos ahora lo detuvo y los hombres de Andrónico ya no podían pasar. Habían logrado lo imposible y habían ahuyentado a un ejército mucho más grande. Al menos por ahora.

Antes de que pudiera celebrar, Erec escuchó un grito repentino proveniente de arriba y miró hacia allí: en la cima del acantilado, uno de sus hombres gritó, luego cayó hacia atrás, dando volteretas, y aterrizó en el suelo, muerto.

Erec miró hacia abajo y vio una lanza atravesada en el cuerpo del hombre, entonces miró hacia atrás hasta ver un sinfín de actividad, gritos surgiendo de

todos lados. Ante sus ojos, docenas de los hombres de Andrónico aparecieron en la parte superior, luchando cuerpo a cuerpo con los hombres del Duque, dando golpe tras golpe, y Erec se dio cuenta de lo que había ocurrido: el comandante del Imperio había dividido sus fuerzas, enviando a algunos a través del barranco, y enviando a otros directamente arriba, a la cara de la montaña.

—¡A LA CIMA!—, ordenó Erec. —¡SUBAN!—.

Los hombres del Duque lo siguieron, mientras subía corriendo a la cara de la montaña, con la espada en la mano, por la empinada escalada de roca y polvo. Cada varios metros se resbalaba y extendía la palma de su mano, raspándola contra la piedra, sujetándose, haciendo su mejor esfuerzo para no caer hacia atrás. Corrió, pero la cara era tan escarpada que había que escalar más que correr; cada paso era una dura lucha, la armadura sonando alrededor de él, mientras sus hombres soplaban y resoplaban su camino, como cabras del monte, directamente por el acantilado.

—¡ARQUEROS!—, gritó Erec.

Abajo, varias docenas de los arqueros del Duque que escalaban la montaña, se detuvieron y apuntaron hacia arriba del acantilado. Desataron una descarga de flechas y varios soldados del Imperio gritaban y las lanzaban hacia atrás, dando tumbos hacia abajo a lo largo del acantilado. Un cuerpo venía cayendo hacia Erec; él lo esquivó y logró evadirlo. Pero uno de los hombres del Duque no fue tan afortunado — chocó con un cadáver y lo envió volando hacia atrás, al suelo, gritando, muriendo bajo su peso.

Los arqueros del Duque se atrincheraron y se colocaron arriba y abajo de la montaña, disparando cada vez que un soldado del Imperio asomaba la cabeza sobre el borde del acantilado para mantenerlos a raya.

Pero el combate allí arriba era duro, cuerpo a cuerpo, y no todas las flechas caían en su objetivo: una flecha falló, alojándose accidentalmente en la espalda de uno de los hombres del Duque. El soldado gritó y arqueó la espalda, y un soldado del Imperio aprovechó y lo apuñaló, tirándolo hacia atrás, gritando al caer por el acantilado. Pero mientras el soldado del Imperio estaba expuesto, otro arquero metió una flecha en su intestino, derribándolo también; su cadáver cayó de bruces sobre el borde.

Erec redobló sus esfuerzos, al igual que los que estaban alrededor de él, corriendo con todas sus fuerzas arriba del acantilado. Mientras él se acercaba a la cima, a pocos metros, resbaló y comenzó a caer; dio vueltas, estiró el

brazo y se sujetó de una gruesa raíz que salía de la piedra. Él se sujetó con fuerza por su vida, colgando de ella, después se empujó hacia arriba, recuperando el equilibrio y continuó hasta la cima.

Erec alcanzó la cima antes que los demás y corrió hacia adelante con un grito de guerra, con la espada levantada, ansioso por ayudar a defender a sus hombres, que estaban ocupando sus posiciones en la parte superior pero siendo obligados a retroceder. Había solamente unas pocas docenas de sus hombres aquí arriba, y cada uno estaba envuelto en un combate mano a mano con los soldados del Imperio, superados en número por dos a uno. Con cada segundo que pasaba, más y más soldados del Imperio seguían apareciendo en la parte superior.

Erec luchó como un loco, yendo a la carga y apuñalando a dos soldados a la vez, liberando a sus hombres. No había nadie más rápido en la batalla que él, en todo el Anillo y con dos espadas en la mano, acuchillando en todos los sentidos, Erec sacó sus habilidades únicas como campeón de Los Plateados para contraatacar al Imperio. Era una ola de destrucción, mientras giraba y se agachaba y acuchillaba, yendo cada vez más hacia el grueso de los soldados del Imperio. Él esquivaba y embestía y bloqueaba tan rápido, que optó por no usar su escudo.

Erec iba hacia ellos como el viento, derribando a una docena de soldados antes de que siquiera tuvieran la oportunidad de defenderse. Y los hombres del Duque se reunieron alrededor de él.

Detrás de él, el resto de los hombres del Duque también alcanzaron la cima, Brandt y el Duque lideraban el camino, luchando al lado de Erec. Pronto, el impulso cambió y se encontraron haciendo retroceder a los hombres del Imperio; los cadáveres se apilaban alrededor de ellos.

Erec se puso en guardia con el soldado del Imperio que quedaba arriba, y lo hizo retroceder y luego se inclinó y le dio una patada, enviándolo por un costado del Imperio, gritando mientras caía de espaldas.

Erec y todos sus hombres se quedaron allí, retomando su aliento; Erec caminó hacia adelante, por la amplia meseta, hasta el borde del acantilado del lado del Imperio. Quería ver lo que había debajo. El Imperio había dejado de enviar hombres arriba, sabiamente, pero Erec tuvo un mal presentimiento de que aún pudieran tener algunos de reserva. Sus hombres se acercaron al lado de él y también miraron hacia abajo.

Nunca se habría imaginado Erec lo que vería abajo. Se sintió

descorazonado. A pesar de los cientos de hombres que habían conseguido matar, a pesar de que tuvieron éxito sellando el barranco y de haber tomado una posición elevada, todavía quedaban por debajo decenas de miles de soldados del Imperio.

Erec apenas lo podía creer. Habían hecho todo lo que podían hasta ese momento, y todo el daño que habían causado, ni siquiera hacía mella en la interminable armadura del Imperio. El Imperio simplemente enviaría a más y más hombres arriba. Erec y sus hombres podrían matar a varias docenas más, quizás incluso a cientos de ellos. Pero al final, tantos millares de ellos atravesarían.

Erec estaba allí parado, sintiéndose desesperanzado. Por primera vez en su vida, él sabía que iba a morir, aquí, en este terreno, en este día. No podía evitarlo. Él no se arrepentía. Él había puesto una defensa heroica, y si fuera a morir, no habría mejor forma o lugar. Él agarró su espada y se armó, y su única duda era si Alistair estaría a salvo.

Pensó que tal vez, en la próxima vida, pasaría más tiempo con ella.

—Bueno, hemos tenido una buena racha—, dijo una voz.

Erec se volvió para ver a Brandt de pie junto a él, con su mano en la empuñadura de su espada, también resignado. Los dos habían luchado juntos en incontables batallas, habían sido superados en número muchas veces — y sin embargo, Erec nunca había visto la expresión en la cara de su amigo como la que veía ahora.

Debe haber reflejado la de él mismo: señalaba que la muerte estaba aquí.

—Por lo menos caeremos con las espadas en nuestras manos—, dijo el Duque.

Él hizo eco de los pensamientos de Erec, exactamente.

Abajo, los hombres del Imperio, como si se hubieran dado cuenta, levantaron la vista. Miles de ellos comenzaron a reanimarse, a marchar al unísono, dirigiéndose hacia el precipicio, con las armas desenfundadas. Cientos de arqueros del Imperio empezaron a arrodillarse y Erec sabía que en unos momentos empezaría el derramamiento de sangre. Él se preparó y respiró profundo.

De repente se escuchó el ruido de un chillido en algún lugar del cielo, en el horizonte. Erec miró hacia arriba y examinó el cielo, preguntándose si estaba oyendo cosas. Una vez escuchó el grito de un dragón, y pensó que tal vez sonaba así.

Había sido un sonido que nunca había olvidado, lo había escuchado durante su formación, durante Los Cien. Fue un grito que nunca había pensado volver a oír.

No podría ser posible. ¿Un dragón? ¿Aquí, en el Anillo?

Erec estiró el cuello y a lo lejos, a través de las nubes, vio algo que quedaría grabado en su mente durante el resto de su vida: volando hacia ellos, batiendo sus grandes alas, había un enorme dragón púrpura con grandes y brillantes ojos rojos.

Lo que vio, llenó de miedo a Erec, más de lo que cualquier ejército podría.

Pero al verlo más de cerca, su expresión se transformó en confusión. Pensó que podía ver a dos personas volando en la parte posterior del dragón. Cuando Erec entrecerró los ojos, les reconoció. ¿Sus ojos estaban jugándole una broma?

Allí, en la parte posterior del dragón, estaba sentado Thorgrin y detrás de él, sujetando su cintura, estaba la hija del rey MacGil. Gwendolyn.

Antes de que Erec pudiera comenzar a procesar lo que estaba viendo, el dragón bajó en picado hacia el suelo, como un águila. Abrió su boca e hizo un sonido horrible, un sonido tan fuerte que una roca al lado de Erec comenzó a partirse. La tierra entera tembló mientras el dragón bajaba, abrió su boca y expulsó fuego como Erec jamás había visto.

El valle se llenó de los gritos y llantos de miles de soldados del Imperio, mientras ola tras ola de fuego los envolvía, todo el valle se iluminaba con las llamas.

Thor había dirigida al dragón hacia arriba y hacia abajo de las filas de los hombres de Andrónico, eliminando a decenas de ellos en un abrir y cerrar de ojos.

Los soldados restantes se dieron vuelta y huyeron, corriendo hacia el horizonte. Thor los persiguió también, dirigiendo a su dragón para que soplara cada vez más y más fuego.

En pocos momentos, todos los hombres que estaban debajo de Erec — los hombres que estaba seguro que lo guiarían hacia su muerte, estaban muertos. No quedaba nada de ellos sino cadáveres carbonizados, fuego y llamas, almas que alguna vez fueron. Todo el batallón del Imperio había desaparecido.

Erec miró hacia arriba, con la boca abierta en estado de shock y vio cómo el dragón se elevaba en el aire, batiendo sus grandes alas y volando más allá

de ellos.

Se dirigieron hacia el norte. Sus hombres estallaron en una gran ovación, mientras pasaban sobre ellos.

Erec quedó mudo de admiración por el heroísmo de Thor, por su intrepidez, por su control de esta bestia — y por el poder de la bestia. Erec había recibido una segunda oportunidad en la vida — él y todos sus hombres, y por primera vez en mucho tiempo, se sentía optimista. Ahora podían ganar. Incluso contra millones de los hombres de Andrónico, con una bestia como ésa, en realidad podrían ganar.

—¡Hombres, marchen!—, ordenó Erec.

Estaba decidido a seguir el rastro del dragón, el olor a azufre, el fuego en el cielo, a donde fuera que los llevara. Thorgrin había regresado, y era hora de reunirse con él.

CAPÍTULO OCHO

Kendrick cabalgaba su caballo, rodeado de sus hombres, los miles de ellos se congregaron afuera de Vinesia, la gran ciudad a la que el batallón de Andrónico se había retirado. Una alta verja levadiza impedía la entrada por las puertas de la ciudad, sus muros de piedra eran gruesos y miles de los hombres de Andrónico pululaban dentro y fuera, superando por mucho el número de los soldados del ejército de Kendrick. El factor sorpresa ya no estaba de su lado.

Peor aún, apareciendo a la vista desde atrás de la ciudad, estaban los miles de hombres de Andrónico, refuerzos, inundando las llanuras. Cuando Kendrick pensó que los tenían huyendo, la situación había sido invertida rápidamente. De hecho, ahora el ejército marchaba hacia Kendrick, ordenado, disciplinado, era una gran ola de destrucción.

La única alternativa ahora era retirarse a Silesia, mantenerlos ahí temporalmente hasta que el Imperio volviera a tomarla, hasta que volvieran a hacerlos esclavos. Y eso nunca podría ser.

Kendrick nunca había sido de los que se retiraban de una confrontación, aun cuando los superaban en número, y tampoco eran de los otros guerreros valientes, del ejército de los MacGil, de Silesia, de Los Plateados. Kendrick sabía que todos lucharían con él hasta la muerte. Y mientras apretaba la sujeción de la empuñadura de su espada, sabía que eso era precisamente lo que tendría que hacer en este día.

Los hombres del Imperio soltaron un grito de guerra, y los hombres de Kendrick los recibieron con uno más fuerte que los suyos.

Mientras Kendrick y sus hombres corrieron por la ladera para enfrentarse con el ejército que se aproximaba, sabiendo que era una batalla que no podrían ganar, pero decididos a luchar de todos modos, los hombres de Andrónico tomaron velocidad y corrieron hacia ellos también. Kendrick sentía el aire volando su pelo, sentía la vibración de la empuñadura de la espada que tenía en la mano y sabía que era cuestión de tiempo para encontrarse perdido

en ese gran sonido metálico, en ese gran rito de espadas conocido.

Kendrick estaba sorprendido al escuchar algo como un chirrido arriba; estiró el cuello para ver el cielo y notó algo que irrumpía a través de las nubes, que le hizo cuestión de tiempo para encontrarse perdido en ese gran sonido metálico, en ese gran rito de espadas conocido.

Kendrick estaba sorprendido al escuchar algo como un chirrido arriba; estiró el cuello para ver el cielo y notó algo que irrumpía a través de las nubes, que le hizo mirar dos veces. Ya lo había visto una vez — Thor apareció en la parte posterior de Mycoples — pero aun así, la imagen le hizo quedar sin aliento. Especialmente porque esta vez, Gwendolyn montaba también en la parte posterior.

El corazón de Kendrick se aceleró al verlos bajar en picado y darse cuenta de lo que iba a suceder. Él sonrió ampliamente, levantó su espada por lo alto y fue a la carga rápidamente, dándose cuenta por primera vez que en este día la victoria, después de todo, sería de ellos.

*

Thor y Gwen volaban en la parte posterior de Mycoples, entrando y saliendo de las nubes, batiendo sus grandes alas más y más rápido, como le instaba él. Presintió el peligro abajo, hacia Kendrick y los demás; bajó en picado y atravesó las nubes. Ante él se abría una vista panorámica del paisaje: en medio de las colinas del Anillo, vio la vasta extensión de la división de Andrónico, corriendo hacia los hombres de Kendrick, en las llanuras.

Thor instó a Mycoples a bajar.

—¡Baja en picado!—, le susurró.

Ella bajó tan cerca del suelo que Thor casi podía bajar de un salto, después abrió su boca y arrojó fuego, el calor casi quemaba a Thor. Olas y olas de fuego rodaron a través de las llanuras, y surgieron los gritos de terror de los hombres del Imperio. Mycoples causaba una destrucción como nadie había visto antes, dejando kilómetros de campiña iluminada, y derribando a miles de los hombres de Andrónico.

Quien sobrevivía, se daba vuelta y huía. Thor dejaría a los otros para que Kendrick se encargara de ellos.

Thor se volvió hacia la ciudad y vio a miles de soldados del Imperio más adentro. Él sabía que Mycoples no podría maniobrar en un espacio tan reducido, con sus paredes empinadas y estrechas, y que sería demasiado

arriesgado aterrizar allí.

Thor vio a cientos de soldados apuntando al cielo con flechas y lanzas, y temía el daño que le harían a Mycoples a tan corta distancia. No le gustó en absoluto.

Sintió la Espada del Destino palpitando en su mano y sabía que ésta era una batalla que tendría que luchar él mismo.

Thor dirigió a Mycoples hacia la parte delantera de la ciudad, fuera de la enorme reja de hierro.

Al estar en la superficie, él se inclinó y susurró al oído de Mycoples: —La puerta. Quémala y del resto me encargaré yo—.

Mycoples se sentó allí y le graznó, agitando sus alas en actitud de desafío.

Evidentemente, ella quería quedarse con Thor, luchar a su lado dentro de la ciudad.

Pero Thor no le daría la oportunidad.

—Ésta es mi batalla—, insistió él. —Y necesito que lleves a Gwen a un lugar seguro—.

Mycoples parecía ceder. De repente, ella se inclinó de nuevo y arrojó fuego a la puerta de hierro, hasta que finalmente se derritió.

Thor se inclinó hacia Mycoples.

—¡Vamos!—, le susurró. —Lleva a Gwendolyn a un lugar seguro—.

Thor saltó de su espalda y al hacerlo, sintió que la Espada del Destino palpitaba en su mano.

—¡Thor!—, le gritó Gwen.

Pero Thor ya estaba corriendo hacia las puertas derretidas. Escuchó que Mycoples despegaba y sabía que estaba llevando a Gwen a un lugar seguro.

Thor corrió a toda velocidad a través de las puertas abiertas y hacia el patio, justo en el corazón de la ciudad, entre los miles de hombres. La Espada del Destino vibró en la mano de Thor como un ser viviente, llevándolo como si fuera más ligero que el aire. Todo lo que tenía que hacer era aguantar.

Thor sintió que su brazo y su muñeca y su cuerpo se movían, acuchillando y atacando en todas las direcciones, la espada sonando en el aire al cortar hombres como si fueran mantequilla, matando a docenas de ellos en un solo golpe. Thor giró y causó daño en todas las direcciones. Al principio, el Imperio intentó atacarlo también; pero después de que Thor atravesara los escudos, las armaduras y otras armas como si no estuvieran allí, después de que él matara a fila tras fila de hombres, se dieron cuenta de a qué se

enfrentaban: un torbellino de destrucción mágico, imparable.

La ciudad entró en caos. Los miles de soldados del Imperio se dieron vuelta y trataron de huir de la ciudad, para alejarse de Thor. Pero no había ningún lugar a dónde ir. Liderado por la Espada, Thor era demasiado rápido, como un rayo propagándose por la ciudad. Los soldados, llenos de pánico, corrieron hacia las murallas de la ciudad, hacia unos y otros, en estampida para salir.

Thor no les dejó escapar. Él corrió a través de todos los rincones de la ciudad, la Espada llevaba con él una velocidad como nadie había conocido, y cuando él pensó en Gwendolyn, y lo que Andrónico le había hecho a ella, mató a un soldado tras otro, exigiendo venganza. Era tiempo de rectificar los errores que Andrónico había causado en el Anillo.

Andrónico. Su padre. El pensamiento le quemaba como fuego. Con cada cuchillada de la Espada, Thor imaginaba matarlo, eliminando su ascendencia. Thor quería ser otra persona, provenir de otra persona. Quería un padre del cual estar orgulloso. Cualquiera, menos Andrónico. Y si mataba a bastantes de estos hombres, tal vez, sólo tal vez, podría librarse de él.

Thor luchó apabullado, girando para todos lados, hasta que finalmente se dio cuenta de que estaba dando cuchilladas a la nada. Él miró a su alrededor y vio que todos los soldados, cada uno de los miles de hombres de Andrónico, estaban en el suelo, muertos. La ciudad estaba llena de cadáveres. No había nadie más a quien matar.

Thor estaba solo en la plaza de la ciudad, respirando con dificultad, la Espada brillando en su mano, y ni un alma se movía.

Thor escuchó una ovación distante; reaccionó, salió corriendo por la puerta de la ciudad y vio a lo lejos, a los hombres de Kendrick, yendo a la carga, persiguiendo al resto del ejército, haciéndolos retroceder.

Mientras Thor salía corriendo por la puerta de la ciudad, Mycoples lo vio y descendió, esperando su regreso, Gwen estaba aún en su espalda. Thor montó al dragón, y una vez más se elevaron en el aire.

Volaron sobre el ejército de Kendrick y Thor los vio desde arriba, como hormigas debajo de él. Lo ovacionaron cantando victoria mientras volaba sobre ellos.

Finalmente estaban frente al ejército de Kendrick, frente a la gran masa de hombres y caballos y polvo. Más adelante estaban los restos dispersos de las legiones de Andrónico.

—Abajo—, susurró Thor.

Se zambulleron y llegaron a la parte posterior donde estaban los hombres de Andrónico, y al hacerlo, Mycoples escupió fuego, eliminando fila tras fila, la gran muralla de fuego avanzaba rápidamente. Surgieron gritos y pronto Thor aniquiló a la retaguardia entera.

Finalmente, no había nadie más a quién matar.

Ellos continuaron volando, cruzando las llanuras expansivas, Thor quería asegurarse de que no quedara nadie. A lo lejos, Thor vio la gran cordillera, las tierras altas, dividiendo el Este del Oeste. De aquí a las tierras altas y no quedaba un solo soldado del Imperio vivo. Thor estaba satisfecho.

Todo el Reino occidental del Anillo había sido liberado. Había sido suficiente matanza por un día. El sol comenzó a ponerse, y fuera lo que fuera que hubiera adelante, en el lado oriental de las tierras altas, podía quedarse allí, por ahora.

Thor dio vuelta en círculo y voló hacia Kendrick. El campo estaba debajo de él y pronto escuchó los gritos y aplausos de los hombres, mirando al cielo, vitoreando su nombre.

Descendió ante el ejército, desmontando y ayudando a Gwendolyn a bajar.

Ellos fueron recibidos por el enorme grupo, todos corriendo hacia adelante, con una gran ovación de victoria elevándose mientras los soldados presionaban de todos lados. Kendrick, Godfrey, Reece y sus otros hermanos de La Legión, Los Plateados — a todos los que Thor había conocido y querido, se abalanzaron para abrazarlo a él y a Gwendolyn.

Finalmente, todos estaban unidos. Finalmente, eran libres.

CAPÍTULO NUEVE

Andrónico irrumpió en su campamento y en un arranque de ira, estiró la mano y con sus largos dedos cortó la cabeza del joven soldado quien, para su gran desgracia, estaba parado cerca de él. Mientras marchaba, Andrónico decapitó a un soldado tras otro, hasta que finalmente sus hombres entendieron el mensaje y corrieron para mantenerse alejados de él. Debían haber imaginado que era mejor no estar cerca de él cuando estaba en un estado de ánimo como éste.

Los soldados se alejaron mientras Andrónico salía hecho una furia por su campamento de decenas de miles de hombres, todos manteniendo una sana distancia. Incluso sus generales se mantuvieron alejados y a salvo, caminando detrás de él, sabiendo que era mejor no acercarse cuando estaba así de molesto.

La derrota era una cosa. Pero una derrota como ésta — no tenía precedentes en la historia del Imperio. Andrónico nunca había experimentado una derrota antes. Su vida había sido una larga cadena de victorias, cada una más brutal y satisfactoria que la siguiente. No sabía qué se sentía ser derrotado. Ahora lo supo.

Y no le gustaba.

Andrónico repitió mentalmente una y otra vez lo que había sucedido, cómo es que las cosas habían salido tan mal. Apenas ayer parecía que su victoria era completa, que el Anillo era suyo. Él había destruido la Corte del Rey y había conquistado Silesia; había subyugado a todo los MacGil y humillado a su gobernante: a Gwendolyn; él había torturado a sus soldados de mayor rango en las cruces, ya había asesinado a Kolk y había estado a punto de matar a Kendrick y a los demás. Argon se había entrometido en sus asuntos, le había arrebatado a Gwendolyn antes de que él pudiera matarla, y Andrónico había estado a punto de corregir eso, de recuperarla y ejecutarla, junto con todos los demás. Había sido un día de victoria completa y de grandeza.

Y entonces todo había cambiado, rápidamente, para empeorar. Thor y el

dragón habían surgido en el horizonte como una mala aparición, había descendido como una nube y con sus grandes llamas y la Espada del Destino había conseguido acabar con divisiones enteras de soldados. Andrónico lo había presenciado todo a una distancia segura; tuvo el buen juicio de batalla de retirarse aquí, a este lado de las tierras altas, mientras sus exploradores continuaban llevándole reportes, durante todo el día, del daño que Thor y el dragón habían ocasionado. En el sur, cerca de Savaria, un batallón entero fue aniquilado; en la Corte del Rey y Silesia todo estaba igual de mal. Ahora todo el Reino Occidental del Anillo, que antes estuvo bajo su control, fue liberado. Era inconcebible.

Él se sentía ansioso al pensar en la Espada del Destino. Había ido tan lejos para alejarla del Anillo y ahora había regresado aquí y el Escudo se había activado otra vez. Eso significaba que estaba atrapado aquí con los hombres que tenía; podría irse, por supuesto, pero ya no podría conseguir más refuerzos adentro. Él estimaba que aún tenía medio millón de soldados aquí, en este lado de las montañas, más que suficiente para superar en número a los MacGil; pero contra Thor, la Espada del Destino y ese dragón, las cifras ya no importaban. Ahora las probabilidades, irónicamente, estaban en su contra. Era una posición en la que nunca había estado antes.

Como si las cosas no pudieran ponerse peor, sus espías también le habían llevado reportes de disturbios en casa, en la capital del Imperio, de que Rómulo se había confabulado para destronarlo.

Andrónico gruñó con furia mientras salía de su campamento, debatiendo sus opciones, buscando a alguien a quien culpar. Él sabía como comandante que lo más inteligente que podía hacer, tácticamente, sería retirarse y dejar el Anillo ahora, antes de que Thor y su dragón los encontraran, para salvar las fuerzas que él había dejado, abordar sus barcos y navegar de regreso hacia el Imperio en desgracia, para conservar su trono. Después de todo, el Anillo, era solamente una mancha en la enorme extensión del Imperio y todo gran comandante tenía derecho, por lo menos, a una derrota. Aún gobernaría un noventa y nueve por ciento del mundo, y sabía que debería estar más que satisfecho con eso.

Pero ése no era el estilo del gran Andrónico. Andrónico no era prudente ni conformista. Siempre había seguido sus pasiones, y aunque sabía que era arriesgado, no estaba dispuesto a abandonar este lugar, admitir la derrota, permitir que el Anillo se fuera de sus manos. Aunque tuviera que sacrificar

todo su Imperio, encontraría una manera de aplastar y dominar este lugar. Sin importar lo que costara.

Andrónico no podía controlar al dragón ni a la Espada del Destino. Pero a Thorgrin... eso era un asunto diferente. Era su hijo.

Andrónico se detuvo y suspiró ante la idea. Qué ironía: su propio hijo, era el último obstáculo para su dominación del mundo. De alguna manera, parecía ser apropiado. Era inevitable. Él sabía que siempre, la gente más cercana a uno, es la que más nos lastima.

Recordó la profecía. Había sido un error, por supuesto, dejar vivo a su hijo.

Era su gran error en la vida. Pero tenía un punto débil para él, aunque sabía que la profecía decía que eso podría llevarlo a su propio fin. Él había dejado vivir a Thor, y ahora había llegado el momento de pagar el precio.

Andrónico continuó irrumpiendo por el campamento, seguido por sus generales, hasta que finalmente llegó a la periferia y encontró una tienda más pequeña que los demás, una escarlata en un mar de negro y oro. Solamente había una persona que tenía la audacia de tener una tienda de color diferente, el único a quien sus hombres temían.

Rafi.

El hechicero personal de Andrónico, la criatura más siniestra que había conocido; Rafi había aconsejado a Andrónico a cada paso del camino, lo había protegido con su energía malévola, había sido más responsable por su ascenso que nadie. Andrónico odiaba dirigirse a él, reconocer lo mucho que lo necesitaba. Pero cuando se encontró con un obstáculo que no era de este mundo, una cosa de magia, siempre acudía con Rafi.

Cuando Andrónico se acercó a la tienda de campaña, dos seres malignos, altos y delgados, ocultos en mantos escarlata, con brillantes ojos amarillos que sobresalían detrás de las capuchas, lo miraron. Eran las únicas criaturas en todo este campamento que se atrevían a no hacer reverencia ante su presencia.

—Llamo a Rafi—, declaró Andrónico.

Las dos criaturas, sin girar, estiraron una mano y retiraron las solapas de la tienda.

Al hacerlo, salió un horrible olor dirigiéndose a Andrónico, haciéndolo retroceder.

Hubo una larga espera. Todos los generales se detuvieron detrás de Andrónico y observaron con expectación, al igual que todo el campamento,

quienes voltearon a ver. En el campamento hubo un gran silencio.

Finalmente salió de la carpa escarlata una criatura alta y delgada, del doble de alto de Andrónico, tan delgada como la rama de un olivo, vestido con una túnica escarlata muy oscura, con una cara invisible, escondido en la oscuridad de su capucha.

Rafi se quedó allí parado y observó, y Andrónico fue capaz de ver sólo sus ojos amarillos sin pestañear, mirando, incrustados en su piel demasiada pálida.

Sobrevino un silencio tenso.

Finalmente, Andrónico dio un paso adelante.

—Quiero que Thorgrin muera—, dijo Andrónico.

Tras un largo silencio, Rafi rió entre dientes. Era un sonido profundo y molesto.

—Padres e hijos—, dijo. —Siempre es lo mismo—.

Andrónico ardía por dentro, impaciente.

—¿Me puedes ayudar?—, dijo presionando.

Rafi se quedó allí parado, en silencio, demasiado tiempo, tanto, que Andrónico consideró matarlo. Pero él sabía que eso sería frívolo. Una vez, lleno de rabia, Andrónico había intentado apuñalarlo impetuosamente, y en el aire, la espada se había derretido en su mano. La empuñadura también había quemado su mano; le había tomado meses recuperarse del dolor.

Así que Andrónico se quedó parado, apretando los dientes y soportando el silencio.

Por último, debajo de la capucha, Rafi ronroneó.

—Las energías que rodean al muchacho son muy fuertes—, dijo Rafi lentamente.

—Pero todo el mundo tiene una debilidad. Él ha sido elevado con la magia. También puede descender con la magia—.

Andrónico, intrigado, dio un paso adelante.

—¿De qué magia hablas?—.

Rafi hizo una pausa.

—De un tipo que nunca has conocido—, respondió. —Es una clase reservada sólo para un ser como Thor. Él es tu problema, pero es más que eso. Es incluso más poderoso que tú. Si vive para ver el día—.

Andrónico enfureció.

—Dime cómo atraparlo—, exigió.

Rafi meneó la cabeza.

—Ésa fue siempre tu debilidad—, dijo. —Eliges atraparlo, no matarlo—.

—Primero lo atraparé—, contestó Andrónico. —Luego lo mataré. ¿Hay alguna manera de hacerlo o no?—.

Hubo otro largo silencio.

—Hay una manera de despojarlo de su poder, sí—, dijo Rafi. —Sin su preciosa espada y sin su dragón, será como cualquier otro muchacho—.

—Enséñame—, exigió Andrónico.

Hubo un largo silencio.

—Tiene un costo—, respondió Rafi, finalmente.

—Lo que sea—, dijo Andrónico. —Te daré lo que sea—

Hubo una risita sofocada larga y sombría.

—Creo que algún día llegarás a lamentarlo—, respondió Rafi. —Mucho, mucho—.

CAPÍTULO DIEZ

Mientras Rómulo marchaba por el sendero meticulosamente asfaltado, hecho de ladrillos de oro, que conducía hacia Volusia, la capital del Imperio, los soldados ataviados con sus mejores trajes, se pusieron en posición de firmes. Rómulo caminaba delante del resto de su ejército, reducido a unos cientos de soldados, abatido y derrotado por su episodio con los dragones.

Rómulo estaba furioso. Era la caminata de la vergüenza. Toda su vida había regresado victorioso, desfilaba como un héroe; ahora regresaba al silencio, a un estado de vergüenza, trayendo, en lugar de trofeos y prisioneros, soldados que habían sido derrotados.

Le quemaba por dentro. Había sido muy tonto de su parte ir tan lejos en busca de la Espada, atreverse a luchar con los dragones. Había sido llevado por su ego; debió haberlo imaginado. Había sido afortunado por el simple hecho de escapar, y en especial con cualquiera de sus hombres intactos. Aún podía escuchar los gritos de sus hombres, aún olía su carne carbonizada.

Sus hombres habían sido disciplinados y habían luchado valientemente, marchando a sus muertes bajo su mando. Pero después de que sus miles de soldados habían disminuido ante sus ojos a unos pocos cientos, sabía cuándo huir. Había ordenado una retirada apresurada, y el resto de sus fuerzas se había deslizado por los túneles, a salvo del soplo de los dragones. Se habían quedado bajo tierra y habían logrado ir de regreso a la capital, a pie.

Ahora estaban aquí, marchando por las puertas de la ciudad que se elevaban unos treinta metros hacia el cielo. Cuando entraron a esta legendaria ciudad, fabricada enteramente en oro, miles de soldados del Imperio entrecruzaban por todos lados, marchando en formaciones, revistiendo las calles, poniéndose en posición de firmes cuando él pasaba. Después de todo, no estando Andrónico, Rómulo era el líder de facto del Imperio y el más respetado de todos los guerreros. Es decir, hasta su derrota de hoy. Ahora, después de su derrota, no sabía cómo lo vería la gente.

La derrota no podría haber llegado en peor momento. Fue el momento

cuando Rómulo estaba preparando su golpe, preparándose para tomar el poder y expulsar a Andrónico. Mientras caminaba por esta pulcra ciudad, pasando por fuentes, jardines meticulosamente pavimentados, con sirvientes y esclavos por todas partes, se maravilló de que en lugar de regresar, como había previsto, con la Espada del Destino en sus manos, con más poder del que había tenido, regresaba en cambio con una posición de debilidad. Ahora, en lugar de ser capaz de reclamar el poder que era suyo por derecho, tendría que pedir disculpas ante el Consejo, con la esperanza de no perder su puesto.

El Gran Consejo. El pensar en ello lo hacía retorcerse por dentro. Rómulo no respondía a nadie, mucho menos a un Consejo formado por ciudadanos que nunca habían blandido una espada. Cada una de las doce provincias del Imperio enviaba a dos representantes, a dos docenas de líderes de todos los rincones del Imperio. Técnicamente, ellos gobernaban el Imperio; pero en realidad, Andrónico gobernaba como deseaba, y el Consejo hacía lo que él ordenaba.

Pero cuando Andrónico se había ido al Anillo, había dado al Consejo más autoridad que nunca; Rómulo supuso que Andrónico había hecho eso para protegerse y mantener vigilado a Rómulo, para asegurarse de tener un trono al cual regresar. Su movimiento había envalentonado al Consejo; ahora actuaban como si tuvieran autoridad real sobre Rómulo. Y Rómulo, por el momento, tenía que sufrir la humillación de tener que responder a estas personas. Todos eran compinches elegidos por Andrónico, gente que Andrónico había afianzado para asegurar que su reinado nunca acabara. El Consejo buscó cualquier excusa para fortalecer a Andrónico y debilitar cualquier amenaza hacia él — especialmente de Rómulo. Y la derrota de Rómulo les daba un comienzo perfecto.

Rómulo marchó hasta el brillante Capitolio; un edificio enorme, negro y redondo que se elevaba por lo alto hacia el cielo, rodeado de columnas de oro, con una cúpula dorada brillante. Ahí ondeaba el estandarte del Imperio, y sobre su puerta estaba la imagen de un león dorado con un águila en su boca.

Mientras Rómulo subía los cien escalones dorados, sus hombres esperaban en la base de la plaza. Caminó solo, subiendo los escalones del Capitolio de tres en tres, con sus armas sonando contra su armadura, conforme avanzaba.

Se necesitaba una docena de sirvientes para abrir las enormes puertas en la parte superior de los escalones, cada uno de quince metros de altura, hecho de oro reluciente con broches negros a lo largo, cada uno grabado con el sello

del Imperio. Ellos abrieron las puertas completamente y Rómulo sintió la fría corriente, erizando los pelos de su piel conforme caminaba hacia el sombrío interior. Las enormes puertas se cerraron detrás de él, y sintió, como siempre que entraba en este edificio, como si estuviera siendo sepultado.

Rómulo se pavoneó por los pisos de mármol, sus botas resonaban, apretaba la mandíbula, queriendo acabar con esta reunión y seguir con cosas más importantes. Él había oído el rumor acerca de un arma fantástica, justo antes de venir aquí y necesitaba saber si era cierto. Si fuera así, eso cambiaría todo, inclinaría la balanza totalmente a su favor. Si realmente existía, entonces todo esto — Andrónico, el Consejo — ya no significaría nada para él. De hecho, todo el Imperio finalmente sería suyo. Pensar en esa arma era lo único que mantenía a Rómulo confiado y seguro de subir otra serie de escalones, a través de otra serie de enormes puertas y finalmente hacia la sala redonda, donde estaba el Gran Consejo.

Dentro de esta enorme sala había una mesa negra circular, vacía en su centro, con un estrecho pasadizo para que entrara una persona. Alrededor estaban sentados los del Consejo, eran veinticuatro túnicas negras sentados con seriedad alrededor de la mesa, todos eran hombres de la tercer edad, con cuernos grises y ojos escarlata, escurriendo rojo, por los muchos años de edad. Era humillante para Rómulo tener que enfrentarse a ellos, tener que caminar a través de la estrecha entrada hacia el centro de la mesa, estar rodeado de las personas a las que tenía que dirigirse. Fue humillante ser forzado a girar a todos lados para abordarlos. Todo el diseño de esta habitación, esta mesa, era otra de las tácticas de intimidación de Andrónico.

Rómulo estaba parado allí en el centro de la sala, en silencio, quién sabe cuánto tiempo, ardiendo. Él estuvo tentado a salir, pero tenía que comprobarlo él mismo.

—Rómulo de la Legión de Octakin—, uno de los concejales anunció formalmente.

Rómulo se volvió y vio a un concejal delgado, de edad mayor, con las mejillas hundidas y pelo canoso, mirándolo con sus ojos escarlata. Este hombre era un compinche de Andrónico, y Rómulo sabía que él diría lo que fuera para granjearse el favor de Andrónico.

El viejo aclaró su garganta.

—Has vuelto a Volusia, derrotado. Caído en desgracia. Eres valiente al venir aquí—.

—Te has vuelto un comandante imprudente y precipitado—, dijo otro concejal.

Rómulo se dio vuelta y vio una mirada desdeñosa hacia él, desde el otro lado del círculo.

—Has perdido a miles de nuestros hombres en la búsqueda infructuosa de la Espada, en tu imprudente confrontación con los dragones. Le has fallado a Andrónico y al Imperio. ¿Qué tienes que decir?—.

Rómulo lo miró, desafiante.

—No me disculpo por nada—, dijo. —Recuperar la Espada era importante para el Imperio—.

Otro hombre mayor se inclinó hacia adelante.

—Pero no la recuperaste, ¿o sí?—.

Rómulo enrojeció. Mataría a ese hombre, si pudiera.

—Casi lo hice—, respondió finalmente.

—Casi no significa nada—.

—Nos encontramos con obstáculos inesperados—.

—¿Con dragones?—, comentó otro concejal.

Rómulo se dio vuelta para mirarlo.

—¿Qué tan temerario podrías ser?—, dijo el concejal. —¿Realmente creíste que podrías ganar?—.

Rómulo aclaró su garganta, su ira aumentaba.

—No. Mi objetivo no era matar a los dragones. Era recuperar la Espada—.

—Pero repito, no lo hiciste—.

—Peor aún—, dijo otro: —ahora has puesto a los dragones contra nosotros. Nos han llegado reportes de sus ataques por todo el Imperio. Iniciaste una guerra que no podemos ganar. Es una gran pérdida para el Imperio—.

Rómulo dejó de intentar contestar; él sabía que eso sólo llevaría más acusaciones y recriminaciones. Después de todo, eran hombres de Andrónico, y todos tenían una agenda.

—Es una lástima que el gran Andrónico no esté aquí para castigarte—, dijo otro concejal. —Estoy seguro de que no te dejaría vivo—.

Aclaró su garganta y se reclinó de nuevo.

—Pero en su ausencia, tenemos que esperar su regreso. Por ahora, estarás al mando del ejército para enviar legiones de barcos para reforzar al Gran

Andrónico en el Anillo. En cuanto a ti, serás degradado, despojado de tus armas y de tu rango.

Permanecerás en los cuarteles y esperarás más órdenes de nosotros—.

Rómulo lo miró, incrédulo.

—Alégrate de que no te ejecutemos ahora mismo. Ahora, vete—, dijo otro concejal.

Rómulo apretó sus puños, su cara se puso púrpura y miró a cada uno de los concejales. Se comprometió a matar a todos y cada uno de ellos. Pero se obligó a sí mismo a contenerse, diciéndose que ahora no era el momento. Era posible que recibiera alguna satisfacción al matarlos ahora, pero no lo llevaría a su objetivo final.

Rómulo se dio vuelta y salió furioso de la sala, sus botas resonaban, atravesando la puerta, mientras los sirvientes la abrían y luego se cerró de golpe detrás de él.

Rómulo salió del edificio del capitolio, bajando las cien escaleras doradas y hacia su grupo de hombres que lo esperaban. Dirigió a su segundo al mando.

—Señor—, dijo el general, haciendo una reverencia, —¿cuál es su orden?—.

Rómulo lo miró, pensando. Por supuesto que no podría obedecer las órdenes del Consejo; por el contrario, era el momento para desafiarlos.

—La orden del Consejo es que todos los barcos del Imperio que estén en el mar, regresen a nuestras costas de inmediato—.

Los ojos se abrieron de par en par.

—Pero, señor, eso dejaría al Gran Andrónico abandonado dentro del Anillo, sin forma de regresar a casa—.

Rómulo se dio vuelta y lo miró, con una mirada fría.

—Nunca me cuestiones—, respondió, con una voz de acero.

El general inclinó la cabeza.

—Por supuesto, señor. Perdóneme—.

Su comandante dio vuelta y se fue corriendo, y Rómulo sabía que iba a ejecutar sus órdenes. Era un soldado fiel.

Rómulo sonrió en su interior. Qué tonto había sido el Consejo al pensar que él podría acatar lo que dijeran ellos, que llevaría a cabo sus órdenes. Lo habían subestimado enormemente. Después de todo, no tenían a nadie para hacer valer su degradación y hasta que resolvieran eso, Rómulo, mientras

tuviera el poder, ejecutaría los comandos suficientes para impedirles ganar poder sobre él. Andrónico era genial, pero Rómulo lo era más.

Un hombre estaba parado en la periferia de la plaza, vestido con una túnica verde brillante, con su capucha hacia abajo, revelando una cara ancha amarilla y plana, con cuatro ojos. El hombre tenía manos delgadas, los dedos tan largos como el brazo de Rómulo y esperaba pacientemente. Él era un Wokable. A Rómulo no le gustaba lidiar con esa raza, pero en ciertas circunstancias se veía obligado a hacerlo — y ésta era una de esas veces.

Rómulo se acercó al Wokable, sintiendo lo escalofriante que era a varios metros de distancia, mientras la criatura lo miraba con sus cuatro ojos. Estiró la mano con uno de sus largos dedos y tocó su pecho. Rómulo quedó frío al sentir el contacto del dedo baboso.

—Hemos encontrado lo que nos ha enviado a buscar—, dijo la criatura. El Wokable hizo un gorgoteo extraño en la parte posterior de la garganta. —Pero le costará muy caro—.

—No pagaré nada—, dijo Rómulo.

La criatura hizo una pausa, como decidiendo.

—Debe venir solo—.

Rómulo lo pensó.

—¿Cómo sé que no estás mintiendo?—, preguntó Rómulo.

La criatura se inclinó y le hizo algo parecido a una sonrisa. Rómulo deseó que no lo hubiera hecho. Reveló cientos de dientes pequeños y afilados, en su mandíbula cuadrada.

—No lo sabrá—, dijo.

Rómulo lo miró a sus ojos. Él sabía que no debería confiar en esta criatura. Pero tenía que intentarlo. El premio que recibiría era demasiado grande para ignorarlo. Era el premio que Rómulo había estado buscando toda su vida: el arma mítica que, según la leyenda, podría desactivar el Escudo y permitirle cruzar el Cañón.

La criatura le dio la espalda y comenzó a alejarse, y Rómulo se quedó allí parado, mirando.

Finalmente, lo siguió.

CAPÍTULO ONCE

Gwendolyn montó en la parte posterior del Mycoples, detrás de Thor, sosteniéndolo firmemente, el viento corría por su pelo. Hacía frío, pero era muy refrescante. Ella estaba empezando a sentirse viva otra vez.

De hecho, Gwendolyn nunca se había sentido tan feliz como ahora. Todo se sentía bien en el mundo otra vez. Ella podía sentir a su bebé, dando patadas en su estómago y podía sentir su alegría por estar cerca de Thor. Gwen ardía de emoción de contarle a Thor las noticias, pero estaba esperando el momento perfecto. Y desde que ellos habían dejado la Torre del Refugio, no habían tenido un momento para hablar.

Había sido un torbellino de batallas y aventuras, los dos volando en Mycoples, Gwendolyn mirando con asombro cómo la bestia acababa con decenas de los hombres de Andrónico. No sentía piedad por ellos. Por el contrario, se sentía satisfecha, sentía que su deseo de venganza se cumplía lentamente. Con cada soldado del Imperio que mataron, con cada ciudad y pueblo que liberaron, sintió que lo injusto se convertía en justo. Después de todas las derrotas, después de ver a su patria destruida, se sentía bien tener finalmente la victoria.

Después de liberar Vinesia, Kendrick y sus hombres comenzaron a regresar a Silesia. Gwendolyn y Thor decidieron volar solos de regreso y reunirse con ellos allí. Con Mycoples, iban mucho más rápido que en los caballos y tenían tiempo de sobra. Thor había dirigido a Mycoples para llevarlos en un viaje aéreo al Reino Occidental. Mientras volaban, Gwen miró hacia abajo con satisfacción al ver a decenas de los hombres de Andrónico aniquilados, revistiendo el suelo por todos lados, desde las Tierras Altas hasta el Cañón. Ella se sintió aliviada al ver que el Reino Occidental, era completamente libre.

Por supuesto, la mitad del ejército del Imperio permanecía en el otro lado de las Tierras Altas, pero Gwendolyn no estaba preocupada por eso ahora. Al ver el tremendo daño que Thor había infligido en este día, era obvio que

podrían aniquilar al resto de los hombres de Andrónico en otro día. Andrónico no tendría otra opción ahora sino rendirse, o morir derrotado.

Por primera vez en quién sabe cuánto tiempo, ya no había necesidad de preocuparse. Era hora de celebrar. Mycoples batió sus alas grandes y Gwendolyn la observó con asombro, no podía creer que estaba volando en la parte posterior de un dragón.

Ella se aferró a Thor mientras daban un paseo romántico a lo largo del Anillo, mirando hacia las montañas y los valles y colinas, viéndolos por primera vez desde esta perspectiva. Llegaron al Cañón y a lo lejos se podía ver el amarillo brillante del Tartuvio en el horizonte. Se dieron vuelta y volaron por el borde del Cañón y quedaron sin aliento al verlo desde esta perspectiva, sus remolinos de nieblas brillando en los atardeceres. Parecía tan grande como el mundo.

Se dieron vuelta y se dirigieron a Silesia, y el corazón de Gwen se agitó ante la idea de reunirse con toda su gente. Antes de la llegada de Thor, ella había estado muy nerviosa para volver, para enfrentarse a su gente. Pero ahora ya no sentía vergüenza; por el contrario, se sentía llena de alegría e incluso de orgullo. Por fin, había asimilado las sabias palabras de Argon, y finalmente se dio cuenta de que lo que le ocurrió no tuvo nada que ver con quién era ella, que eso lo la definía. Tenía toda una vida por delante, y ella tenía el poder de elegir si vivía feliz o dejaba que su vida se arruinara. Ella había decidido vivir. Esa fue la mejor venganza. No permitiría que nada la abatiera.

Todos los colores brillaban en la niebla, y fue el viaje más romántico que había hecho, como nunca imaginó. Ella estaba, sobre todo, encantada de compartir esto con Thor. No podía esperar hasta que aterrizaran, hasta que finalmente tuvieran tiempo para estar solos, para darle la noticia increíble de que estaba embarazada.

Ella se dio cuenta de que Thor también tenía algo que decirle, y no podía dejar de preguntarse si iba a proponerle matrimonio. Ella sonrió al pensar en eso, atolondrada de emoción. No había nada en el mundo que ella quisiera más.

Volaron sobre la Corte del Rey y Gwendolyn se sintió descorazonada al ver lo que quedaba de esta gloriosa ciudad, sus muros carbonizados, las casas abandonadas, las fuentes y estatuas derrumbadas. Pero al menos sus paredes todavía estaban de pie; estaban carbonizadas y desmoronándose en ciertos lugares, pero no se habían derrumbado. Gwen se sintió decidida, con un

propósito en la vida. Se prometió a sí misma que reconstruiría la Corte del Rey. La haría mejor de lo que había sido alguna vez, incluso en el tiempo en que vivió su padre. Sería un bastión brillante de esperanza, un faro para que todos lo vieran. Verían que el Anillo había sobrevivido y que continuaría sobreviviendo durante siglos.

Volaron todavía más lejos hacia el norte y finalmente, apareció Silesia a la vista, con su brillante piedra roja elevándose por lo alto, brillando en el horizonte. Sus ciudades superiores e inferiores podían verse incluso desde aquí, y el corazón de Gwen se aceleró cuando vio a Kendrick y todos los hombres regresando victoriosos, llenando las puertas de la ciudad y hacia la gran plaza de la ciudad.

Thor instó a Mycoples y bajaron, aterrizando justo en el centro de la ciudad. Al hacerlo, se oyó una gran ovación entre los hombres, y Mycoples arqueó su cuello y graznó con orgullo.

Thor desmontó, luego tomó de la mano a Gwen y la ayudó a bajar, y cuando sus pies tocaron la tierra, se encontraron con los aplausos de miles de personas.

La gran multitud extasiada agitaba sus sombreros y coreaban los nombres de Thor y de Gwendolyn. Ella pudo ver el amor y la devoción en todas sus caras cuando se abalanzaron a ellos y los abrazaron. Se dio cuenta de que estaban encantados de tenerla de vuelta. Y la sensación llenó de felicidad su corazón. Ella creía que podrían mirarla con vergüenza o decepción. Ella había estado muy equivocada. Todavía la querían tanto como siempre lo habían hecho; tal vez aún más.

Gwen se sentía en casa otra vez. Este era su lugar, aquí, con estas personas, ayudándolos. No en la Torre del Refugio, aislándose del mundo. Ella necesitaba abrazar al mundo. Argon había tenido razón.

—¡Mi hermana!—, se oyó una voz.

El corazón de Gwen se aceleró cuando volteó para ver a su hermano menor, Reece, de pie ante ella, vivo. Había logrado regresar de su misión en el Imperio.

Ella no esperaba verlo de pie delante de ella otra vez.

Se abalanzó y la abrazó y ella también lo abrazó. Parecía mayor, más fortalecido, más maduro.

—Estoy tan feliz de que estés vivo—, dijo ella.

El estado de ánimo en el aire era más que festivo, más que jovial — había

euforia. Era como si todos los que estaban allí, hubieran vuelto a nacer. Abrazó a su hermano Godfrey, a su hermano Kendrick y luego una persona tras otra subió y la abrazaron, había un sin fin de simpatizantes. Mientras estaba allí parada al lado de sus hermanos, no podía evitar pensar en su padre y en sus otros hermanos. Estaban aquí parados, ella, Kendrick, Godfrey y Reece, cuatro de los seis hermanos.

Gareth había estado perdido para todos ellos. Y Luanda, como siempre, estaba alejada, parecía que no podía superar su envidia hacia Gwendolyn. Pero al menos estaban ellos cuatro, y se sintió más cerca que nunca de Kendrick y Godfrey y Reece. Finalmente, sentía que todos eran una familia unida. Era irónico que tuviera que suceder después de que su padre había fallecido.

La reunión se convirtió en una gran celebración, todos los silesios liberados estaban felices por estar vivos, por estar lejos del yugo de Andrónico. Godfrey no perdió el tiempo: dirigió a un grupo de hombres, con la ayuda de Akorth y Fulton, hacia las tabernas ocultas, y pronto empezaron a rodar los barriles de cerveza en el patio. Los gritos y aplausos se elevaban entre todos los ciudadanos, y Gwendolyn sintió que era levantada sobre los hombros de alguien. Estaba muy arriba en el aire, gritando de alegría, mientras colocaban a Thor sobre los hombros de alguien, al lado de ella. Hubo otro gran grito y ovación, mientras los dos desfilaban por toda la ciudad. Aparecieron los músicos, haciendo sonar los címbalos, tocando flautas y trompetas y tambores, tocando las canciones tradicionales, felices. La gente se puso a bailar.

Bajaron a Gwendolyn y Thor la encontró, entrelazando sus brazos con los de ella y dándole vueltas, en su danza tradicional. Gwen gritó riendo mientras él le daba vueltas, primero en una dirección, luego en otra, los dos bailando entre miles de personas, girando alocadamente, entrelazando los brazos y después soltándose. Cambiaron de pareja, y Gwen se encontró entrelazando brazos con Godfrey, luego con Kendrick, después con Reece, luego con Elden, con O'Connor, con Srog, y luego de vuelta con Thor.

Todos bailaron y bailaron mientras el sol comenzaba a ocultarse, llenando el aire de aplausos, mientras pasaban las botas de vino, con jarras de cerveza espumosas. La gente bebía y cantaba y vitoreaba y bailaba un poco más, y para sorpresa de Gwen, Silesia se llenó otra vez con los sonidos de la alegría y la risa.

Mientras el cielo oscurecía, se encendían antorchas por todas partes, iluminando la noche y el baile y la celebración continuaba como si el día apenas comenzara. Gwen vio que llevaban un escenario improvisado, un gran tablón de madera sobre ruedas, como de tres metros. Al llegar al centro de la plaza, su hermano Godfrey saltó sobre él con un grito, acompañado de Akorth y Fulton y de varios amigos más de Godfrey que ella reconocía de las tabernas. Todos subieron al escenario con jarras de cerveza en ambas manos, bebiendo mucho, ante los gritos y vítores de miles de personas.

La multitud se reunió alrededor mientras Godfrey y Akorth y Fulton se acercaban y se dirigían a ellos.

—Creo que es hora de una obra de teatro, mis queridos hermanos y hermanas, ¿no lo creen?—, dijo Godfrey.

Hubo un gran grito de aprobación como respuesta.

—Pero mi señor, ¿de qué tratará la obra?—. Dijo Akorth con una voz exagerada de un mal actor. Gwendolyn se rió.

—Yo digo... ¡que la obra sea acerca de Andrónico!—, intervino Fulton.

Hubo abucheos de la multitud borracha y escandalosa.

—¿Y quién lo personificará?—, dijo Godfrey.

—Como yo soy el más alto y más gordo de todos, creo que el papel lo haré yo—, respondió Akorth, inclinándose hacia adelante y con el ceño fruncido hacia la multitud, con una mirada exagerada, burlándose de Andrónico.

La multitud rugía de placer y Gwendolyn se rió con ellos. Se sentía tan bien reír. Ella sentía una liberación de todas sus emociones reprimidas, viendo las caras exageradas de los malos actores, todos ellos burlándose de Andrónico juntos. Se sentía segura otra vez, sentía que ya no estaba sola, como si todos estuvieran juntos en esto. Se sentía tan bien estar viva y libre de nuevo, y burlarse de sus preocupaciones hacía que todo pareciera insustancial.

Thor apareció a su lado, deslizó un brazo alrededor de su cintura y la jaló con fuerza, riendo con ella. Le encantaba la sensación de la mano de él en su estómago; le hacía pensar en su hijo. Al ver el sol ocultarse frente a esta ciudad antigua, de color rojo brillante, quería congelar este momento de alegría y de risas, de hacer que nunca acabara. Finalmente, todo estaba bien en el mundo. Sólo deseaba que esto se quedara así por siempre.

*

Reece rió efusivamente mientras estaba allí en la multitud, al lado de sus

hermanos de la Legión, Thor, Elden, O'Connor y Conven y veía a Godfrey y a Akorth y a Fulton en el escenario. Había sido la primera vez que había reído no sabía en cuánto tiempo, y no podía evitar dejar de reír mientras observaba a Akorth imitando a Andrónico.

—¡Creo que interpretaré el papel de McCloud!—, dijo Fulton al público.

Todos lo abuchearon, y Fulton ocultó su rostro en sus manos, y luego sacó un pañuelo y cubrió uno de sus ojos con un parche.

—Ah, lo olvidaba, ¡ahora me falta un ojo!—, gritó, burlándose de McCloud y toda la multitud rió a carcajadas.

—¡Los MacGil me han vencido, así que sin otra esperanza, me uniré a Andrónico!—, gritó Fulton. Él corrió por el escenario y entrelazó los brazos con Akorth y juntos caminaron pavoneándose por el escenario, tropezando uno con el otro, ante las carcajadas.

—¡Entonces será más fácil matarlos a los dos!—, gritó Godfrey, corriendo hacia adelante con una espada falsa y apuñalando a cada uno de ellos.

La multitud rugió y gritó en aprobación, mientras Akorth y Fulton se desplomaban en el escenario; todos los otros actores saltaron, fingiendo apuñalarlos.

Reece se rió con los demás, mientras la cerveza se le subía a la cabeza. Después de tantos meses de viaje, se sentía muy bien estar en casa. Después de todas las penurias que pasaron en el Imperio, una parte de él nunca había esperado volver a casa con vida, y estaba todavía en shock. Estaba tan acostumbrado a estar en un ambiente hostil, a estar en modo de batalla, que se sentía genial tener una noche para descansar, sin tener que preocuparse de ser atacado.

Pero mientras sus amigos se carcajaban y veían la obra, fascinados, Reece estaba distraído. Tenía otras preocupaciones en su mente, y se apartó del grupo, observando a la multitud, como lo hacía desde que regresó, buscando alguna señal de la mujer que ocupaba sus pensamientos.

Selese.

Desde que había regresado al Anillo, Reece no había podido pensar en otra cosa. Recordó que ella vivía en una pequeña aldea no lejos de aquí, pero también había escuchado los informes y sabía que todos esos pueblos habían sido atacados.

Sabía que la mayoría de los aldeanos habían muerto; sin embargo, también había escuchado que algunos habían escapado y habían logrado llegar aquí, a

Silesia, buscando refugio. Él oró para que ella estuviera entre los supervivientes, que de alguna manera se hubiera salvado, que estuviera aquí con los demás, y que todavía se acordara de él.

Sobre todo, esperaba que se preocupara por él, aunque fuera un poquito de lo mucho que él se preocupaba por ella.

Pensar en Selese le había sostenido a lo largo de su misión, y juró que si alguna vez regresaba vivo, la encontraría, que le diría cuánto le importaba. Ahora que estaba en casa, sentía que no tenía tiempo que perder.

Reece se apresuró a través de la multitud, buscando entre todos los rostros, ansioso por tener alguna señal de ella. Pero sin importar cuánto buscara, dando tumbos a través de las filas de gente, no veía rastro de ella.

Se sintió descorazonado mientras se abría paso a través de miles de personas, pululando entre ellos. Como el cielo se oscurecía más, era todavía más difícil descifrar los rostros brillando en la tenue luz de las antorchas. Todos empezaron a verse borrosos después de un tiempo.

Reece empezó a sentirse desesperado. Selese probablemente no había sobrevivido, se dijo a sí mismo. Y aunque así fuera, era probable que no estaría interesada en él.

El olor de comida llenó el aire, y Reece se volvió para ver las largas mesas para el banquete que eran llevadas en filas, colmadas con todo tipo de carnes y quesos y manjares. Mientras los sirvientes las colocaban, la multitud bajaba hacia ellas.

Reece, con el estómago gruñendo, deambuló, agarró un pedazo de carne y lo partió. No se había dado cuenta de lo hambriento que estaba, y devoró una pata de pollo y un puñado de papas, y dio un largo trago a su tarro de cerveza, sintiéndose rejuvenecido.

Reece se quedó allí, con la mirada perdida, sin ver realmente la obra y preguntándose qué habría sido de Selese.

De repente, sintió un golpecito en el hombro.

Reece se dio vuelta, y su corazón se detuvo.

Ahí parada, con una sonrisa en los labios, estrechando sus manos nerviosamente y mirándolo, con inseguridad, estaba la mujer más bella que jamás había visto.

Selese.

Allí estaba ella, mirándolo con tanto amor en sus ojos chispeantes, con el encanto en su cara al verlo.

Reece, que estaba desprevenido, tuvo que parpadear varias veces, preguntándose si era real o sólo producto de su imaginación.

—Te he estado buscando por todas partes—, dijo ella. —Encontré a tus hermanos de La Legión y ellos me dijeron que podría encontrarte en la mesa del banquete—.

—¿Eso dijeron?—, preguntó Reece, mirando todavía a sus ojos sonrientes, casi sin poder hablar. Él quería decirle muchas cosas a la vez, cuánto la amaba, cómo es que nunca había dejado de pensar en ella.

Pero se quedó ahí parado, lleno de nerviosismo. No salían las palabras.

Mientras él estaba ahí parado, en silencio, ella empezó a verse insegura, como si se preguntara si él estaba interesado siquiera en hablar con ella.

—He querido hablar contigo desde que te fuiste de mi pueblo—, dijo ella. —Traté de encontrarte, y me enteré de que te habías ido—.

—Sí, al Imperio—, dijo Reece. —En busca de la Espada. Acabamos de regresar. No pensé que volvería—.

—Me alegro que hayas regresado—, dijo ella.

Él la miró, sorprendido.

—¿Por qué?—, preguntó él. —Pensé que cuando estabas en la aldea, me habías dicho que no te gustaba—.

Ella aclaró su garganta y la preocupación cruzó por su mente.

—Pensé mucho en lo que me dijiste. En cuánto me amas. En que te dije que era una locura—.

Él la miró, asintiendo con la cabeza.

—Pero la cosa es que no quise decir eso—, añadió ella. —No estás loco. Eso que sentiste, yo también lo siento. Verás, no he venido a Silesia buscando seguridad.

Vine a buscarte—.

Reece sintió alegría en su corazón cuando escuchó sus palabras, apenas era capaz de digerirlas. Ella estaba diciendo las mismas cosas que él había tenido en su mente.

Levantó una mano y la pasó a lo largo de su mejilla.

—En mi misión, solamente pensé en ti—, dijo él. —Eres lo que me ha sostenido—.

Ella sonrió, con un brillo en sus ojos.

—Rezaba todos los días para que regresaras a salvo—, dijo ella.

La música volvió a escucharse y las parejas empezaron a bailar con el

sonido del arpa y la lira.

Reece sonrió y extendió una mano.

—¿Bailas conmigo?—, preguntó.

Ella miró hacia abajo y sonrió y puso su mano en la de él. Era la sensación más suave de su vida, y sus dedos se sentían electrificados con el tacto.

—Nada me encantaría más—.

CAPÍTULO DOCE

Luanda estaba parada debajo de la luz de las antorchas, contra la pared de piedra en la periferia del patio de Silesia, viendo las fiestas, estando furiosa. Allí estaba su hermana, Gwendolyn, en el centro de todo, como siempre había estado desde que eran niñas, siendo adorada por todos. Era como si hubiera ido creciendo: ella, Luanda, la mayor, había sido ignorada por su padre, quien había derramado todo su afecto a su hija menor. Su padre había tratado a Luanda, como si apenas existiese. Él siempre había reservado lo mejor de todo para Gwendolyn.

Especialmente su amor.

Luanda ardía al pensar en eso ahora, mientras veía a Gwendolyn, la encantadora, y eso le traía recuerdos. Ahora estaban aquí, muchos años después, con su padre muerto y Gwendolyn aún era el centro de todo, todavía era quien era celebrada, adorada por todos. Luanda nunca había sido muy buena para hacer amigos, nunca había tenido el carisma o personalidad o alegría natural por la vida que tenía Gwendolyn. No tenía la bondad ni la gracia; no tenía esos dones.

Pero a Luanda no le importaba. En lugar de la bondad y encanto y dulzura de Gwendolyn, Luanda tenía una ambición absoluta, incluso era agresiva cuando lo requería. Ella exhibía todas las cualidades agresivas de su padre, mientras Gwendolyn mostraba toda la dulzura. Luanda no se disculpaba por ello; en su opinión, así era como la gente salía adelante. Ella podía ser franca y directa e incluso mala, cuando tenía que serlo. Ella sabía lo que quería y hacía lo que se necesitaba, sin importar quién o qué se interpusiese en su camino. Y por eso, ella siempre había pensado que la gente la admiraría y respetaría.

Pero en cambio, había acumulado una larga lista de enemigos en el camino — a diferencia de Gwen, que tenía un millón de amigos, que nunca había buscado nada, y sin embargo había logrado conseguirlo todo. Luanda vio a una persona tras otra ovacionando a Gwendolyn, subiéndola sobre sus hombros, la

vio con Thorgrin, su compañero perfecto, mientras que ella estaba aquí, con Bronson, un McCloud, mutilado por el ataque de su padre. No era justo. Su padre la había tratado como a un mueble, la había casado con un McCloud para promover sus ambiciones políticas. Ella debería haberse negado. Ella debería haberse quedado aquí, en su casa, y debería haber sido quien heredara la Corte del Rey cuando murió su padre.

No estaba dispuesta a renunciar, a dejarlo pasar. Ella quería lo que tenía Gwendolyn. Ella quería ser reina, aquí en su propia casa. Y ella conseguiría lo que quería.

—La tratan como si fuera una reina—, le dijo Luanda a Bronson, quien estaba parado a su lado. Se quedó ahí parado, tontamente, como un plebeyo, con una sonrisa en su rostro y una jarra de cerveza en la mano, y ella lo odiaba. ¿Por qué tenía que estar tan contento?

Bronson se dirigió a ella, molesto.

—Ella es una reina—, dijo. —¿Por qué no habrían de hacerlo?—.

—Deja ese tarro y basta de celebrar—, le ordenó ella, necesitando descargar su ira con alguien.

—¿Por qué habría de hacerlo?—, le contestó él. —Estamos celebrando, después de todo. Deberías probarla — no te hará daño—.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Eres un estúpido desperdicio de hombre—, le regañó. —¿No te das cuenta de lo que esto significa? Mi hermana es ahora la reina. Ahora todos tendremos que responderle a ella. Incluyéndote—.

—¿Y qué tiene de malo?—, preguntó él. —Ella parece ser bastante agradable—.

Ella gritó, estiró la mano y empujó a Bronson.

—Nunca entenderás—, sentenció ella. —Yo, por mi parte, voy a hacer algo al respecto—.

—¿Hacer qué?—, preguntó él. —¿A qué te refieres?—.

Luanda se dio vuelta y comenzó a irse furiosa, y Bronson corrió a alcanzarla.

—No me gusta la mirada en tus ojos—, dijo él. —Conozco esa mirada. No conduce a nada bueno. ¿Adónde vas?—.

Ella lo miró, impaciente.

—Voy a hablar con mi madre, la ex reina. Aún tiene mucho poder. De todas las personas, ella debe entender. Yo soy su primera hija, después de

todo. El trono merece ser mío. Ella hará que sea para mí—.

Se volvió para irse, pero sintió una mano fría en su brazo, mientras Bronson la detenía y la miraba. Ahora ya no estaba sonriendo.

—Eres una tonta—, le dijo con frialdad. —No eres la mujer que conocí. Tu ambición te ha cambiado. Tu hermana ha sido más que amable con nosotros. Nos recibió cuando huimos de los McCloud, cuando no teníamos adónde ir. ¿No te acuerdas? Confió en nosotros. ¿Regresarías el favor de esa manera? Ella es una persona amable y una reina inteligente. Fue elegida por tu padre. Ella. No tú. Sólo harías el ridículo al entrometerte en los asuntos de la Corte del Rey—.

Luanda lo fulminó con la mirada, a punto de explotar.

—Ya no estamos en la Corte del Rey—, dijo ella. —Y los asuntos de los que hablas — son mis asuntos. Soy una MacGil. La primera MacGil—. Ella levantó un dedo y lo clavó en su pecho. —Y no vuelvas a decirme qué hacer otra vez—.

Con eso, Luanda se dio la vuelta y corrió hacia el patio, bajando los escalones hacia la parte baja de Silesia, decidida a encontrar a su madre y a destituir a su hermana de una vez por todas.

*

Luanda salió hecha una furia por los pasillos del castillo en la parte baja de Silesia, serpenteando más allá de los guardias hasta que finalmente llegó a la habitación de su madre. Sin tocar a la puerta ni avisar a los ayudantes, ella entró.

La ex reina estaba ahí sentada, de espaldas a Luanda, en una alta silla de madera, flanqueada por dos asistentes y Hafold, mirando por una pequeña ventana en la oscuridad de la noche. A través de la ventana, Luanda podía ver todas las antorchas alineadas en la parte baja de Silesia, mil chispas de luz y podía oír los gritos lejanos de la celebración.

—Nunca aprendiste a tocar, Luanda—, le dijo su madre inexpresivamente.

Luanda se detuvo de golpe, sorprendida de que su madre supiera que era ella.

—¿Cómo sabías que era yo?—, preguntó Luanda.

Su madre meneó la cabeza, todavía de espaldas a ella.

—Siempre has tenido cierta forma en tu andar. Demasiado apresurado. Demasiado impaciente. Como tu padre—.

Luanda frunció el ceño.

—Deseo hablar contigo en privado—, dijo.

—Eso nunca trae nada bueno, ¿verdad?—, replicó su madre.

Tras un largo silencio, finalmente su madre agitó su mano; sus dos asistentes y Hafold se fueron, cruzando la habitación y cerrando la puerta de roble detrás de ellos.

Luanda se quedó ahí parada en silencio y luego avanzó hacia adelante, caminando al otro lado de la silla de su madre, decidida a enfrentarse a ella.

Se quedó parada frente a ella y miró hacia abajo y se sorprendió al ver cuánto había envejecido su madre, se había acabado, desde la última vez que la vio. Estaba sana otra vez desde el envenenamiento, pero se veía mucho más grande que nunca. Sus ojos tenían una falta de vida, como si una parte de ella hubiera muerto hacía mucho tiempo, con su esposo.

—Estoy feliz de verte otra vez madre—, dijo ella.

—No, no es cierto—, contestó su madre, mirándola de modo inexpresivo, con frialdad. —Dime qué es lo que quieres de mí—.

Luanda se sentía irritada por ella, como siempre.

—¿Quién dice que quiero algo de ti que no sea saludarte y desearte lo mejor?

Después de todo, soy tu hija. Tu hija primogénita—.

Su madre parpadeó.

—Siempre has querido algo de mí—, dijo su madre.

Luanda apretó la quijada, preparándose. Ella estaba perdiendo el tiempo.

—Quiero justicia—, dijo Luanda, finalmente.

Su madre hizo una pausa.

—¿Y qué tipo de justicia quieres?—, preguntó cuidadosamente su madre.

Luanda dio un paso al frente, decidida.

—Yo quiero el trono. El reinado. El título y el rango me lo ha arrebatado mi hermana. Es mío por derecho. Soy la hermana mayor. Ella no. Yo nací primero. No es justo. No me han tomado en cuenta—.

Su madre suspiró, impasible.

—Nadie te ignoró. Se te dio la primera elección de matrimonio. Elegiste a un McCloud. Elegiste dejarnos, tener tu propio reino en otro lugar—.

—Mi padre eligió a McCloud para mí—, respondió Luanda.

—Tu padre te preguntó. Y tú lo elegiste—, dijo la reina. —Elegiste ser la reina en una tierra lejana, en lugar de quedarte con tu gente. Si hubieras

elegido lo contrario, ahora serías la reina. —Pero no lo eres—.

Luanda se sonrojó.

—¡Pero eso no es justo!—, insistió. —¡Yo soy mayor que ella!—.

—Pero tu padre la amaba más—, dijo simplemente su madre.

Las palabras le atravesaron como una daga y el cuerpo entero de Luanda se enfrió. Finalmente, ella sabía que su madre había dicho la verdad.

—¿Y a quién amaste más tú, mamá?—, preguntó Luanda.

Su madre la miró, sostuvo su mirada por un largo tiempo, inexpresiva, como analizándola

—A ninguna de las dos—, dijo finalmente. —Fuiste demasiado ambiciosa por tu propio bien. Y Gwendolyn...— Pero su madre siguió con una expresión de perplejidad.

Luanda tembló.

—No quieres a nadie, ¿verdad?—, le preguntó. —Nunca quisiste a nadie. Eres solo una mujer vieja, sin amor—.

Su madre sonrió de nuevo.

—Y tú no tienes poder—, le respondió. —O no visitarías a una mujer vieja, sin amor—.

Luanda avanzó, exaltada.

—¡Te exijo que me des mi trono! ¡Ordénale a Gwendolyn que me entregue el poder!—.

Su madre se rió.

—¿Y por qué habría de hacerlo?—, preguntó. —Es mejor reina de lo que tú podrías ser—.

Luanda enrojeció y sintió que todo su cuerpo ardía.

—Vas a lamentar esto, madre—, dijo furiosa, con su voz llena de rabia.

Luanda se dio vuelta y salió furiosa de la habitación y lo último que escuchó antes de azotar la puerta fueron las últimas palabras de su madre, atormentándola: —Cuando llegues a mi edad—, dijo ella, —te darás cuenta de que quedan pocas cosas en la vida que no lamentas—.

CAPÍTULO TRECE

Thor estaba parado sombríamente al lado de sus hermanos de La Legión — Reece, Elden, O'Connor y Conven, junto con la otra docena de soldados de La Legión que sobrevivieron a la invasión de Andrónico — todos ellos alineados, sosteniendo antorchas. Por la noche, las festividades llegaban a su fin; ellos se quedaron parados entre una gran multitud en la plaza de la ciudad, Gwen frente a ellos mientras un pesado silencio vencía a la multitud. Detrás de él se erigió una hoguera funeraria. Era de tres metros y medio de altura y de treinta metros de ancho, y en ella estaban todas las valientes almas que habían sido asesinadas por los hombres de Andrónico.

Thor se había enterado de manera dolorosa, que entre ellos estaban su ex comandante Kolk, junto con docenas de sus hermanos de La Legión y de Los Plateados. Pesaba mucho en su corazón, pensar que todos estos valientes guerreros habían muerto defendiendo el Anillo, mientras que él no había regresado a tiempo para ayudarlos. Si hubiera encontrado antes la Espada, pensó, quizás nada de esto habría sucedido.

Gwendolyn había llamado para este servicio fúnebre, en medio de las celebraciones, para marcar y recordar a los muertos, a todos aquellos que habían caído defendiendo la ciudad. Thor estaba tan orgulloso de ella, ahí parada, ante miles de personas, todos mirándola con esperanza, todos mirándola como su líder.

Ella inclinó su cabeza y miles de personas hicieron lo mismo. En el espeso silencio, todo lo que se oía era el parpadeo de las antorchas y el aullido del viento.

En la expresión sombría de ella, Thor pudo ver su propio sufrimiento en su cara.

Ella verdaderamente empatizaba con aquellos que sufrían, y Thor sabía que cualquier palabra que ella estuviera a punto de pronunciar, no estaría vacía.

—En medio de nuestra mayor alegría—, Gwendolyn empezó a decir con

seriedad, con un vozarrón, con la voz de una lideresa, —debemos hacer una pausa para honrar nuestra mayor tragedia. Estas valientes almas dieron sus vidas para defender a nuestro país, a nuestra ciudad, a nuestro honor. Ustedes pelearon uno junto al otro con ellos. Fuimos los afortunados en sobrevivir. Ellos no—.

Ella respiró.

—Que sus almas sean tomadas por los dioses, y que hagamos un lugar para cada uno de ellos en nuestra memoria. Lucharon por una causa que nosotros continuamos. El Imperio todavía permanece dentro de nuestras fronteras y cada uno de nosotros debe luchar a muerte hasta que expulsemos a los invasores de nuestro precioso Anillo para siempre—.

—¡ESO, ESO!—, gritó la multitud al unísono, el canto de miles se elevaban en el aire de medianoche.

Ella giró y sostuvo su antorcha por lo alto, y Thor la siguió con los demás. Con seriedad se acercaron a la pira, luego cada uno se inclinó hacia adelante y pusieron sus llamas en la madera.

En momentos las llamas se extendieron en toda la noche, creando una hoguera masiva e iluminando la plaza de la ciudad. Las llamas se levantaron por lo alto en la fría noche y Thor pudo sentir el calor incluso desde allí. Se forzó a sí mismo a no retroceder, se forzó a mirar el fuego, a recordar a todos los hermanos que había perdido, a recordar a Kolk. Él le debía mucho a Kolk: él lo había aceptado en la Legión, aunque a regañadientes y había ayudado a entrenarlo. Habían tenido sus diferencias, pero Thor no quería verlo muerto. Por el contrario, Thor había estado deseando ver la expresión de Kolk cuando regresó con la Espada en la mano.

Era un motivo más para vengarse.

Mientras el fuego ardía hacia los cielos, Thor vio las caras angustiadas de sus hermanos restantes de La Legión. Ninguno estaba más angustiado que Conven, cuyo cara todavía tenía grabada el dolor por la pérdida de su hermano gemelo.

Gwendolyn se acercó a Thor, y mientras todos estaban ahí en el silencio, mirando las llamas con miles de personas más, Aberthol, usando su bastón, caminó hacia adelante y surgió de la multitud. Se volvió y los enfrentó, aclarando su garganta contra el chisporroteo de las inmensas llamas.

—Esta noche es el solsticio de invierno. Desde hoy en adelante, cada día será un poco más brillante, un poco más largo. Hemos dado vuelta a la

esquina, y no es casualidad que nuestra salvación haya llegado en este día. Estaba escrito en las estrellas. Estamos en el camino de la renovación, del renacimiento. Vamos a construir todo lo que hubo una vez. Pero siempre debemos recordar la destrucción.

Porque sólo desde las cenizas puede crecer allí el árbol más fuerte.

—El Anillo ha sufrido bajo el peso de cientos de años de batalla—, dijo. —Éste no es el primer funeral para los guerreros vivientes. Ni será el último. Pero estas almas jóvenes y valientes murieron defendiendo una invasión a escala como ninguno de sus antepasados había conocido. Sus obras se recordarán en los anales de los MacGil y serán recordadas para siempre—.

—¡ESO, ESO!—, gritó la multitud.

Aberthol hizo una pausa.

—Recuerden que ahora llevan un pedazo de ellos—, continuó. —No crean que su vida es permanente. La ilusión más grande con la que todos vivimos es la permanencia en la vida. Ustedes son mortales, como ellos. No duden en conocer a su enemigo, en vivir una vida de valor. Transformemos nuestro dolor. Tomemos su causa, busquemos justicia y transformemos estos ritos funerarios en un rito de espadas—.

—¡ESO, ESO!—, gritó la multitud.

Las campanas sonaron, Aberthol se retiró, y al hacerlo, la multitud comenzó a dispersarse. Thor y los otros se dieron vuelta lentamente y lo siguieron. Se erigieron pequeñas hogueras a lo largo de la plaza de la ciudad, mientras la gente se separaba en grupos más pequeños, el humor de las festividades de la noche se volvieron sombrías mientras recordaban a sus muertos a la medianoche.

La multitud se separó en pequeños grupos y las personas se arrimaron al suelo ante sus fogatas, pasaron botas de vino, postres asados y contaron historias.

Otros se durmieron donde estaban sentados o acostados, agotados por el día de batalla, por el calor de los incendios y por los estómagos llenos de comida y vino.

Thor se separó en un pequeño grupo con Gwendolyn, Kendrick, Godfrey, Reece, Elden, O'Connor y Conven. Reece estaba acompañado por Selese y Elden por Indra. Thor estaba feliz de ver a Reece con la chica con la que no había dejado de hablar a lo largo de su misión.

El grupo se sentó cómodamente en el suelo, alrededor de las llamas de una

pequeña fogata. Gwen se sentó al lado de Thor y él puso un brazo alrededor de ella, acercándola con su manto de piel suave en su mano. Krohn se acercó y puso su cabeza en el regazo de Gwen y Thor acarició su cabeza y le dio otro pedazo de carne. Krohn comía felizmente. Thor había olvidado lo apegado que estaba Krohn a Gwen, y no sabía si estaba más feliz de verlo a él o a ella.

Mientras todos se sentaron alrededor de la fogata, pasaron una bebida entre todos, que Thor nunca había visto. Thor miró hacia abajo mientras colocaban en su mano una copa de espumoso líquido blanco. Era bienvenido en la noche fría.

—Koonta—, explicó Srog al grupo de curiosos. —Es la bebida de los silesios—.

Thor la sostuvo con ambas manos y la elevó a sus labios. Era picante y caliente, con espuma en la parte superior, y sabía como a vainilla mezclada con ron.

Era deliciosa, y mientras Thor bebía, calentaba su garganta y su pecho. También se le subió a la cabeza, y se dio cuenta inmediatamente que había bebido demasiado.

Todo el mundo hizo lo mismo.

Thor miró hacia arriba y vio a dos miembros sobrevivientes de La Legión y se acercaron a su grupo.

—¿Podemos unimos a ustedes?—, preguntó uno de ellos.

Thor recordaba haber visto a estos miembros de la Legión una vez, brevemente, cuando entró por primera vez. Serna y Krog. Serna, quien se dirigió a ellos, era un soldado alto, robusto, como de la edad de Thor, con largo cabello castaño y ojos marrones, penetrantes, muy abiertos y de forma estrecha. Parecía envejecido prematuramente, con círculos huecos debajo de sus ojos, y Thor sabía que si él había sido uno de los pocos que habían sobrevivido, es que sin duda era un buen guerrero. El otro, Krog, era varios años mayor, bajito, de piel más oscura, cabeza rapada y un pendiente de aro grande en la oreja izquierda. Llevaba un chaleco, incluso con el frío que había, y sus músculos resaltaban visiblemente a través de él.

No sonreía y Thor pudo notar que era un hombre que vivía para la guerra.

Ambos miraron a Thor con respeto, y sin duda, Thor se dio cuenta de que todos lo miraban de manera distinta desde su regreso.

—Siéntense, por favor—, contestó Thor, siempre tratando de ser amable y hospitalario. Se hizo a un lado y les hizo espacio; se acercaron y se sentaron

junto a él.

Asintieron con la cabeza para saludar a los otros miembros de la Legión en el círculo, quienes también movieron la cabeza. Después de tanto tiempo junto a Reece, Elden, O'Connor y Conven, se sentía un poco extraño ver que su grupo se ampliaba, sobre todo después de la pérdida de Conval. Pero también se sentía bien. Después de todo, formaban parte de La Legión y todos tenían que estar juntos — especialmente hasta que La Legión pudiera ser reemplazada con una nueva cosecha de guerreros.

Las miradas de Serna y Krog se dirigieron hacia la Espada del Destino que tenía en su cinturón, y miraron a Thor como si fuese un dios.

—¿Es pesada?—, preguntó Serna.

Todos los demás voltearon y miraron a Thor, mientras las miradas se dirigían a La Espada del Destino. Era la primera vez que le habían preguntado acerca de ella, y no estaba muy seguro de cómo responder. Él no había pensado mucho en eso — había sido algo normal para él.

Thor meneó la cabeza.

—En realidad, es más ligera que mis otras espadas—, respondió Thor. —Se siente ligera—.

—Pero veinte hombres no podían blandirla—, dijo Krog. —Es pesada. Pero no es nada pesada en tus manos—.

—Eso es porque eres el único destinado a blandirla—, añadió Kendrick.

Thor se encogió de hombros.

—No sé por qué—, respondió Thor modestamente. —Es un misterio para mí, como para todos—.

—Es porque tienes un gran destino—, dijo Aberthol, inclinado hacia adelante frente a la fogata, con la cara radiante en las llamas.

—¿Qué destino es ese?—, preguntó Thor, ansioso por saber más.

Aberthol sacudió la cabeza.

—No se sabe—, dijo. —Se ha escrito y cantado acerca de La Espada durante siete generaciones de Reyes MacGil, pero la verdad es que no se sabe su origen, o lo que significa. Lo único que se sabe es que mantiene el Escudo activado. Y que eres el único en la historia, de todas las generaciones, de todos los reyes, que la ha blandido—.

El grupo miró a Thor con asombro y él se sintió cohibido. Él no disfrutaba recibir toda la atención.

—Lo único que he hecho es tratar de servir al Anillo—, respondió Thor.

—Y lo has hecho bien, sin duda, amigo mío—, dijo Kendrick, estirando la mano y poniendo una mano sobre su hombro.

—No he terminado—, dijo Thor. —No mientras Andrónico exista. Mañana, cuando salga el sol, volaré con Mycoples y blandiré la Espada, y combatiré lo que queda del ejército de Andrónico. No le daré tiempo para reagruparse y escapar en sus barcos—.

—Y te acompañaremos—, intervino Kendrick.

—Tal vez no seamos tan rápidos como tú—, agregó Atme, o tan potentes como Mycoples. Pero tenemos hombres y tenemos espadas, y vamos a matar a todos los que podamos—.

Thor asintió con la cabeza.

—Entonces acepto que me acompañen—, dijo Thor.

—¿Y cuando todo acabe?—, preguntó O'Connor. —¿Qué haremos cuando ya no queden más guerras por librar?—.

—Reconstruiremos—, dijo Gwendolyn.

Todos la miraron con respeto.

—Resucitaremos a La Corte del Rey—, añadió. —Estará de pie y brillará una vez más—.

—Y también Silesia—, replicó Srog.

—También vamos a reconstruir La Legión—, dijo Brom.

—Yo, por ejemplo, celebro que haya un descanso de la batalla—, dijo Elden. —No hemos dejado de luchar desde que cruzamos el Cañón. Yo regresaré a mi ciudad natal y veré si mi padre está vivo. Tal vez ayude a reconstruir su hogar—.

Volteó a ver a Indra, quien estaba sentada a su lado.

—Espero que me acompañes—, añadió.

Ella se encogió de hombros.

—La vida doméstica no es para mí—, dijo. —Prefiero la batalla—.

Elden parecía decepcionado.

Kendrick se dirigió a Sandara, quien estaba sentada junto a él, mirando las llamas con su postura perfecta, tan amable. Siendo de la raza del Imperio, parecía ser extraña al grupo.

—Espero que te quedes conmigo aquí—, dijo Kendrick suavemente.

Ella miró a Kendrick, luego apartó la mirada.

—Yo no merezco el honor, mi Lord—, respondió ella.

—Lo mereces, más que nadie—, respondió Kendrick. —Nos salvaste la

vida. Quédate conmigo y tendrás una vida digna de una reina—.

—Soy una simple esclava, contratada por Andrónico,— respondió.

—Ya no más—, corrigió Kendrick. —Ahora eres libre. Tu casa está aquí, dentro del Anillo. Si aceptas—.

Ella bajó la mirada.

—He sido testigo de cómo los hombres de Andrónico han causado devastación en muchos pueblos, en muchas tierras—, dijo. —Sólo seré libre cuando lo vea muerto. Hasta ese día, sigo siendo una esclava. Temo que regrese aquí—.

—Nunca—, insistió Kendrick.

—Ya escuchaste a Thor—, agregó Reece. —Andrónico será aplastado mañana—.

Pero Sandara no parecía convencida, y hubo un pesado silencio en el grupo.

—Hay otros que me gustaría que volvieran aquí—, dijo Gwendolyn. —Falta Steffen. Me ayudó a llegar a salvo a La Torre del Refugio, y desde entonces no lo he visto—.

—Enviaremos a un grupo a buscarlo—, dijo Kendrick. —Debemos encontrarlo y traerlo de regreso—.

—A Argon, también—, añadió Gwen. —Arriesgó su vida por mí, y ya ha pagado el precio. Se ha ido, y no sé dónde — o si alguna vez volverá—.

Thor pensó en eso, y fue doloroso. Extrañaba terriblemente a Argon, y quería verlo, preguntarle acerca de la Espada, preguntarle sobre su destino — y sobre todo, preguntarle acerca de su padre. Thor pensaba que casi podía oír a Argon, débilmente, en su mente, en sus sueños; pero parecía estar más lejos que nunca. Thor se preguntaba dónde estaría ahora, si estaba atrapado, si alguna vez volvería otra vez. Se sentía huérfano sin él.

Gwendolyn se inclinó, y Thor sujetó su hombro con fuerza, miró sus ojos que brillaban en la luz de la fogata y se inclinó y la besó. Se sentía vivo con ese beso. Al sujetarlo, su corazón se aceleró con expectación. Sintió el anillo en el bolsillo, y más que nunca, quería preguntarle, dárselo.

Pero primero, él sabía que tenía que decírselo. Ella tenía que saber del monstruo del cual provino. Mientras más pensaba en ello, más empezaba a temblar.

—Está temblando—, dijo Gwen.

—Tengo frío—, mintió Thor.

Ella sonrió, se inclinó y le susurró al oído: —Entonces sígueme—.

Ella se levantó sin palabras, Thor tomó su mano y se dejó dirigir hacia la noche negra, entre las fogatas, a cualquier lugar a donde Gwen lo llevara.

*

Thor y Gwendolyn entraron en los antiguos salones del castillo de Srog en la parte superior de Silesia, con los guardias en posición de firmes, mientras ellos pasaban por los corredores iluminados por las antorchas. Caminaron de la mano, Gwen dirigiéndolo mientras daban vueltas en un pasillo tras otro, hasta llegar a una escalera donde finalmente un asistente abrió la puerta que conducía a la habitación de huéspedes.

Al entrar, Thor miró hacia arriba a los antiguos techos arqueados, todo hecho de piedra, al fuego ardiendo en la enorme chimenea de mármol, a la enorme cama con dosel, a la luz de las antorchas a lo largo de las paredes, y estaba agradecido con Srog por su hospitalidad. Les habían dado una habitación digna de un rey y una reina. Por supuesto, Gwendolyn era reina, pero Thor no sentía que tenía derecho a nada de esto. En su mente, seguía siendo un chico de otra pequeña aldea en la periferia del Anillo.

Sin embargo, caminar en una habitación como ésta, le hacía sentir rey. Él siempre se había imaginado grandes cosas para sí mismo; pero ahora estaban aquí, delante de sus ojos, casi no lo podía creer. Todo esto no parecía real. Aquí estaba, con Gwendolyn, la reina, blandiendo la Espada del Destino, con su propio dragón esperándole en los terrenos del castillo. Había logrado no sólo unirse a La Legión, sino convertirse en el jefe de la misma; no sólo había ganado el respeto de Los Plateados, se había convertido en el que admiraban más. Él había tenido grandes sueños, pero nunca tan enormes. Y ahora que todo estaba aquí, era difícil procesarlo. Todavía esperaba que alguien lo despertara y le dijera que estaba soñando.

Mientras Gwendolyn tomaba su mano, su piel suave, lisa y cálida en la suya, sabía que era real; sentía como si fuera la primera vez que la tocaba. Y al sujetarla, se dio cuenta de que su alegría no tenía nada que ver con esta habitación ni este castillo ni nada de eso — todo era por el amor a Gwendolyn. Por muy surrealista que todo lo demás se sintiera, el amor de ella hacia él y el que sentía por ella, le parecía natural. Lo hacía estar en la tierra.

Al acercarse a la pila de pieles que estaban ante la chimenea, Gwendolyn lo guió con una sonrisa, Thor se puso nervioso, como si fuera la primera vez

que iba a estar con ella. Llevaban tanto tiempo separados, y había habido tanto tiempo y distancia entre ellos, que era como si se encontraran por primera vez. Él sintió un aleteo en el estómago y el viejo temor de decir algo incorrecto.

Thor recordó cuando la vio por primera vez, en lo trabado que había estado; de alguna manera extraña, una parte de él se sentía así otra vez. Tuvo que reconocer que todavía se sentía intimidado por su belleza, por su encanto, por su gentileza — por toda ella. No podía evitar sentir que ella era de una clase mejor que la suya, que ella era mucho mejor de lo que él podría llegar a ser.

Cuando se acostaron juntos, Gwen se inclinó y besó a Thor, y él también la besó. Se besaron durante mucho tiempo, con el fuego crepitante al lado de ellos, Thor sentía el calor de éste en su cara. Ella la abrazó y los dos se acostaron uno junto al otro, en las pieles.

Gwendolyn le sonrió y él sintió que todo su mundo se restauraba con esa sonrisa.

Sin embargo Thor seguía nervioso, por otra razón. Mientras Gwendolyn lo miraba a los ojos, él se preguntaba si de alguna manera ella reconocía quién era su padre. Él parpadeó y apartó la mirada, cohibido, y esperaba que no fuera así. Sabía que sus pensamientos eran tontos, que era imposible, sin embargo, le incomodaba. Tenía que sacarlo de su pecho, hablar con ella. Al mismo tiempo, no quería arruinar el momento.

Gwen desvió la mirada, y Thor sintió que había algo que ella quería decirle, también. No estaba muy seguro de lo que era, pero la conocía lo suficientemente bien como para saber que había algo que le estaba ocultando. Lo veía en el temblor leve en su labio. Le hizo preguntarse qué sería. ¿Sabía lo de su padre? ¿O era otra cosa?

Al observarla, no podía imaginar los horrores que había sufrido a manos de Andrónico. Sin embargo aquí estaba ella, todavía feliz, sonriendo. La admiraba más de lo que podía imaginar. Ella era más fuerte que él — más fuerte que todos ellos.

—¿Qué pasa?—, le preguntó Gwendolyn finalmente. —Te ves callado—.

Thor meneó la cabeza. Tenía miedo de hablar, miedo de decírselo. Sabía que tenía que hacerlo, pero no podía reunir el valor. Estaba demasiado avergonzado.

—Yo...yo... sólo te extrañaba—, dijo él tartamudeando.

Era cierto, la había perdido; pero eso no era lo que estaba en su mente.

—Yo también te extrañé—, sonrió. —Sentí que te habías ido durante una eternidad. No pareces ser el mismo muchacho que se fue. Te ves más... hombre—, dijo ella sonriendo.

Thor entendió. Se sintió más viejo. Mucho mayor.

—El Imperio...—, comenzó diciendo, luego se detuvo. —Fue tan extraño... todo era tan diferente, tan exótico... Las cosas que he visto...—, se fue quedando callado.

Ella tomó su mano y la acercó a sus labios.

—En otra ocasión—, dijo suavemente. —Siempre habrá guerras y batallas, pero ahora es nuestro momento. Parecía ser una cosa muy rara. Vamos a aprovecharlo.

Ahora es nuestro momento—.

Thor sintió que su corazón se hinchaba ante sus palabras. Ella se inclinó, y se besaron otra vez. Ella lo abrazó con fuerza, y ella la abrazó mucho, y rodaron entre las pieles, las luces parpadeaban en esta hermosa habitación.

Él se dejó llevar. Todas las preocupaciones del mundo comenzaron a desaparecer de su mente. Todo lo demás se escabulló y no pensó en nada más que en Gwendolyn. En su amor. Había encontrado un lugar en el mundo.

CAPÍTULO CATORCE

Luanda paseaba por la noche, Bronson junto a ella, galopando por las oscuras calles que conducían a Silesia, con dirección al Este, hacia la zona montañosa.

Luanda nunca había pensado que se encontraría de vuelta en esta dirección. Cuando había huido de los McCloud ese día, ella prometió que nunca regresaría, juró que viviría y moriría el resto de su vida en el lado de los MacGil.

Pero las cosas habían cambiado, más allá de lo que podía haber previsto. Con su padre muerto y Gwendolyn en el poder, la invasión de Andrónico había alterado su vida de una manera que nunca había esperado. Evidentemente, ya no había lugar para ella en el lado de los MacGil del Anillo, no había ningún lugar para que ella gobernara, no había lugar para que ella no tuviera que vérselas con su hermanita. Ella no había nacido primero para estar a sus órdenes. No era justo. Si no se le daba un reinado, entonces Luanda tendría que formar el suyo.

Luanda gritó y pateó su caballo, y ellos cabalgaron con más velocidad en la profundidad de la noche; Bronson montando a regañadientes al lado de ella, a unos centímetros de distancia. Ella recordó su argumento, antes de que se fueran de Silesia. Bronson siempre había sido tan inocente, tan crédulo; era irónico, teniendo en cuenta que su padre era un monstruo manipulador. Ella había necesitado que Bronson fuera con ella, así que le había inventado una mentira y él se la había creído. Después de ese encuentro desastroso con su madre, le había mentado a Bronson, le había dicho que su madre le había pedido negociar una tregua, que fuera ella quien se acercara a Andrónico con un ofrecimiento de rendición.

Que una tregua perdonaba la vida de miles de hombres y aceleraría la salida de Andrónico. Y que Luanda, siendo miembro de la familia real, aunque todavía no tenía ningún cargo oficial, podría ser la persona perfecta para hacer el ofrecimiento.

Bronson la había mirado, perplejo, no sabía que Luanda fuera tan altruista. Él había creído lo que ella dijo y había accedido a acompañarla, pensando que era por una buena causa. Él había sugerido llevar a un grupo de soldados que los acompañaran, pero Luanda se había negado, insistiendo en que fueran solos. Ella no podía tener a ningún soldado de los MacGil a su alrededor, por lo que estaba a punto de hacer.

Al cabalgar en sus caballos por la estrecha montaña que llevaba a las tierras altas, llegaron a una cima y Luanda vio a lo lejos las luces de miles de antorchas, representando lo que sólo podría ser el campamento de Andrónico. La vista le hizo pensar. Su plan era desesperado, ella lo sabía, pero una vez que formulaba un plan, lo conservaba, pasara lo que pasara. Encontraría a Andrónico y haría un trato: entregaría a Thor en su regazo, y a cambio, sería la reina de todo el Anillo. Ella sabía que era un trato que él no rechazaría.

Los ojos de Luanda brillaron cuando pateó su caballo para bajar la ladera escarpada de la montaña, corriendo hacia el lado de los McCloud del Anillo, hacia el campamento de Andrónico. Bronson, ignorando su plan, cabalgó junto a ella, pensando todavía que iba a negociar un acuerdo de paz para Gwendolyn. Bronson podría ser útil, si lo usaba de la manera correcta. Ella sabía que cuando se enterara, se enfadaría —pero entonces sería demasiado tarde. Ella sería la reina, y él no tendría más remedio que hacer lo que ella dijera. Al final, no importaba cómo llegaba allí. Lo único que importaba era que ella se convirtiera en reina.

Cuando los dos entraron al campamento del Imperio, el camino se redujo y los llevó hacia el grueso de los soldados. Había tensión, con antorchas a cada lado de ellos, los soldados del Imperio se les quedaron mirando. Luanda podía sentir la intranquilidad en el aire y sabía que ésta sería la parte más delicada. Tenía que convencerlos de llevarla hacia Andrónico; tenía que darles la orden con toda la autoridad que pudiera reunir — o correría el riesgo de ser capturada por el enemigo.

—No sé si ésta es una buena idea—, le dijo Bronson, yendo junto a ella. Podía escuchar el miedo en su voz, mientras se dirigían más adentro del campamento del Imperio.

—Andrónico podría matarnos — aunque le ofrezcamos un acuerdo de paz. Tal vez deberíamos regresar—.

Luanda lo ignoró y se dirigió más adentro del campamento, hacia el centro más brillante, hacia la tienda más grande, en la que ella sabía que solamente

podría estar Andrónico.

De repente, varios oficiales del Imperio bloquearon su camino, obligando a sus caballos a detenerse. Ella se volvió y notó que también les negaron la entrada.

Luanda enfrentó a los oficiales que estaban ante ella y los miró hacia abajo, de manera altanera. Después de todo, ella era la hija primogénita del rey, y ella sabía cómo parecer de la realeza.

—Traigan a Andrónico—, ordenó ella. —Le traemos un ofrecimiento de rendición—.

Luanda expresó sus palabras de manera deliberadamente ambigua, para que no supieran de qué rendición hablaban — y de modo que Bronson tampoco lo supiera.

Los oficiales del Imperio intercambiaron unos con otros una mirada de perplejidad; ella pudo notar por sus expresiones que su altanera y aristocrática actitud estaba funcionando, haciéndolos bajar la guardia.

Finalmente se separaron, tomaron las riendas de sus caballos y los llevaron hacia una enorme tienda de campaña. A la tienda de campaña de Andrónico.

Los oficiales obligaron a Luanda y a Bronson a desmontar, luego los llevaron a pie. Las antorchas ardían aún más aquí, la multitud era mayor y una bandera se agitaba con el aire frío de la noche con un enorme escudo en él, un león con un águila en la boca. El corazón de Luanda se aceleró cuando se acercaron a la tienda de campaña, dándose cuenta de que ahora estaban a su merced. Rezaba para que su plan funcionara.

Fueron detenidos a pocos pasos de la tienda cuando la solapa se abrió y salió la criatura más grande y más feroz sobre dos piernas que Luanda había visto en su vida. Ella vio las cabezas reducidas en su collar, vio sus cuernos, vio la manera amenazante que tenía, y sabía sin duda que él era el gran Andrónico.

A pesar de sí misma, al mirarlo hacia arriba, ella jadeó.

Andrónico les sonrió a ambos, como si le hubieran puesto en su regazo a sus presas.

Luanda tragó saliva y de repente se preguntó si esto había sido una muy mala idea.

CAPÍTULO QUINCE

Thorgrin estaba parado en la cima de la loma más alta del país bajo del Reino Occidental del Anillo, mirando el camino, como siempre lo había hecho desde que era un niño, a la espera de que llegaran los hombres del rey. Él miró el camino, brillando en la niebla de la mañana y tenía una panorámica de gran alcance de su ciudad, allí, con la misma apariencia de siempre. Sólo que esta vez, mientras veía con más detenimiento, la vio más abandonada. Parecía como si él fuera la única persona que quedaba en el mundo.

Thor volvió a ver el camino, y hubo un gran retumbo, mientras aparecía una docena de carruajes tirados por caballos, todos hechos de oro bruñido, brillando en el sol. Ellos galopaban hacia él. El sonido se hizo más fuerte, se levantaban nubes de polvo, y su corazón latió más rápido al correr hacia la colina para recibirlos.

Thor estaba parado en medio del camino, mientras los caballos se detenían a pocos metros de distancia. Se quedó allí parado en silencio, mirando a los valientes guerreros, con sus rostros cubiertos bajo sus cascos, todo brillando en el sol de la mañana. Los caballos se quedaron allí parados, respirando con dificultad, haciendo cabriolas.

Thor miró al soldado montado en el caballo del líder, el soldado levantó su visor y Thor se sorprendió ante lo que vio.

El guerrero se parecía a él. Se veía exactamente como él, pero más joven.

Thor se dio cuenta de que era su hijo.

—Padre—, le dijo el guerrero a Thor.

Thor miró al niño, tendría tal vez diez años de edad, pero era alto para su edad, estaba sentado erguido, orgulloso. Él pudo ver las facciones bonitas de Gwendolyn en su cara, en su pelo. Thor lo miraba con tanto orgullo. Su hijo estaba allí sentado, brillando en su armadura dorada, sosteniendo una alabarda de oro, mirando con orgullo a su padre, con el porte de un verdadero guerrero. Tenía los mismos ojos grises de Thor, una quijada fuerte, firme y estaba sentado erguido en su caballo, como si no temiera a nada en el mundo.

Thor dio un paso adelante, asombrado.

—Dime—, dijo Thor, apenas capaz de hablar, —¿cuál es tu nombre?—.

El chico abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera terminar, Thor parpadeó y se encontró de frente a un lago, con Gwendolyn a su lado. Ella lo miró dulcemente, se inclinó, lo besó y lo tomó de la mano. Miró hacia abajo a las aguas, y él también. En su reflejo, Thor se sorprendió al ver que Gwendolyn estaba embarazada.

Thor se volvió y la observó y su vientre era plano. Pero cuando él se dio la vuelta en el agua, su vientre era enorme. No podía entender.

Thor se inclinó hacia el agua, como si fuera a tocar su reflejo, y al hacerlo, se dio cuenta de que lo jalaba hacia adentro, que era aspirado bajo las aguas.

Thor estaba dando vueltas, girando en los remolinos, jadeando. Él vio que a su lado, flotando río abajo, estaba Conval, con los ojos bien abiertos, convertido en cadáver y que al lado de Conval estaba Kolk. Había más cadáveres flotando, con las caras de todos los que había conocido y amado.

Thor parpadeó y se encontró volando en la parte posterior de Mycoples. Miró hacia abajo y vio a los hombres de Andrónico, esparcidos hasta donde alcanzaba la vista. Él ordenó a Mycoples que bajara, pero ella se detuvo a mitad del aire, batiendo sus grandes alas, negándose a ir más lejos. Él presintió que ella le estaba diciendo algo: que si se acercaba más, él moriría.

Pero Thor instó a Mycoples, y a regañadientes, ella bajó. Pero bajó en picado demasiado rápido, y Thor se encontró cayendo, dando tumbos en el aire, dando volteretas. Él fue hacia el suelo, hacia los hombres de Andrónico, arrojando sus lanzas al aire. Thor se preparó mientras las lanzas lo empalaban. Él gritó.

Thor abrió sus ojos para encontrarse a sí mismo acostado en un barco, en una cama de lanzas, mirando hacia arriba, mientras el cielo flotaba delante de él. El mar se convirtió en un río, espumoso, llevándolo a través de los rápidos. No había ningún color en este lugar: todo era de un gris oscuro y marrón, y vio que había pasado por un pequeño castillo, aunque algo en él no estaba bien, como si se hubiera derretido o torcido de alguna manera.

Cuando miró al parapeto superior, vio a una mujer que él sabía que era su madre. Se quedó allí, mirándolo hacia abajo, con los brazos a un lado.

—¡Mamá!—. Thor gritó, flotando rápidamente hacia ella. —¡Sálvame!—.

—Vuelve a casa, hijo mío—, le suplicó. —Ya cumpliste con tu deber. — Ven a casa conmigo—.

—¡Mamá!—. Thor gritó, estirando los brazos hacia ella.

Thor despertó sudando. Se sentó erguido, respirando con dificultad y miró, desorientado.

Gwendolyn estaba acostada a su lado, en el montón de pieles. Thor empezó a calmarse y recordó su noche juntos. Estaba a salvo. Fue sólo un sueño.

La cara de Thor estaba cubierta de sudor, a pesar de que el fuego se había apagado tiempo atrás. Krohn se quejó y saltó del regazo de Gwendolyn y se acercó y lo lamió. Thor cerró sus ojos y se tranquilizó a sí mismo, preguntándose acerca de la naturaleza de los sueños. Le tomó un tiempo reaccionar. Todo había parecido demasiado real.

Thor observó a Gwendolyn mientras dormía. Sus ojos estaban cerrados y parecía angelical. Miró su estómago, vio que estaba plano y quiso saber.

Movió la cabeza. Por supuesto, era sólo un sueño, sólo una visión fantásica de la noche. Tenía que aprender a no prestar tanta atención a sus sueños. Pero aunque lo intentara, empezaba a encontrar que era más difícil separar lo que era real de lo que era imaginación.

Thor no podía volver a dormir. Su corazón latía aceleradamente, se levantó suavemente de las pieles.

Miró afuera y pudo ver que estaba oscuro todavía. Todavía no amanecía y las antorchas todavía brillaban en las esquinas de la habitación. Todo estaba quieto.

Seguramente Silesia estaba durmiendo por las grandes festividades de la noche.

Pero Thor no podía dormir. Cruzó la sala, se puso su bata y caminó descalzo por el piso frío de piedra. Al hacerlo, Krohn lo siguió, quedándose a su lado.

Silenciosamente abrió la gran puerta arqueada y suavemente la cerró detrás de él.

Thor caminó por el pasillo, Krohn cerca de él, dando vueltas, abriéndose paso hacia los parapetos, para despejar su cabeza y tomar aire fresco. Pasó entre varios guardias, que seguían en posición de firmes, quienes se irguieron cuando él pasó.

Finalmente dio vuelta por un pasillo estrecho, caminó a través de una puerta baja y salió hacia uno de los balcones superiores del castillo.

Una ráfaga de viento frío golpeó su cara y lo despertó. Era refrescante, era

justo lo que Thor necesitaba. Caminó hacia la gruesa barandilla de piedra y miró la ciudad de Silesia. Seguía habiendo la antorcha ocasional que parpadeaba, pero todo estaba en silencio y quieto. Abajo había un gran desorden por toda la comida y el vino que habían comido y bebido. Parecía como si un desfile hubiera recorrido la ciudad y no hubieran limpiado.

Sucumbió a las fuerzas oscuras. Abandonó el Anillo. Obtuvo gran poder en el Imperio y se convirtió en otra persona. En otra cosa. Con el tiempo, ha cambiado para convertirse en lo que es ahora, irreconocible al hombre que alguna vez fue.

Aberthol dio un paso adelante.

—Debes entender—, dijo compasivamente, —que tu padre, el verdadero Andrónico, era un buen hombre. Un MacGil. Era un hombre bondadoso. Ése es tu verdadero padre — no el hombre en que se convirtió. Hay una tendencia a cambiar en todos nosotros. Algunos de nosotros luchamos mejor que otros. Él no era lo suficientemente fuerte; cayó en la tentación. Pero eso no significa que tú lo harás.

Tú puedes ser más fuerte que tu padre—.

Thor se quedó ahí parado, con su mente llena de preguntas, tratando de procesarlo todo. Todo eso le hacía sentir náuseas. También le hizo darse cuenta de que él y Gwendolyn eran primos; le hizo comprender que también era primo de Reece y Kendrick y Godfrey. Quizás fue por eso que se habían sentido tan cercanos. Se preguntó si ellos lo sabían.

—¿Alguien lo sabe?—, preguntó Thor, vacilante.

Aberthol sacudió la cabeza.

—Nadie—, dijo él. —Todos los que lo sabían han muerto. Excepto la ex reina y yo.

Y ahora, por supuesto, tú. —

—Lo odio—, dijo Thor, furioso. —Odio a mi padre. No me importa quién era; solamente me interesa quién es ahora. Quiero matarlo. Voy a matarlo—.

Aberthol puso una mano sobre el hombro de Thor.

—Si lo matas o no, no va a cambiar quién eres tú. Debes elegir elevarte por encima de todos esos sentimientos. Debes elegir centrarte en lo positivo. Después de todo, tu linaje tiene dos cepas, por supuesto. La sangre de la madre corre por tus venas, y en tu caso, eso es más importante que tu padre. Sólo tienes que ver eso y aceptarlo—.

Thor había estudiado a Aberthol.

—¿Sabe quién es mi madre?—, preguntó nerviosamente.

Aberthol asintió con la cabeza.

—No soy yo quien deba decirlo. Pero cuando la conozcas, comprenderás. Aunque Andrónico es muy poderoso, ella es mucho más poderosa. Y tu suerte y destino están vinculados con el de ella. De hecho, todo el destino de nuestro Anillo está ligado a ella. El poder de la Espada del Destino no es nada al lado de la potencia que ella puede comunicarte. Debes encontrarla. Y no debes demorarte más—.

—Me encantaría encontrarme con ella—, dijo Thor, —pero primero debo destruir a Andrónico—.

—Nunca destruirás a Andrónico—, dijo. Él vive dentro de ti. Pero puedes encontrar a tu madre y salvarte a ti mismo. Hasta que la conozcas, nunca estarás completo—.

Aberthol de repente se volvió y se fue pavoneando, alejándose de los parapetos, con su bastón resonando conforme se iba.

Thor se volvió y miró la oscuridad de Silesia. A lo lejos, él podía oír los aullidos del viento del Cañón. En algún lugar, en algún sitio más allá, estaba su padre.

Y su madre. Thor necesitaba verlos a ambos.

A su madre, para abrazarla.

Y su padre, para matarlo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Luanda estaba parada dentro de la tienda de campaña de Andrónico, sola, temblando por dentro y tratando de no demostrarlo. Ella nunca había estado ante un hombre físicamente tan grande e imponente, y que emanara un sentimiento tan siniestro. Ella miró su tienda de campaña y vio todas las puntas que sobresalían por su orilla, cada una coronada con una cabeza cercenada, cada una con los ojos abiertos, congelados en una máscara de la muerte de agonía.

Andrónico ronroneó desde algún lugar profundo de su pecho y le sonrió, evidentemente sintiéndose como en casa.

Ella aclaró su garganta y trató de recordar por qué había venido, trató de reunir el valor suficiente para hablar.

—He venido a hacerte un ofrecimiento—, finalmente se las arregló para decir, tratando lo más que pudo de mantenerse orgullosa, de hacer que su voz sonara confiada. Pero a pesar de sí misma, pudo oír el temblor en su propia voz y esperó no demostrar su miedo.

—¿Tú, me haces un ofrecimiento?—, preguntó él.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió, y el sonido le puso a ella los pelos de punta. Era la risa de un monstruo, profunda y hueca y llena de crueldad.

Luanda fue atrapada desprevenida; ella había esperado encontrar que Andrónico fuera un hombre quebrantado y humilde, preparado para huir del Anillo o rendirse. Ella no esperaba encontrarlo tan confiado. Se veía tan falto de miedo — parecía seguro de la victoria. Ella no podía entenderlo.

—Sí—, dijo ella, carraspeando su garganta, —un ofrecimiento. Puedo entregarte a Thorgrin, tu enemigo. A cambio, me nombrarás reina del Anillo y me pondrás al mando de todo—.

Andrónico sonrió ampliamente, observándola.

—¿Eso haré?—, preguntó él.

La miró de arriba a abajo, y salió un gruñido sombrío de lo más profundo de su pecho.

—¿Traicionarías a tu propia gente, entonces?—, preguntó él. —¿Los venderías a todos por tener el derecho a gobernar?—.

Hizo una pausa, mirándola detalladamente; sus ojos brillaban, como si tal vez la aprobara.

—Me agradas—, dijo. —Eres una chica de las que me gustan—.

—Soy la mejor oportunidad que tienes—, dijo desafiante, reuniendo su antigua confianza. —Están rodeados. Y con su dragón y la Espada del Destino, Thor está diezmando a tus ejércitos. Si rechazas mi oferta, entonces para mañana Thor habrá matado a todos tus hombres. Si lo aceptas, entonces para mañana, Thor estará bajo tu custodia—.

Él la examinó.

—¿Y cómo propones entregarme a Thorgrin?—, preguntó.

Ella había estado esperando esta pregunta, y respiró profundamente, preparada.

—Ellos confían en mí—, respondió. —Soy una MacGil. Soy de la familia. Les enviaré un mensaje diciendo que he negociado una tregua. Que tú has acordado rendirte. Que Thorgrin debe venir solo, a aceptar tu rendición. Cuando lo haga, podrás atraparlo—.

Andrónico la analizó.

—¿Y por qué confiarían en una traidora como tú?—, preguntó Andrónico.

Se ruborizó, ofendida por sus palabras.

—Confiarán en mí, porque soy de la familia. Y yo no soy una traidora. El Anillo es mío por derecho. Soy la primogénita—.

Andrónico meneó la cabeza.

—En la familia, sobre todo, son en los que menos nos debemos fiar—.

Ella cerró sus puños, desafiante, sintiendo que su plan se le escapaba.

—Confiarán en mí—, dijo ella, —porque no tienen ninguna razón para no hacerlo.

Y porque son un pueblo confiado. Y sobre todo, porque tiene sentido: ellos, por supuesto, creen que te entregarás. ¿Quién podría pensar lo contrario? Estás totalmente rodeado. La mitad de tus hombres han sido eliminados. Se esperaba tu rendición. Mi mensaje no deberá ser ninguna sorpresa para ellos—.

—Y cuando Thor llegue aquí—, dijo él, —¿cómo propones que lo capture? Como dices, él ha aniquilado a la mitad de mis hombres—.

Luanda se encogió de hombros.

—Ese no es mi problema. Entregaré al cordero al matadero. Estoy segura de que tienes tus propias formas de traición—.

Andrónico la miró de arriba a abajo, y al hacerlo, ella sintió palpitar su corazón.

Luanda quería tanto ser reina, que ya podía saborearlo. Más aún, ella quería superar a su hermanita; había una pequeña parte de ella que se sentía mal — pero había una parte mucho más grande que sentía que tenía el derecho, que se sentía mal por ella misma. No podía imaginar vivir en un reino donde su hermanita gobernaba por encima de ella, y si eso significaba vender a su propia gente, que así fuera. Después de todo, no lo merecían después de lo que habían hecho con ella.

Luanda se estremeció cuando Andrónico se acercó, extendió la mano y colocó sus largas garras sobre su hombro. Ella sentía sus palmas babosas correr sobre su piel desnuda, de arriba hacia abajo de su garganta.

—El Rey MacGil debería estar orgulloso de este asunto—, dijo él. —Sí, efectivamente muy orgulloso—.

Él suspiró.

—Voy a aceptar tu ofrecimiento. Y tendrás tu reinado—.

El corazón de Luanda latía tan rápido, que todo se volvió borroso cuando salió de la tienda de campaña, dos guardias se acercaron por detrás de ella y la llevaron afuera. Lo siguiente que supo era que estaba otra vez afuera, en la fría noche, Bronson iba a su lado y se alejaron rápidamente, a través del campamento y hacia sus caballos.

—¿Qué pasó?—, preguntó Bronson impaciente.

Luanda caminó rápidamente, su corazón acelerado, tratando de pensar — y tratando de averiguar cómo decírselo de la mejor forma a Bronson. Ella sabía que tenía que decir las cosas bien, si iba a manipular a Bronson con éxito.

—Todo estuvo muy bien—, dijo ella, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Andrónico ha aceptado rendirse—.

Bronson la miró, perplejo.

—Me es difícil creerlo—, respondió. —¿Aceptó rendirse? ¿Tan fácilmente?—.

Luanda se acercó a Bronson y puso su cara y voz más feroces, desesperada por convencerlo.

—Andrónico está superado en número—, dijo fríamente. —En un día más

estará muerto. Estaba agradecido por la oportunidad. Yo tuve razón. Tú te equivocaste.

Puso condiciones: su ejército debe abandonar ileso el Anillo. Él mismo se entregará como prisionero. Y él se entregará sólo a Thor y a Thor únicamente. Ha pedido que le llevemos nuestro ofrecimiento a Thor de inmediato, antes del ataque al amanecer. Esta es nuestra oportunidad para hacer las paces, para salvar vidas y para expulsar a sus hombres de una vez por todas—.

Bronson la miró y ella pudo ver que la mente de él estaba trabajando, lo vio pensando detenidamente. Era inteligente, pero no tan inteligente como ella, y lo crédulo que era, trabajaba a su favor.

—Bueno—, dijo él, —supongo que parece ser un buen ofrecimiento. Lo único que pide es que sus hombres se vayan a salvo. Como tú dices, salvará un montón de vidas en ambos lados y liberará el Anillo. Parece razonable. No puedo imaginar que Thor y Gwendolyn no quieran aceptar esto. Has hecho bien en ayudar al Anillo como lo has hecho. Lo que has hecho es ser altruista. Has salvado muchas vidas, y tu familia se sentirá orgullosa. Tenías razón, y yo estaba equivocado—.

En su interior, Luanda sonrió. Ella lo había engañado.

—Ve entonces—, le instó. —Sé nuestro mensajero. Entrega el mensaje a Thor y a los demás. Aquí te esperaré. Cabalga toda la noche y no te detengas hasta entregarles las buenas noticias. El destino del Anillo ahora descansa sobre tus hombros—.

Ella esperó, con fe. Sabía que siendo el caballero tonto que era, que si ella apelaba a su sentido del honor y deber, él se cegaría a la razón.

Bronson asintió solemnemente, montado en su caballo y se fue a galope, corriendo por la noche.

Ella lo vio desaparecer en su caballo en la oscuridad, y sonrió ampliamente en la noche.

Finalmente, ella sería la reina.

CAPÍTULO DIECISIETE

Steffen sintió la palma de sus manos en carne viva, mientras estaba parado ante la enorme fábrica, empujando la manivela de madera con todos los otros trabajadores. Era un trabajo agotador, al que estaba acostumbrado, y le hacía olvidar las preocupaciones del mundo. Solamente le habían dado suficiente grano y agua para sobrevivir, durmiendo en el suelo como un animal con todos los otros sirvientes obligados a trabajar como esclavos. No era una vida: era una existencia. El resto de su vida, como había sido antes, estaría lleno de trabajo y dolor y monotonía.

Pero a Steffen ya no le importaba. Este era el tipo de vida que había llevado en el castillo del rey, trabajando para el rey MacGil en el sótano, atendiendo los hornos. Esa también había sido una vida dura, y realmente una extensión de toda su vida, de su vida, de su vida en su casa, de sus padres, que se habían avergonzados tanto de su apariencia, que lo habían golpeado y echado a patadas de la casa. Toda su vida había sido un largo episodio de dolor, intimidación y desprecio.

Hasta que conoció a Gwendolyn. Ella había sido la única persona que él había conocido, que lo había mirado como algo más que una criatura deforme; que en realidad había tenido fe en él, que en realidad había cuidado de él. El tiempo que había pasado protegiéndola lo valoraba como los días más significativos de su vida. Por primera vez, le había dado propósito y significado a su vida; le había hecho soñar, por un breve momento, en que tal vez podría ser algo más que un objeto de odio, que tal vez todos en su vida habían estado equivocados, y que sí tenía algún valor, después de todo.

Cuando Gwen había entrado en la Torre del Refugio y la puerta se había cerrado detrás de ella, sintió como si una puerta se hubiera cerrado en su vida. Había hundido un puñal en su corazón. Él respetaba e incluso entendía su decisión; pero había sido el peor día de su vida. Había estado parado allí y esperó afuera de la Torre no sabía cuánto tiempo, teniendo la esperanza de que Gwen pudiera cambiar de opinión, que pudiera regresar por esas puertas. Pero

habían permanecido cerradas, como un ataúd en su corazón.

Ya sin dirección ni propósito en su vida, Steffen había vagado y había venido aquí, a este pequeño pueblo en lo alto de esta colina, y miró sobre su hombro una vez más, como lo hacía cada hora desde su llegada, a la Torre del Refugio, manteniéndola a la vista en todo momento, con la esperanza más allá de todas las expectativas, de que pudiera salir por esas puertas, de que pudiera tener una oportunidad de retomar su vida anterior otra vez.

Pero a pesar de su vigilancia, no había actividad en la torre, nadie entraba ni salía, ni de día ni de noche.

Steffen de repente oyó el chasquido de un látigo y sintió un fuerte dolor en su espalda; se dio cuenta que había sido azotado nuevamente por su jefe. El aguijón del látigo lo hizo salir de sus pensamientos y lo hizo centrarse en el deber que tenía ante él. Él miró a su alrededor y vio que había producido más grano que cualquiera de los otros sirvientes, y su cara enrojeció: era injusto que fuera azotado, mientras ignoraban a los demás.

—¡Trabaja más duro, criatura, o te arrojaré a los perros!—, dijo el hombre a Steffen.

Surgió una carcajada entre todos los que estaban alrededor de él, mientras los otros obreros se daban vuelta y se burlaban de él, imitando su cuerpo jorobado.

Steffen alejó la mirada, obligándose a mantener la calma. Él había recibido peores cosas que lo que estos aldeanos podrían hacer, y por lo menos el dolor y la humillación mantenían su mente alejada de Gwendolyn, de soñar con una vida que era demasiado grande para él.

Las campanas repicaron, sonando fuerte en el pequeño pueblo, y todos los trabajadores se detuvieron, se dieron vuelta y miraron. Las campanas sonaron una y otra vez, urgentemente, y los aldeanos empezaron a llenar el centro de la ciudad, mirando al custodio de la campana.

—¡Noticias del norte!—, gritó el hombre. —¡El Imperio ha sido sacado del Reino Occidental del Anillo! ¡Somos libres otra vez!—.

Surgió una gran ovación entre los aldeanos; se dieron vuelta y se abrazaron unos a otros y bailaron. Pasaron botas de vino y bebieron mucho y con ganas.

Steffen observó todo, sorprendido. ¿El Imperio fue expulsado? ¿El Reino Occidental era libre? No tenía sentido. Cuando había dejado Silesia, todo había estado en ruinas, todo su pueblo fue esclavizado. Parecía no haber ninguna esperanza para ellos.

—¡Thorgrin ha regresado, un dragón con él y la Espada del Destino! ¡El Escudo está activado! ¡El Escudo fue reactivado!—, anunció el campanero.

Hubo otro grito y ovación y el corazón de Steffen se llenó de optimismo, y sus pensamientos volvieron a Gwendolyn. Thor estaba de regreso. Eso significaba que ahora tenía un motivo para salir de la Torre. Era una razón para volver a Silesia. Podría haber un puesto de trabajo para él una vez más.

Steffen se dio vuelta y miró a la Torre y no vio ninguna actividad. Quedó perplejo. ¿Habría salido ella, de alguna manera?

—Lo vi volar por aquí el otro día, el muchacho en el dragón, sosteniendo la Espada. ¡Te lo aseguro!—, le dijo un joven aldeano a otro. —Lo vi volar a esa torre maldita. ¡Aterrizó en el techo!—.

—¡Estabas viendo cosas!—, le dijo una mujer mayor. —¡Tienes una gran imaginación!—.

—¡Les juro que no!—.

—¡Has estado soñando demasiado, muchacho!—, se burló un anciano.

Hubo risas, mientras todos los demás se burlaban del muchacho; él se sonrojó y se alejó.

Pero mientras Steffen escuchaba sus palabras, tenían mucho sentido para él: La primera parada de Thor sería con Gwendolyn. Él la amaba, y era lo que más le importaba. Eso era lo que estos simples aldeanos nunca podrían entender. Steffen sabía que era cierto, y su corazón se llenó de optimismo repentino. Por supuesto, si había regresado, sería el primer lugar a donde iría Thor, a la Torre del Refugio, a ver a Gwendolyn — y a llevársela. Era probable que fueran de regreso a Silesia.

Steffen sonrió por primera vez desde que había llegado aquí. Gwendolyn estaba fuera de ese lugar. Sonrió todavía más, al darse cuenta de que su vida estaba a punto de cambiar de nuevo. Ya no necesitaba estar en este pueblo, y ya no necesitaba de estas personas. Ya no necesitaba recluirse a sí mismo, resignarse a una vida de dolor y trabajo y miseria. Tenía otra vez una oportunidad en la vida; su sueño fugaz era regresar. Tal vez, después de todo, él estaba destinado a una vida noble.

—¡Dije que regreses a trabajar, granuja!—, gritó el capataz, mientras levantaba su látigo por lo alto y lo dirigía a la cara de Steffen.

Esta vez, Steffen se lanzó hacia adelante, sacó su espada y le cortó el látigo a la mitad antes de que le llegara. Luego estiró la mano, arrebató lo que quedaba del látigo de la mano del capataz y acuchilló al capataz en la cara.

El capataz gritaba, agarrando su cara con ambas manos, gritando de dolor.

Otros aldeanos se dieron cuenta y de repente se dirigieron a Steffen desde todas las direcciones. Pero Steffen era un guerrero con habilidades más allá de lo que estos hombres provinciales imaginaban y usó el látigo para golpearlos a todos, girando y agachándose y zigzagueando sus golpes; en unos momentos todos estaban en el suelo, gritando de dolor por los latigazos.

Pero más hombres fueron a la carga, hombres más serios, con armas más serias, y Steffen sabía que tenía que ponerse también más serio; antes de que pudieran acercarse. Steffen estiró la mano hacia atrás, tomó una flecha y subió su arco, lo apuntó al líder, un tipo gordo con una camisa demasiado pequeña.

Al levantarla, el hombre gordo, blandiendo una maza, de repente se detuvo en seco, junto con los hombres que estaban a su lado.

Una multitud se congregó, todos a una distancia prudente de Steffen.

—Si alguien se acerca más a mí en este pueblo come estiércol—, gritó Steffen, —los voy a matar todos. No les avisaré dos veces—.

De la multitud salieron tres hombres fornidos, armados con espadas y se dirigieron a Steffen. Sin pestañear, Steffen apuntó y disparó las tres flechas y perforó el corazón de cada uno de los hombres. Cada uno de ellos cayó al suelo, muerto.

La ciudad jadeó.

Steffen preparó otra flecha y se quedó allí parado, a la espera.

—¿Alguien más?—, preguntó.

Esta vez los aldeanos se quedaron paralizados, todos con un nuevo respeto por Steffen. Nadie se atrevió a moverse un centímetro.

Steffen se agachó, tomó su saco de granos y agua, los colgó sobre su hombro y volvió la espalda a ellos, tomando el camino de la aldea hacia el bosque. Él estaba tenso, escuchando cuidadosamente, esperando ver si alguien lo perseguía — pero no se escuchaba nada en ese lugar.

Ni una sola persona se atrevió a insultarlo ahora.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Rómulo caminaba pavoneándose por el sendero del bosque, siguiendo al Wokable, que caminaba con un extraño andar, con su traje verde brillante, dando saltos por el bosque tan rápidamente que era difícil de seguir. Si había algo en lo que Rómulo desconfiaba más que este Wokable, era este lugar, el Bosque Carbonizado, que él siempre había evitado a toda costa, dada su reputación. Aquí los árboles crecieron cortos y gruesos, las ramas retorcidas se extendían por los senderos en todas direcciones, y estaban vivos en maneras que otros árboles no lo hacían. Se rumorea que se habían tragado a hombres completos. Mientras Rómulo miraba con recelo, vio un pequeño conjunto de dientes incrustados en algunos de los troncos, abriéndose y cerrándose perezosamente.

Él aceleró su paso.

El Bosque Carbonizado era un lugar de oscuridad y abatimiento, y al pasar se hacía más espeso, el bosque se hacía más denso en un matorral de ramas enredadas y espinas. Era un lugar impregnado de niebla y llena de todo tipo de cosas malignas, un lugar al que uno iba cuando quería buscar el veneno adecuado para matar a alguien o necesitaba la poción adecuada para hacer una maldición.

Ahora Rómulo necesitaba este lugar, tanto como esperaba evitarlo. Él había confiado su vida entera en la fuerza, en sus habilidades de combate; sin embargo lo que necesitaba ahora no solo era la fuerza. Luchaba en un nuevo reino, un reino de políticas y traición sutil, un reino en el cual la espada sola no podía matar a tu oponente. Necesitaba un arma mejor que una espada. Necesitaba una ventaja sobre todos ellos. Y la clave estaba dentro de este bosque retorcido.

Durante años, Rómulo había emprendido su propia misión secreta, a la caza del arma legendaria que se rumoraba que tenía el poder para bajar el Escudo. Por supuesto, mantener la Espada del Destino en el Imperio habría sido la opción más simple; pero ya sin ella, Rómulo tuvo que recurrir una vez

más al arma. Por años había estado buscando los rumores salvajes de su existencia, siguiendo pistas aquí y allá, sólo para descubrir otra pista falsa.

Esta vez, se sentía diferente. Esta vez, la pista había llegado después de la tortura y asesinato de una larga cadena de personas, hasta que la pista le había conducido finalmente a este Wokable. No pudo haber llegado en un mejor momento; si Rómulo no lo encontraba, el Gran Consejo — o Andrónico — lo matarían. Pero si verdaderamente sostenía el arma para bajar el Escudo, él sería invencible. Los demás se congregarían alrededor de él, y no habría nada que le impediría gobernar el Imperio.

Ellos iban serpenteando por otro sendero más, a través de una maraña de espinas, la niebla se hacía más densa. El Wokable se puso los guantes, de varios centímetros de largo, para proteger sus dedos largos de las espinas. Rómulo, sin embargo, las arrancaba de su camino con sus manos. Sintió que las espinas perforaban su piel, sacándole sangre, pero no le importaba; realmente disfrutaba el dolor.

Cortaron a través de los arbustos espinosos y tallaron un camino más profundo en el bosque, y mientras Rómulo estaba empezando a preguntarse si este Wokable le conducía por el camino incorrecto, finalmente, el camino se abrió en un pequeño claro circular.

Allí había un pequeño montículo de hierba circular, de tal vez tres metros de altura, en realidad era un montículo de tierra. En su centro había una puerta baja, arqueada, cubierta de hierba, casi imperceptible. No había ventanas y no había otra entrada. Parecía una cúpula de tierra.

Rómulo hizo una pausa, sintiendo el mal detrás de esa puerta.

El Wokable giró y lo miró, con su cara plana, su color amarillo y cuatro ojos, haciendo un extraño ruido de satisfacción que inquietó a Rómulo. Sonrió, dejando al descubierto sus cientos de dientes pequeños y afilados.

—Tu valiosa arma está dentro de ese montículo—.

Rómulo dio un paso adelante para ir a buscarla, pero el Wokable estiró sus dedos largos y huesudos y los puso en su pecho, deteniéndolo. Era sorprendentemente fuerte.

—Debes esperar a que te llamen—.

Rómulo se mofó. No era de los que esperaba a nadie.

—¿Y si no lo hago?—, preguntó Rómulo.

El Wokable abrió su boca una y otra vez, destelló sus filas de dientes, expresando su descontento.

—Entonces tu esfuerzo será maldecido—.

Rómulo lo fulminó con la mirada. No era de los que se encogía de miedo ante las señales y los presagios; él iba a donde fuera y como quería, en sus propios términos.

Rómulo caminó pavoneándose por el claro, agarró la pequeña puerta y tiró de ella para abrirla, con tanta fuerza que la arrancó de sus bisagras. Entró sin miedo en la oscuridad de la loma vacía, agachándose al caminar.

El interior estaba oscuro, había algo maligno colgando en el aire, aferrándose a su piel. El lugar estaba iluminado por una pequeña vela, parpadeando en el otro extremo, y le tomó un momento a sus ojos ajustarse.

Mientras caminaba hacia el centro, vio una pequeña mesa circular. Sentado ante ella estaba un hombre viejo, calvo, con largos mechones de pelo blanco colgando de los lados de su cabeza, vistiendo una túnica de terciopelo verde, con el cuello alto. Le daba la espalda a él y tarareaba una melodía extraña.

Rómulo esperó, inseguro de qué pensar de ello. Esperaba que no fuera otro callejón sin salida, ya que no vio arma alguna en este lugar.

—No tengo tiempo que perder—, dijo Rómulo. —Dame lo que he venido a buscar—.

Hubo un largo silencio.

—Viniste antes de que te llamara—, dijo el anciano, con su vetusta voz.

Rómulo se mofó.

—Yo no espero a nadie—, dijo.

—Ésa será tu perdición—, dijo el hombre.

Rómulo lo fulminó con la mirada.

—Dame lo que vine a buscar. Si no, vas a sufrir la ira del gran Rómulo—.

Hubo una risa ahogada, como un estruendo, y Rómulo sintió que se estaba burlando de él.

En un arranque de ira, Rómulo se abalanzó, derribó la mesa, y enfrentó al viejo.

Sacó su espada y lo apuñaló, pero miró hacia abajo y vio que la espada pasaba solamente por el aire, sin hacer daño.

Miró a la cara del hombre y se alejó un poco, horrorizado. Las mejillas del hombre eran largas y huesudas, su rostro demacrado y en lugar de ojos tenía dos cuencas vacías.

El viejo sonrió, su rostro arrugado con un millón de líneas, y Rómulo, sin quererlo, tembló.

—Tienes la muerte en la cara—, dijo el anciano. —¿Qué te parece?—.

Rómulo se quedó allí, sin palabras. Finalmente, reunió suficiente coraje para decir: —Vengo por el arma. El arma que bajará el Escudo—.

El viejo sonrió.

—Solamente puede ser blandido por los dignos. ¿Eres digno?—.

—Soy el segundo solamente después de Andrónico en todo el Imperio. Yo soy el gran Rómulo—.

—Sí...—, dijo el hombre lentamente. —Por ahora. Pronto serás el primero—.

El corazón de Rómulo se hinchó al escuchar esas palabras.

—Cuéntame más—, exigió.

—Tu destino aún debe determinarse. El arma puede cambiarlo. Pero el precio será enorme—.

—Pagaré el precio—, dijo Rómulo apresuradamente. —¡Dámela!—.

El hombre se levantó y caminó más allá de Rómulo, cruzando el cuarto hacia el otro extremo de la pared mientras llegaba a la oscuridad. El corazón de Rómulo latía mientras esperaba con expectación para ver cuál podría ser el arma. ¿Era una espada? ¿Una jabalina? ¿Otro tipo de arma?

Rómulo estaba confundido cuando el hombre regresó sosteniendo un simple manto negro de terciopelo. Él la levantó por lo alto y la puso en las manos de Rómulo.

—¿Qué es esto?—, le preguntó Rómulo, molesto.

—Tu arma sagrada—, fue la respuesta.

Rómulo la miró, confundido, preguntándose si se estaba burlando de él.

—Esto no es un arma—, dijo. —Es una capa—.

—No todas las armas tienen cuchillas—, dijo el anciano. —Esta arma es más poderosa que cualquiera de las que haya conocido—.

—Voy a probarla—, dijo Rómulo, preparándose para usarla.

El anciano estiró la mano y sujetó su brazo. Rómulo se sorprendió por la fuerza de su agarre, su huesuda mano era tan fuerte que no podía liberarse solo. Se dio cuenta de que este encuentro era mágico, de una fuerza que no entendía, y por primera vez en su vida, sintió miedo.

—Ponte esa capa ahora y morirás—, dijo el anciano.

Rómulo la examinó con estupor.

—Úsalo sólo cuando cruces el puente hacia el Cañón. Te hará invisible y te permitirá penetrar el Escudo, para entrar en el Anillo. Debes cruzarlo tú

solo. Para destruir el Escudo para siempre, necesitarás llevar a un MacGil contigo a través del cañón, mientras traes puesto el manto. Cuando un MacGil ponga un pie en la tierra fuera del Cañón, junto contigo usando esta capa, entonces el Escudo bajará para siempre—.

Rómulo analizó el manto con asombro. Sintió que era verdad.

Finalmente, después de todos estos años, tenía en su mano la llave para bajar el Escudo, para tomar el Anillo. No había ningún obstáculo en su camino. Finalmente, el poder sería suyo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Thor se sentó en la baranda superior del castillo, con la Espada del Destino en su regazo, dándole vueltas, examinándola a la luz de la temprana mañana. La espada brillaba, iluminada en diferentes colores, larga y lisa, casi translúcida, hecha de un metal que no podía entender. La empuñadura, de oro sólido, se sentía como si fuera mantequilla en la palma de su mano, haciendo que su mano se amoldara a ella totalmente, como si siempre la hubiera blandido, como si él y la espada fueran uno. A lo largo del borde de la empuñadura había rubíes incrustados pequeños, y la cuchilla estaba grabada con una inscripción antigua que no comprendía.

Mientras la estudiaba, Thor quiso saber. La espada se sentía verdaderamente antigua, y se preguntaba quién la había forjado, quién la había blandido en el pasado, cómo había llegado aquí. Se preguntaba acerca de su historia. Se preguntaba acerca de su futuro. Se preguntaba sobre su propio futuro. Reflexionó sobre todo lo que había pasado para conseguir la Espada, sobre su búsqueda, atravesando el Cañón, cruzando el Tartuvio, el Imperio hostil, sus selvas y desiertos y montañas y ciudades esclavas y dragones...

Todo por esto. Esta hoja, esta pieza de metal que sostenía en su mano. Pensó en las vidas perdidas y vio las caras de sus amigos, flotando en el agua. Pensó en todos los muertos del Anillo, en la invasión de Andrónico... todo por esta Espada.

¿Qué tenía la singular arma?

Thor pensó en todos los guerreros del Imperio que había matado con ella desde su regreso. Al blandirla, sentía como si la espada lo blandiera a él. No lo entendía. Y Thor temía cosas que no comprendía.

Sobre todo, contempló las palabras ominosas de Aberthol, que sonaron en su cabeza, que lo había mantenido despierto toda la noche, que lo había llevado aquí, a estos parapetos, antes del amanecer, para encontrar consuelo, tiempo para reflexionar: la leyenda de que blandir la Espada sería por poco tiempo.

¿Eso significaba que sería derrotado? ¿Moriría pronto? ¿Sin la espada, quién sería él? ¿Qué sería del Escudo? ¿Del Anillo?

Thor sabía que tenía poderes por su propio derecho. Sin embargo ninguno de sus poderes se parecía a los de la Espada. Ya sentía que formaba parte de ella.

Ahora se sentía invencible. ¿Qué podría derribarlo?

Thor sintió el anillo en su bolsillo, decidido a proponerle matrimonio a Gwendolyn tan pronto como ella despertara. Sin embargo, primero tendría que decírselo. Había llegado el momento. Antes de embarcarse en la misión para matar a su padre, Gwendolyn debería saber quién era él.

¿Cómo reaccionaría ella? Mal, temía él. ¿Eso significaría el fin de su relación?

Thor miró la luz del alba, la espada brillando, haciendo que sus grises ojos brillaran y pensó en la batalla por delante. Hoy era el día en que destruiría al resto del ejército de Andrónico — y al mismo Andrónico. Su propio padre. No sabía cómo se sentía acerca de eso. Lo quería muerto, más que nada en el mundo. Pero también, tuvo que admitir, que quería un padre en este mundo. Una parte de él se sentía en conflicto por asesinar a su propio padre. ¿Por qué se le imponía este destino?

Thor sabía que cuando llegara el momento, no dudaría. Lo mataría. Pero él deseaba que pudiera ser de otra manera, deseaba tener otro tipo de padre. Deseaba tener un padre que pudiera conocer por primera vez en un abrazo paternal — no en un acto de violencia.

—Ahí estás—, se oyó una voz.

Thor se acercó para ver a Gwendolyn parada en la entrada a los parapetos, sonriendo, adormilada, con su cabello despeinado, Krohn a su lado, lo miraba con amor. Gwen se acercó y Krohn corrió y saltó sobre él, lamiéndolo.

Thor sonrió, había vuelto a poner la Espada en la funda, caminó y se reunió con Gwendolyn en un abrazo, feliz de tener esta distracción de sus pensamientos oscuros.

—Amanece—, dijo ella, —y todos nuestros hombres te esperan abajo, en el gran salón. Es un gran día de batalla y quieren reunirse contigo antes de comenzar su ataque—.

Thor asintió con la cabeza. Él ya se lo imaginaba, y se dio vuelta y caminó con Gwendolyn.

Los dos dejaron los parapetos, volvieron a entrar en el castillo y

caminaron por los pasillos, Krohn junto a ellos. Se agarraron de las manos en silencio, el corazón de Thor latía aceleradamente en su pecho, con tantas cosas que quería decirle.

Necesitaba decirle que quería estar con ella para siempre. Que quería que tuviera el anillo de su madre. Y quién era su verdadero padre.

Pero su corazón se aceleró más y más y se sintió incapaz de decir cualquiera de estas cosas. Su tiempo era demasiado apresurado.

Finalmente, ya que descendieron una serie de pisos y dieron vuelta a un corredor, Thor reunió el coraje. Era ahora o nunca.

—Gwendolyn, hay algo que debo decirte—, dijo, con su voz temblando.

Ella lo miró con preocupación.

Abrió la boca para hablar, y cuando estaba a punto de pronunciar las palabras, de repente, dos enormes puertas se abrieron. Thor y Gwendolyn se volvieron y vieron delante de ellos el Gran Salón, una gran habitación, de treinta metros de ancho y alto, alineado con los armamentos y banderas de todos los grandes guerreros. En su centro había una mesa larga, rectangular, y alrededor de ella, estaban de pie y sentados, cientos de guerreros. Todos ellos vieron a Thor con expectación.

Thor se detuvo en la puerta, mientras Gwendolyn le miraba, esperando.

Ahora sabía que no era el momento adecuado.

—Ya hablaremos después—, dijo.

Se volvió y tomó su mano y los dos entraron juntos en el salón. Al hacerlo, los hombres se pusieron de pie y golpearon las empuñaduras de las espadas en la mesa, una cacofonía de ruidos y un signo de respeto.

—¡Thorgrinson!—, coreaban ellos.

Cuando Thor se acercó, finalmente todos guardaron silencio. Kendrick, Srog, Godfrey, Reece, Elden, O'Connor y Conven lo abrazaron, junto con varios otros valientes guerreros. También estaban allí los nuevos miembros de La Legión, Serna y Krog, así como docenas de miembros de Los Plateados y del ejército de MacGil. Era una fuerza grande y temible.

—Thorgrinson—, dijo Srog mientras la multitud guardaba silencio. —Los soldados de Silesia aguardan tu despliegue. Y miles más nos esperan afuera de este salón—.

—Y todos los de Los Plateados y todos los del ejército de MacGil—, añadió Kendrick. —Ahora eres el líder del ejército—.

Thor meneó la cabeza, mientras apretaba el hombro de Kendrick.

—Tú eres su líder—, dijo. —Sólo soy un muchacho con un dragón y una espada, y haré todo lo que pueda para servir al Anillo—.

Kendrick sonrió.

—Te acompañaremos cuando ataques a Andrónico—, dijo Kendrick, — todos cabalgaremos juntos, en tierra, debajo de ti. Tú serás más rápido, con tu dragón, pero cabalgaremos con fuerza y no estaremos muy lejos de ti. Mientras tengas a los hombres de Andrónico huyendo, nosotros los perseguiremos en la tierra, y acabaremos con cualquier hombre que no puedas matar. Aunque seas muy poderoso, con tu dragón y tu espada, hay demasiados lugares — cuevas y recovecos y rincones — donde pueden esconderse los hombres de Andrónico —.

Thor asintió con la cabeza.

—Seré un honor que se unan a mí en la batalla. Tienes razón: incluso con todo el poder del mundo, no puedo hacerlo solo. Y no puedo pensar en honor mayor que volar al lado de este ejército.

—Después de hoy—, dijo Srog, —Andrónico y sus hombres ya no existirán. Al final de la batalla de este día, ¡el Anillo será libre y el Imperio regresará al mar!—.

—¡ESO, ESO!—, se escuchó el gran grito de aprobación de los caballeros en el salón.

Thor analizó sus rostros, todos eran hombres aguerridos, hombres de los que había oído hablar al crecer, y se sintió honrado de estar en su presencia.

Thor iba a responder cuando, de repente, las puertas de la habitación se abrieron de golpe, y entró un hombre que Thor apenas reconoció. Todas las cabezas voltearon cuando entró pavoneándose en la habitación, sin aliento, caminando directamente a la mesa.

Era Bronson. El marido de Luanda.

—Disculpen, grandes soldados, por la intromisión—, anunció Bronson, jadeando, intentando recuperar el aliento. Se quedó allí parado, portando un parche en el ojo.

—Vengo con buenas noticias—, dijo Bronson. —Noticias urgentes. Noticias que afectarán los eventos de este día. He cabalgado todo el camino desde el otro lado de las tierras altas. Luanda me envió aquí. ¡Ella ha hablado con Andrónico, y ha ofrecido su rendición!—.

Un sorprendido murmullo estalló en la sala, mientras los caballeros giraban y murmuraban entre ellos.

—Por supuesto que quiere rendirse—, gritó uno. —¡Nos superan en número! ¡Y a un día de la muerte!—.

—¡No creo que Andrónico se rinda jamás!—, gritó otro.

—¿Qué opciones tiene?—, preguntó otro.

—¡Silencio!—, gritó Srog, y eventualmente el salón guardó silencio suficiente para que todos los ojos se concentraran en Bronson.

—Dijo que se entregará personalmente—, prosiguió Bronson.

—¿Bajo qué condiciones?—, preguntó Kendrick.

—Dijo que se rendirá ante Thorgrin y solamente ante Thorgrin. Y que se le debe permitir a sus ejércitos dejar el Anillo sin ser dañados—.

Un murmullo agitado estalló entre los caballeros, mientras se veían unos a otros, perplejos.

—Eso suena como un ofrecimiento justo—, dijo Brom. —Él quiere salvar a sus hombres—.

—Ese no parece ser Andrónico—, dijo otro.

—¿Qué opciones tiene?—, preguntó otro. —Él probablemente está siendo presionado por sus generales. Tiene medio millón de hombres y él está sólo, y ha visto el daño que puede hacer Thor—.

—¿Por qué deberíamos estar de acuerdo?—, gritó otro. —¿Qué podemos ganar por dejarlos ir? ¡Ahora es el momento de matarlos a todos!—.

—Siendo Andrónico nuestro prisionero, y estando el Escudo activado, no tenemos nada que temer de sus hombres. Nos ahorraríamos derramamiento de sangre, también de nuestra parte. No se perderán vidas hoy. Después de todo, todavía tiene medio millón de hombres mientras que los nuestros son diez mil—.

Los hombres empezaron a discutir, mientras Thor estaba allí parado, escuchándolo todo.

—Aunque estemos de acuerdo—, dijo Kendrick, —que Thor vaya solo, no parece correcto—.

—¿Y ¿cómo sabemos que no está mintiendo?—, preguntó Godfrey a Bronson.

Todas las miradas se volvieron a Bronson.

—Sí, ¿cómo sabemos que podemos confiar en ti?—, preguntó Reece. —Después de todo, eres un McCloud—.

—Yo soy un MacGil ahora—, insistió Bronson. —Rechazo a los McCloud. Rechazo a mi padre. Después de todo, él es quien me ha mutilado.

Luché por ustedes valientemente durante el asedio de Silesia, y no tengo ninguna razón para manchar mi honor. Juro con cada gramo de mi ser que digo la verdad. Soy un caballero, como ustedes. Tal vez hemos luchado en otros lados de la batalla, pero todos nos adherimos al mismo código de honor—.

Bronson habló con la mayor sinceridad y Thor pudo ver que no mentía.

—¿Qué podría temer Thor, de todos modos?—, preguntó Elden. —Con Mycoples a su lado y la Espada del Destino en la mano, ni todos los hombres de Andrónico podrían hacerle daño—.

—Digo que aceptemos su rendición—, dijo Srog.

Kendrick cerró su puño en la mesa y el salón guardó silencio.

—El ofrecimiento es para Thor y únicamente Thor tiene que aceptarlo o rechazarlo. Es su vida la que arriesga por todos nosotros—.

Thor estaba parado ahí, escuchando, perplejo. Por un lado, con mucho gusto arriesgaría su vida por el Anillo; por otro lado, presentía que algo estaba mal. No estaba seguro de qué. ¿Por otra parte, como habían dicho, ¿qué podría hacerle Andrónico? Con Mycoples y la Espada, se sentía invencible.

—Yo preferiría matar a Andrónico que aceptar su rendición—, respondió Thor.

—Pero si ese es el deseo de ustedes, entonces lo cumpliré. Voy a ir—.

Hubo una ovación del grupo de caballeros.

—Aceptaré su rendición—, dijo Thor, —y me aseguraré de que todos y cada uno de sus soldados se vaya del Anillo—.

—¡No!—, gritó Gwendolyn.

Todos guardaron silencio mientras giraban y la miraban.

—No debes ir—, le dijo ella a Thor. —No es justo que tú y solo tú arriesgues tu vida—.

Thor se dirigió a ella, conmovido por su preocupación.

—Mi señora—, dijo Srog, —tampoco queremos poner en peligro a Thorgrin. ¿Pero cómo podría salir herido?—.

Gwendolyn meneó la cabeza.

—Envíen a alguien más. Thorgrin acaba de regresar de arriesgar su vida por el Anillo. Él ya ha hecho suficiente—.

La sala se quedó en silencio, y Thor miró a Gwendolyn, superado por el amor por ella. Pero ella todavía no comprendía. Para Thor, esto era más que sólo un enfrentamiento con el enemigo: se trataba de enfrentarse a su padre. Y eso era algo que ella nunca entendería hasta que se lo dijera él. Había llegado

el momento.

Tomó la mano de Gwendolyn, se inclinó y besó sus dedos y dijo suavemente: —Hay algo que necesito decirte. Déjennos hablar a solas—.

*

Thor tomó de la mano de Gwen y la guió por la habitación, ante la mirada perpleja de cientos de soldados. Ellos caminaron por un pasillo, hasta que llegaron a la privacidad de una pequeña cámara. Entraron y los asistentes cerraron la puerta detrás de ellos.

—No puedes confiar en él—, insistió ella, girando hacia él, vehemente. —Lucha con él. Mátao. Pero no vayas solo para aceptar su rendición. Tal vez estoy siendo egoísta. Pero ya me alejaron de ti una vez, y no pensé que volverías. Sentí que mi vida había terminado. Ahora que estás aquí, siento que volví a nacer otra vez y no puedo permitir que arriesgues tu vida otra vez. Lo siento. Pero deja que vaya otra persona. Andrónico no necesita rendirse solamente ante ti. Él podría rendirse ante cualquiera. No sé qué cuál es su fijación contigo. Por favor. Que vaya cualquiera, menos tú—.

Thor movió lentamente la cabeza.

—Te amo, Gwendolyn—, dijo. —Más de lo que podría decir. Y me conmueve profundamente tu preocupación por mí. Pero debo aceptar la rendición de Andrónico. Podría salvar las vidas de miles de nuestros hombres en batalla. Las muertes de esos hombres estarán en mi cabeza. Tengo que ir. Mi honor me obliga—.

Gwendolyn comenzó a llorar.

—No puedes ir—, insistió. —Ahora no. Hay demasiado en juego. No se trata sólo de ti—.

Lloró, y Thor sintió que su corazón se rompía. Él se acercó y le puso una mano en el hombro y la miró, confundido.

—¿Por qué lo dices?—, preguntó.

Presintió que había algo que no le estaba diciendo, algo que ella quería desesperadamente que él supiera, y no podía entender lo que era.

—Siento que me estás ocultando algo—, dijo. —Dime lo que es. ¿Por qué no debería ir?—.

Gwendolyn lo miró y él presintió que ella le iba a decir algo — pero luego se volvió bruscamente, limpiando las lágrimas y miró por la ventana.

—Lamento haber llorado—, dijo ella. —No es lo que debería hacer una

reina—.

Thor se acercó a ella y puso una mano en su hombro.

—Eres más reina que nadie que haya conocido—, dijo.

Ella le sonrió.

Thor tragó saliva, su corazón latía aceleradamente, sabiendo que había llegado el momento de decirle. Ya no podría ocultárselo.

—Gwendolyn—, comenzó a decir, aclarando su garganta, —hay otra razón por la que debo ir solo a conocer a Andrónico—.

Thor tragó saliva, no queriendo decir las palabras, pero sabiendo que debía hacerlo.

—Es más complicada de lo que crees—, continuó. —Hay una razón por la que él quiere rendirse ante mí y sólo ante mí—.

Ella lo miró, intrigada.

—¿De qué estás hablando?—, preguntó.

—Verás—, comenzó diciendo, luego se detuvo. —Me...he enterado de algo. Algo que...quisiera nunca haber sabido. No hay nada que pueda hacer para cambiarlo. Y

eso me obliga a tomar esta acción—.

—No entiendo—, dijo ella.

Ella lo miró, desconcertada, y el corazón de Thor latía aceleradamente, tenía la garganta seca. Estaba aterrado de que una vez que pronunciara las palabras, arruinaría su relación para siempre.

—Hay una razón por la que debo conocer a Andrónico...—, dijo,—...una razón por la que debo ser yo el que lo mate—.

—¿Para vengarme?—, preguntó Gwendolyn.

Thor tragó saliva.

—Sí, para vengarte,— dijo. —Pero también por otra razón—.

Ella lo miró a los ojos y se quedó allí, temblando, queriendo que salieran las palabras, obligándose a sí mismo.

—Verás, Gwendolyn...— dijo él, y se detuvo.

Finalmente, respiró hondo y pronunció las palabras: —Andrónico es mi padre—.

Gwendolyn se le quedó mirando, paralizada, y parpadeó varias veces, completamente sorprendida. Parecía como si, al principio, no pudiera siquiera procesar sus palabras.

Pero luego su mirada se ensanchó, sus ojos se abrieron de par en par y

quedó con la boca abierta. Ella levantó la mano a la boca abierta e involuntariamente dio varios pasos atrás, lejos de Thor.

Thor podía ver el horror y la aversión en su expresión, casi como si ella estuviera mirando al mismo Andrónico. Y su corazón se rompió ante lo que vio.

—No puede ser—, susurró ella.

Thor asintió con la cabeza, tristemente.

—Lo es. Él es mi padre—.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Gwen, mientras ella lo miraba con una nueva expresión, como si mirara a un monstruo. Thor no podía evitar sentir que las cosas ya nunca serían las mismas entre ellos.

—Gwendolyn — comenzó.

—¡Déjame!—, dijo de golpe, con una voz fea, llena de veneno y odio.

—¡DÉJAME!—, gritó.

Thor volvió a mirarla, vio la ira en sus ojos y sintió que todo su mundo se derrumbaba. Ya no tenía nada por lo cual vivir.

Thor se dio vuelta y salió de la habitación, ya no le importaba si vivía o no. Ya solamente quedaba un lugar para él en el mundo: Era hora de conocer a su padre.

CAPÍTULO VEINTE

Gwendolyn estaba parada en la cámara del castillo, mirando por la ventana, viendo cómo Thor se iba volando con Mycoples, con sus grandes alas batiendo contra el alba, a contraluz de la enorme bola del sol de la mañana. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras intentaba respirar de nuevo, vencida por un millón de emociones contradictorias. Se sintió traicionada por Thor, por su revelación, traicionada al saber que él era el hijo de Andrónico, la única persona que más odiaba en el mundo. Se sentía traicionada porque él se lo había ocultado. Y se sintió traicionada, una vez más, por el mundo.

¿Por qué el destino tenía que ser tan cruel? En todo el universo, ¿por qué nadie más — cualquiera — podría ser el padre de Thor? ¿Por qué tuvo que ser la persona que llenaba la mente de Gwendolyn con odio, con un deseo de venganza?

Sin embargo, al mismo tiempo, sabía que estaba equivocada por estar molesta con Thor. Thor no podía ser culpado por su linaje. Thor nunca había sido otra cosa que amable y cariñoso y gentil con ella, y ella lo culpaba por su linaje. Y, por supuesto, Thor también tenía una madre, y su linaje no era enteramente de Andrónico.

Se sintió avergonzada de haber reaccionado como lo hizo. Ella se sentía desgarrada por la culpa y tenía una sensación de pérdida, de que podría haber ayudado involuntariamente a hacer que Thor se fuera a la misma batalla a la que ella había querido impedir que fuera.

Mientras lo veía desaparecer en el horizonte, sabía que iba a enfrentarse con su padre. Y sabía que si Andrónico no se rendía, Thor lo mataría, si fuera necesario. Ella sabía que Thor sentía el mismo odio hacia Andrónico que ella, y lógicamente, sabía que estaba mal estar molesta con Thor. Por el contrario, ella debería haber sido compasiva con él y mostrarle su solidaridad: después de todo, ella estaba segura de que él estaba sufriendo con esta noticia.

Aun así, el profundo impacto de la revelación resonaba dentro de ella, y no había nada que pudiera hacer acerca de su reacción visceral, acerca de sus

sentimientos encontrados. Ella se agachó y sintió su estómago, y se impresionó todavía más: después de todo, esta noticia significaba que ella llevaba en su vientre al nieto de Andrónico.

Le dieron ganas de llorar y gritar al mundo. Este bebé en su estómago, que ya amaba más de lo que podría decir. ¿Iba a traer a un monstruo al mundo?

Por otra parte, Thor no era un monstruo. Pero ciertamente Andrónico sí lo era y ella y sabía que a veces, los rasgos se saltaban una generación.

Gwendolyn se quedó ahí parada, viendo un cielo vacío. Thor había desaparecido de la vista, y mientras ella permanecía, tuvo una sensación apremiante de preocupación por su bienestar, anulando todas sus otras emociones. Después de todo, Thor volaba precipitadamente a un encuentro con el hombre más peligroso del mundo, una reunión a la que ella le había instado a ir, sin proponérselo. ¿Qué pasaría si nunca regresaba? Sería un peso que ella tendría por el resto de sus días.

Ya se sentía responsable.

Ella quería a inclinarse por la ventana y gritar para que Thor volviera. Gritar que lo lamentaba. Al mismo tiempo, tuvo que admitir que también había una pequeña parte de ella que quería irse volando y nunca regresar, que quería que todos sus problemas se fueran volando con él. Se odiaba a sí misma por pensarlo, y no sabía qué sentir, cómo pensar.

Ella vio una repentina conmoción desde el otro lado del patio. Miró hacia abajo y estaba confundida ante la vista: en el otro extremo de Silesia, marchando a través de la puerta norte, apareció un ejército de varios miles de hombres, marchando lentamente, en perfecta formación. Al principio, ella no podía entender lo que veía. Las marcas del ejército no eran del Imperio; de hecho, la armadura se asemejaba a la de los ejércitos de los MacGil. Los colores, sin embargo, eran diferentes: un carmesí intenso con azul, y el estandarte que llevaban tenía el emblema de un lobo solitario y el estandarte que llevaban tenían un emblema de un lobo solitario.

El cuerpo principal del ejército se quedó afuera de las puertas, mientras que un pequeño contingente de una docena de oficiales bien vestidos, adornados con pieles, cabalgaron más allá de ellos, entrando en Silesia. Evidentemente, venían con un mensaje. O una advertencia. Gwen no sabía si eran amigables u hostiles. Pero su instinto le dijo, por la forma en que se comportaban, que sus intenciones eran hostiles.

Ella no comprendía lo que estaba sucediendo, o quiénes eran esas

personas.

Ella recurrió a todos sus estudios y recordó ver ese escudo y los colores en un libro. También tenía un vago recuerdo, cuando era niña, de que su padre los llevaba a visitar a su hermano menor, el MacGil más joven, en las Islas Superiores Gwen nunca olvidaría la época que pasó allí. Ella podría jurar que la bandera, esos colores, ondeaban allí.

¿Podrían ser ellos? ¿Sus primos MacGil? Si fuera así, ¿qué hacían aquí ahora?

¿Habían venido a ayudarlos a defenderse?

Hubo un tiempo en que su padre y su hermano menor fueron muy unidos como hermanos; pero ella recordó el altercado que tuvieron, que nunca volvieron a hablarse y recordó a su padre advirtiéndoles acerca de su hermano. Ella no podía imaginar por qué aparecían ahora, por el motivo que fuera, dudaba que hubieran venido a ayudar.

Gwendolyn se dio vuelta y corrió por los pasillos. Ya se estaba llenando de soldados que también habían visto al ejército, el castillo entero se movilizó, apresurándose a bajar para recibirlos. Ella se apresuró con ellos, bajando la escalera de caracol de piedra, su corazón latía aceleradamente, preguntándose qué podría estar sucediendo.

Ella tenía presentía que, fuera lo que fuera, no podría ser bueno.

*

Gwendolyn estaba parada en el centro del patio de Silesia, flanqueada por Kendrick, Srog, Brom, Atme, Godfrey, Reece y una docena de miembros de Los Plateados, todos ellos orgullosamente manteniéndose firmes, mientras esperaban la llegada de los contingentes de soldados. Todos los hombres estaban parados con sus manos en las empuñaduras de sus espadas, con las armas listas.

—Mi señora, ¿llamamos al ejército?—, preguntó Kendrick. Ella podía oír la ansiedad en su voz.

Vio que se acercaba el contingente, era tal vez una docena de hombres y no vio a ninguno de ellos con sus manos sobre sus armas. Ella sintió que el ejército podría ser hostil, pero este contingente no lo era. Tal vez venía con un mensaje — o un ofrecimiento.

—No—, respondió ella. —Tenemos mucho tiempo para eso. Vamos a escucharlos—.

—¿Son los colores de los otros MacGil?—, preguntó Reece en voz alta.
—¿De las Islas Superiores?—.

—Así parece—, dijo Kendrick. —Pero, ¿qué están haciendo aquí?—.

—Tal vez han venido a secundar nuestra causa—, dijo Atme.

—O a explotarnos en nuestra debilidad, agregó Godfrey.

Los mismos pensamientos pasaron por la mente de Gwendolyn, mientras estaba ahí parada.

Los hombres se acercaron, finalmente se detuvieron a tres metros de ellos.
Desmontaron.

Un soldado salió delante de los demás, flanqueado por cuatro hombres, mirando a Gwendolyn. Era un hombre grande y robusto, cubierto con las mejores pieles escarlata, y al quitarse el casco, Gwendolyn reconoció su melenudo pelo gris y rostro con marcas de viruela, inmediatamente.

Su tío: Tirus MacGil.

Tirus era más o menos de la edad de su padre, parecía mucho mayor de lo que había visto, cuando era niña. Su barba era espesa, con canas, su rostro tenía demasiadas arrugas de preocupación, y no tenía la actitud agradable y despreocupada que ella recordaba. Ahora su cara era seria, sin sentido del humor. No sonrió mientras la saludaba, como solía hacer cuando ella era niña, riendo de una manera despreocupada, levantándola y balanceándola. Ahora, se acercó con un cuerpo rígido, como lo haría un adversario, con su mandíbula cerrada y sus ojos marrones inexpresivos.

Por un lado, su corazón saltó al verlo, ya que se parecía mucho a su padre, y le hizo extrañarlo mucho. Por otro lado, sentía un agujero en el estómago, provocado por su actitud y la de sus soldados, como lo haría ante cualquier otro adversario.

Tirus se detuvo a pocos pasos de ella, y la miró con frialdad. No hizo reverencia ni asintió con la cabeza ni ofreció besarla en la mano, pese a que llevaba el manto real de Silesia y seguramente sabía que era la reina. Era una señal de falta de respeto, y ella tomó nota.

—He venido a reclamar lo que legítimamente es mío—, anunció con una voz fuerte y estruendosa, una voz que no solamente se dirigía a ella sino a todos los que alcanzaran a escuchar. —Mi hermano mayor, el rey MacGil, está muerto. Por derecho, el reinado me corresponde, soy su hermano mayor siguiente—.

Gwen enrojeció. Así que eso era lo que buscaba. Ella debe haberlo

sabido. Su padre le había advertido.

Ella aclaró su garganta y se dirigió a él en forma igualmente segura y formal: —Ésa no es la ley del Anillo, como sabes muy bien—, respondió Gwendolyn.

—Nuestro derecho común dicta que la corona caerá en el hijo designado de un rey fallecido—.

—Es tu ley—, dijo Tirus. —No la mía. Modificas la ley a tu conveniencia. Somos de las Islas Superiores, no del Anillo, y tenemos nuestra propia ley—.

—Mi padre no alteró ninguna ley—, corrigió ella, conociendo su historia demasiado bien. Tantos años de leer, le estaba sirviendo ahora. —Ha sido la misma ley en uso durante siete generaciones de Reyes MacGil, creada por Harthen MacGil y reconocida por el Consejo Supremo antes de la formación de la Corte del Rey. Si alguien pretende modificar la ley, eres tú—.

Tirus enrojeció, evidentemente no se esperaba una réplica tan erudita, que tenía bien memorizada.

—Tienes demasiada educación, muchacha—, dijo él. —Siempre la has tenido.

Eres muy inteligente por tu propio bien. Pero necesitarás más que libros para gobernar un reino. Quizás conozcas los detalles técnicos de la ley. Pero yo vengo de la vida real. Mi hermano mayor está muerto, y no me importa lo que diga tu ley — por derecho, el control del Anillo debe caer sobre mí, ahora. He esperado mucho tiempo, casi toda una vida. He venido a tomar lo que merezco. No importa si la ley me lo concede o no—.

Tirus suspiró.

—Porque tu padre y yo fuimos muy unidos una vez—, agregó, —he venido con una amable y gentil oferta. Te dará la oportunidad de entregarme pacíficamente la corona. Apenas la has tenido poco tiempo — no la extrañarás mucho. Y tú eres mujer, después de todo — y eres una mujer joven para eso. Nunca fue para ti. Me la entregarás, y quitaré todas esas responsabilidades de tu cabeza. No podrías saber cómo gobernar un país, de todos modos. Como tu gobernante, te trataré bien. Todos tendrán un lugar en mi reino. Por supuesto, mis hombres y yo traeremos nuestra corte aquí, y algunos de ustedes podrán ser desplazados. Pero no te preocupes, les encontraremos otras casas. Sus impuestos aumentarán y pelearán en el servicio para mí, pero seré un rey justo—.

—¿Tan justo como eres ahora con tu gente?—, preguntó Kendrick.

Tirus dio vuelta y le dio una mirada de odio en plena ebullición.

—Nuestro padre nos llevó a visitar tus tierras muchas veces—, añadió Kendrick.

—Fuéramos niños o no, teníamos ojos. Eras un jefe cruel. Tu gente te odiaba. No vi evidencia de la bondad y justicia de que la que te jactas.

Tirus apretó sus mandíbulas.

—Abres la boca cuando debes escuchar, muchacho—, dijo Tirus, furioso. —Apenas acabas de dejar el pecho de tu madre. Los hombres de verdad como yo, te dirán cómo es el mundo—.

—Estás lleno de grandilocuencia—, replicó Kendrick. —Tu problema es que te sientes mejor de lo que eres—.

Tirus se puso morado y agarró la empuñadura de su espada. Evidentemente, no estaba acostumbrado a que le hablaran de esa manera. Debe haber estado acostumbrado a que todos se sometieran a él.

—¿Y esto lo dice el hijo bastardo de su padre?—.

Ahora Kendrick se sonrojó.

—Yo soy el hijo primogénito de mi padre. También el primero que nació. Por derecho, eso me daría el trono. Pero mi padre decidió darle el trono a Gwendolyn — y yo respeto su decisión. A diferencia de ti, que buscas apoderarte de lo que no es tuyo—.

—No eres más que un bastardo—, dijo Tirus, —y si tu padre hubiera tenido un poco de sentido común, me habría escuchado y te habría matado el día de tu nacimiento. Fue otro ejemplo de su gran estupidez, mantenerte con vida—.

Kendrick apretó su puño y dio un paso adelante, y de inmediato, todas las espadas fueron sacadas por los caballeros en ambos lados de los contingentes.

Gwendolyn extendió la mano y la puso sobre la muñeca de Kendrick, y él se volvió y la miró. Podía ver la furia en sus ojos —nunca lo había visto tan molesto.

Pero cuando sintió sus manos tranquilizadoras, se detuvo.

—En otra ocasión, hermano—, dijo ella, destacando la palabra hermano.

Él se calmó con lo que ella le dijo, y bajó la guardia.

Gwen se dirigió a Tirus, decidida a sacar de su ciudad a esta comadreja.

—Kendrick es mi verdadero hermano—, le dijo a Tirus. —Es puro y tan verdadero hermano para mí como lo son todos mis hermanos. Y si fuera a pedirme la corona, con mucho gusto se la daría a él—.

Ella suspiró.

—Pero fue deseo de mi padre que yo la tuviera, y eso es lo que Kendrick respeta.

Eso es lo que yo respeto también, me guste el papel o no. Deberías honrar los deseos de tu hermano mayor, también. Él fue un hermano bueno y amable contigo.

¿Crees que le agradecería ser testigo de esto que está pasando ahora?—

Tirus miró hacia atrás, y pudo ver que continuamente apretaba sus mandíbulas y las aflojaba. Evidentemente, él tenía todas las de perder y no esperaba que fuera tan difícil.

—A mi hermano no le importaba nada, excepto el trono—, dijo Tirus sombríamente. —Y él mismo—.

—¿Es por eso que intentaste asesinarlo?—, dijo Godfrey. —Recuerdo la fiesta de esa noche, en tu castillo. El veneno que era para nuestro padre mató a tu propio hijo—.

Tirus se volvió, furioso.

—Te daría unos azotes, si pudiera—.

—Fue tu padre quien intentó envenenar al nuestro—, gritó un soldado, al lado de Tirus. —Ese veneno mató a nuestro hermano—.

—Ahora tengo solamente cuatro de los cinco hijos que tenía, gracias a él—, añadió Tirus.

Gwendolyn miró de cerca a cuatro de los soldados de pie al lado de Tirus, cada uno levantó el visor de su cara, y ella los reconoció de su infancia. Sus cuatro primos. Todos eran como de la misma edad que sus hermanos, y se sorprendió al verlos tan crecidos. Se habían convertido en verdaderos caballeros. Era una pena que fueran hijos de este hombre, porque habían sido buenas personas una vez, eran tan unidos como hermanos.

—¿Y qué hay de tu hija?—, preguntó Reece.

Tirus lo miró. Tal vez, en ese fulgor, recordó el afecto que Reece tenía por ella.

—Ella también está viva—, respondió a regañadientes.

—¿Y entonces una hija no vale la pena para mencionarla?—, preguntó Gwendolyn. —¿Ése es el tipo de justicia que imaginas en tu reino?—.

Tirus frunció el ceño.

—Las mujeres son una propiedad—, contestó. —Tu padre fue un tonto por nombrarte reina, por tratar de elevar a las mujeres más de lo que son—.

Ahora le tocó a Gwen sonrojarse, pero ella se obligó a sí misma a mantener la calma.

—Yo soy la Reina—, dijo, —y no hay nada que puedas hacer al respecto—.

Tirus meneó la cabeza y sonrió por primera vez, con una sonrisa burlona.

—¿No has visto a mi ejército alineado afuera de tus muros? Tengo el doble de hombres que tú. Todos curtidos en la Isla Superior. Todos los que han vivido al aire libre toda su vida en la helada lluvia y frío, que han dormido en las rocas, que no han probado lujos. Todos los que son mortalmente leales a mí—.

—¿Es otro ejemplo de tu bondad y justicia?—, preguntó Godfrey irónicamente.

Tirus enrojeció, atrapado una vez más.

—Estos hombres matarán cuando yo lo ordene—, continuó. —Te he hecho una oferta generosa. La daré una vez. Abdica al trono por mí, y voy a dejar que todos ustedes vivan. Desafiame y nuestros hombres aplastarán a los tuyos. Tienes una noche para decidir. Me darás la respuesta al amanecer, o serás testigo de la destrucción final de tu ciudad y tomaré el Reino Occidental por la fuerza—.

Tirus se volvió para irse, pero antes de que pudiera hacerlo, Gwendolyn dio un paso adelante y le gritó:

—¡Tío! Te daré mi respuesta ahora, si lo deseas—.

Tirus se detuvo y se dio vuelta hacia ella, con una mirada de satisfacción en su cara. Sonrió, ya que evidentemente estaba dispuesto a aceptar su aquiescencia.

—Eres un matón y un cobarde—, dijo ella. —Mi padre te menosprecia. Nunca vuelvas a entrar por estas puertas otra vez. Si lo haces, serás recibido por un ejército de espadas que te enviarán de regreso a las Islas Superiores en deshonra—.

Su rostro se desencajó de asombro, evidentemente no esperaba tal fuerza y rebeldía de una mujer. Él movió la cabeza con desaprobación.

—Estás hablando apresuradamente—, dijo él. —Eso no es conveniente para una gobernante—.

—La indecisión tampoco le conviene a un gobernante—, replicó ella. —Tampoco, permíteme agregar, la avaricia y el oportunismo, especialmente cuando se dirige a su propia familia—.

La expresión de Tirus se volvió sombría.

—Eres una chica joven y tonta. Por cortesía a tu padre te daré una noche para que consideres tus palabras inapropiadas y dejes que tus consejeros te hagan entrar en razón. Espero recibir tus disculpas y rendirte en la mañana—.

Tirus se dio vuelta con su séquito, volvieron a montar sus caballos, y se marcharon. Al hacerlo, Gwen notó una mirada en los rostros de algunos de sus primos, como si quisieran disculparse por su padre y estar cerca de ella, como lo hacían cuando eran más jóvenes.

Su contingente pronto se alejó de la vista, pasando por las puertas de Silesia.

—Bajen las puertas—, ordenó Gwendolyn.

Varios soldados se abalanzaron y bajaron la pesada reja de hierro de la verja levadiza. Pronto, lo único que quedaba en el patio interior silencioso, eran las huellas en el polvo.

Gwendolyn se dio vuelta y miró a los demás, igual que ellos hicieron con ella, todos sorprendidos en el silencio de la mañana.

—Hiciste lo correcto—, dijo Kendrick. —Enorgulleciste a nuestro padre—.

—Es un cerdo—, dijo Reece. —Y un mentiroso y un fanfarrón.

—Siempre buscó destronar a nuestro padre—, dijo Godfrey. —Ahora que está muerto y Andrónico está por salir, ve una oportunidad para ocupar el trono—.

—No tiene derecho legal—, dijo Aberthol.

—Pero tiene los hombres—, observó Srog, sabiamente. —Por supuesto, podemos defendernos. Y lo haremos. Nuestra ciudad está destinada a soportar un asedio.

Pero después del ataque del Imperio, nuestras defensas están seriamente debilitadas. Por desgracia, él eligió el momento perfecto, cuando somos débiles y vulnerables—.

—¿Cuáles son las probabilidades?—, preguntó Gwendolyn.

Srog hizo una mueca.

—Podemos mantener alejados a sus 10 mil hombres—, dijo. —Por un tiempo.

Podemos matar a un buen número de ellos. Pero eventualmente perderemos a la mayoría de los nuestros. Estratégicamente, ahora mismo, no podemos permitirnos una guerra. Necesitamos tiempo para reconstruir, para sanar, para

volver a fortalecerlos. Estratégicamente, la estrategia militar más sabia sería aceptar su oferta—.

—¿Aceptar su oferta?—, preguntó Godfrey, indignado. —¿Entonces hemos derrocado a Andrónico sólo para vivir como esclavos de alguien más?—.

—¿Qué hay de Thor y de Mycoples?, preguntó Reece. —¿Nos estamos olvidando de ellos? Thor volverá pronto, después de que haya aceptado la rendición de Andrónico, y vamos a tener todo el poder que necesitamos para repeler a nuestros primos MacGil—.

—Pero, ¿qué pasará si los otros MacGil atacan antes de que Thor vuelva?—, preguntó Srog.

—¿Qué pasa si Thor nunca regresa?—, preguntó Brom.

Todos miraron a Brom, horrorizados.

—¿Cómo puedes decir tal cosa?—, preguntó Godfrey.

Brom bajó la cabeza.

—Perdónenme. Pero debemos planear cada contingencia. Thor no está aquí ahora para defendernos. Y no podemos planear una batalla con los guerreros ausentes.

Gwendolyn se quedó allí parada y escuchó la opinión de todos. Había aprendido de su padre a nunca hablar cuando otros estaban hablando, especialmente cuando estaban dando consejos. Eran los consejos lo que ella tomaba en serio.

—Supongo que entonces, es una cuestión de elegir entre la libertad y la muerte, o la esclavitud y la vida—, hizo la observación Gwendolyn. —Es la misma pregunta que nos hicimos no hace mucho tiempo, ante la invasión del Imperio. Y todos sabemos la respuesta. La vida es importante; pero la libertad es más importante que la vida—.

Hubo un gruñido de aprobación de todos los hombres.

Todos se volvieron y se dirigieron hacia el castillo, y al hacerlo, Gwendolyn miró hacia arriba y vio el cielo.

Thor, deseó en silencio. Regresa, por favor.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Gwendolyn fue corriendo por los pasillos del castillo, atormentada por su encuentro con su tío, debatiendo qué hacer. Ella no era la misma Gwendolyn del pasado, antes de que Andrónico la atacara. Se había fortalecido por el mundo, había tomado lo peor que le podía dar, y ya no temía a las amenazas de los hombres.

Como había enfrentado a Tirus desafiadamente, ella quiso decir cada palabra que pronunció. Estaba dispuesta a luchar hasta la muerte. Estaba cansada de huir del peligro, de tener miedo a los hombres. Quería resistir — y ella sabía que eso era también lo que querían sus hombres.

Pero al mismo tiempo, también sentía un poco de culpa sabiendo que no era solamente gobernante de las fuerzas armadas, sino también la reina del pueblo.

También los ciudadanos dependían de ella. Era evidente que las fuerzas de Tirus les superaban en número, y estaban mejor armados y más descansados. Sabiamente habían aguantado la invasión de Andrónico en las Islas Superiores, y habían elegido el momento perfecto: ahora llegaron bien alimentados y bien armados, listos para causar estragos en una ciudad sitiada y destruida. Ese era su tío: oportunista hasta el final. No le extrañaba; había estado esperando toda su vida para tener la oportunidad de ocupar el trono de su padre, y la había encontrado, justo cuando los hijos de su hermano estaban más vulnerables.

Gwendolyn necesitaba a alguien con quien hablar de esto, alguien fuera de su habitual Consejo de asesores militares, alguien políticamente astuto y experimentado en asuntos de hombres. Mientras caminaba por los pasillos, se encontró, curiosamente, deseando hablar con su madre, la ex reina. Quería saber más del hombre que era su tío, quien después de todo, era cuñado de la ex reina. No necesariamente quería un consejo, sólo quería a alguien con quien desahogarse. Y

desde su endurecimiento, Gwendolyn se encontró, de una manera extraña,

relacionándose con su madre cada vez más.

Los siervos se irguieron y abrieron las puertas de la habitación de su madre cuando ella se acercó, y Gwendolyn entró para encontrarla sentada en su mesita, en un solitario juego de ajedrez, como siempre lo hacía. Eso le trajo recuerdos de cuando Gwen jugaba con ella. Ahora su madre era una mujer sola, endurecida y fría, no quería tener la compañía de nadie, solamente la del juego.

Cerca de ella estaba parada su vieja y confiable sirvienta, Hafold, que nunca parecía estar muy lejos.

Cuando Gwendolyn entró en la habitación, su madre se volvió y la miró, lo que sorprendió a Gwen, ya que generalmente la ignoraba. Ahora, su madre en realidad la miraba con un nuevo respeto.

—Déjanos solas—, ordenó su madre a Hafold, y a diferencia de épocas pasadas, Hafold hizo una reverencia y salió rápidamente. Ambas mostraron a Gwen un respeto que nunca había recibido antes. Era como si su madre le mirara con nuevos ojos.

La puerta se cerró detrás de ella, y Gwendolyn se quedó allí parada y enfrentó a su madre sola.

—Por favor, siéntate conmigo—.

—No quiero jugar—, dijo Gwendolyn.

Su madre meneó la cabeza.

—No necesitamos jugar. Solo siéntate. Como solíamos hacer—.

Gwendolyn se acercó y se sentó junto a su madre, una frente a la otra, diagonalmente, en la pequeña mesita de ajedrez. Ella miró hacia abajo y estudió las piezas ornamentales, pequeñas figuras militares vestidas con túnicas blancas y negras, blandiendo armas mágicas.

Gwendolyn suspiró y miró por la ventana.

—Me dio gusto saber de tu regreso de la Torre—, dijo su madre. —No me pareció bien que te recluyeras a ti misma. Eres parte del mundo y tienes que estar en él—.

Gwendolyn asintió con la cabeza. Le sorprendió escuchar que su madre se preocupaba, y le sorprendió escucharla tan amable. Evidentemente, perder a su marido y su reinado la había vuelto humilde. Esta no era la misma madre con la que había crecido.

—El reino está feliz de tenerte de vuelta—, dijo su madre. Ella vaciló, y luego añadió: —Y también yo estoy feliz de que volvieras—.

Gwendolyn vio a su madre sonriéndole con ojos compasivos, por primera vez en su vida. Eran ojos llenos de adversidades, su cara estaba cubierta de arrugas y manchas. Gwendolyn no pudo evitar preguntarse si algún día su rostro se vería así también. Ella sabía lo que le costó a su madre pronunciar esas palabras, y significaba mucho para ella, aunque era un poco tarde para eso.

—Es fácil recluirte del mundo—, dijo su madre. —Ser parte de él — es lo difícil. Y

la vida de una reina es la más difícil de todas—.

Gwendolyn pensó en eso. Ella estaba empezando a entender cómo se sentía su madre. Como reina, ella no podía evitar sentir la responsabilidad de todas esas personas, de sentir el peso de cada decisión que tomaba.

—Nos visitó Tirus esta mañana—, dijo Gwendolyn.

—Eso me dijeron—.

Gwendolyn miró a su madre, sorprendida.

—¿Cómo?—.

Su madre sonrió.

—Tengo a mi gente esperando—, dijo.

Gwen analizó a su madre, impresionada. Ella era una mujer fácil de subestimar; incluso en su estado, aún tenía considerables recursos.

—Hiciste lo correcto—, dijo su madre. —El hermano menor de tu padre es un cerdo. Siempre lo ha sido. Esos MacGil tienen toda la clase de las Islas Superiores, es decir, ninguna. Están por debajo de ti, por debajo de todos nosotros. Tirus trajo a su familia a las Islas Superiores porque quería un lugar para planear y tener poder y competir por el trono. Si hubiera sido un verdadero hermano, un hermano fiel, se habría quedado en la Corte del Rey, al lado de su hermano.

—No aceptes ningún término de rendición. Es despiadado. Independientemente de lo que prometa, un día matará todo lo relacionado con su hermano para que nadie más pueda reclamar el trono. Ahora eres la única y verdadera soberana de este reino; no dejes que nadie te diga lo contrario. Ni tu tío ni nadie más. Lucha por lo que tienes; tu padre no quería que fuera de otra manera—.

Gwen pensó en todo lo que dijo, y los pensamientos de su madre confirmaron los suyos. Ella sabía que su madre tendría la sabiduría para compartir, y ya se sentía mejor. De alguna manera, las dos pensaban

exactamente igual.

Sintiendo que había resuelto el problema, Gwen suspiró y apartó la mirada y se dio cuenta de que sus pensamientos iban hacia Thor. Le pesaba más que cualquiera de los otros problemas. Ella deseaba no haberlo alejado nunca; le molestaba y no se marchaba. Deseaba poder retractarse. Pero ya era demasiado tarde.

Mientras miraba a su madre, de repente se preguntó cuánto sabía. Ella estaba empezando a darse cuenta de que tal vez, en el fondo, se había acercado a ella, para empezar — no para hablar de su tío, sino para hablar de Thor.

—Hoy cometí un grave error—, dijo Gwen, sin mirarla, viendo por la ventana, con su voz más profunda y más fuerte, pareciéndose más y más a su madre. —Alejé a alguien que me amaba mucho—.

La ex reina suspiró.

—Es un error que todos cometemos alguna vez. Pero lo único que aprendes en la vida, cuando los años se convierten en décadas, es que nunca es demasiado tarde para rectificar tus errores. Siempre hay una segunda oportunidad. Y si no la hay, siempre puedes crear una segunda oportunidad. El poder de crearla está en tus manos—.

—Me temo que, en mi caso, podría ser demasiado tarde—, dijo Gwen. —Podría haberlo enviado a su muerte—.

Hubo un largo silencio, mientras su madre la analizaba.

—¿Hablas de Thorgrin?—, preguntó.

Gwendolyn asintió con la cabeza.

—Sí. Creo que deberías estar feliz, madre. De todos modos lo odiabas—.

Su madre suspiró.

—Nunca lo odié—, corrigió. —Lo odiaba por ti—.

—¿Debido a quién su padre?—, preguntó Gwendolyn.

Mientras hacía las preguntas, vio de cerca los ojos de su madre. Los vio parpadear, y ella supo entonces que su madre ya lo sabía. Gwen no lo podía creer.

—¡Lo sabías!—, dijo Gwendolyn, de pie, indignada. —¡Lo supiste todo este tiempo, y nunca me lo dijiste!—.

Su madre movió la cabeza tristemente.

—Te dije que te alejaras de él. Intenté obligarte a mantenerte alejada de él—.

—Pero no me lo dijiste—, insistió Gwen.

—Yo sabía que algún día te darías cuenta—, dijo ella. —Quería que supieras las noticias tú misma. Para que pudieras decidir alejarte de él tú misma—.

—¿Porque crees que la sangre de su padre corre en él? ¿Porque crees que me hará daño?—.

La reina meneó la cabeza.

—No. Todavía no lo entiendes. No porque haya algún defecto en Thorgrin. Sino porque hay un fallo en ti—.

Gwen la miró, confundida.

—¿En mí?—, preguntó.

—Eres como tu padre — tú y todos los MacGil. Siempre has puesto demasiada credibilidad en el linaje. Pero estás muy equivocada. Hay mucho más en una persona que de quién descienden. ¿Cuántos tiranos incontables descienden de reyes nobles? ¿Y cuántos buenos reyes descienden de monstruos? El hijo nunca es igual al padre—.

Gwendolyn pensó en eso. Por supuesto, su madre tenía razón. Pero aun así era difícil, emocionalmente, aceptarlo, especialmente después de lo que Andrónico le había hecho.

—No puedes culpar a los hijos por los pecados de los padres—, añadió la reina.

—Debiste decírmelo—, dijo Gwendolyn.

—Te dije que te alejaras de él—.

—Pero debiste decirme el motivo. Debiste decirme la verdad, toda la verdad, por adelantado—.

—¿Y qué hubieras hecho? ¿Te habrías alejado de él?—.

Gwendolyn pensó en eso, tomada desprevenida. Su madre tenía razón.

—Yo... podría haberlo hecho—.

—No lo habrías hecho—, replicó su madre. —Estabas cegada por el amor—.

Gwendolyn reflexionó en eso.

—Nunca pensé que Thor sería un mal partido para ti—, dijo su madre. —Por el contrario, yo sabía que serían la pareja perfecta—.

Gwen frunció el ceño, confundida.

—¿Entonces por qué trataste con tanto empeño de separarnos?—, preguntó.

Ella observó a su madre, quien parecía estar extrañamente silenciosa.

—Tengo la sensación de que no me estás diciendo algo, madre—.

Su madre se dio la vuelta y apartó la mirada, y finalmente Gwen pudo sentir que algo pasaba. Su madre le estaba ocultando algo.

Tras un largo silencio, su madre finalmente aclaró su garganta.

—Hubo una profecía—, dijo su madre lentamente, con indecisión. —No he hablado de ella desde que eras una niña. La noche en que naciste, un astrónomo se acercó a tu padre. Proclamó una profecía sobre ti. Él proclamó que serías una gran gobernante — una gobernante mejor de lo que fue tu padre —.

El corazón de Gwendolyn se aceleró ya que algo tenía lógica.

—¿Es por eso que me eligió a mí para gobernar?—, preguntó. —¿De todos sus hijos? ¿Debido a la profecía?—.

Su madre se encogió de hombros.

—Posiblemente. No lo creo. Creo que vio algo en ti. Creo que él te habría elegido de cualquier forma. Era a quien más amaba. Incluso más que a mí—.

Gwendolyn podía sentir los celos de su madre, su tristeza; por primera vez, sintió pena por ella.

—Lo siento, madre—, dijo ella.

Su madre se encogió de hombros y alejó la mirada, pero estaba retorciéndose sus manos; Gwen podía decir que había algo más en su mente.

—¿Qué pasa?—, le preguntó Gwen, perpleja.

Su madre no la miraba a los ojos y se le ocurrió algo a Gwen.

—¿Había algo más en la profecía?—. Gwendolyn la presionó, sintiendo que sí lo había. —¿Segura que ésa no fue la única razón por la que ahuyentaste a Thor?—.

Su madre vaciló, de mala gana. Finalmente, tras un interminable silencio, su madre la miró y Gwen pudo ver la pesadez en su mirada.

—La profecía predijo que te ibas a casar—, le dijo su madre, con seriedad en su voz. —Que tendrías un hijo. Y que tu marido iba a morir joven.

Gwendolyn jadeó. Ella trató de recobrar el aliento, sintiendo como si le hubiera caído un balde de agua fría en la cabeza.

—Es por ello que no quería que estuvieras con Thorgrin—, finalmente reconoció su madre. —Quería evitarte esa angustia—.

Gwendolyn se quedó parada, adormecida. Ella estaba en trance cuando salió de la habitación y volvió al salón, deseando que su vida terminara.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Thorgrin, sujetando la Espada del Destino, montó en la parte posterior de Mycoples, batiendo sus grandes alas, llevándolos todavía más lejos de Silesia. Se sentía hueco por dentro. Mientras se elevaban por las nubes, corriendo en el temprano sol de la mañana, él reflexionó sobre su encuentro con Gwendolyn y no sabía qué pensar.

Thor seguía recordando en su mente, la mirada que ella le había dado cuando él se lo dijo, cuando ella descubrió quién era su padre. Fue una mirada de terror.

Había visto cómo el amor que sentía por él se enfrió con esa mirada, vio sus ojos que antes brillaban con amor y devoción, convertirse en enojo y decepción. Pensar en eso le dejaba todavía un dolor en el pecho.

Thor no pudo evitar sentir que su relación se había derrumbado, que se había perdido para siempre. Una vez habían sido tan unidos, había estado a punto de proponerle matrimonio, de darle el anillo. Sólo se había ido para darle la noticia de su padre.

Pero ahora... no veía cómo aceptaría su propuesta. Estaba claro que ella lo odiaba.

Thor sintió el anillo dentro del bolsillo de su camisa y se preguntó qué sería de éste. Una parte de él quería simplemente tirarlo y dejarlo a la deriva a través del aire, aterrizar en algún lugar del Anillo. Pero pensó en su madre y se dio cuenta de que no podía hacerlo.

Thor instó a Mycoples a ir más rápido, el viento azotaba su cara, necesitaba aclarar su mente de todos esos pensamientos. Tal vez no era el destino de Thor estar con Gwen, después de todo. Tal vez su único destino en esta vida era la guerra y la batalla. Tal vez que él se había extralimitado al pensar que podría estar con una mujer como Gwendolyn.

Se obligó a concentrarse. En algún lugar en el horizonte estaba su padre, y tenía que enfocarse en el encuentro que tenía por delante. Al correr a través del Anillo, acercándose cada vez más a la gran división de las tierras altas, la

Espada del Destino palpitaba en su mano. Thor sintió entusiasmo y temor. Por un lado, estaba emocionado de aceptar la rendición de Andrónico, para liberar al Imperio de sus hombres y poner fin a la guerra para siempre.

Por otro lado, Thor había temido conocer a su padre cara a cara, especialmente bajo estos términos. Sentía un odio incontrolable hacia él, por lo que le había hecho a Gwendolyn, al Anillo. Si Thor tuviera que elegir, lo mataría, y le ardía tener que aceptar su rendición. Pero eso es lo que había sido decidido por su gente, y eso es lo que haría.

Thor trató de imaginar cómo saldría esto, y estaba teniendo problemas para pensarlo. ¿Andrónico sabía que tenía un hijo? ¿Que era Thor? ¿Saludaría a Thor como padre? ¿Como un adversario? ¿O las dos cosas?

Conocer a su padre por primera vez sería, de alguna manera, como conocer a una parte de sí mismo. Tenía que mantener la cabeza fría y no quedar atrapado en sus emociones personales. Después de todo, él representaba a su pueblo.

Volaron sobre el altiplano, el tramo interminable de montañas elevándose en los picos que estaban abajo, cubiertos de blanco por la nieve y finalmente apareció del otro lado. Incontables tropas del Imperio llenaban el Reino Oriental, cubriendo el suelo como hormigas. Más adelante, a lo lejos, vio el centro del campamento, vio una enorme tienda de campaña negra y dorada y sabía que ahí debía estar Andrónico.

Pero de repente Mycoples bajó en picado, tan inclinado, que Thor casi se cae.

—Mycoples, ¿qué pasa?—, gritó Thor sorprendido.

Mycoples bajó en picado a uno de los picos más altos de la cordillera y estuvo en la superficie junto a un lago de la montaña, azul cristalino.

Mientras ella estaba allí, junto a este lago vacío, tan alto que estaban casi en las nubes, Thor miró hacia abajo, perplejo. Nunca antes le había visto actuar de esta manera.

—Mycoples, dime—, dijo él.

Ella ronroneó, parpadeando lentamente sus ojos.

—Tenemos que seguir—, le instó Thor. —No tenemos tiempo que perder. Por favor. ¡Vuela!—.

Pero Mycoples, por primera vez, ignoró su comando.

En cambio, ella bajó su cabeza hasta la orilla y descansó la barbilla al lado de sus aguas. Bajó la cabeza, y Thor presintió una gran tristeza en ella.

Thor desmontó y se acercó a ella; la miró, luego subió la mano y lentamente acarició su cara larga y estrecha, corriendo la mano a lo largo de sus escamas. Ella parpadeó lentamente mientras él hacía eso, ronroneando en lo profundo de su garganta y se inclinó y le dio un empujoncito con afecto con un costado de su nariz.

—¿Qué pasa, chica?—, le preguntó.

Ella hizo un ruido raro muy adentro, casi como un gemido, y Thor sabía que algo andaba mal. Sintió que ella estaba tratando de darle un mensaje, como si estuviera tratando de decirle que no fuera.

—¡Pero tengo que ir!—, dijo Thor.

Ella de repente reclinó su cabeza, dirigiéndola a los cielos e hizo un chillido.

Fue un chillido fuerte, distorsionado, como un gemido, llenando el altiplano entero, haciendo eco en ellos una y otra vez.

Thor dio un paso atrás, sorprendido. Era un gemido de desesperación. Era como si ella supiera que algo terrible estaba a punto de suceder.

Al darse de cuenta que no estaba dispuesto a volar a ninguna parte, Thor decidió darle un poco de espacio. Tal vez ella podría calmarse, y cambiaría su estado de ánimo.

Dio unos pasos sobre las aguas cristalinas del lago; había una ráfaga de viento ondulante en este clima congelante; el único sonido en este desolado lugar era el de las piedras crujendo bajo sus botas. Thor miró hacia abajo a las aguas heladas y vio que reflejaban el cielo de la mañana, lleno de nubes de color púrpura y rosa y carmesí. El panorama lo dejó sin aliento.

Iba a apartar la mirada, cuando de repente miró su propio reflejo. Miró dos veces.

No lo podía creer.

Allí, en las aguas, mirando, no estaba su cara. Por el contrario, estaba, mirándolo, sobre su cuerpo, la cara de Andrónico.

Thor se dio vuelta, agitado, respirando con dificultad, sin querer mirar las aguas. ¿Fue real? ¿En qué se estaba convirtiendo?

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Gwendolyn estaba parada en la baranda superior del castillo de Srog, mirando a los remolinos de niebla del Cañón. La niebla volaba rápidamente y con fuerza, envolviendo las legiones de hombres que estaban por debajo, dentro de sus paredes. Más allá de la muralla exterior, vio las legiones de hombres de Tirus, acampados como una plaga, esperando el momento oportuno. Ella sabía que cuando amaneciera, tendrían una batalla en sus manos. Elegir o no elegir luchar por su independencia, no era una pregunta en su mente; ahora todo lo que quedaba era cómo decidir luchar.

A su lado estaban parados Srog, Kendrick, Brom, Atme y todos sus generales, junto con Godfrey, Reece y varios de Los Plateados, la pequeña comitiva caminaba junta en los parapetos, vigilando con ella. Estaban todos preparados, con sus caras de combate. Gwendolyn sintió asco. No tenía miedo de la batalla; lo que le molestaba era la idea de que muriera su gente, especialmente cuando muchos de los hombres de Andrónico quedaban dentro del Anillo. Después de todo, los otros MacGil, aunque fueran detestables, eran personas de su propia sangre, primos que habían sido amigos alguna vez. En un momento como éste, todos deberían estar unidos.

Pero, ¿qué otra opción tenía? Le habían torcido la mano y ahora era vivir libre o morir. Y la libertad y el honor eran más importantes para ella — y para todos ellos — que la vida.

Mientras Gwendolyn miraba hacia abajo, se dio cuenta de una conmoción dentro de la puerta: un grupo de sus asistentes parecía estar discutiendo con un visitante recién llegado. Cuando se inclinó sobre el borde y miró, tuvo que hacerlo dos veces. Ella reconoció al hombre que bajaba del caballo: era bajo de estatura, con la espalda torcida y llevaba un arco de gran tamaño. Ella reconocería esa figura en cualquier lugar.

No podía ser posible. ¿Steffen había vuelto a Silesia? ¿O era su mente jugándole bromas?

De repente, hubo una gran conmoción en la entrada a los parapetos y Gwen

se volvió para ver a su asistente en jefe corriendo hacia ella.

—Mi señora—, dijo, agitado, sudando, —hay una gran conmoción en la puerta.

Tenemos un advenedizo que afirma que la conoce; por supuesto, dada su apariencia, supongo que es una mentira, y nos estamos preparando para llevarlo a las mazmorras—.

La cara de Gwendolyn se sonrojó de vergüenza. Ella miró hacia abajo y vio a Steffen siendo conducido lejos el castillo principal, hacia la mazmorra. Ella pudo ver la mirada de asombro y la vergüenza en la cara de él.

—Tráemelo de inmediato—, ordenó ella con firmeza.

Su asistente en jefe abrió bien los ojos, asombrado: —¿Lo conoce, mi señora?—.

—Tanto como a mí misma. Su nombre es Steffen y van a tratarlo con el más alto honor y respeto. Si no fuera por él, hoy estaría muerta. Es mi mano derecha, y se le deberá otorgar todos los privilegios que este reino tiene para ofrecer. ¡Ve por él enseguida!—, dijo ella, levantando su voz.

Sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa y él hizo una reverencia y se dio vuelta y regresó corriendo adentro.

Gwen escuchó sus pasos resonando y sabía, por el miedo en sus ojos, que obedecería las órdenes de inmediato.

Ella miró hacia abajo y lo vio correr a través del patio, hacia el grupo de sirvientes, lo vio detenerlos a todos y luego observó cómo lo miraron confusos y luego con miedo. Se inclinaron hacia Steffen disculpándose, y ella vio con satisfacción cómo Steffen se irguió un poco. Fue llevado al castillo.

Momentos más tarde, Steffen apareció en el techo, y sin ninguna pausa, ella corrió hacia él, se inclinó y le dio un abrazo.

Steffen estaba allí parado, torpemente, como si tuviera miedo de abrazar a alguien con un cargo de la realeza. Pero finalmente, vacilante, lo hizo. Él se alejó e hizo una reverencia.

—Mi señora—, dijo. —Cuando me enteré que dejó la Torre, vine enseguida. Si usted decide darme una posición con los otros sirvientes, por supuesto que voy a aceptar lo que usted desee. Pero si usted desea que esté nuevamente a su lado, voy a luchar hasta la muerte para protegerla de cualquier daño.

Gwen le sonrió.

—Steffen, tú eres mi mano derecha y una de las pocas personas en las que

confiaría con mi vida. Se te deberá otorgar cada honor que este reino tenga para ofrecer. No vuelvas a mencionar lo de ser un sirviente nunca más—.

Los ojos de Steffen se abrieron de par en par y sonrió mientras la miraba y luego hizo otra reverencia.

—Sí, mi señora—.

—Has venido justo a tiempo—, dijo ella. —Mañana nos enfrentaremos al ataque de mi tío. Lo creas o no, Silesia se está preparando para otro sitio, una vez más—.

—Mi señora—, dijo Steffen, —pase lo que pase, estaré a su lado—.

Gwen se dio vuelta y enfrentó a sus hombres, decidida.

—Revisemos nuestras defensas otra vez—, dijo ella. —¿Dónde somos más vulnerables?—.

Srog aclaró su garganta.

—Mi señora, defendiendo la muralla externa será un desafío—, dijo Srog. —El daño que causó Andrónico fue demasiado extenso. Incluso si tuviéramos que sostener una puerta, hay muchas otras puertas que asegurar. No tenemos la mano de obra. Los hombres de Tirus son guerreros veteranos — ellos lo sabrán. También tienen la mano de obra para probar cada puerta—.

—Ellos probablemente exploraron todo antes de acercarse—, añadió Kendrick.

—¿Qué me recomiendas entonces?—, preguntó Gwendolyn.

Kendrick frotó su barbilla.

—Lo que ellos esperan—, empezó a decir Kendrick—, es que nosotros defendamos las puertas. Sugiero que los sorprendamos. Déjalos invadir las puertas.

Podemos colocar a nuestros hombres en la pared interna, al borde del Cañón, bloqueando la entrada de la Baja Silesia. Entrarán para encontrar un patio vacío, sin resistencia, y se sentirán confundidos. Entonces podremos atacarlos por todos lados—.

—Es un buen plan—, dijo Srog. Se volvió y se puso frente al patio de la ciudad.

—Pondremos arqueros allí—, agregó, señalando a varios puntos a lo largo de las murallas de la ciudad. —Y lanzas, abajo. Podemos sacar a los primeros mil antes de reagruparse—.

—¿Y después?—, preguntó Gwen.

Srog y los otros intercambiaron una mirada de preocupación.

—Después de eso, ellos invadirán nuestras defensas. Es imposible evitarlo—, dijo Srog. —Pero podemos retirarnos a la Baja Silesia y resistir ahí mientras podamos—.

Gwen suspiró.

—¿Y si nos retiramos por debajo?—, preguntó ella, —¿Cuánto tiempo aguantaremos hasta que todos perezcamos?—.

Ellos sacudieron sus cabezas, y Gwen vio el miedo en sus rostros.

—Con nuestras actuales provisiones, tal vez podamos sobrevivir una semana.

Quizá dos—. Srog aclaró su garganta. —Ojalá tuviera una mejor estrategia, mi señora. Pero nosotros estamos ampliamente superados en número y nuestros hombres están debilitados y nuestras provisiones son bajas —.

Gwendolyn miró alrededor de la ciudad, mientras reflexionaba acerca de todo lo que habían dicho. Ella respiró profundamente, con las manos en sus caderas y examinó las murallas de la ciudad, a sus guerreros. Ella meditó sobre todas sus opciones y no le gustaba ninguna de ellas. Todos causaban daños, pero ninguno la llevaba a la victoria.

—Hay otra opción—, dijo ella, —que ninguno de ustedes está considerando—.

Todos ellos la observaron, mientras daba unos pasos hacia adelante y examinó las paredes y más allá.

—Podemos abandonar la ciudad en conjunto y atacarlos más allá de las paredes, en campo abierto—.

Todos estaban allí, sin palabras y la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—¿Abandonar la ciudad, mi señora?—.

Gwen asintió con la cabeza, sintiendo más confianza en el plan, mientras más pensaba en ello.

—En la mañana, ellos vendrían por una decisión. Nos dirigiremos afuera para darles la bienvenida con un mensajero, mientras nuestras fuerzas principales los rodearán y flanquearán sus costados. Nosotros los sorprenderemos con un ataque a campo abierto—.

—Mi señora—, dijo Brom, —sería un suicidio. Sin la protección de estos muros, todos moriremos—.

Ella se dirigió a Brom y sintió una nueva fuerza a través de ella. Ella se

estaba endureciendo, se estaba convirtiendo en reina, sin miedos ni remordimientos.

—Vamos a morir de todos modos,— respondió, ateniéndose a los hechos. —Y si vamos a morir, prefiero morir matando a más de los hombres de Tirus. Prefiero morir ahora, con honor, que tener a nuestra gente sufriendo lentamente —.

Todos la miraron y ella vio un nuevo sentimiento de admiración y respeto en sus ojos.

—Así que está decidido entonces—, dijo ella. —Vamos a atacar al amanecer.

Prepárense—.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Erec condujo al ejército del Duque, a miles de hombres y seguía creciendo el número, mientras recogían hombres por todas partes por donde pasaban, hombres libres del Anillo, ansiosos por vengarse del Imperio. Habían estado marchando durante días, haciendo el largo viaje de Savaria en el sur, hacia Silesia, hacia el norte, pasando por grupos de sobrevivientes armados, fortalezas ocultas, grupos de Los Plateados que habían sobrevivido a la invasión. Estos hombres se unieron con el Duque, y el tamaño de su fuerza casi se había duplicado, ahora creció a 10 mil hombres fuertes, todos ellos motivados, felices de estar libres, de tener una causa y de tener un líder como Erec.

En los ojos de estos hombres no había nadie mejor a quien seguir que a Erec, el caballero más famoso, el líder de Los Plateados, el campeón del Anillo, el caballero que nunca había sido derrotado por nadie. Atraía a las personas hacia él como un imán, un líder natural, erguido y orgulloso, con una mandíbula fuerte y ojos grises claros. Él se hacía acreedor al respeto dondequiera que iba. Erec se había vuelto aún más legendario desde su defensa solitaria en el barranco, su heroico aplastamiento de la roca para detener al Imperio.

Habían marchado constantemente desde que Thor había volado con Mycoples y los había salvado en el acantilado. Erec sabía que se dirigían hacia el norte y habían decidido seguirlos, para ayudar. Siguió el rastro de los cuerpos calcinados del Imperio, el camino de la destrucción que Thor había dejado y sabía que los alcanzaría. Fue una ruta larga y tortuosa, yendo siempre al norte, a un lado del Cañón.

Erec pensó que terminaría en la Corte del Rey y que los encontraría a todos allí.

Pero cuando habían llegado a la Corte del Rey, lo que vio había abatido a Erec.

Este lugar que alguna vez había sido tan querido para él, que había sido el

bastión de la resistencia del Anillo, ahora había sido destruido por el Imperio, era un remanente de lo que fue. El sendero de destrucción continuó hacia el norte, a través de sus puertas, y Erec continuó marchando. No sabía dónde terminaba, pero asumió que los llevaría a la ciudad norteña: Silesia. Tal vez todos se habían ido allí. Militarmente, tendría sentido.

Montado en el caballo de Erec detrás de él, sus brazos envueltos alrededor de su pecho, estaba su prometida: Alistair. El calor de su toque lo llenó de esperanza, de vida, especialmente en esta noche fría, nevada; ella le daba un motivo para vivir.

Estaba lleno de gratitud, habiendo sido salvado por ella tantas veces, y le prometió que algún día le pagaría.

Todos viajaron a un ritmo lento para ir al ritmo de los que iban a pie, era más un caminar rápido, dirigiéndose lentamente más al norte, mientras la noche comenzaba a caer. Cerca de Erec montaba su amigo cercano, Brandt y el Duque a un lado. Eran una fuerza unificada, todos decididos a unirse a Gwendolyn y a los hombres del rey. Erec no sabía cómo podría ser de ayuda, dada la fuerza de Thor, pero él le ofrecería su ayuda y la de sus hombres, en cualquier manera que Gwendolyn necesitara. Después de todo, le debía mucho a su padre.

El rey MacGil había sido también como un padre para Erec, y en cierto modo, Erec se sentía como si fuera uno de los hermanos de MacGil. Había sido como un hermano para Kendrick y Gwendolyn y Reece y Godfrey. Nunca había estado unido a Gareth ni a Luanda, pero sin duda, sí a los demás. Había habido muchas veces cuando el rey MacGil le había dicho que deseaba que fuera también su hijo, y él lo había notado en sus ojos.

Alistair lo apretó con fuerza, y Erec estaba extasiado con su elección de una novia; él sólo deseaba poder demostrarle más gratitud, y estaba decidido a encontrar una forma. El misterio a su alrededor también persistió y se hizo más profundo en su mente. ¿Quién era esta mujer, tan distinta a cualquier mujer que había conocido? ¿Cómo había sido capaz de salvarlo — dos veces? Moría por preguntarle, pero había prometido no entrometerse y nunca rompía sus promesas.

—Te estarás preguntando acerca de mí—, susurró Alistair suavemente en su oído, sin que escucharan los otros hombres. —Puedo sentirlo—.

Erec quedó sorprendido, como siempre, por su habilidad para leer sus pensamientos.

—Estaría mintiendo, mi señora, si te dijera que no—, respondió él. —Me salvaste la vida muchas veces como para no preguntar cómo lo hiciste. Tienes un poder que nunca había visto en una batalla, un poder que no entiendo—.

—¿Eso te hace amarme menos?—, preguntó ella.

—Aún más, si es posible—, dijo él.

Hubo un largo silencio mientras continuaban cabalgando, cada uno cómodo con el silencio del otro. Erec pensó que seguirían así durante horas, cuando Alistar lo sorprendió al hablar nuevamente.

—Nunca le he dicho a nadie de mi linaje—, dijo. —Me hice una promesa a mí misma—.

—Entiendo—, respondió.

—Pero me siento cómoda para compartirlo contigo—.

Se quedaron en silencio mientras continuaban cabalgando, el corazón de Erec latía aceleradamente mientras esperaba que ella dijera algo más. Pero Alistair se quedó en silencio una vez más, y él se preguntó si había cambiado de opinión.

Entonces, ella aclaró su garganta.

—Mi padre era un monstruo. Mi madre, la mujer más bella del mundo. Y la más poderosa. Todos los poderes que he recibido, los he recibido de ella. Hubo muchas veces en que yo no quise seguir viviendo, cuando descubrí quién era mi padre. Me obligué a trabajar como sirvienta con ese posadero, cuando tú me encontraste, para acabar con el dolor de la vida. Pero ahora que te he conocido, me siento lista para volver a vivir. Lista para enfrentar quién soy—.

Erec quería preguntarle un millón de cosas, pero se obligó a sí mismo a no entrometerse, a ser respetuoso de lo que ella quisiera compartir, cuando se sintiera cómoda.

—Hay otra razón por la que yo misma me aislé—, dijo. —Me contaron acerca de una profecía poderosa alrededor de mi nacimiento. Afirma que yo podría lograr una gran sanación y una gran destrucción a los que me rodean. Yo no quería someterte a ti —ni a nadie— a mi destino—.

—No todas las profecías se hacen realidad, mi señora—, dijo Erec, conmovido por todo lo que ella le había compartido y entendiendo la culpa bajo la cual vivía.

—Los profetas ven a través de un vidrio oscuro. La visión entera es a menudo oscurecida. No debes llevar esta culpa. Eres un alma hermosa. No importa quién sea tu padre. Y el profeta que diga lo contrario, está equivocado

—.

Ella lo apretó con fuerza y Erec sintió que, dado lo que ella le compartió, él debía corresponder. Nunca le había contado a nadie mucho acerca de su pasado, pero se sentía listo para compartirlo con ella, también.

—Conozco un poco acerca de las profecías—, dijo.

Ella se inclinó hacia adelante y lo miró.

—Verás, yo provengo de las Islas del Sur del Anillo. Pocas personas saben esto, pero yo soy el hijo de un rey—.

Alistair jadeó.

—Nunca dijiste nada—, comentó ella.

Erec se encogió de hombros.

—Yo no me juzgo por quien provengo, sino por lo que he hecho. Cuando era joven, mi padre me envió al Anillo, con el rey MacGil, para ser aprendiz en su servicio. Los MacGil se convirtieron en una familia adoptiva para mí, y me encantó tanto estar con Los Plateados, que nunca he vuelto a casa, ni visto a mi padre o mi gente desde entonces—.

¿Pero entonces no eres heredero al trono de las Islas del Sur?—, preguntó ella.

—Sí—, admitió él. —Son gente orgullosa y estupenda, y esperan mi regreso. Tal vez un día lo haré. Significaría el mundo para mi padre y para mi gente. Me retraso porque sé que el día que regrese a casa, será difícil volver al Anillo. Aquí soy un extranjero, pero en muchos sentidos, el Anillo se ha convertido en mi hogar. Y la lealtad es algo que tomo muy en serio, con todo mi corazón—.

Siguieron cabalgando en un cómodo silencio, cuando algo se le ocurrió.

—Si alguna vez regreso allí, ¿vendrías conmigo?—, preguntó Erec, preocupado de que ella dijera que no.

Alistair se inclinó hacia adelante y sonrió.

—Podría acompañarte hasta los confines de la tierra—, dijo. —Seas príncipe o no, un caballero condecorado o un soldado común. Te amo con todo lo que soy—.

El corazón de Erec se llenó con un amor más fuerte que jamás había sentido, y se dio vuelta y se reclinó y los dos se besaron, mientras continuaban cabalgando en la noche.

El ejército de repente se detuvo cuando llegaron a la cima de una colina, y Erec se detuvo con ellos. Él siguió con la mirada el dedo del Duque, mientras

señalaba.

Erec también lo vio: ante ellos estaba una ciudad hecha de piedra roja brillante, construida en el borde del Cañón.

Si viajaban toda la noche, por la mañana podrían llegar allí.

A Silesia.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thorgrin montó en la parte posterior de Mycoples, levantándose de la cima del altiplano y finalmente volando otra vez, en picado, dirigiéndose hacia el Este, al campamento de Andrónico. El segundo sol ahora estaba bajo en el cielo, ya que le había tomado a Thor todo el día convencer a Mycoples que se moviera, se levantara y volara de nuevo.

Mycoples voló a regañadientes, volando en círculos gigantes, acercándose un poco, y luego dando vueltas, alejándose, chillando conforme avanzaba. Thor no podría entender su comportamiento. Nunca la había visto así. Podía sentir su profunda ambivalencia en avanzar, y no podía evitar sentir una premonición. ¿Ella estaba viendo un futuro que él no podía notar?

Thor miró hacia abajo, y contra la puesta de sol espectacular arrasando sobre el Anillo, lanzando un manto rojizo sobre todas las cosas, vio al sinfín de soldados del campamento de Andrónico. Mientras se las arreglaba para conseguir que Mycoples volara más cerca del centro, vio lo que sólo podría ser el campamento de Andrónico, diez veces el tamaño de los otros, con un amplio claro alrededor de él. Volaron por encima de ella, dando círculos abajo.

Al hacerlo, Thor pudo ver el miedo en todos los rostros de los soldados del Imperio, mirando al cielo, observándolo. Tenían razón en tener miedo: si Thor así lo deseaba, podría bajar en picado y hacer que Mycoples los quemara vivos, como había hecho con sus camaradas. Podría matarlos a todos en una barrida, incluyendo a su padre. No había nada que quisiera más.

Pero se veía obligado por el deber, y se comprometió a llevar a cabo las órdenes y aceptar la rendición de Andrónico.

Mientras Thor daba vueltas en círculo, el claro era más amplio; los hombres de Andrónico crearon espacio para él y para Mycoples. Mycoples se opuso y chilló mientras se acercaban a la tierra, levantando su cabeza como si se negara a aterrizar. Thor la miró, perplejo. Podía sentir que quería escupir fuego y necesitó de toda su voluntad para conseguir que se abstuviera.

—No tengas miedo, Mycoples—, dijo él

No temo por mí, sino por ti, Thor podía oír sus pensamientos.

—No temas por mí—, dijo Thor. —Estás a mi lado, y la Espada del Destino se encuentra en mi mano. Nadie ni nada pueden hacernos daño—.

Mycoples bajó a regañadientes sus grandes garras hasta el suelo.

Aterrizaron en el campamento hostil y extraño, y hubo un silencio absoluto. Ni un alma se movió, todos los soldados del Imperio se paralizaron de miedo, mientras Mycoples aterrizaba en el suelo polvoriento, y Thor desmontaba ante la tienda de Andrónico. Todos los soldados de Imperio, con las caras grabadas de miedo, mantuvieron una sana distancia.

Thor estaba allí parado, agarrando la Espada, había gran tensión en el aire y miró a su alrededor, su corazón latía aceleradamente con expectación. Estaba nervioso por fijar su mirada sobre su padre, por hablar con él por primera vez. Mycoples, junto a él, soltó un ruido, como un rugido o un gruñido, desde lo más profundo de su garganta. Evidentemente, se sentía infeliz por estar aquí; Thor podía sentir lo nerviosa que estaba. Thor lo sintió. Algo no andaba bien.

Finalmente, hubo un gran revuelo, y mientras Thor miraba, la solapa se abrió y salió una figura.

Su padre.

El corazón de Thor se aceleró, mientras él estaba allí, frente a él. Todo su mundo se paralizó.

Andrónico salió lentamente y caminó hacia él. Thor se sorprendió por la altura y anchura y tamaño de su padre. Era un hombre enorme, parecía medir dos metros y medio de alto, y era tan ancho como el tronco de un árbol, con músculos ondulantes en su piel roja, largos colmillos y cuernos rizados amarillos procedentes de su cabeza calva, ojos amarillos brillantes, y usando un collar que Thor estaba horrorizado de ver, estaba adornado con cabezas reducidas.

Andrónico estiró la mano y tocó las cabezas con sus largas garras, sonriendo a Thor mientras se detuvo a unos metros de distancia de él. Salió un profundo ronroneo de lo más profundo de su pecho.

Thor sintió náuseas al verlo. Se sintió avergonzado. Y sintió odio. Mirándolo, sabiendo lo que le había hecho a Gwendolyn, Thor sintió, sobre todo, un ardiente deseo de venganza. Thor sintió la Espada del Destino palpitando en la palma de su mano, y si su honor no le atara, se habría

abalanzado y lo habría matado.

Pero no podía. Había acordado aceptar una rendición, y tenía que honrar su palabra.

—Hijo mío—, dijo Andrónico. —Finalmente, nos conocemos—.

Thor no sabía cómo responder. Odiaba oír la palabra —hijo— de este hombre.

Thor no sentía que era su hijo en absoluto, por el contrario, estaba sumamente decepcionado de él, al tener que conocer a su padre por primera vez, y que fuera un padre así. Él quería más que nada cambiarlo, cambiar de dónde provenía, pero sabía que no podía hacerlo.

—He venido a aceptar tu rendición—, dijo Thor formalmente, con frialdad.

—Francamente, preferiría matarte. Pero eso no es lo que mi pueblo acordó. Así que puedes dejarte de trivialidades y ordenar a tus hombres salir del Anillo, arrodillarte y anunciar tu rendición. No quiero hablar contigo un segundo más de lo necesario—.

Mientras pronunciaba las palabras, Thor sintió una nueva confianza.

Pero Andrónico no daría ni un paso adelante ni ordenaría a sus hombres, ni se arrodillaría ni nada de eso. En cambio, se quedó allí parado, ampliando su sonrisa.

Thor intuía que algo no estaba bien.

—Hijo mío, estás muy apurado. Tenemos todo el día para dichas formalidades.

Tengamos una oportunidad de llegar a conocernos—.

Thor sintió un hoyo en el estómago de solo imaginarlo.

—No hay nada que desee menos—, dijo Thor. —No quiero conocerte. Eres un asesino — y peor. Tu tiempo para hablar se acabó—.

Pero Andrónico simplemente sonrió y dio un paso adelante.

—Pero nuestro tiempo para hablar no ha ni siquiera comenzado—, dijo Andrónico, pareciendo divertido. —Verás, vamos a tener una vida juntos. Por mucho que desees luchar contra ello, tú eres mi hijo. ¿La sangre de quién crees que llevas dentro de ti? La mía. ¿A quién crees que tienes que agradecer por estar vivo en este mundo? A mí. Podrás engañarte a ti mismo pensando otra cosa, pero sabes que es verdad. Tú y yo somos exactamente iguales. Tal vez no lo sabes aún, pero eres como yo—.

La cara de Thor enrojeció.

—No soy como tú en absoluto—, insistió Thor. —Y nunca seré como tú. Eres una excusa despreciable de ser viviente. Lamento el día en que supe que provine de ti—.

—Es un gran honor descender de mí—, respondió Andrónico. —No hay hombre en el Imperio más poderoso que yo, y un día tomarás mi lugar—.

Thor apretó la empuñadura de la Espada del Destino.

—Nunca tomaré tu lugar—, dijo Thor, su ira aumentaba, era cada vez más difícil controlarse. —No quiero tener nada que ver contigo, y esta conversación ha terminado. Puedes rendirte ahora ante mí, o si te niegas, entonces te mataré de una vez por todas—.

Thor se sorprendió al encontrar a Andrónico imperturbable, parado ahí y sonriendo. Dio otro paso más cerca de Thor, ahora estaba a pocos metros de distancia.

—Me temo que tendrás que matarme—, entonces—, dijo Andrónico.

Thor apenas entendía lo que estaba sucediendo.

—¿Retiras tu ofrecimiento de rendición, entonces?—, preguntó Thor.

—Nunca tuve la intención de rendirme—, sonrió Andrónico. —Hice todo esto para tener la oportunidad de verte. Tú eres mi hijo. Sabía que no me defraudarías.

Sabía que una vez que estuvieras delante de mí, verías que tú y yo somos iguales.

Únete a mí, Thorgrin—, dijo Andrónico, extendiendo una mano. —Ven conmigo y te puedo dar poderes más allá de los que soñaste alguna vez. Gobernarás mundos enteros. El Anillo será sólo una mancha en las tierras que poseerás, los pueblos que controlarás. Tendrás poderes más allá de lo que un simple padre humano podría haberte dado. Únete a mí. No lo resistas. Es tu destino—.

Pero los ojos de Thor se entrecerraron, mientras su ira comenzó a desbordarse. Había sido engañado por este hombre. Todos habían sido engañados.

—Acércate un paso más y te derribaré—, le advirtió Thor.

—No harás eso, Thorgrin—, dijo Andrónico, mirándolo a los ojos, como si lo hipnotizara. —Porque yo soy tu padre. Porque tú me amas. Porque tú y yo somos uno—.

—¡Te odio!—, gritó Thor.

Andrónico dio un paso adelante, y Thor no podía contenerse más. Pensó en

Gwendolyn, en el daño que le hizo la mano de este monstruo, en todas las personas que Andrónico había matado en el Anillo, y ya no podía contener su ira más tiempo.

Thor se lanzó hacia adelante, levantó la Espada del Destino por lo alto, soltó un grito y la abatió con todas sus fuerzas justo en el pecho de su padre, decidido a mostrarle, a demostrarse a sí mismo, que no era nada parecido a él.

Pero Thor se encontró tropezando hacia adelante, a través del aire, su espada se sumió en nada más que una nube. Fue llevado por su impulso y mientras su espada bajaba, encontró un objetivo en una roca. Había tanta fuerza en el golpe, que la Espada del Destino bajó y se alojó en la roca y siguió hundiéndose hasta que estaba a la mitad, llenando el aire con un ruido horrible del metal a través de la roca.

Al mismo tiempo, Thor de repente sintió todo su cuerpo enredado en un metal ligero. Pronto se dio cuenta de que estaba atrapado en una red. Intentó liberarse, pero estaba hecha de un material que nunca había conocido, y se quedó parado.

Thor miró a Andrónico, parado a lo lejos, como a unos nueve metros. Estaba confundido. Se volvió y miró hacia donde Andrónico había estado y en su lugar, había una criatura malvada, con un manto escarlata largo y brillante y ojos amarillos.

Thor se dio cuenta de que había sido engañado por una especie de hechizo de ilusión. Pensó que había sido su padre el que estaba delante de él, cuando realmente siempre había estado este sombrío hechicero.

Mientras más luchaba Thor contra la red, más débil se volvía. Estaba hecha de un material que nunca había visto antes, una malla brillante, ámbar, y fuera lo que fuera, le estaba consumiendo la vida. Él no podía ni siquiera llegar a levantar la Espada del Destino.

El hechicero se rió de él, con un horrible sonido estridente.

—Esa red está hecha de Akdon—, dijo el hechicero. —Cuanto más luches, más débil te volverás. Es el metal más raro que hay en la tierra, el metal de un hechicero, forjada en los fuegos más bajos del infierno. Nada de eso existe —pero es suficiente para detener a gente como tú. Y tu dragón—.

Thor oyó un rugido, y vio a Mycoples atrapado en una red del mismo material.

Decenas de los hombres de Andrónico sostuvieron la red, sujetándola mientras ella chillaba violentamente e intentaba volar. Pero aunque lo

intentara, sus alas estaban detenidas por el material.

Thor escuchó un ruido y miró hacia arriba y vio a Andrónico — al verdadero Andrónico — parado sobre él, sonriendo. Vio como Andrónico levantó un puño por lo alto y lo bajó, justo hacia su rostro y sintió el impacto de sus nudillos en el hueso de la mejilla, haciendo su cabeza hacia atrás. Thor se encontró tirado boca abajo en el duro suelo, y antes de que su mundo se volviera negro, escuchó las palabras finales de su padre:

—Te dije que te unirías a mí, hijo mío—.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Gwendolyn se encontraba de pie en la cima de la Torre del Refugio, confundida en cuanto a cómo llegó aquí. Estaba amaneciendo y a su alrededor, frente a ella, estaban parados los siete caballeros mágicos, paralizados, en un círculo perfecto.

Al unísono, todos se acercaron a ella, el sonido de su armadura de plata sonaba en el empedrado cada vez más fuerte y más fuerte, mientras se acercaban.

Estiraron la mano y estaban a punto de atraparla cuando Gwendolyn, sin tener a dónde ir, echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Gwen parpadeó y se encontró de pie, parada en el centro de la Corte del Rey. El cielo estaba negro, lleno de aves de invierno, graznando muy fuerte. La ciudad era solo un remanente de lo había sido antes, salpicada de escombros, carbonizada por el soplido del dragón. No había un alma en ella.

Gwendolyn estaba parada en el centro de la ciudad, sola, buscando a alguien, a quien fuera.

—¿Padre?—, preguntó ella.

Solo hubo silencio y el aullido del viento.

En el otro extremo de la corte, una enorme puerta empezó a abrirse, tal vez de unos treinta metros de altura, arqueada, hecha de hierro. Hacia ella caminaba una figura solitaria. Llevaba un manto real y una corona oxidada, y cuando se acercó estaba encantada de ver que era su padre. Su cuerpo se había consumido, y él parecía más un esqueleto que un ser humano.

—¡Padre!—, gritó ella, tratando de alcanzarlo.

Sostenía un cetro largo, de oro, y levantó uno de los extremos hacia ella.

Ella extendió la mano y lo agarró y al hacerlo, su padre desapareció.

Gwendolyn se encontró caminando por un sendero que conducía a la Corte del Rey, encima de una colina, hacia a la ex Casa de los Eruditos. Ahora estaba quemada hasta los cimientos, solamente había un agujero en la tierra. Ella miró al precipicio y vio que en el interior había un túnel, que conducía a

la oscuridad. Se agachó y recogió un libro, que ahora era un montón de páginas carbonizadas que se convirtió en cenizas en sus manos y voló.

Gwen parpadeó y se encontró en un desierto rocoso, estéril, frente a la cabaña de Argon. Examinó la estructura perfectamente redonda, de piedra, pero no vio ninguna puerta.

—¡Argon!—, gritó.

—Estoy aquí—, fue la respuesta.

Gwen giró y lo vio parado ahí, frente a ella. Se sintió tan aliviada.

—¿Por qué nos dejaste?—, preguntó. —Te necesitamos más que nunca—.

Argon movió lentamente la cabeza.

—Ahora vivo en un lugar de ensueño—, dijo. —Estoy atrapado aquí. Sálvame, Gwendolyn. ¡Sálvame!—.

Gwendolyn parpadeó y se encontró de pie en el centro de Silesia, rodeada por el ejército de su tío. Ellos se arremolinaban, llenaban cada rincón y grieta del lugar, y todos ellos marchaban hacia ella, al unísono, elevando las espadas y lanzas y escudos, preparándose para atacarla.

Fue por todos lados, buscando una salida, pero no había ninguna. Tirus iba al mando del grupo, y levantó una espada para apuñalarla.

Mycoples voló hacia abajo y agarró a Gwen con sus enormes garras, cortando su piel, mientras la levantaba y se la llevaba, por encima de los hombres, por encima de las paredes de Silesia. Volaron a través del campo, y Gwen observó el Anillo por debajo de ella. Abajo estaban los hombres de Andrónico, millones de ellos cubriendo el suelo, más de los que podía contar.

Mycoples la llevó por encima de su campamento, y mientras miraba hacia abajo, Gwen estaba horrorizada al ver a Thorgrin, prisionero, encadenado de manos y piernas a un poste. Sobre él estaba parado Andrónico, y levantaba una enorme espada plateada con ambas manos y se preparaba para sumirla en el corazón de Thor.

Apuñaló a Thor, quien gritó, y al hacerlo, Mycoples soltó a Gwendolyn.

Ella fue lanzada por el aire, gritando, bajando hacia el cadáver de Thorgrin.

—¡NO!—, gritó.

Gwendolyn sentada en la cama, respirando con dificultad, jalaba aire. Miró alrededor, tratando de averiguar dónde estaba; vio las antorchas ardiendo en su habitación del castillo, vio el resplandor de la chimenea y se dio cuenta de que estaba a salvo. Fue un sueño, y todavía era de noche.

Gwen caminó a través del salón, Krohn le seguía de cerca, y fue a un pequeño lavabo de piedra en el otro extremo de la pared y se agachó y salpicó agua fría en su cara. Ella seguía respirando agitada, mientras observaba su habitación, perturbada por su sueño. Frotó su estómago y sintió calambres. El sueño había parecido muy real. Estaba segura de que había presenciado la captura de Thor, muriendo en la mano de su padre. Y se sintió llena de culpa.

Ella no pudo evitar sentir que todo era real, que cuando el sol saliera, estaría rodeada por los hombres de su tío, que Thor había sido capturado y que lo iban a matar.

Gwendolyn se obligó a recobrar el aliento, a respirar lentamente, a recuperar su compostura. Ella se volvió y fue hacia la ventana y miró los remolinos de la bruma del Cañón, en la luz antes del amanecer. El cielo aún negro, empezaba a salir, para transformarse en amanecer. El gran día estaba casi sobre ellos. Era el día en que se enfrentarían a Tirus. El día cuando Thor enfrentaría a Andrónico.

El sueño había perseguido a Gwendolyn, y sintió un hoyo en el estómago, una horrible sensación de que algo saldría muy mal. Lo podía sentir en su pecho.

De pronto se oyó que alguien tocaba a su puerta, demasiado fuerte para esta hora de la mañana. Supo de inmediato que algo estaba mal.

Gwen cruzó la habitación y abrió la puerta para encontrar a un mensajero ahí parado, agitado, sin aliento.

—Mi señora, tengo malas noticias—, dijo jadeando. —Uno de nuestros espías ha cabalgado desde el altiplano para decirnos: Que Thorgrin ha sido capturado por Andrónico—.

Al escuchar esas palabras, Gwen sintió un dolor agudo en el vientre, sintió que el bebé dentro de ella daba vueltas, una y otra vez. Ella cayó de rodillas por el dolor, abrumada por los cólicos.

Ella vomitó, le faltaba el aire, temía por la vida de su hijo.

—Mi señora, ¿está usted bien?—, preguntó el mensajero.

Gwen fue incapaz de hablar. Estaba tirada con una mano en el suelo de piedra, mientras sentía oleadas de dolor.

El asistente salió a toda prisa de la habitación. Con la noticia, sintió como si toda su vida le hubiera sido arrancada.

Thor, capturado. Qué estúpida había sido al dejarlo ir. Y no tenía a nadie a quien culpar sino a ella misma. Ella lo había echado.

Poco a poco, las oleadas de dolor comenzaron a pasar. La puerta se abrió de golpe y Steffen entró, llevando a un médico entrado en años, quien la ayudó a levantarse.

—Mi señora, ¿qué ha pasado?—, preguntó el médico.

Gwen se quedó parada, sintiéndose mejor. Ella se dio vuelta y enfrentó al asistente.

—Convoquen a mi Consejo de inmediato—, ordenó ella, usando la voz más fuerte y autoritaria de una reina.

—Sí, mi señora—, dijo él y se dio vuelta y se fue apresuradamente, el médico salió con él. Sólo Steffen permaneció con ella.

Gwendolyn se dio vuelta y echó un último vistazo por la ventana. Era hora de afrontar el día.

*

Gwendolyn caminó a través del conjunto de puertas dobles, con Steffen a su lado y hacia la sala del Consejo, iluminada con antorchas a la luz de antes del amanecer, se reunió con los rostros agobiados por la ansiedad de todos sus mejores caballeros. Allí estaban parados Srog, Kendrick, Brom, Atme, Godfrey, Reece y otras dos docenas, todos mirándola. Todos tenían su armadura, y todos tenían sus rostros de batalla. Después de todo, casi había amanecido, y había llegado la hora de enfrentarse a ellos, de arriesgar sus vidas por la gloria.

Pero con la noticia de la captura de Thor, el ambiente era todavía más tenso.

—¿Es verdad?—, le preguntó Kendrick a ella.

La sala se quedó en silencio, mientras Gwen asentía con la cabeza, con seriedad.

—Lo es—, dijo ella. —Nuestro amado Thorgrin fue capturado—.

Un gemido colectivo escapó de los demás, mientras varios golpeaban sus guanteletes de metal sobre la mesa, por la ira y la frustración.

—Yo sabía que no deberíamos haberlo dejado ir solo—, dijo Brom.

—Andrónico nunca fue de fiar—, dijo Reece.

—¿Pero cómo es posible?—. Kendrick hizo la pregunta que estaba en la mente de todos. —Thor tenía a Mycoples. Y la Espada del Destino. ¿Qué podría haberlo conducido a su captura?—.

—La hechicería—, dijo una voz.

Aberthol dio un paso adelante, su bastón chasqueaba en la piedra. —Sólo un acto de magia podría haber hecho esto—.

—Lo importante no es cómo sucedió—, dijo Gwen. —Ahora estamos sin Thor. Sin Mycoples. Sin la Espada del Destino. Somos unos pocos miles de nosotros contra el medio millón de Andrónico. Y más apremiante, tenemos a Tirus rodeando nuestra propia ciudad.

La sala se quedó en silencio, y todos miraron a Gwendolyn buscando su respuesta.

—¿Ahora qué, mi señora?—, preguntó Kendrick.

Gwendolyn miró todos los rostros y se dio cuenta de que ella ya no era la chica ingenua, inocente, que había sido alguna vez. Ahora se sentía endurecida, tal vez incluso un poco insensible. Tenía miedo, a pesar de las probabilidades. Y estaba lista para guiar a estos hombres. En efecto, buscaban su liderazgo. Sintió una sensación de claridad y calma, incluso en medio del caos.

—Nada ha cambiado—, dijo. —Nos ocuparemos de Tirus primero. Un pequeño contingente de nosotros enfrentaremos a Tirus afuera de la puerta. Pensaré que vamos con un mensaje, que venimos en paz. Mientras tanto, la mayor parte de nuestro ejército les flanqueará y atacará cuando yo lo ordene. Podemos perder. Pero moriremos de pie — como guerreros, no como cobardes—.

Hubo una ovación colectiva de aprobación en la sala, mientras cada hombre agarraba la empuñadura de su espada y la sacudía.

La puerta se abrió de golpe y varios asistentes entraron apresuradamente, arrastrando a Bronson de los brazos, mientras iba por el piso y protestaba.

—¡Suéltense!—, gritó.

—Aquí está el traidor que puso la trampa a nuestro Thorgrin—, dijo Brom. Gwendolyn se volvió hacia él, con el ceño fruncido.

Bronson miró a los hombres en la sala, con los ojos bien abiertos de miedo.

—¡No hice nada de eso!—, protestó. —¡Lo juro! Yo no sabía nada del plan de Luanda. ¡Me juró que había negociado la paz! ¡No tenía idea de que era una trampa!—.

—Estoy seguro de que no lo hiciste—, dijo sarcásticamente Godfrey. —Estoy seguro de que no tiene interés en cualquier trato que tu esposa haya hecho con Andrónico, ningún interés en compartir el poder con ella—.

—¡No lo tengo!—. Bronson insistió. —Después de lo que ella ha hecho hoy, ya no siento amor por Luanda. ¡Ahora ésta es mi casa, y son ustedes por los que quiero luchar!—.

—¿Luchar?—, dijo Srog, sarcásticamente. —¿Por qué? ¿Para que puedas decepcionarnos otra vez?—.

—Debemos ejecutarlo, mi señora—, dijo Atme. —¡Por lo que le hizo a Thor!—.

Hubo un grito de aprobación de los demás.

—¡POR THOR!—.

Hubo otro grito de aprobación.

Bronson luchó, con los ojos bien abiertos, llenos de pánico.

—¡Me tienen que creer!—, gritó. —¡Si lo hubiera sabido, nunca habría entregado su mensaje!—.

Gwendolyn caminó hacia él y la sala guardó silencio. Ella se acercó hasta estar a treinta centímetros de él, y miró profundamente el rostro de Bronson, queriendo ver por sí misma si mentía.

Lo examinó, llena de rabia por lo ocurrido a Thor; sin embargo, al mismo tiempo, no quería explotar ante un hombre inocente. Ella analizó a Bronson, temblando, sin un ojo, y una parte de ella le dijo que estaba siendo veraz. Ella conocía la profundidad de la traición intrigante de su hermana, y no le extrañaría que Luanda engañara a un hombre inocente como Bronson.

—Sin duda, pudieron haberte puesto una trampa—, dijo Gwen. —Pero eso es algo que nunca sabré con certeza. Hasta que lo sepa, no me fío para que vayas con mis hombres. No te mataré, no sin un juicio justo. Y puesto que no hay nadie de testigo a tu favor o en contra, cualquier juicio sería injusto—.

—Entonces, ¿qué será de él, mi señora?, dijo Godfrey.

Gwendolyn miró a Bronson larga y severamente.

—Declaro que seas desterrado—, dijo Gwendolyn. —Dejarás nuestro lado del Reino y nunca pondrás un pie en nuestro suelo, so pena de muerte—.

—¡Mi señora, no puede!—. Bronson dijo con miedo. —Yo ya no tengo una casa en el lado de los McCloud del Anillo. ¡Enviarme allá sería una sentencia de muerte!—.

Gwendolyn lentamente meneó la cabeza.

—Tendrás que valerte por ti mismo—, dijo. —Como el resto de nosotros—.

Ella asintió con la cabeza, y los asistentes se lo llevaron, gritando y

chillando, hasta que finalmente las puertas de la habitación se cerraron detrás de él y en la habitación hubo silencio otra vez.

Gwendolyn se dio la vuelta y enfrentó a sus hombres, quienes la vieron con un creciente respeto.

—Casi amanece—, dijo sombríamente. —Estamos perdiendo tiempo. Levanten las armas y síganme. Es hora de reunirnos con nuestros primos—.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Gwendolyn, a caballo, condujo a la pequeña comitiva de sus mejores guerreros solemnemente a través de la plaza vacía de Silesia, saliendo por la puerta norte, para presentarse ante su tío. Ella asintió con la cabeza, y al hacerlo, varios soldados levantaron la enorme verja levadiza lentamente.

Continuaron yendo a través de la puerta abierta, Gwen flanqueada por Kendrick, Srog, Brom, Reece, Godfrey, Atme y una docena de otros más. Fue sólo un pequeño grupo de ellos, saliendo a caballo para enfrentarse a Tirus y su enorme ejército que estaba alineado en la luz de la mañana, como si se prepararan a marchar en la ciudad.

El grupo de Gwendolyn parecía un convoy de la paz, que era exactamente lo que quería que pareciera. Ella quería jugar con el ego de Tirus, para hacerle creer que iban a aceptar sus términos. Seguramente asumiría que, como ella no saldría con una comitiva tan pequeña; y dado el nivel de arrogancia de Tirus, se sintió confiada de que él lo haría.

Sin embargo, secretamente, todas las fuerzas de Silesia fueron arrastrándose por los costados de los hombres de Tirus, flanqueándolos, tomando posiciones en el bosque y preparándose a la señal de Gwen, para atacar.

El corazón de Gwen se aceleró mientras cabalgaba lentamente sobre su caballo, con los demás, por la mañana silenciosa, la tensión era tan gruesa que podría cortarse con un cuchillo. Los remolinos de niebla del Cañón volaban dentro y fuera del campo de batalla y cuando una trompeta sonó, un pequeño convoy de los hombres de Tirus se acercó, saliendo a recibirlos en medio del campo vacío. Tirus montaba al frente, flanqueado por sus cuatro hijos y una docena de generales.

Mientras se acercaban, Gwendolyn sentía un dolor profundo en su estómago, sentía que el bebé se daba vuelta una y otra vez; era abrumador para ella, le hacía pensar en Thor. Ella podía sentir que fue capturado, sentía su impotencia. No comprendía cómo había sucedido, pero la idea la destrozaba.

La culpa y el remordimiento la aplastaban.

Gwendolyn sacudió esos pensamientos de su mente. Ahora no era el momento. Tan pronto como terminara con Tirus, asumiendo que viviera, enviaría a cada hombre que tuviera para rescatar a Thor.

Gwendolyn se enfocó en Tirus mientras su rostro aparecía ante ella, con una sonrisa condescendiente, exudando grandilocuencia. Se acercaron más y más, sus cotas de malla tintineaban, sus espadas repiqueteaban en sus caderas, sus espuelas sonaban, había un fuerte olor a caballo en el aire, mezclado con el olor a humedad del Cañón, en el frío de la mañana.

Tirus y ella se detuvieron a unos metros uno del otro, y cada uno se miró con orgullo. Tirus estaba ahí sentado, esperando a que ella rompiera el silencio, evidentemente disfrutando lo que él pensaba que era su triunfo, en la disculpa que estaba por venir.

—Eres una chica inteligente—, dijo finalmente. —Tomaste la decisión correcta rindiéndote ante nosotros. Uno debe admitir la derrota cuando está rodeado—.

El corazón de Gwendolyn se aceleró mientras estaba allí sentada en su caballo, con su perfecta postura, mirando la bola de la salida del primer sol. Su mirada era fría y endurecida, y sintió una nueva fuerza dentro de ella, la fuerza del hijo que llevaba. El hijo de Thor.

Ya no sentía miedo. Ni de estos hombres ni de nadie ni de la muerte. Sentía que la vida era menos valiosa para ella que antes, y ninguna amenaza podría afectarla.

Hubo un pesado silencio en el aire, los caballos hacían cabriolas y resoplaban, mientras Gwen se tomaba su tiempo para responder. Estaba preparada para hacer la señal a todos sus hombres para ir a la carga y sabía que con el menor gesto lo harían — y se desataría el caos.

—¿Quién dijo que decidimos rendirnos?—, respondió ella fríamente.

El corazón de Gwendolyn se aceleró y podía sentir los nudillos apretados en las empuñaduras de las espadas de sus hombres. En un momento ella movería su mano y marcaría la señal para comenzar la batalla que seguramente la llevaría a su muerte junto con los demás. Ella no tenía miedo de la muerte. Sólo de morir mal.

Y esta vez, al menos, ella moriría con su honor intacto.

Lentamente, la cara de Tirus se distorsionó, su sonrisa arrogante empezó a descender cuando se dio cuenta de la expresión de ella, de que hablaba en

serio.

—Muchacha estúpida—, dijo. —¿Has venido entonces a decirme que has firmado tu sentencia de muerte?—, preguntó con frialdad, su voz llena de hostilidad.

Mientras Gwendolyn levantaba los ojos para observar a sus hombres, para prepararse para dar la señal, notó algo en el horizonte, en las colinas detrás de los hombres de Tirus; algo llamó su atención, algo que no esperaba. Algo brillaba en la luz, donde no debería. Era el reflejo de un escudo. Pero no era de sus hombres.

Ni de Tirus.

Luego hubo otro escudo.

Luego otro.

En la colina, surgieron varios miles de escudos, radiantes, brillando en la luz.

Al principio, Gwen estaba confundida. Otro ejército había llegado aquí, en este campo de batalla.

Pero cuando se acercaron, mientras su bandera era izada sobre la colina y aparecía a la vista, reconoció el emblema. Su corazón se disparó. No podía ser posible.

Sí era.

Era el estandarte del Duque de Savaria. Esos eran sus hombres — junto con miles más. Y al mando del grupo, ella pudo reconocer por su armadura, la armadura plateada más brillante del reino, al campeón de su padre. Erec.

Erec había regresado. Y había traído con él a miles de hombres.

Y Tirus no tenía ni idea.

Ahora le tocó el turno de sonreír a Gwen. Miró a Tirus y se dio cuenta de que iba a disfrutar esto, mucho, mucho.

—Por otro lado—, dijo ella tranquilamente a Tirus, —creo que eres tú el que ha firmado su sentencia de muerte—.

Tirus la fulminó con la mirada mientras su expresión se transformaba en una mueca.

—Eres una muchacha estúpida—, dijo. —Estás a punto de enviar a muchos hombres a sus muertes. Y tú estás a punto de aprender lo que significa sufrir—.

—He aprendido mucho más acerca del sufrimiento de lo que nunca imaginarás—, respondió ella. —Ya basta de trivialidades. Yo te dará una

oportunidad de rendirte—.

Tirus la miró sorprendido, luego reclinó su cabeza y rió burlonamente.

—Te burlas de mí, muchacha. Eso, o estás completamente loca—. Él rió efusivamente, al igual que sus hombres. —¿Por qué debería rendirme cuando te superamos en número, dos a uno? ¿Cuando tus fuerzas son débiles, y las mías son fuertes?—.

Gwendolyn sonrió ampliamente.

—Porque si miras detrás de ti, verás dos veces la cantidad de hombres que los tuyos, por esa colina. Reconocerás la armadura: los escudos pertenecen al Duque de Savaria y al campeón de Los Plateados, Erec y todos sus caballeros. Ha vuelto a casa, para servir fielmente a mi padre — algo que nunca has hecho. Y si eso no fuera suficiente, puedes mirar a la derecha y a la izquierda, y dentro de esos bosques verás miles más de mis hombres, flanqueando a los tuyos por ambos lados, con los arcos listos y esperando mi señal—.

Gwen sonrió ampliamente.

—Así que ya ves, tío, eres tú quien está totalmente rodeado—.

Tirus hizo una mueca.

—¿Crees que soy tan estúpido como para girar y ver a tus fantasmas imaginarios en el paisaje?— Éste es un último acto de desesperación de tu parte, dijo.

Pero sus cuatro hijos se dieron vuelta y miraron, y al hacerlo, sus rostros se iluminaron con miedo, y sus caballos hicieron cabriolas.

—Padre, ella dice la verdad—, dijo uno de ellos.

A regañadientes, Tirus dio vuelta y se vio rodeado, por todos lados, de miles y miles de hombres. Erec se mantenía en las tierras altas, sus miles de soldados sentados orgullosamente, con las lanzas por lo alto — y a sus costados emergieron los hombres de Gwendolyn, dos mil arqueros en ristre.

Tirus se volvió y miró a Gwen, esta vez con una expresión de absoluta conmoción. Su cara palideció y se desplomó un poco, perdiendo su postura arrogante.

Kendrick y los demás en su convoy sacaron sus espadas, el anillo entrando por el aire de la mañana.

—Bajen sus armas, todos ustedes—, ordenó Gwen de manera sombría. — Si no, con la mínima señal de mi mano haré que mil arqueros liberen sus flechas. Ahora eres tú quien tiene que tomar una decisión—.

La cara de Tirus finalmente se descompuso, en humildad y temor. Dejó sus

armas en el suelo e hizo un gesto a los demás para que hicieran lo mismo. Alrededor de ellos, su escolta bajó sus armas, todas cayendo en el frío suelo, con un sonido metálico.

—Yo sé entender cuando he perdido—, dijo. —Has sido más lista que yo, hoy. Entrego mis fuerzas a ti—.

—Sé que lo harás—, dijo ella. —Es fácil rendirse cuando te enfrentas a una muerte segura. Para mí la cuestión es si decido aceptar tu rendición, o si mejor tomo tu vida—.

Tirus tragó saliva, pareciendo, por primera vez, realmente temeroso.

—Por favor, mi señora—, suplicó, con su voz casi quebrándose. —No nos maten.

Nunca quisimos hacerte daño—.

Ahora era el turno de Gwendolyn de reír.

—¿Nunca nos quisiste hacer daño?—, preguntó. —¿Solamente intentaste saquear nuestra ciudad y destruir a nuestros hombres?—.

Tirus casi rompe a llorar.

—Por favor, mi señora. Somos familia—.

—¿Familia?— Gwen repitió burlonamente. —¿Así es como tratas a la familia?—.

—Mátalos, mi señora—, dijo Kendrick. —Tirus es un cerdo y un traidor para sus parientes. Merece morir. Ha cometido traición al Anillo y violado nuestra ley sagrada—.

—¡Mátelo, mi señora!—, dijo Srog. —No es confiable. Si lo deja vivo, nos matará otro día—.

Gwendolyn estaba allí sentada y consideró sus opciones.

—¡Papá, haz algo!—, uno de los hijos de Tirus gritó. —¡Por favor, no nos dejes morir!—.

Gwen respiró profundo.

—Debería matarte, tío—, dijo ella. —Y a todos tus hombres. Pero no lo haré—.

Su rostro y las caras de todos sus hombres, se levantaron aliviados.

—Como mi padre, elijo ser una gobernante gentil y ofrecer misericordia aun cuando es innecesaria. También creo que nos puedes ser de alguna utilidad, y es una pena perder a tan buenos hombres, especialmente en estos tiempos.

Entonces, te daré una oportunidad. O hago que maten a todos tus hombres

aquí y ahora o todos pueden unirse a nuestras fuerzas y formar parte de nuestro ejército, obedeciéndome a mí y a Kendrick y a Srog y a Brom. Tus hombres se nos unirán mientras luchamos con Andrónico y liberamos a Thorgrin. La elección es tuya—.

Tirus desmontó, cayó de rodillas y cruzó sus manos.

—Hoy veo lo que significa ser un verdadero gobernante—, dijo. —Me has dado una lección, mi señora. Me siento avergonzado de mis acciones y agradecido por tu misericordia. Gracias. Por supuesto que nos uniremos a ustedes. Todos mis hombres. E iremos a donde tú digas—.

Gwen miró hacia abajo, vio la sinceridad en su cara y decidió. Ella levantó una mano e hizo una señal para que sus hombres bajaran las armas.

Sonó una trompeta, uno de los hombres de Tirus levantó una bandera blanca, y Tirus se dirigió a sus hombres y gritó: —¡NOS RENDIMOS!—.

Los portadores de la bandera levantaron más banderas blancas y arriba y abajo de las filas, los hombres bajaron sus brazos.

Los gritos de júbilo estallaron por todas partes.

La batalla terminó.

*

La enorme habitación del castillo de Srog estaba atiborrada de cientos de personas celebrando, los miembros del ejército de los MacGil, Los Plateados, La Legión, los Silesios, el ejército del Duque, Erec y sus hombres y los miembros liberados del Reino occidental del Anillo. Junto a ellos estaban Tirus y sus guerreros de élite, junto con sus hijos y todos los primos MacGil. Gwen, en su sabiduría, había extendido una rama de olivo y decidió dejarlos unirse a ellos; después de todo, si iban a pelear juntos, iban a tener que llegar a conocerse y confiar unos en los otros.

El ambiente en la habitación era de júbilo, todos estaban aliviados de no estar en guerra entre sí y Gwen y los otros estaban aliviados de tener a Erec, después de todos estos meses, de regreso a casa. Gwen nunca había esperado verlo aquí otra vez, y tenerlo de regreso era como tener un pedazo de su padre de vuelta con ella.

Le traía recuerdos. Su padre había amado a Erec como a un hijo, y en muchas formas él sentía que era como un hermano para ella.

Entre ellos estaban parados Steffen, Srog, Brom, Kendrick, Reece, Godfrey, Elden, Conven, O'Connor, junto con las mujeres: Selese, Sandara,

Indra. Sin embargo, la mujer que llamaba más la atención de todas, era la novia de Erec, Alistair.

Ella era la mujer más bella que jamás había visto Gwendolyn.

Una vez dejada atrás la tensión de la batalla, Gwendolyn se sintió llena de alivio, aunque todavía estaba nerviosa por Thor y resolvió hacer que lo fueran a rescatar en cuanto sus hombres se reagruparan. Hubo un gran revuelo en el salón ya que Erec era tratado como el héroe que era y que regresaba, abrazando a Kendrick, a Godfrey, a Reece y a varios miembros de Los Plateados. Iba acompañado por Brandt, otro héroe de Los Plateados, y la habitación estaba llena de los gritos de satisfacción de la reunión.

Gwendolyn tendió sus brazos, mientras Erec la abrazaba. Se sentía muy bien ver otra vez al campeón de su padre, después de todos esos meses. Ella sentía como si una parte de la Corte del Rey hubiera sido restaurada.

—Has crecido—, dijo Erec, reclinándose y observándola. —Ya no eres la misma chica que eras cuando me fui. Ahora eres una mujer. Una reina. Tu padre estaría muy orgulloso—.

Ella lo miró, con una sonrisa.

—Tú también, dijo ella. —Pareces ser dos veces el guerrero que eras—. Gwen miró a Alistair, parada junto a él. —Y lo más importante es que veo que tu Año de Selección ha resultado ser un éxito—.

Erec dio un paso atrás y se dio cuenta.

—Mi señora—, dijo él, haciendo una reverencia y aclarando su garganta, —permíteme presentarte a mi futura esposa, Alistair—.

Una multitud curiosa se reunió mientras Alistair daba un paso adelante.

Alistair sonrió e hizo una reverencia ante Gwendolyn y Gwendolyn también le sonrió.

—Es un gran placer, mi señora—, dijo Alistair. Había algo en su voz que de inmediato le pareció conocido; Gwen no podría explicarlo, pero sintió como si hubiera conocido a esta mujer toda su vida.

Gwendolyn sonrió ampliamente, dio un paso adelante y tomó las dos palmas de las manos de Alistair.

—Erec ha elegido bien—, dijo. —Una esposa de Erec es como una hermana para mí—.

Gwendolyn miró a Erec.

—Erec, sigues siendo el campeón de mi padre, de Los Plateados, y nos has salvado aquí, en este día. Tenemos una gran deuda contigo—.

Erec meneó la cabeza.

—La deuda que tengo con tu padre es mucho mayor—, respondió. —Y voy a pagar esa deuda sirviendo a su hija con la misma lealtad que he reservado para él—.

Erec se dio vuelta y miró la habitación, la mezcla de ambos lados de la familia MacGil.

—Tu sabiduría está expuesta hoy—, añadió. —Tu padre eligió sabiamente. Cualquier otro líder habría terminado este día en derramamiento de sangre. Somos afortunados de que seas nuestra—.

Gwen observó la habitación y vio que su estrategia estaba funcionando: al principio había sido una mezcla torpe de ambos lados de los MacGil, pero ahora los guerreros socializaban felizmente, compartiendo bebidas y bromas e historias de batallas. Al verlos, uno no podría distinguir a los dos bandos. Lo que podría haber sido un día de derramamiento de sangre se había convertido en una celebración.

Ahora que los hombres tenían la oportunidad de recuperar el aliento y reunirse, Gwen se puso seria, pensando en Thor, encarcelado. Apenas podía soportar estar aquí, mientras que él estaba en peligro, y ella sabía que debía tomarse alguna acción rápidamente.

—Ha pasado el tiempo para conversar—, le dijo ella a Kendrick y a Erec, mientras los demás se acercaban y escuchaban. —Debemos poner nuestra atención en Thorgrin—.

Su hombre se acercó, para escuchar.

—Necesitamos una estrategia para rescatar a Thor—, afirmó.

Los hombres se miraron unos a otros, sombríos.

—¿Esperas que los pocos miles de nosotros luchemos contra el medio millón de hombres de Andrónico, mi señora?—, preguntó Tirus. —¿Todo por un hombre?—.

—Thorgrin es más que sólo un hombre—, dijo ella, mientras su rostro se oscurecía. —Y sí, eso espero. Arriesgaría a nuestros hombres por cualquiera de nuestros hermanos y hermanas—.

Sus rostros se volvieron sombríos.

—Incluso con los otros MacGil que están aquí—, dijo Brom, —Tirus tiene razón: nos superan ampliamente en número. Ningún simple ataque puede producir una victoria, aunque odio tener que decirlo—.

—Si atacamos, tenemos pocas posibilidades de sobrevivir—, dijo Srog.

—Sin embargo, si nos quedamos aquí—, replicó Kendrick, —seguramente todos moriremos—.

—Si vivimos o morimos, nada de eso importa—, dijo Erec.

Todas las miradas se dirigieron a él, mientras su voz profunda y segura ordenaba atención.

—Lo único que importa es que vivamos y muramos con gloria—, añadió.

Hubo un gruñido de aprobación entre los hombres. Todos guardaron silencio, meditando, y Gwen aclaró su garganta.

—Las batallas se pierden porque las misiones son extensas—, dijo Gwen. —Nuestra misión será estrecha: liberar a Thor y a Mycoples. Atacaremos su campamento principal con una distracción, averigüen dónde está Thor y libérenlo. Una vez que Thor esté libre, con la Espada del Destino y Mycoples esté de nuestro lado, la batalla empezará. No piensen en esto como que son mil hombres contra medio millón; por el contrario, consideren que son unos cuantos miles de hombres liberando a uno. La clave será dividir a los hombres de Andrónico y crear una distracción—.

—¿Y cómo haremos eso, mi señora?—, preguntó Brom.

—Dividiremos nuestro ejército en cuatro pequeñas divisiones y atacaremos desde todos los ángulos, creando una distracción y dividiendo sus fuerzas. Erec, tú guiarás a los hombres del Duque y a la mitad de Los Plateados. Kendrick, tú irás al mando de la otra mitad, junto con la mitad del ejército de los MacGil. Tirus, guiarás a tus hombres. Y Godfrey, guiarás a la otra mitad de los hombres del rey—.

Godfrey se volvió y la miró, con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

—¿Yo, mi señora?—, preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—No sé si estoy preparado para la tarea—, dijo, nervioso. —Yo no soy un guerrero—.

—Eres capaz—, dijo con firmeza. —Después de todo, fuiste tú quien nos salvó de Andrónico, aquí en Silesia—.

—Lo que hice lo logré con ingenio, no con la fuerza—.

—Y lo que necesitamos es el ingenio para ganar esta batalla, especialmente frente a una fuerza mayor—, contestó ella. —Guiarás la cuarta división. ¿Aceptas?—.

Todas las miradas se dirigieron a Godfrey, y por último, asintió.

—Bien—, dijo Gwendolyn. —Estas cuatro divisiones atacarán el

campamento principal de Andrónico desde cuatro rutas diferentes. Confundiremos y dividiremos a sus hombres sólo el tiempo suficiente para llegar a Thor—.

—¿Y usted, mi señora?—, preguntó Steffen, volviéndose hacia ella. —¿Usted se quedará aquí?—.

Todas las miradas se dirigieron hacia Gwendolyn.

Ella meneó la cabeza.

—No puedo quedarme aquí, no con mi Thorgrin allí—. Voy a atacar también—, dijo ella. —Pero de una manera diferente—.

—¿Cómo es eso, mi señora?—.

—Ellos deben tener a Thorgrin por algunos medios mágicos—, dijo. —Necesitamos magia para ayudar a liberarlo. Solo hay una sola persona a la que puedo acudir. Debo encontrarlo. A Argon—.

—Pero Argon se fue de nuestro lado, mi señora—, dijo Aberthol.

—Él vive en algún lugar—, dijo Gwendolyn. —Lo encontraré. Yo lo liberaré. Y él nos ayudará a salvar a Thor.

Gwendolyn se dirigió a los demás.

—¡No esperen más!—, dijo en voz alta, —¡Thorgrin nos espera!—.

La multitud se dispersó con una ovación, los hombres ya estaban formando las divisiones y preparándose para salir.

Mientras la habitación comenzaba a quedar en silencio y la multitud disminuía, Gwen llamó a Aberthol.

—¡Aberthol!—.

Se detuvo y se volvió.

—Conoces todos los volúmenes antiguos—, dijo. —Ahora están quemados, pero los tienes en tu memoria. Yo misma recuerdo algunos de ellos. El Ciclo de los Hechiceros. Recuerdo que había un volumen, sobre las leyendas de los atrapados—.

Aberthol asintió con la cabeza.

—Lo que estudiaste te sirve bien—, dijo. —En parte es mito, en parte es verdad.

Nadie sabe cuánto tiene cada parte. Pero sí, hay una leyenda. Que las personas atrapadas por la magia, se quedan en el mundo de las tinieblas—.

—El Mundo de las Tinieblas—, suspiró Steffen, permaneciendo junto a Gwen.

—¿Lo conoces?—, preguntó Gwen.

Steffen asintió con la cabeza.

—Es un lugar que dicen que hace que el alma de los hombres se vuelvan frías.

Un lugar de hielo y niebla. Uno de los anillos de los infiernos más profundos—.

—Es un lugar donde no se permite ningún ser humano—, agregó Aberthol, —a menos que sea guiado por un Druida. Y ya que no tenemos ningún Druida entre nosotros, me temo, aunque fuese cierto, que no podríamos entrar. El viaje sería en vano—.

—Yo puedo llevarte—, dijo una voz.

Gwen, Steffen y Aberthol se volvieron para ver a Alistair dar un paso adelante.

Ella miró a Gwen con una expresión seria.

Krohn dio un paso adelante y lamió su mano. Era evidente para Gwen que a Krohn le agradaba ella— y a Krohn raramente le gustaba la gente, especialmente los extraños.

—Pero, ¿cómo puedes?—, preguntó Gwen. —A menos que seas...—

Alistair asintió con la cabeza.

—Tienes razón—, dijo ella. —Soy una Druida—.

La miraron con asombro, y ella bajó su cabeza hacia el piso.

—Nunca se lo había dicho a nadie—, dijo. —Pero por ustedes lo haría. Significas todo para Erec. Y por mi señor, no hay nada que no haría.

Gwendolyn dio un paso adelante, acercándose a ella, sonriendo, sintiéndose bien, con esperanza por primera vez. Si ella pudiera encontrar a Argon y liberarlo, tal vez podría salvar a Thor.

—De ahora en adelante—, le dijo Gwendolyn a Alistair, —tú serás mi hermana—.

Alistair le sonrió.

—No hay nada que me gustaría más—.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Thor se preparó lo mejor que pudo, mientras otro golpe llovía sobre él. Intentó resistir con todas sus fuerzas, pero con sus muñecas atadas detrás de él con los grilletes de Akdon, era muy poco lo que podía hacer. Su energía había sido segregada por este metal mágico, y se encontró incapaz de luchar, mientras un nutrido grupo de soldados del Imperio le daba puñetazos en la cara, el pecho, la espalda y finalmente lo noqueaban de bruces al suelo.

La multitud se abalanzó sobre él, dándole patadas, golpe tras golpe aterrizando en sus costillas, en su espalda, en sus piernas, en su cabeza. Thor trató de proteger su cara lo mejor que pudo, pero ya sentía que un ojo empezaba a hincharse, hasta cerrarlo.

No muy lejos, Andrónico presenciaba todo con una sonrisa, evidentemente complacido de ver a su propio hijo siendo maltratado de esta manera.

¿Qué clase de padre permitiría que algo así le pasara a su hijo?, Thor se preguntaba. Si Thor había tenido alguna confusión acerca de si sentía algún afecto por su padre, o si su padre lo tenía para él, estos golpes sin duda la despejaron.

Los golpes continuaron por tanto tiempo, que Thor perdió la cuenta. Finalmente, Andrónico gritó: —¡Basta!—.

Los soldados se separaron mientras Andrónico caminaba hacia adelante. Por un momento, Thor pensó que estaría recibiendo un respiro de los abusos — pero en cambio, más soldados se acercaron y comenzaron a despojarlo de su ropa.

Thor sintió el viento congelado cortar su piel. Otra vez intentó resistir con todas sus fuerzas, pero no pudo.

Thor gritó en señal de protesta, mientras sentía que le arrancaban la camisa de su cuerpo y vio cómo el anillo de su madre se cayó dando tumbos hacia el suelo.

Vio cómo un soldado lo agarró, sosteniéndolo y examinándolo.

—¡NO!—. Thor gritó, mientras observaba cómo el anillo que había

reservado para Gwendolyn se hundía en la palma codiciosa de la mano de un soldado del Imperio. Su rostro era evidentemente reconocible, con una nariz torcida, los ojos saltones y una cicatriz que recorría su barbilla. El soldado puso el anillo en su dedo meñique y lo levanté, riendo. Luego desapareció entre la multitud.

Más golpes llovían sobre él, mientras Thor sentía que era despojado de su camisa, luego de sus botas. Pero en lo único que Thor podía pensar era en el anillo de su madre, desapareciendo en las manos de ese cretino, y su corazón se quebrantó.

¿Cómo podría el destino ser tan cruel?, se preguntó Thor. ¿Cómo podía permitir su madre que le pasara esto a él? ¿No podía interceder de alguna manera?

—¡Mamá!—. Thor gritó, deseando que ella estuviera aquí para ayudarlo.

Hubo una risa profunda, siniestra desde arriba. Miró hacia arriba para ver a Andrónico parado sobre él.

—Tu madre no te ayudará ahora, muchacho—, dijo Andrónico, frunciendo el ceño.

Asintió, y otro hombre se acercó llevando una cuerda, gruesa y áspera. Dos soldados fueron a atar la cuerda alrededor de los tobillos de Thor. Le cortaba la piel, y cuando Thor se preguntó qué hacían, de repente, se escuchó un látigo, el relincho de un caballo y se sintió arrastrado hacia atrás.

El cuerpo de Thor fue arrastrado por el suelo helado del invierno, a lo largo de la tierra y de pequeños guijarros; le rasgó la piel desnuda de su espalda, mientras los soldados del Imperio le abucheaban. El caballo ganó velocidad y él desfiló en círculos alrededor del campamento del Imperio.

Con su cuerpo cubierto de moretones, agotado, sin energía, Thor comenzó a perder la conciencia. Trató de hacer que todo esto desapareciera, de imaginarse en otro lugar, en cualquier lugar menos aquí.

El ser arrastrado por el campamento continuó quién sabe cuánto tiempo, hasta que finalmente se detuvo, llenándose de polvo alrededor de él. Él permaneció allí, boca abajo sobre el suelo, gimiendo, con un ojo cerrado por lo hinchado. Con esfuerzo, abrió su ojo y vio que lo habían dejado a pocos metros de distancia, irónicamente, de la Espada del Destino. Evidentemente, esto lo habían hecho para restregárselo en su cara. La Espada estaba allí donde la dejó, alojada dentro de la enorme roca.

—Aquí está, esta arma que ha incomodado a nuestro Imperio durante

siglos—, gritó Andrónico a la multitud de soldados paralizados. —Thor puede ser El Elegido — o El Elegido podría ser uno de nosotros. ¿Quién va a decir que sólo un MacGil, sólo un miembro del Anillo, puede blandirla? ¿Quién va a decir que no es un mito que han creado para mantenernos abajo?—.

La multitud aplaudió en aprobación.

—Quien empuñe la espada—, gritó Andrónico, —quien pueda sacarla de esta roca, será nombrado general. ¿Quién dará un paso adelante y lo intentará?—.

Hubo una ovación, seguida de una avalancha de hombres, mientras un soldado tras otro se abalanzaba, sujetaban la empuñadura de la Espada y tiraban de ella con todas sus fuerzas, intentando desesperadamente sacarla de la piedra. Thor no pudo soportar ver la Espada del Destino en las manos de estos cretinos. No sabía qué haría si uno de ellos podía blandirla. Eso significaría que la leyenda había estado equivocada y que él, Thor, no era especial, después de todo.

Pero de uno en uno, los hombres intentaron y fallaron, un soldado tras otro, empujándose unos a otros para hacer el intento. Algunos lo intentaron dos o tres veces.

Pero fue lo mismo para todos ellos: nada.

Finalmente, Andrónico se acercó a la Espada, y la multitud se apartó. Se arrodilló ante ella, después se puso de pie, envolvió sus enormes manos alrededor de su empuñadura, y con un gran grito, tiró de la Espada con todas sus fuerzas. Thor se preocupó por un momento. Después de todo, Andrónico era su padre y un MacGil. ¿Que podría permitirle blandir la Espada?

Pero aunque el grito de Andrónico fue más y más alto, al final se derrumbó, incapaz de hacer que se moviera la Espada.

Thor tuvo una gran sensación de alivio, cuando se dio cuenta de que ninguno del Imperio, incluso su padre, podía blandirla. También le hizo sentir especial.

Andrónico frunció el ceño hacia el arma, y Thor podía ver su cara poniéndose morada de rabia.

—¡Tráigame un martillo!—, ordenó. —¡AHORA!—.

Varios hombres se apresuraron a su lado con un martillo de guerra a dos manos. Andrónico lo arrebató, lo levantó por lo alto, y con un grito, lo bajó hacia la roca.

Aunque lo intentó, la piedra no se rompía. Ni siquiera se astilló.

Andrónico lo intentó una y otra vez, siempre con el mismo resultado: era como un martillo de acero.

Finalmente, con un gran gemido de frustración, Andrónico se dio vuelta e hizo balancear el martillo hacia los lados, golpeando las cabezas de dos soldados y matándolos en el acto. Luego giró el martillo otra vez y lo lanzó a la multitud, matando a otro soldado que lo golpeó en el aire.

—Si la Espada no puede ser blandida por mí o alguno de mis hombres—, gritó Andrónico, —entonces no nos sirve. Solamente nos hace daño mientras estamos aquí en el Anillo. Sólo mantiene el Escudo activado y evita que nuestros hombres nos fortalezcan. Ordeno que la Espada sea extraída del Anillo de inmediato, que sea llevada de vuelta a través del Cañón y destruida para siempre. Quiero una docena de hombres para levantar esta roca sobre sus hombros y llevarla de vuelta al otro lado del Cañón, a nuestras embarcaciones. ¡MUÉVANSE!—, gritó.

Una docena de hombres corrió hacia adelante, entrando en acción, dirigiéndose hacia la roca. Todos intentaron levantarla, pero apenas se movió.

Más y más soldados se unieron, hasta que finalmente, dos docenas de hombres, consiguieron levantar la roca por lo alto, sobre sus hombros. Todos comenzaron a marchar, llevando la espada.

El corazón de Thor se estaba rompiendo por dentro.

—¡NO!—, gritó Thor.

Era como ver que se llevaran un pedazo de sí mismo.

Mientras Thor la veía desaparecer de la vista, hizo todo lo que estaba en su poder para tratar de liberarse. Pero no pudo. Los grilletes Akdon en sus muñecas no se lo permitían.

Andrónico volteó hacia Thor y se paró sobre él.

—No hay ningún arma que puedas blandir que no pueda yo esgrimir—, insistió Andrónico.

Thor se dio cuenta de que le ardía a su padre que él fuera capaz de empuñar un arma que su padre no pudiera blandir.

—Yo soy más fuerte que tú, padre—, dijo Thor. —Es por ello que me tienes miedo—.

Andrónico gritó, camino hacia adelante y pateó a Thor tan duro en un costado, que él sintió que una de sus costillas tronaba. Thor se volvió y tosió, tirado en el suelo, tratando de jalar aire.

—¡McCloud!—, gritó Andrónico.

Thor miró hacia arriba para ver al antiguo rey McCloud caminar hacia adelante; le faltaba un ojo y tenía una gran quemadura en el costado de su cara desfigurada, donde había sido marcado con el emblema del Imperio. Parecía un monstruo.

—Creo que es hora de que enseñemos a nuestro joven Thorgrin lo que se siente ser marcado. Tal vez marquemos su cara del mismo modo que hice contigo—.

El corazón de Thor se aceleró ante sus palabras. Los ojos de McCloud se abrieron de par en par, con una sonrisa de alegría.

—Sería un placer, maestro mío— dijo McCloud.

McCloud se dio vuelta, agarró un atizador que le entregó un asistente y examinó el extremo, con el emblema de un cuadrado grande del Imperio, candente por el fuego.

—¡NO!—, gritó Thor, mientras McCloud se agachaba con el atizador caliente cerca de su cara. Thor sabía que en pocos momentos su cara sería desfigurada, igual que la de McCloud, marcado con el emblema de Andrónico. Pensar en eso lo destrozó; no podía pensar en nada peor.

McCloud se mofó encantado, mientras bajaba el atizador hacia la cara expuesta de Thor.

Thor escuchó un chirrido en el cielo. Miró hacia arriba para ver a Estopheles; ella bajó en picado, con sus garras hacia afuera, y McCloud miró hacia arriba — pero no a tiempo. Estopheles le había arañado el rostro, dejando profundos cortes en su nariz y frente y mejillas y labios. McCloud gritó, dejando caer el hierro, que aterrizó en sus pies, quemándolo y le hizo gritar otra vez. Su rostro era un desastre de sangre, finalmente se volvió y corrió, Estopheles lo persiguió a través del campamento.

Andrónico dio un paso adelante y él mismo recogió el hierro, sujetándolo sobre Thor, burlándose.

—Ésta es tu última oportunidad—, dijo Andrónico. —Deja de desafiarme y acepta mi oferta. Acéptame. La mitad del Imperio será tuyo. Yo soy el único y verdadero padre que tienes en este mundo. Acéptame y encuentra el alivio—.

Thor reunió suficiente energía para levantar la cabeza y escupir a Andrónico.

—Prefiero morir siendo un bastardo que vivir como tu hijo—.

Andrónico hizo una mueca, y con un gruñido de rabia suprema y

frustración, bajó el hierro.

Thor se volteó, y en el último segundo, el atizador no atinó su cara y en su lugar se hundió en su hombro. Thor gritó, mientras el hierro ardiente se hundía en su hombro y él experimentaba el peor dolor de su vida. El hierro ardiente marcó su carne, dejando el emblema del Imperio en ella. El humo chisporroteó en su brazo y llenó sus fosas nasales con un horrible olor a carne quemada. Thor gritó hasta que no pudo gritar más.

Finalmente, Andrónico se detuvo. Thor yacía, débil, apenas capaz de recuperar el aliento. No aguantaba más.

—Llévenlo a la fosa—, ordenó Andrónico.

Por favor, Dios, déjame morir, pensó Thor, entrando y saliendo de la conciencia.

Thor sintió que lo arrastraban de la cuerda atada a sus pies, y que era llevado a través del campamento. A lo lejos vio un agujero negro que apareció a la vista, y se sintió más allá del borde, girando hacia abajo, hundiéndose en la oscuridad.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Silesia estaba llena de actividad, mientras Reece se apresuraba a través del patio; Elden, O'Connor y Conven a su lado, todos ellos mezclándose con los otros, yendo a la sala de armas hacia el ejército principal en la plaza de la ciudad. Alrededor de ellos, miles de caballeros se estaban movilizand, dividiéndose en cuatro campamentos, uno liderado por Kendrick, otro por Erec, uno más por Tirus y el último por Godfrey. Reece y Conven y O'Connor y Elden iban juntos, como siempre lo habían hecho, y fueron acompañados por los dos otros miembros de la Legión — Serna y Krog — junto con Indra, quien se quedó al lado de Elden. Decidieron unirse a la división de Kendrick, mientras Reece quería estar cerca de su hermano mayor cuando empezara la batalla.

Después de tantos meses luchando solos contra los enemigos del Imperio, con sólo su pequeño grupo con quien contar, se sentía bien tener el apoyo de este vasto ejército y luchar de vuelta en casa, en el Anillo. Aunque las probabilidades eran peores, Reece se sentía más protegido ahora, que nunca. También se sentía más decidido. Reece se sintió devastado al saber que su mejor amigo había sido capturado, y que no tenía reservas acerca de montar a caballo a la batalla, sin importar las probabilidades. Felizmente daría su vida por Thor. Él sabía que eran ampliamente superados en número, pero sentía que ese siempre había sido el caso, incluso desde que se había unido a La Legión. La batalla no era fácil. Ni la gloria. Pero fueron precisamente esas probabilidades las que hacían la batalla gloriosa.

La multitud se puso oronda cuando llegaron a la puerta principal de Silesia.

Todos comenzaron a tomar su camino, debajo de los arcos elevados, y cientos de ciudadanos de Silesia se quedaron ahí parados, agitando banderas, ovacionándolos.

- ¡Regresen a casa con nosotros!—.
- ¡Salven al Anillo!—.
- ¡Maten a Andrónico!—.

—¡Liberen a Thorgrin!—.

—Silesia espera su regreso—.

Estos ciudadanos fueron valientes: ovacionaron a los soldados, sabiendo muy bien que su partida los dejaría desprotegidos y que Silesia sería vulnerable a los ataques, una vez más.

Reece, ataviado con su cota de malla, se preparó, sintiendo esa emoción nerviosa y expectación de la batalla en su interior, comprobando y ajustando sus armas en su cinturón, probando su larga espada, su espada corta, asegurándose de que sus puñales estuvieran allí, sintiendo el asta de su mayal. Tenía más armas en su caballo, más adelante y se sintió listo para cualquier contingencia.

—¿Entonces te ibas a ir sin despedirte?—, dijo una voz.

Reece volteó a ver a Selese, allí parada, en medio de la multitud, a pocos metros de distancia, mirándolo con tristeza.

Él dejó a sus amigos y se fue con ella, bajando la cabeza, avergonzado. No sabía qué decirle. Se sintió mal por dejarla, sobre todo porque se habían hecho muy unidos en estos últimos dos días y noches que pasaron juntos. Reece se estaba enamorando de ella. No sabía qué pensar de sus sentimientos. Habían sido inseparables, relajándose juntos cerca de las fogatas, estando en los festejos y celebraciones. Él había esperado que fuera así para siempre.

Pero una vez más encontró su vida de cabeza, se encontró de regreso a la batalla. Una vez más, se encontró dejándola, esperando verla en poco tiempo. Antes, su amor había sido una fantasía; pero ahora era real, y eso hacía que fuera aún más doloroso dejarla.

—Lo siento—, le dijo a ella. —No sabía qué decir. O si iba a volver—.

Ella lo miró a los ojos.

—Todo lo que tenías que decir era que yo te importaba—.

Reece se encontró con su mirada.

—Más de lo que nunca sabrás, mi señora—.

Ella le sonrió y su rostro se iluminó, cubierto de pecas.

—Si vuelvo—, agregó Reece, —nos casaremos—.

Los ojos de ella se abrieron de par en par, sorprendida.

—Cuando regreses—, dijo ella, extendiendo la mano y arreglando la coraza de él, ajustándola, corriendo sus manos por encima. Él vio una lágrima rodar por su mejilla.

—No tienes opción—, dijo ella. —Regresa a mí. No estamos casados,

pero si mueres, seré viuda—.

Ella miró hacia arriba y se encontró con su mirada y Reece con la de ella, y sintió que su mundo se derretía. Significaba todo para él escuchar que ella se preocupaba por él, tanto como él por ella. Fue doloroso para él irse, mirando esa cara, sabiendo que ella se quedaría aquí sola, sin protección. Sintió más que nunca, que era una carga ser victorioso en este día, y decidió que lo sería.

Ella tomó su coraza, se acercó y lo besó, y él alargó el beso todo el tiempo que fue posible.

Finalmente, empujado por sus hombres, se fundió en el desfile de humanidad que se dirigía a las puertas. Él se dio vuelta y la miró, y ella a él, todo el tiempo que pudo, hasta que finalmente desapareció de su vista.

Reece vio que no era el único en decir adiós a alguien que amaba: más adelante, Kendrick caminaba tomado de la mano de Sandara, y los vio despidiéndose.

Ella era alta, con hombros anchos, tenía un porte orgulloso y la piel oscura del Imperio. Reece podía ver que ella y Kendrick hacían buena pareja.

Al acercarse más, escuchó su conversación.

—Espero que te quedes aquí, detrás de la seguridad de estas paredes—, le dijo Kendrick a ella.

—No es mi camino, mi señor,— respondió. —Me voy con los hombres, como lo he hecho toda mi vida. Cuando caigan los heridos, estaré allí para curarlos. Del mismo modo que estuve aquí para curarte. Es mi trabajo. Esa es quien soy—.

—Estaré con mis hombres, en el frente de batalla—, dijo Kendrick. —No te podré proteger—.

—No busco tu protección—, dijo ella. —Me he defendido sola toda mi vida—.

Siguieron caminando en silencio. Kendrick se volvió para unirse a sus hombres, y ella se detuvo y le dijo: —No sé dónde nos encontraremos. Pero prométeme una cosa—.

Kendrick volteó a verla.

—No estarás entre los heridos—.

Él sonrió.

—Esa es una promesa que no puedo hacer—.

Se besaron.

Mientras Reece se reunía con sus hermanos de La Legión; Elden se

encontraba enfrascado en una conversación similar con Indra, quien estaba parada orgullosamente a su lado y quien apartó la mano de él cuando intentó tomar la de ella.

Ella era muy masculina, demasiado guerrera para eso.

—No puedes luchar con nosotros—, insistió Elden. —No es seguro—.

—Tú eres mujer—, dijo Krog. —Deberías saber cuál es tu lugar—.

Ella se volvió y le echó una mirada mortal.

—Soy tan buena guerrera como tú—, respondió desafiante. —Manejo las armas tan bien como las tuyas, mis dagas son igual de rápidas y mis flechas igual de veloces. Yo puedo cortar el cuello a cualquier hombre, tan bien como tú. Yo podría cortar el tuyo. De hecho, tal vez eres tú quien debería quedarse—.

Krog, la miró, sonrojándose.

Indra se volvió hacia Elden.

—Voy a luchar a tu lado, o no verá mi cara otra vez. La decisión es tuya—.

Elden suspiró y eventualmente se encogió de hombros. Indra era muy tenaz y no tenía sentido intentar convencerla. Además, después de todo este tiempo junto a ella en el Imperio, después de todas las veces que ella había salvado sus vidas, se había convertido en un miembro de la Legión. Indra era una sobreviviente, y él no tenía que preocuparse por ella.

Reece apareció al lado de Conven, quien se veía más triste que nunca; combinaba bien con todas las caras sombrías alrededor de él, los hombres preparándose mentalmente para la batalla. Reece podía ver en sus ojos que no tenía nada que perder, que estaba dispuesto a tirar su vida, y Reece se preguntó seriamente si Conven sobreviviría esta batalla. Podía sentir que él no quería vivir. No sin su hermano gemelo.

O'Connor había engrasado su nuevo arco largo y llevaba su sonrisa siempre presente, en su humor alegre, como de costumbre. Ya sea que estuviera en el Imperio o de vuelta en el Anillo, O'Connor parecía sentirse en casa en todas partes.

Reece estaba contento de tener a su mano derecha a su lado mientras todos cabalgaban a la batalla.

Serna y Krog caminaban vacilantemente al lado de ellos. Reece podía ver la ansiedad en su andar; ellos no habían experimentado la misión que ellos tuvieron en el Imperio, no se habían enfrentado a las mismas tribulaciones que ellos. Reece podía reconocer en ellos su ansiedad, el modo en que se habían

sentido alguna vez. Eso le hacía sentir a Reece como un veterano.

Ahí estaba Godfrey, no muy lejos, su hermano mayor, y Reece estaba orgulloso de verlo en un traje de armadura, aunque no parecía quedarle muy bien. Godfrey marchaba con un contoneo, flanqueado por Akorth y Fulton, llevando a varios centenares de hombres. Reece se preguntaba si estaban borrachos; sin duda Akorth y Fulton sí lo estaban, era evidente por su modo de andar. Era divertido ver a Godfrey a cargo: por un lado, no le quedaba bien, pero al mismo tiempo, de alguna manera sí lo hacía. Reece pensó que podía ver algo de su padre en él. Godfrey podría no ser un guerrero, pero era un superviviente y de los astutos. Reece sintió que Godfrey podría ser más listo que cualquiera. Y presentía que sin importar nada, él encontraría una manera de sobrevivir, aunque lo hiciera a su manera.

Por fin llegaron a sus caballos, Reece escogiendo el suyo entre el vasto mar de animales.

Reece se quedó allí parado, a punto de montar su caballo, cuando vio algo por el rabillo del ojo, que le hizo girar. Era una cara, mirándolo entre el mar de los espectadores. Volvió a ver de nuevo, suponiendo que lo estaba imaginando.

Pero al mirar de cerca, su corazón se detuvo cuando vio quién era. Ahí parado, en medio del pueblo, estaba una chica cuyo rostro había llevado grabado en su mente durante la mayor parte de su infancia. Una chica que nunca había estado lejos de sus pensamientos, al menos hasta que conoció a Selese. Ahí estaba su prima, la única hija de Tirus.

Stara.

Ella se le quedó viendo, sus brillantes ojos verdes lo miraron fijamente, incluso entre el montón de gente. Ella estaba demasiado lejos para hablarle, y con la marea de soldados entrando y saliendo, él la perdió de vista, luego la volvió a ver.

Ella parecía una aparición, flotando en el mar.

Le dolía verla. ¿Por qué tenía que estar aquí? ¿Por qué ahora? ¿Después de que él ya se había enamorado de otra persona? Le había costado muchos años olvidarla. Pero verla hizo que todo regresara, el dolor volvió.

Reece se forzó a girar y apartar la mirada. Le encantaba Selese ahora; no sería justo para ella que viera a otra persona.

Cuando montó su caballo, a pesar de sí mismo, se volvió y miró a Stara. Él estaba lleno tanto de alivio como de malestar, al ver que ella se había ido.

Sonó un cuerno, y un mensajero llegó galopando a través del paisaje, corriendo hacia Kendrick. Reece y los demás se reunieron cerca, para escuchar.

—Mi señor—, dijo el mensajero, jadeando. —Tengo noticias... la Espada del Destino — Andrónico hizo que se la llevaran—.

Hubo un grito horrorizado de los hombres, mientras el mensajero estaba allí parado, jadeante, tratando de recuperar el aliento.

—Habla claro—, le ordenó Kendrick. —¿Qué quieres decir con eso de que 'hizo que se la llevaran'?—.

—Se la están llevando ahora al otro lado del Cañón. Si lo cruza, se desactivará el Escudo. ¡Todo estará perdido!—.

—¡Debemos recuperarla de inmediato!—. Tirus, que estaba cerca, gritó.

—Debe ser el objetivo más importante—, gritó Erec.

—Pero no podemos prescindir de los hombres—, dijo Kendrick.

—Sólo necesitamos un pequeño grupo para ir tras la Espada—, dijo Godfrey.

—No una división entera—.

—Yo iré—, se ofreció Reece de voluntario, dando un paso adelante.

Inmediatamente, Elden, Conven y O'Connor fueron a su lado.

—Y nosotros—, dijeron ellos.

—Después de todo—, añadió Reece, —fuimos nosotros quienes perseguimos a la Espada la mitad del camino a través del Imperio. Si alguien debe saber cómo recuperarla, deberíamos ser nosotros—.

—Que nuestro pequeño grupo de La Legión vayas—, dijo Elden. —Así ustedes no le restarán atención a la batalla principal, la de salvar a Thor—.

Kendrick miró a Reece de arriba a abajo con una nueva mirada de respeto. Él asintió solemnemente.

—Vas a enorgullecer a nuestro padre—, dijo Kendrick.

Reece sintió que su orgullo se elevaba, feliz de que Kendrick lo valorara tanto.

—Nos volveremos a ver, hermano—, dijo Reece.

—Lo sé—, respondió Kendrick.

Sin decir una palabra, Reece y los demás de La Legión montaron sus caballos y fueron los primeros en cabalgar, siguiendo al mensajero, mientras él los llevaba por un camino independiente, hacia un costado, lejos de la senda que tomaría el ejército.

Reece sentía el viento en el pelo, el suelo moviéndose rápido debajo de él y sabía que la batalla había empezado.

CAPÍTULO TREINTA

Thor yacía profundamente en la oscuridad del pozo, sentía el olor de la tierra en su nariz, todo su cuerpo le dolía. En algún lugar a lo alto, escuchó los gritos apagados de los soldados. Se las arregló para abrir su ojo bueno, el otro estaba hinchado y cerrado, mientras perdía y recuperaba la conciencia. Estaba oscuro y frío aquí abajo, por lo menos unos tres metros y medio bajo la tierra, y la luz que se filtraba hacia abajo, aunque no era brillante, le hacía entrecerrar los ojos. Él había tratado de moverse, pero cada parte de su cuerpo se sentía demasiado magullado y quebrado. Nunca había sabido lo que era el dolor hasta ese momento.

Sintió como si hubiera peleado contra un millón de hombres.

Trató de mover sus muñecas, pero sentía que aún estaban atadas por las esposas de Akdon; toda la fuerza que había tenido alguna vez se había agotado de su cuerpo. Podía sentir toda su energía abandonándolo, justo en el lugar donde las cadenas mantenían apretadas sus muñecas. Algo contenía ese metal — nunca se había sentido tan débil, tan vulnerable, en su vida.

Mientras Thor entrecerraba los ojos, mirando hacia el cielo, débilmente vio a unos soldados arriba, mofándose, lanzando montones de tierra. Él cerró los ojos y bajó la cabeza, no se puede agotar el esfuerzo.

Thor cerró los ojos y se vio de pie en una tierra lejana. Estaba en La Tierra de los Dragones, en el Imperio, y estaba parado en la cima del pico más alto. Sentado en una montaña frente a él, estaba Mycoples. Ella lo miró y batió sus enormes alas, y luego saltó desde la cima y voló hacia él. Él podía leer sus pensamientos y podía sentir que ella iba a venir a rescatarlo.

Ella voló más cerca, y mientras volaba hacia su lado, él extendió su brazo hacia ella.

Pero al hacerlo, miró hacia arriba para ver que sus manos tenían las esposas de Akdon; no podría invocar la fuerza para alcanzarla.

Una enorme red cayó de repente, enredando a Mycoples, y ella tambaleó en el cielo, cayendo, dando volteretas, chillando. Ella lo llamó, necesitaba su

ayuda tanto él la de ella.

Thor parpadeó y se encontró en un vasto desierto, quemándose bajo el sol. Él miró hacia abajo y vio el suelo del desierto, tapizada de miles de serpientes. Extendiéndose ante él, estaba un interminable sendero que zigzagueaba entre las serpientes; instintivamente sabía que tenía que seguir en ese camino si quería vivir.

Era un sendero formado por los huesos de dragón anquilosados.

Thor caminó por el sendero, más y más adentro del desierto, sintiendo como si estuviera caminando hasta el fin del mundo. En el horizonte se veía una cabaña de piedra, y al acercarse, miró hacia arriba y se sorprendió al ver la cara de Argon.

—Argon, ayúdame—, susurró Thor, faltándole el aire, tratando de alcanzarlo con sus manos con grilletes.

Pero Argon estaba parado detrás de un muro de protección, un escudo invisible, y Thor no podía acercarse. Argon lo miró desde el otro lado, con su vara en la mano, se notaba la preocupación en su cara.

—Ojalá pudiera—, respondió Argon. —Pero ahora no puedo ayudar a nadie—.

—Enséñame—, dijo Thor. —Enséñame a liberarme—.

Argon meneó la cabeza.

—Ya te entrené—, dijo él. —Todos los poderes que te quedan, están en lo más profundo de ti. Ahora, debes entrenarte a ti mismo—.

Los ojos de Argon se iluminaron, con un ardiente resplandor tan intenso que Thor casi tuvo que apartar la mirada.

—Busca dentro de ti, Thorgrin. Ahí radica la última frontera. Debes saber quién eres. No quién es tu padre, no quién es tu madre. —Sino quién eres tú.

Thor extendió la mano hacia él, tratando de salir, pero se encontró cayendo hacia atrás.

Thor estaba tumbado boca abajo sobre un puente largo y estrecho, abarcando un enorme Cañón. El puente cruzaba el cielo, extendiéndose varios kilómetros, y él permaneció allí, en el centro. Se elevaba en forma de arco y conducía hacia un acantilado, sobre el que había un castillo, azul brillante. Se dio la vuelta, miró a un lado y vio la Espada del Destino. Estiró la mano para alcanzarla, agarrando su empuñadura. Lo sujetó en lo alto, y al hacerlo, se sintió horrorizado al ver que la Espada había sido quebrada por la mitad. La examinó, sin entender.

Ahora era sólo un inútil pedazo de metal.

Thor se volvió y arrojó la Espada, y salió volando por la ladera. La vio dar tumbos por el cielo, bajando hacia el vacío.

—Thorgrin—, se oyó una voz de mujer.

Thor miró hacia arriba. A lo lejos, en la cima del castillo, estaba parada su madre, con los brazos abiertos en sus costados, sonriéndole compasivamente.

—¡Mamá!—, gritó Thor.

—Estoy aquí, hijo mío—, dijo ella, con su voz llena de amor.

—¿Por qué no me lo dijiste?—, le preguntó Thor. —¿Por qué no me dijiste que era mi padre?—.

Ella meneó la cabeza.

—Nada de eso importa ahora, Thorgrin—, dijo. —Vuelve a casa. Ven a mi casa.

Ven y obtendrás poderes superiores a los que conoces. Aprende el secreto de quién eres. Sólo entonces serás libre. Sólo entonces podrás superar a tu padre—.

Con un esfuerzo supremo, Thor se puso de manos y rodillas y comenzó a arrastrarse hacia abajo del puente, dirigiéndose hacia ella. Pero el puente no era tan largo, y ella parecía estar en otro reino, se alejaba más de él mientras más se arrastraba.

—¡Madre!—, gritó.

El puente se rompió de repente, y Thor fue cayendo, dando volteretas, gritando, mientras caía hacia las profundidades del mundo.

Thor despertó gritando.

Todavía estaba en la oscuridad del pozo, su cara todavía estaba hinchada, un ojo estaba cerrado por lo hinchado, y su brazo todavía punzaba donde había sido marcado. Él se preguntaba cuánto tiempo se había dormido; por el dolor que le punzaba en su cara y cuerpo, supuso que no había sido mucho.

Miró hacia arriba y los hombres del Imperio seguían mofándose de él. Nada había cambiado.

Estaba decepcionado. Pensó que había muerto, y una parte de él deseaba que así fuera, y al mirar hacia arriba a todos esos hombres, tuvo un mal presentimiento de que lo peor de su sufrimiento apenas estaba por venir.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Gwendolyn caminó por el sendero del espeso bosque, acompañada por Steffen, Aberthol y Alistair — y, por supuesto, de Krohn, que no se apartaba de su lado, casi aferrado a ella, su pelo se pegaba a su pierna. Era un grupo poco extraño, los cuatro y un leopardo: Gwendolyn, la reina; Steffen, el jorobado; Aberthol, el erudito; y Alistair, la Druida misteriosa. Dos bellezas, mujeres jóvenes, un anciano y un jorobado. Desde una perspectiva externa, deben haber parecido ser un grupo vulnerable de viajeros tomando este camino alejado hacia el norte, en el famoso Bosque de Thornwood, nada menos. Pero las apariencias engañan: Steffen era hábil con el arco, Gwendolyn, criada con la guardia del rey, tenía confianza en sus habilidades de combate, y aunque Aberthol era frágil, ella intuía que Alistair tenía un poder oculto que sería por lo menos igual a las habilidades para luchar de Steffen.

Gwen observó el hermoso y espeso bosque a su alrededor, con los árboles hechos de una corteza blanca, antigua. Lo llamaban El bosque del Invierno. Los alrededores del norte del Anillo estaban llenos de ellos. Las hojas brotaban aquí en invierno, se caían en el verano y comenzaban a florecer en otoño. Ahora que era invierno, estaban en plena floración, enormes hojas blancas en todas partes, cubrían la escarcha. Parecía un paraíso blanco, la escarcha en las hojas crujían bajo sus pies. Gwendolyn sintió que el frío era más intenso, más penetrante, con cada paso que daban. Este lugar era tan puro, tan intacto, como si nada malo pudiera ocurrir aquí; sin embargo Gwen sabía que algunos de los peores criminales acechaban en medio de estos árboles.

Gwendolyn se había sentido aliviada cuando Steffen, Aberthol y Alistair habían insistido en acompañarla en su búsqueda al mundo de las tinieblas. Aberthol había intentado disuadirla, recordándole que ningún ser humano había entrado en el mundo de las tinieblas y regresado vivo, pero no sirvió de nada. Ella sabía que tenía que hacerlo, que esto era lo que más necesitaba Thor. Sentía que Thor no podría haber sido nunca capturado — ni podría tener

a Mycoples — a menos que fuera por la magia, y sabía que necesitarían una magia igualmente fuerte para contrarrestarla. Era su forma de ayudar en la batalla. Éste era su frente.

Gwendolyn también extrañaba desesperadamente a Argon, se sentía culpable por haber sido castigado por su culpa. Ella quería traerlo de vuelta, costara lo que costara. Ella se dio cuenta, en sus sueños, que él la necesitaba, y ella estaba decidida a ir con él, aunque significara arriesgar su vida. Después de todo, él había arriesgado su vida por ella.

Gwendolyn había esperado que Steffen la acompañara, pero se había sorprendido cuando Alistar insistió en ir con ella. Desde que conoció a la futura esposa de Erec, Gwendolyn había sentido una conexión especial con ella; las dos se habían unido al instante, como si fueran hermanas. De alguna manera, ella era como la hermana que Gwendolyn realmente nunca había tenido, considerando que Luanda casi no había estado ahí para ella.

—El Mundo de las Tinieblas es un lugar de magia y almas atrapadas—, dijo Aberthol, con su vieja voz rasposa, su bastón chasqueando en las hojas congeladas, mientras continuaban caminando por el bosque. Estaba oscureciendo mucho aquí, Gwen ya no sabía si era de día o de noche.

—Éste no es un lugar apropiado para una dama—, añadió él. —Y ciertamente no para una reina—.

Aberthol había intentado disuadirla todo el camino, tratando de convencerla de regresar. Ella no quería escuchar nada más.

—Creo que nuestra ruta no es aconsejable, mi señora—, continuó diciendo él.

—Argon ha servido a los MacGil durante varias generaciones; quizás ha llegado la hora de seguir adelante. No podemos entender a los hechiceros. En cualquier caso, no veo cómo puedas salvarlo—.

—Argon fue el asesor de confianza de mi padre—, respondió Gwendolyn, —y ha sido un buen y fiel amigo. Si él está destinado a quedarse donde está, entonces ni yo ni los dioses podemos impedirlo. Pero no le dejaré quedarse allí, sin intentarlo al menos.

—Estos árboles son antiguos—, siguió parloteando Aberthol. —Esta madera ha visto siglos de batalla. Pero nunca ha habido una ciudad aquí. ¿Por qué?—.

Gwendolyn notó que mientras más viejo se hacía, Aberthol se había vuelto más propenso a hablar consigo mismo, a contar viejas historias y lecciones,

escuchara alguien o no. Hablaba más y más en su vejez, y Gwen a veces tenía que ignorarlo.

—Por supuesto, la tierra no podría tolerarlo—, continuó diciendo Aberthol. —Esta tierra ha sido relegada a lo largo de la historia del Anillo, a un lugar de abandono.

Es el camino al Mundo de las Tinieblas, es todo. Aquí no vive nadie. Excepto, por supuesto, los pillos y los ladrones de la noche. Es un refugio para delincuentes, ¿entiendes? Nadie cruza Thornwood sin una comitiva adecuada. Y estamos entrando sólo nosotros cuatro—. Movi6 la cabeza. —Esto ser6 un desastre. Ahora, si me hubieras hecho caso... —

Gwendolyn trat6 de desconectarse de 6l, mientras Aberthol continuaba murmurando.

—¿6l siempre sigue as6?—, le pregunt6 Alistair a Gwendolyn, quien iba junto a ella, sonriendo. Ella asintió hacia Aberthol mientras 6l continuaba con su mon6logo.

Gwendolyn tambi6n sonri6.

—M6s que antes—, dijo ella.

Alistair sonri6.

—¿Le temes al Mundo de las Tinieblas?—. Gwendolyn hizo la pregunta, sobre todo en su mente.

Alistair continu6 caminando junto a ella, callada e inexpresiva, hasta que finalmente, mene6 la cabeza.

—Tengo que ser honesta y decir que no—, sentenci6 ella.

Gwendolyn estaba intrigada. No era la respuesta que ella esperaba.

—¿Por qu6?—.

—He visto algunas de las peores cosas que este mundo ofrece—, dijo Alistair.

—He sufrido lo suficiente como para saber que el miedo es un desperdicio de energ6a. Lo que tiene que venir, vendr6. Y lo que no, no lo har6—.

Mientras continuaron caminando, Gwendolyn percibi6 que hab6a algo m6s, que Alistair quer6a decirle. Gwen la encontr6 tan misteriosa, y hab6a muchas preguntas que quer6a hacerle. ¿Qui6n era esta mujer, esta Druida, que no le tem6a a nada?

Pero Gwen no quer6a entrometerse. En lugar de eso, ella respet6 su silencio, esperando hasta que estuviera lista para hablar.

Finalmente, Alistair suspir6.

—Una vez trabajé en una taberna—, dijo Alistair. —Una noche, mientras estaba sirviendo bebidas, un cliente me agarró de la muñeca y cuando nadie estaba mirando me tiró dentro de una habitación. Era un hombre fuerte, con el agarre de un guerrero y yo no tuve la fuerza para oponerme. Clamé por ayuda, pero nadie me oyó, o a nadie le importó—.

Alistair continuó caminando, mirando al espacio, como si lo volviera a vivir.

—Algo pasó—, dijo Alistair, finalmente. —Todavía no lo entiendo completamente.

Traté de empujarlo para alejarlo de mí, y una ráfaga de energía salió de la palma de mi mano. Golpeé su pecho y él salió volando por la habitación. Allí permaneció congelado por el miedo, mirándome con asombro. No esperé: Me di vuelta y salí por la puerta—.

Alistair suspiró.

—Yo soy diferente de los demás. No sé cómo. Pero lo soy. No veo a este mundo de la misma manera que tú. No quise hacerle daño a ese hombre. Pero no pude haberlo evitado, aunque lo intentara.

Gwendolyn estaba más impresionada con Alistair, cada vez que hablaba con ella. Alistair era tan modesta, hablaba con suavidad, y a pesar de su belleza, Gwen podía decir que tenía una gran fuerza. Gwen también notaba un sentido de camaradería con ella: había encontrado a alguien que había sufrido, al igual que ella, alguien que entendía lo que era ir al otro lado y regresar.

Gwen no quería entrometerse, pero tampoco podía evitarlo; se sentía obligada a hacer la siguiente pregunta:

—¿De dónde vienes?—, preguntó.

Antes de que Alistair pudiera contestar, se oyó el ruido de una ramita partiéndose en el bosque, y todos se volvieron para ver aparecer detrás de ellos a una docena de hombres. Krohn gruñó, con un ruido feroz, sus pelos se pararon mientras estaba al frente del grupo y dio unos pasos adelante.

Gwendolyn inmediatamente recordó su emboscada en el Bosque del Sur. Estos hombres eran ladrones, también, era obvio por sus expresiones — pero eran de apariencia todavía más sombríos. Vestidos con cota de malla de la cabeza a los pies, tenían armas nuevas, parecían insensibles al frío y estaban bien organizados, camuflados en blanco. No se veían como ladrones aficionados, como los del Bosque del Sur. Parecían asesinos profesionales.

Ella temía por Krohn, quién estaba gruñendo más y más fuerte, sobre todo

porque el ladrón levantó una ballesta hacia su cabeza.

—Krohn, vuelve aquí—, le dijo Gwendolyn.

Pero Krohn tenía otras ideas. Krohn, audaz, saltó en el aire y con un horrible gruñido, puso sus colmillos en la garganta de uno de los ladrones antes que pudiera disparar. El ladrón gritó, mientras Krohn lo clavaba al suelo. Krohn lo despedazó de izquierda a derecha, y en unos momentos, el ladrón estaba muerto.

Se escuchó el ruido del disparo de una ballesta, y una flecha navegó a través del aire antes de que cualquiera de ellos pudiera reaccionar.

—¡KROHN!—, gritó Gwen.

Krohn chillaba mientras la flecha se incrustaba en su costado, derribándolo.

Los ladrones esperaban que eso fuera todo, pero Krohn los sorprendió. Todavía no terminaba.

Krohn se levantó de un salto y volvió a saltar, gruñendo. Derribó a otro ladrón, matándolo, antes de que otra flecha navegara por el aire y derribara a Krohn para siempre.

—¡KROHN!—. Gwen lloró, avanzando hacia él.

El ladrón al mando dio un paso al frente y apuntó su espada hacia la garganta de Gwendolyn.

Ella y los demás se congelaron.

—Diré esto una sola vez—, dijo el soldado líder, con una voz rasposa, sin calidez. —Desnúdense todos. Quítense la ropa, todo lo que traen. Después, recuéstense boca abajo en la nieve. De todos modos los mataremos, pero así, su muerte será rápida e indolora. Si se resisten, será larga y tortuosa—.

—¿Y qué tipo de opción es ésta?—, preguntó Aberthol. —No veo por qué debemos permitirles que nos maten—.

El soldado al mando se acercó y abofeteó a Aberthol, quien gritó y tropezó, agarrando su cara.

—No lo diré otra vez—, dijo él, dando un paso adelante y sosteniendo un cuchillo de talla, oblicuo. —Tienen tres segundos, así que tomen una decisión rápidamente—.

—Tendrás nuestra decisión ahora, si lo deseas—, dijo Gwendolyn.

Gwen miró a Steffen, quien entró en acción. Levantó su arco más rápido de lo que ella pudo parpadear y en pocos momentos disparó tres flechas, matando a los tres ladrones en el acto.

Gwen sacó una pequeña daga que tenía en la cintura, dio un paso adelante y apuñaló al ladrón líder en la garganta; sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa, cuando él agarró la garganta sangrienta y luego se hundió en el suelo, muerto.

Pero eso dejaba solamente cuatro muertos y ocho ladrones más, decididos, fueron a atacarlos con las armas levantadas por lo alto. Gwen se dio cuenta de que no quedaba nada más por hacer para defenderse; ellos eran demasiados, se acercaban rápidamente, y ella sabía que iban a morir.

Cuando los ladrones estaban a solamente unos metros de distancia, Alistair caminó hacia adelante, ante ellos, cerró los ojos con calma y levantó la palma de su mano.

Los ocho ladrones de repente se detuvieron en seco, como si golpearan un muro invisible. Corrieron hacia él, sin pensarlo y dejaron caer sus armas.

Luego, una luz azul voló de su mano, golpeando a cada uno de ellos y enviándolos a volar decenas de metros en el aire, a una velocidad imposible, hasta que cada uno se golpeó en un árbol y se desplomó en el suelo, muertos.

Gwendolyn se volvió y miró a Alistair con asombro, al igual que los demás.

Ella nunca había visto algo así en su vida.

Entonces, Alistair dio varios pasos adelante, se arrodilló al lado de Krohn, quien estaba gimoteando, sangrando, al borde de la muerte y puso sus manos en su herida.

Gwen observaba, paralizada, cómo una luz blanca emanaba de ellas y cómo sanaban las heridas de Krohn ante sus ojos.

En unos momentos, Krohn se puso de pie. Pestañeó varias veces, como si estuviera confundido. Luego dio un paso adelante y lamió a Alistair. Gwen no lo podía creer: Krohn había revivido.

Gwen observó a Alistair detenidamente, con su hermoso cabello rubio y ojos azules, y no pudo evitar preguntarse.

¿Qué secretos escondía?

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Reece galopaba a través de la campiña, flanqueado por O'Connor, Elden, Conven, Indra, Serna y Krog, dirigiéndose todos hacia el Este, corriendo en dirección a la Espada robada. Reece se sintió extraño por estar en una misión, por cabalgar a la batalla y por no tener a Thor a su lado. Estaba decidido a encontrar a su mejor amigo y liberarlo; si tuviera opción, cabalgaría con el ejército principal hacia el campamento de Andrónico, ahora mismo.

Reece sabía que tenía que servir al ejército, servir al Anillo primero, y sabía que en este momento, lo necesitaban más para rastrear la Espada del Destino antes de que se fuera, antes de que desactivara el Escudo y expusiera a todos sus compatriotas a la muerte. Sabía que eso era lo que Thor querría que hiciera.

Su pequeño grupo, siete en total, galopaba con fuerza, pasando por todos los cadáveres carbonizados del Imperio que Mycoples había aniquilado a lo largo del camino. La campiña estaba en ruinas, el Anillo estaba atrapado en una ola de destrucción en ambas direcciones. Reece no sabía exactamente donde estaba la Espada en este momento — ninguno de ellos lo sabía — pero era en algún lugar del otro lado de las tierras altas.

Habían cruzado las cimas de la serranía horas atrás, y todos se dirigieron hacia la bajada. Era divertido estar aquí, en el lado McCloud del Anillo. Reece nunca había estado en el lejano oeste, había pasado toda su vida en el lado occidental del Anillo, pero había escuchado historias de los McCloud, y no había tenido ningún deseo de incursionar en este lugar. Cruzar el altiplano era como cruzar una barrera invisible en su mente, y una parte de él ya sentía como si estuviera detrás de una pared, sin salida.

La tensión en el aire era grande. Cuando ellos habían llegado a la serranía que habían visto, en el horizonte, medio millón de los hombres de Andrónico, pululaban como hormigas a través de la campiña. Habían hecho una pausa, y sintieron la gravedad de ella. En cierta forma, parecía una misión suicida.

Mientras continuaban en el camino, dirigiéndose hacia el Este, cuando se

acercaron al cuerpo de las tropas, se fueron por un camino más pequeño que los llevaba a través de los espesos bosques. Ya no podían cabalgar por las carreteras principales, con tantos soldados pululando por el lugar. Tendrían que utilizar el sigilo, la velocidad y astucia.

—Necesitamos saber exactamente a dónde se han llevado la Espada—, les dijo Reece a los demás.

—¿Y cómo propones que hagamos eso?—, preguntó Krog.

—Tendremos que interrogar a un soldado del Imperio—, respondió Reece.

—No podemos acercarnos a uno y preguntarle—, dijo Krog, escéptico.

—Capturaremos a uno—, respondió Reece.

—¿Los siete nos enfrentaremos a una división del Imperio?—, dijo Krog, presionando.

Reece se impacientaba con el escepticismo de Krog y su falta de respeto frente al comando.

—No necesitamos hacer frente a una división—, explicó Reece. —Sólo tenemos que emboscar a un grupo pequeño. Es por eso que nos fuimos por el bosque. Todos los ejércitos envían exploradores, en la periferia del campamento principal—.

Continuaron cabalgando en un tenso silencio, yendo hacia lo más profundo del bosque durante varios minutos, hasta que finalmente Reece había detectado movimiento.

Reece levantó la mano haciendo una señal y todos se detuvieron. Todos estaban sentados en sus caballos, muy quietos, esperando y observando los árboles.

Hubo un ruido apagado, después, el movimiento de ramas, luego alrededor de la curva, apareció una pequeña patrulla de soldados del Imperio. Eran siete — exactamente los mismos que el grupo de Reece — todos eran guerreros endurecidos por su apariencia, usando el negro y el oro del Imperio, los cascos intimidantes, las nuevas armas relucientes. Iban en caballos fuertes y analizaban el bosque cuidadosamente. No sería una emboscada fácil. Pero no tenían elección. Si no lo hacían, de todos modos los descubrirían. Reece sentía confianza en sus propias habilidades; sólo esperaba que Indra y los dos nuevos de La Legión pudieran usar las suyas. En un momento como éste, deseaba desesperadamente que Thor estuviera a su lado.

—A mi señal—, le susurró a los demás, —preparen sus armas—.

Todos estaban sentados en sus caballos, viendo cómo se acercaban las

tropas. Reece podía sentir que su caballo quería saltar y lo mantuvo a raya, las palmas de sus manos sudaban, a pesar del frío.

—¿Y quién te puso a cargo aquí?, le preguntó Krog a Reece.

Reece se volvió y vio a Krog mirándolo desafiante. Reece y sus amigos habían luchado juntos perfectamente por tanto tiempo, que Reece nunca había esperado que hubiera división entre ellos.

—Thor está al mando—, corrigió Reece. —Pero él no está aquí. En su ausencia, yo soy el líder. ¡Ahora cállate o vete!—. Reece reaccionó repentinamente, temiendo que las voces los delataran.

Pero Krog no iba a ceder.

—Yo soy tan miembro de La Legión como tú—, dijo Krog.

Reece enrojó de rabia. Krog iba a delatarlos. Reece corrió hacia él para callarlo de una bofetada.

Pero ya era demasiado tarde: la discusión captó la atención de las tropas del Imperio, que de repente miraron hacia ellos.

Antes que cualquiera de ellos pudiera reaccionar, Conven soltó un grito de guerra, pateó su caballo y se dirigió hacia el bosque. Levantó su espada y cabalgó imprudentemente, directo hacia el grueso de la patrulla del Imperio. Era intrépido — o suicida.

Reece estaba perdiendo el control rápidamente, viendo que su plan se desmoronaba alrededor de él.

Conven, con la espada levantada, se dirigió hacia el grupo de soldados sorprendidos, acuchillándolos violentamente y logrando derribar a algunos de ellos con sus golpes salvajes. Ni siquiera se molestó en levantar su escudo, mientras le llovían golpes. Se dirigió al grupo tan rápido, que de alguna manera no lo mataron. Sin embargo, un golpe final, le tiró de su caballo, y él cayó al suelo con un sonido de metal, rodando.

Reece ya no podía esperar.

—¡ATAQUEN!—, gritó.

O'Connor, disciplinado, aguardaba el comando y luego disparó dos flechas con una precisión perfecta, matando a dos soldados — los dos que Conven había tirado al suelo, matándolos cuando trataban de volver a subir.

Quedaban cinco hombres del Imperio, dos de los cuales iban hacia Conven.

Reece iba al mando, corriendo para salvar la vida de Conven, y acuchilló a uno de ellos. Pero el soldado se acercó, bloqueó el golpe y giró hacia

Reece. Reece lo bloqueó con su escudo, y los dos iban y venían, envueltos en una feroz batalla.

Finalmente, su brazo se estaba cansando, Reece encontró una abertura, dio la vuelta y aplastó al soldado en un costado de la cabeza con su escudo, derribándolo de su caballo. La vieja lección de Kolk volvió a él: uno no siempre necesita una espada para causar el mayor daño.

Elden fue hacia adelante con su lanza y apuñaló a un soldado en el intestino — pero eso dejó su costado expuesto y otro soldado llevó un hacha hacia su hombro.

Indra corrió hacia adelante, gritó, sacó su daga y apuñaló al soldado en la garganta. A él se le cayó su hacha, justo antes de que golpeará a Elden.

Quedaban tres soldados más del Imperio, y Serna y Krog fueron hacia adelante, Krog iba golpe por golpe con un soldado mientras Serna saltaba de su caballo, derribó a un soldado hasta el suelo y luchó con él. Reece observaba mientras él luchaba mano a mano, derribándolo expertamente con sus codos y puños. Estaba impresionado.

Pero Krog levantó su espada para bajarla en el otro soldado del Imperio, y fue derrotado. El soldado del Imperio lo esquivó, después se acercó y derribó a Krog de su caballo con un codazo.

Krog estaba tendido sobre el dorso en el suelo, asustado y se volvió para ver al soldado del Imperio bajar su espada hacia su garganta.

Hubo un sonido metálico, mientras Indra saltaba hacia adelante y usó su daga para bloquear el golpe del soldado. Después ella se dio vuelta y acuchilló al soldado en la pierna. El soldado cayó, gritando.

Indra frunció el ceño a Krog.

—¿Todavía te opones a que una mujer se una al grupo?—, preguntó burlescamente.

Reece vio que solo quedaba un soldado sobreviviente — el que Indra había herido en una pierna. Yacía en el suelo, gimiendo.

Reece corrió sobre él, arrancó su casco y miró hacia abajo, a su cara, del Imperio. Se veía diferente a los hombres del Anillo, con su piel oscura y ojos amarillos.

Reece se agachó y lo tomó de su garganta, con el ceño fruncido.

—¿A dónde han llevado la Espada?—, le preguntó presionándolo.

El soldado del Imperio le dijo algo en un idioma que no entendía.

Reece volteó a ver a Indra.

—¿Qué dice?—, le preguntó.

Indra se acercó, se arrodilló a su lado y miró hacia abajo y miró la cara del soldado.

—Habla una lengua del Imperio. Dice que él no entiende tu idioma—.

—Pregúntale—, dijo Reece.

Indra le habló al soldado en un idioma que no entendía Reece.

El soldado la miró y conversaron animadamente.

—¿Qué está diciendo?—, preguntó Reece finalmente, impaciente.

Indra se reclinó, con las manos en las caderas.

—Sus palabras no tienen ningún sentido...— dijo. —Él está diciendo algo acerca de que la Espada está en una roca... que la roca está siendo llevada a través del mar... que cruzarán un puente... hacia las embarcaciones—.

Los ojos de Reece se abrieron de par en par.

—La travesía del Este—, dijo. —Así que es cierto. Están llevando la Espada a través del cruce oriental del Cañón—.

Reece se levantó, sabiendo todo lo que necesitaba, listo para ir por la Espada.

Pero al hacerlo, el soldado le sorprendió al estirar la mano, agarrar su tobillo y torcerlo, atrapándolo con la guardia baja. Reece gritó de dolor, mientras el soldado sacaba un puñal escondido en su cinturón y lo subió, preparándose para meterlo en la pantorrilla de Reece.

Conven apareció con su lanza, y antes de que alguien pudiera reaccionar, lo clavó en el pecho del soldado, sujetándolo al suelo.

Reece miró a Conven y vio la locura en sus ojos. Él estaba muy agradecido por salvarle la vida, sin embargo, también se preocupaba por él. Si Conven no se recuperaba pronto por el duelo de su hermano, Reece temía que no estaría con ellos por mucho tiempo.

Reece se levantó, el tobillo palpitaba del dolor y fue furioso hacia Krog, que todavía estaba tirado en el suelo, tratando de levantarse.

Reece avanzó y puso un pie en su pecho, sujetándolo al suelo.

—Nos delataste—, dijo Reece, echando humo. —Si quieres volver a casa, ve a casa. ¿Quieres quedarte con nosotros? Tendrás que obedecer las órdenes. Si desafías mi comando otra vez, serás tú a quien yo maté. ¿Entiendes?—.

Krog lo miró desafiante, pero finalmente cedió y asintió con la cabeza, estando de acuerdo.

Reece dejó de estar sobre él y volvió a montar su caballo, al igual que los

demás. Él gritó y pateó, y pronto fueron al galope a través del bosque. Cabalgó con todas sus fuerzas: la Travesía del Este estaba lejos, y si iban a salvar la Espada, no tenían tiempo que perder.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Kendrick, al mando de miles de hombres, hizo una pausa en la cima del pico más alto de las montañas, mientras miles de caballos se detenían detrás de él.

Miró los valles que estaban abajo, en el lado oriental del Anillo, vio al medio millón de hombres de Andrónico, extendidos en grupos, hasta donde alcanzaba la vista, brillando en el sol y sabía, como guerrero, que sus posibilidades eran escasas. Pero no tenían elección. Thor los necesitaba, y el Anillo necesitaba a Thor. Con Thor y Mycoples y la Espada del Destino de regreso, volverían a tener una oportunidad otra vez. Si no, todo estaría perdido. Y lo más importante, Kendrick sentía que Thor era como un hermano para él, sin importar las probabilidades, el honor de Kendrick le impedía hacerse de la vista gorda por su captura.

Kendrick se quedó junto a Erec, Godfrey y Tirus, los comandantes de las cuatro divisiones, insólitos aliados, convocando a sus montones de hombres. Kendrick estaba feliz de regresar a la batalla con Erec, el campeón de Los Plateados, el más grande guerrero que había conocido el Anillo; con él a su lado, sentía que todo era posible.

Erec, un líder nato, levantó un dedo y señaló.

—De aquí al campamento de Andrónico están esos dos valles—, dijo Erec. —En el punto más oriental, todos ellos convergen en un punto de paso forzoso. En un área tan estrecha, tendremos la ventaja. Hay dos caminos ante nosotros. Kendrick, tú y yo podemos llevar el grueso del ataque justo por el medio, mientras que Godfrey, te unirás a nosotros y Tirus puede estar al lado, a la derecha. Vamos a dividir el frente de los hombres de Andrónico. Entonces podemos converger más allá de los valles y atacar como una fuerza unificada, hacia el punto más estrecho de su flanco oriental. Si los atacamos todos juntos, podemos crear un efecto de embudo y muchos de nosotros seremos capaces de deslizarnos más allá de ellos para encontrar a Thor—.

Kendrick asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo—, dijo Kendrick. —Nuestro objetivo es atacarlos rápidamente, para no vernos envueltos en la batalla y hacer que un pequeño grupo avance hacia su campamento—.

—Entonces estamos perdiendo el tiempo hablando aquí—, gritó Tirus. Él gritó y pateó su caballo, y se dirigió hacia la derecha, y sus hombres de las Islas Superiores, en su armadura escarlata y azul, lo siguieron obedientemente, pisándole los talones.

Kendrick y Erec patearon sus caballos y también fueron a la carga, tomando los caminos de la montaña delante de ellos, yendo hacia la izquierda, con sus fuerzas tras ellos, con un grito.

Pero Godfrey simplemente estaba sentado en su caballo, viendo todo.

—Señor, ¿nosotros no los seguiremos?—, se escuchó la voz de sorpresa del general de Godfrey, su caballo brincando junto a él.

Godfrey estaba ahí sentado y observaba el horizonte, con otros planes en mente. Se volvió y asintió con la cabeza a Akorth y Fulton, quienes levantaron cada uno un cuerno. Los soplaron de modo alterno, en notas de staccato.

Después de esperar diez segundos, el sonido de sus trompetas se repitió, haciéndose eco de en algún lugar del lejano valle, a la izquierda.

—¿Qué fue eso, mi señor?—, preguntó su general, confundido.

Godfrey sonrió, satisfecho.

—Verás—, respondió.

Kendrick y Erec tenían sus fuerzas, y Godfrey la suya. Puede que no sea un guerrero tan bueno como ellos, pero tiene la astucia. Y había hecho planes de contingencia propios.

Godfrey gritó y pateó su caballo, y sus hombres lo siguieron, mientras todos se alejaban de las otras divisiones y se dirigían hacia la izquierda de la montaña.

Mientras lo seguían ciegamente, Godfrey solo rezaba para que su plan funcionara.

*

Erec sostuvo su espada por lo alto, casi de pie en su caballo, mientras galopaba, con su rostro feroz, en modo de batalla. Él ganó más y más velocidad y se estaba acercando al gran grupo de hombres del Imperio, esperando para darles la bienvenida en la base de la parte baja del valle. Entre él y Kendrick tenían tal vez a cinco mil hombres a su disposición, todos

guerreros fortalecidos, en quienes él confiaría con sus vidas.

Pero esperando recibirlos, parecía haber el doble de hombres, feroces guerreros cada uno. Erec seguía sin inmutarse. También Kendrick, quien cabalgaba valientemente a su lado, llevando su propia división de hombres. Erec se sintió cómodo sabiendo que Kendrick lucharía a muerte, al igual que él estaba dispuesto a hacer.

Erec oyó el chirrido de un águila en lo alto, y miró hacia arriba y vio a Estopheles, dando vueltas. Erec levantó su espada por lo alto y encontró su grito. Eran días como estos para los que él había nacido. No había nacido solamente para sobrevivir. Había nacido para vivir. Para vivir de verdad.

Erec corrió hacia adelante, esperando ser el primero en participar en la batalla, y llevó su espada plateada hacia el soldado líder del Imperio, cortando en dos la espada del soldado, y luego dando vueltas con el mismo movimiento y acuchillando al soldado a través de su espalda, derribándolo boca abajo de su caballo.

El soldado aterrizó en el suelo con un gran sonido metálico de la armadura de plata, siendo la primera víctima del día. La batalla había comenzado.

Erec era una máquina de combate unipersonal, lanzándose como un pez en un lago lleno de criaturas de lentomovimiento. Desde que Alistair lo había curado, se sentía lleno de energía, más de la que había tenido en su vida y en lo mejor de su juego de combate. Atacó de izquierda a derecha, yendo golpe por golpe, mientras iba a través de las filas de soldados del Imperio, nunca haciendo una pausa, recibiendo algunos golpes, pero la mayoría de ellos rebotaban inofensivamente de su armadura de plata, simplemente dejándole moretones o arañazos. Él, por otro lado, infligió una fuerza letal, matando a una amplia franja de soldados de izquierda a derecha, golpeando con mortal precisión y moviéndose más rápido, antes que cualquiera de ellos pudiera reaccionar. Había una razón por la que era campeón de Los Plateados — nadie luchaba más rápido que él. Mientras los soldados del Imperio elevaban sus espadas, Erec ya había perforado sus armaduras. Era hermoso verlo, y estaba claro que esto era para lo que había nacido.

En los alrededores, Kendrick luchaba igual de brillantemente, haciendo que sus hombres atacaran al otro contingente de hombres del Imperio, yendo golpe tras golpe, con una gran cantidad de ellos, derribando a casi tantos como Erec. Era un líder intrépido, y sus hombres reunidos alrededor de él, en el fragor de la lucha.

Los hombres empezaron a caer a ambos lados, mientras los guerreros del Imperio eran feroces por derecho propio, bien descansados y bien entrenados. El sonido metálico se elevó, resonando en los oídos de Kendrick, mientras los hombres luchaban por sus vidas en ambas direcciones. La batalla subió de nivel, los caballos chocando unos con otros, sin tener a donde moverse. Ambos lados se bamboleaban, de un lado para otro, y eso le recordaba a Kendrick las olas del mar, empujando hacia adelante y hacia atrás, inhalando y exhalando. En algunos momentos, los hombres de Kendrick y Erec iban ganando impulso, empujando hacia delante; en otras ocasiones, ellos eran repelidos.

Mientras la batalla crecía aún más, los soldados comenzaron a desmontar de sus caballos, y la lucha fue cuerpo a cuerpo. La lucha fue feroz y sangrienta, los soldados usaban espadas y lanzas y mazas y hachas, otros con sus dagas o incluso con sus manos. Los gritos de los hombres y de los caballos se elevaron alrededor de él, y el suelo de invierno se hizo más resbaladizo con la sangre de los hombres.

Kendrick, incapaz de maniobrar, pronto se encontró derribado de su caballo. A pie, rodeado por las tropas hostiles, levantó su espada y escudo y enfrentó a un grupo de soldados del Imperio. Un soldado levantó una alabarda y la bajó hacia su cara y Kendrick la esquivó, apuntando al asta y cortó la alabarda en dos. Entonces embistió al soldado en la cara, con la empuñadura de la espada, derribándolo.

Con el mismo movimiento, Kendrick bloqueó el golpe de una espada que iba hacia su hombro, luego pateó a su atacante en el estómago, derribándolo contra la multitud, donde fue pisoteado por un caballo.

Otro soldado fue a la carga con una lanza. Este golpe llegó demasiado rápido; Kendrick, distraído por sus otros atacantes, se preparó para el golpe mortal.

Se oyó el sonido distintivo de un escudo y Kendrick vio a Erec junto a él, desviando la lanza; Erec entonces se acercó con su escudo y golpeó al soldado en la cara.

Otro soldado se acercó a Erec con un mayal, y con el mismo movimiento, Erec retiró su escudo y lo lanzó: lo hizo girar en el aire, con su borde afilado cortando el cuello del soldado.

Dos soldados más del Imperio atacaron por detrás a Kendrick y a Erec, emboscándolos, armados con sus lanzas. Sucedió tan rápido, que no hubo

tiempo para reaccionar. Hubo otro sonido metálico y Kendrick volteó a ver a Atme y a Brandt.

Habían dado un paso al frente y habían bloqueado los golpes de lanzas que iban hacia Erec y Kendrick; Atme con su escudo y Brandt con su guantelete. Atme apuñaló al atacante con su espada, mientras que Brandt golpeaba al otro atacante, enviándolo al suelo.

Kendrick estaba inspirado, luchando al lado de Erec, Atme y Brandt, como en los viejos tiempos, y agarró el mayal del soldado del suelo y le dio vueltas por lo alto, creando un amplio perímetro alrededor de los cuatro y sacando a media docena de soldados del Imperio.

Los combates se hicieron más intensos y más feroces, más y más gruesos, durante lo que parecían horas. Sin importar cuán duro habían luchado todos, Kendrick sentía que no estaban ganando impulso. Era como luchar contra una marea interminable. Empezaba a dudar seriamente acerca de si serían capaces de ejecutar su plan de pasar a un pequeño grupo rápida y furtivamente para liberar a Thor en el centro del campamento.

Hubo una explosión de cuernos y Kendrick miró al extremo del valle para ver un espectáculo que le preocupó: varios miles de hombres más de Andrónico fueron llegando en el otro extremo del valle, llegando a asistir a sus compañeros.

El impulso fue suficiente para rechazar la marea. Kendrick, Erec y sus hombres comenzaron a empujar más y más atrás, aplastando a los soldados. Varios de sus hombres comenzaban a caer, y Kendrick estaba empezando a darse cuenta de que estaban perdiendo. Los hombres del Imperio eran demasiado fuertes para ellos y eran demasiados. Él sabía que a menos que algo pasara pronto, él y sus hombres serían asesinados en este campamento.

Kendrick había detectado algo por el rabillo del ojo, a lo alto, en un lado del valle, reflejando la luz. Él vio algo que lo desconcertó. Allí, en la cima de un acantilado, había varios miles de soldados montados a caballo, vestidos con la armadura distintiva y la bandera de los McCloud. Se dirigían a la ladera, hacia el flanco de batalla.

Al principio, Kendrick pensó que iban a secundar la causa del Imperio; pero al observar, se dio cuenta de que no se dirigían a ellos, sino contra el Imperio. No atacaban a sus hombres, sino que les ayudaban.

La nueva fuerza de combate abrió un segundo frente, causando una gran confusión arriba y abajo de las filas del Imperio. Era exactamente lo que

necesitaba Kendrick. Pero no pudo entender lo que estaba sucediendo: ¿por qué querrían los McCloud, sus enemigos declarados, ayudarles?

Mientras Kendrick miraba con detenimiento, vio, impactado, quién los dirigía, y todo tuvo sentido:

Bronson.

Bronson iba al frente, ante los miles de soldados de McCloud y se dirigían con todas sus fuerzas hacia el Imperio. Llegaron como una tormenta eléctrica, usando su impulso cuesta abajo para crear una ola de destrucción.

Se impactaron con un choque tan fuerte como el trueno.

En momentos, comenzaron a cortar una ruta a través de las fuerzas del Imperio aterrorizadas y confusas. En pánico, muchos hombres del Imperio empezaron a girar y huir, pisoteándose entre ellos.

Erec y Kendrick aprovecharon el momento, redoblando sus esfuerzos y comenzaron a ganar nuevo impulso. Los soldados del Imperio se alinearon en todas direcciones, mientras les hacían retroceder más y más lejos.

Pronto, los hombres del Imperio estaban dando vuelta y corriendo, y los MacGil los hacían retroceder fuera del valle.

Por último, con una gran ovación, los hombres de Erec y de Kendrick se reunieron con los de Bronson en el extremo del valle. El valle ahora les pertenecía. Habían ganado.

Kendrick se acercó a Bronson, que estaba allí parado, respirando con dificultad, cubierto de sangre, sonriendo.

—Te dije que soy un MacGil—, dijo Bronson.

Kendrick y Erec sacudieron la cabeza.

—Nos equivocamos contigo—, dijo Kendrick.

—Has salvado a nuestras fuerzas aquí, en este día—, dijo Erec.

Bronson mostró una amplia sonrisa.

—El día no ha terminado—, contestó él, —y no sé ustedes, pero no voy a parar hasta llevar al Imperio de regreso al mar—.

*

Godfrey cabalgó con sus hombres hacia el costado del valle, lejos de la batalla principal, Akorth y Fulton por su lado y varios miles de hombres detrás de ellos.

Godfrey mantuvo en la mira al enorme grupo de soldados del Imperio delante de ellos, mientras galopaban hacia adelante, sin temor. Los soldados

delante de ellos los superaban en número, en por lo menos cinco a uno; una enorme división del Imperio esperaba para enfrentarlos.

—¡Mi señor!—.

El general de Godfrey quien iba atrás, se acercó cabalgando rápidamente, con terror en su voz.

—¿A dónde nos está conduciendo? Nos superan en número y vamos a una muerte instantánea. ¡Su valentía roza lo descabellado! Debemos dar la vuelta, regresar y unirnos a los demás. Seguramente, no esperan que nosotros nos enfrentemos con tantos hombres aquí. Su plan, sea lo que sea, ha salido mal. Cabalgamos a nuestras muertes. ¡Debemos regresar! ¡Estoy a favor de la caballería, pero esto es un suicidio!—.

Pero Godfrey sólo esbozó una amplia sonrisa mientras cabalgaba, nunca disminuyendo el paso.

—Es curioso, yo estoy a favor de la caballería—, dijo Godfrey, —pero, prefiero un tipo diferente de caballería—.

—¡Mi señor, no entiendo!—, su general insistió. —¿Es un líder tan imprudente que conduciría a todos estos hombres a la muerte?—.

—A veces los líderes necesitan ser imprudentes, ¿no?—, preguntó Godfrey con una sonrisa. Entonces se volvió, pateó su caballo y cabalgó aún más rápido.

Godfrey cabalgó y cabalgó, rezando y esperando que su plan funcionara. Por supuesto, su general tenía razón; eran superados ampliamente en número. Había más hombres frente a ellos de lo que Kendrick había soñado. Era una enorme división de los hombres del Imperio. Y en una batalla convencional, todos morirían.

Pero Godfrey, por primera vez en su vida, tenía miedo. Sabía que él podría burlar la espada, y confiaba en su astucia para salvar el día. Ésta sería su prueba suprema.

Mientras ellos se acercaban, a escasos cuarenta y cinco metros de distancia, Godfrey levantó la mano y disminuyó el paso a un trote. Akorth y Fulton soplaron sus cuernos y agitaron la bandera para que todos se detuvieran.

Detrás de ellos, los miles de hombres de Godfrey se detuvieron, a solo treinta y cinco metros de los hombres del Imperio, quienes estaban ahí, paralizados, alineados en filas perfectas, callados.

—¿Por qué paramos, mi señor?—, preguntó su general, con la voz

temblando de miedo.

Pero Godfrey lo ignoró.

Godfrey había desmontado, sonando su armadura, y Akorth y Fulton desmontaron junto a él. Los tres, con su armadura y espuelas tañendo, caminaron la brecha entre ellos, llevando cada uno sus caballos por las riendas, y los soldados del Imperio también estaban ahí sentados, en sus caballos, inmóviles.

El general del Imperio, al frente, desmontó, junto con otros dos guerreros y caminó para reunirse con ellos. Se reunieron en el centro, en un tenso silencio.

Godfrey, Akorth y Fulton voltearon hacia sus caballos y soltaron decenas de enormes bolsas de arneses. Las tiraron a los pies del comandante del Imperio, aterrizando con un sonido metálico que cualquier soldado en cualquier lugar del mundo reconocería.

Era el sonido del oro.

El general del Imperio se agachó, levantó una bolsa, la abrió y metió la mano y sacó una moneda de oro. La examinó, y finalmente asintió, satisfecho.

—Nuestros hombres son tuyos—, dijo.

Surgió una enorme ovación entre los hombres del Imperio.

Dándose cuenta de lo que había pasado, surgió una ovación entre los hombres de Godfrey.

El general de Godfrey apareció al lado de ellos, mirando el inmenso montículo de oro brillante, con la boca abierta, atónito.

Godfrey le sonreía.

—Cuando me conozcas—, dijo Godfrey con una sonrisa, poniendo una mano sobre su hombro, —descubrirás que hay muchas maneras de ganar una batalla—.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Rómulo caminaba pavoneándose por el pasillo de mármol del edificio del capitolio, abriéndose paso hacia las grandes puertas de la sala del gran Consejo. Sus pasos resonaron mientras caminaba solo, pasando fila tras fila de soldados condecorados del Imperio, quienes estaban callados, en posición de firmes. El Gran Consejo lo había convocado esta vez, y él lo sabía, para destituirlo, para despojarlo de todos los títulos y rangos, para interrogarlo sobre sus actividades y para juzgarlo por traición. Él tenía espías por todas partes, y ya sabía lo que diría cada uno de ellos. Este era su momento para encarcelarlo de una vez por todas y sellar el poder de Andrónico.

Rómulo tenía otros planes. Ahora que él tenía en la mano el manto de terciopelo, pronto podría partir del Imperio, cruzar el gran mar, entrar en el Anillo, destruyendo el escudo y derrocando a Andrónico para siempre. Pero antes de embarcarse en su misión final para convertirse en el mejor gobernante del Imperio, tenía un último asunto que resolver. El Consejo. Una perpetua espina en su costado. Él habría venido por su voluntad a buscarlos, a atar cabos sueltos — pero ellos lo habían llamado primero. Tenía sus propios asuntos que deseaba discutir.

Y no creía que a ellos les daría gusto.

Rómulo marchó a través de las puertas abiertas, varios soldados tiraron de ellas para abrirlas, respetuosamente, y haciendo una reverencia mientras se hacían a un lado. Rómulo caminó directamente hacia la sala.

Parado detrás de él estaban las caras insatisfechas de dos docenas de concejales, que representaban a todas las provincias del Imperio, mirándolo con desprecio y desdén.

La puerta se cerró detrás de él.

—Puedes quedarte donde estás, porque no estarás aquí mucho tiempo—, dijo uno de ellos, cuando él apenas entraba en la habitación.

Rómulo se quedó paralizado, mirándolos. Se instó a la moderación.

—Nos han llegado rumores de que tú cortaste el suministro de refuerzos

para el gran Andrónico. No estamos interesados en tu explicación. En nombre del gran Consejo del Imperio, se te juzgará y condenará por traición. Serás encarcelado y ejecutado al día siguiente. Te colgarán en el árbol más alto, para que todos los aspirantes a ser traidores te vean—.

Rómulo respiró profundamente, anticipándolo.

Luego mostró una amplia sonrisa y dio un paso adelante, desafiándolos.

—Estoy encantado de escuchar que tienen planes para mí—, dijo Rómulo. —Porque yo también tengo planes para ustedes—.

—No tenemos interés en tus planes,— dijo otro concejal. —Tienes suerte de que el Gran Andrónico no esté aquí en persona para torturarte lentamente. Tendremos misericordia y te ejecutaremos rápidamente—.

—Guardias, ¡arréstelo!—, gritó otro concejal.

Se quedó allí, esperando, y no pasó nada. Los viejos parecían desconcertados.

Y la sonrisa de Rómulo se ensanchó.

—¡GUARDIAS!—, gritaron.

Rómulo sonrió aún más y dio otro paso hacia adelante.

—Ya no es el Gran Andrónico. Ahora, es el Gran Rómulo—.

Mientras asentía, de entre las sombras, desde todos los rincones de la habitación, de repente aparecieron dos docenas de los mejores asesinos de Rómulo. Se abalanzaron en silencio, con las espadas cortas en lo alto.

Los concejales apenas tuvieron tiempo para reaccionar, para ver de frente a la muerte. Los hombres de Rómulo bajaron como una plaga repentina y apuñalaron y mutilaron a muerte a todos y cada uno de ellos. Sus gritos llenaron la habitación, los gritos patéticos de estos viejos patéticos, mientras todos ellos se desplomaron sobre la misma mesa donde habían intentado emitir un juicio sobre Rómulo.

Rómulo estaba ahí parado, viendo todo, con sus manos a un costado, respirando como si fuera aire fresco.

Cuando sus hombres terminaron, todos volvieron a tomar la posición de firmes, esperando sus órdenes.

Era una vista hermosa. No quedaba nadie que se le opusiera al Imperio ahora.

Él respiró hondo, sintiendo que su poder aumentaba. Finalmente, no había más obstáculos.

Sólo quedaba un hombre en su camino, y pronto encontraría la ira del Gran

Rómulo. Pronto entraría al Anillo. Y pronto sería suyo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Reece galopaba junto a Conven, O'Connor, Elden, Indra, Serna y Krog, los siete corriendo por estrechos senderos, subiendo y bajando colinas mientras se dirigían al espeso bosque, fuera de la vista del ejército principal de Andrónico. Reece sabía que debían evitar la mayor parte de los hombres de Andrónico para tener alguna oportunidad de llegar con seguridad — y antes de que fuera demasiado tarde.

Cablgaron y cablgaron, rasguñados por ramas, evitando las planicies abiertas y praderas que les pudieran delatar. Iban cortando a través del territorio de los McCloud, tomando un atajo enorme, y habían estado cabalgando durante horas.

Finalmente, salieron del bosque, encontrándose en un campo abierto rocoso, con la vista al Cañón en el horizonte. El corazón de Reece se aceleró de emoción.

Lo habían logrado.

Reece podía oler el aire del mar, el mar estaba a kilómetros más allá del Cañón.

Mientras cabalgaba, Elden se dirigió a su lado. Señaló: —¡Allí está!—, gritó Elden. —¡La Travesía!—.

Reece vio que él tenía razón: allí, en el horizonte, en medio de los remolinos de brumas, estaba la Travesía del Este, el enorme puente colgante sobre el Cañón, brillando en el sol. Permitía que los viajeros salieran en el lado oriental, y el cruce, alguna vez tripulada por los hombres de McCloud, ahora estaba vacío. Por supuesto que sí: todos los hombres de McCloud estaban ahora al servicio de Andrónico, y con el Escudo activado otra vez, no había necesidad de que Andrónico tuviera el cruce vigilado. Nadie podría entrar, así que no quedaba nadie de quien defenderse.

Reece buscó desesperadamente alguna señal de la comitiva del Imperio que había tomado la Espada.

—¡Allí están!—, gritó O'Connor, señalando.

Reece entrecerró los ojos contra el sol y vio a la comitiva de unas docenas de guerreros del Imperio, marchando bajo la carga de una enorme roca, llevándola lentamente hacia el puente. Acababan de poner un pie en él.

Reece pateó su caballo y gritó, duplicando sus esfuerzos.

—¡ANDANDO!—, gritó. Los habían atrapado a tiempo, pero seguiría estando cerca. Si cruzaban al otro lado, el Escudo se desactivaría para siempre. De cualquier forma, tenían todas las de perder.

Cabalgaron y cabalgaron, el frío viento golpeaba la cara de Reece, galopando hasta quedar sin aliento. Junto a él, sus hermanos de La Legión hicieron lo mismo, todos ellos sintiendo la urgencia de su misión.

Afortunadamente, el grupo del Imperio iba lentamente, abrumados por la roca, y cuando iban cruzando el puente, Reece y sus hombres aminoraron la brecha rápidamente.

Reece y los demás alcanzaron el puente y pasaron sobre él, sin bajar la velocidad, alcanzando a los hombres del Imperio mientras iban a mitad del camino.

Los hombres del Imperio oyeron la conmoción, y todos se dieron vuelta y enfrentaron a Reece y a los otros, con expresiones de sorpresa en sus rostros.

Dejaron la roca y se dispusieron a luchar.

Reece se dio cuenta de que eran superados en número, ellos eran siete contra veinte, más los guerreros curtidos del Imperio. Pero la Espada estaba a la vista, y no había marcha atrás.

—¡FUEGO!—, gritó Reece otra vez.

O'Connor, junto a él, disparó dos flechas, derribando a dos soldados, Elden arrojó su lanza, Indra lanzó su daga y Conven su pequeña hacha de lanzar. Cada uno de ellos dio en su objetivo, derribando a cinco de ellos, estrechando las probabilidades.

Reece fue por delante de los demás, sacó su espada y cabalgó en el grueso del grupo. Cabalgó entre los dos soldados del Imperio y saltó de su caballo en el aire, derribándolos a ambos con sus brazos.

Todos cayeron dando vueltas en el suelo, y Reece aterrizó en un giro, dio la vuelta, se arrodilló y acuchilló a cada uno antes de que pudieran ponerse de pie.

Sus hermanos de La Legión peleaban alrededor de él, cuerpo a cuerpo, mientras el combate se hacía feroz. Los sorprendidos soldados del Imperio parecían recelosos de perder la Espada, con la intención de cruzar el cañón

con ella, y se distrajeron en su lucha, apiñándose alrededor. También estaban todos evidentemente cansados de llevar la roca tan lejos, dando ventaja a Reece y a sus hombres.

Reece, luchando por su vida, por la vida de Thor, por la vida de la Espada y por la vida del Anillo, daba todo lo que tenía. Nunca había luchado con tal desenfreno, acuchillando y apuñalando y bloqueando golpes, y derribó a varios soldados, igual que Conven que estaba junto a él, quien también luchaba con una rabia descabellada. Elden utilizaba su fuerza pura para vencerlos, blandiendo un hacha de batalla y usando sus piernas fuertes para patear a varios soldados en el pecho, sobre sus espaldas. O'Connor disparaba flecha tras flecha, la mayoría de ellas dando en el objetivo, e Indra, también, tenía una fuerza para tomarse en cuenta, abriéndose paso entre los hombres y acuchillándolos con su daga. Serna y Krog eran una impresionante adición al grupo, Serna blandiendo un mayal, derribando las espadas de las manos de los soldados del Imperio antes de que los atacaran, y Krog usando su escudo como arma, bloqueando golpes hacia los otros y aplastando a los soldados en la cara y en la garganta, enviándolos al suelo. Él siguió con su gran guantelete con tachuelas, noqueándolos para siempre.

Pronto, las probabilidades eran parejas. Allí estaban ellos siete contra siete del Imperio, todos cubiertos de sangre y jadeando.

Un soldado del Imperio gritó un comando a otro, en un idioma que no entendía Reece. Estaba mirando la espada y gesticulando salvajemente.

Fue entonces cuando Reece se dio cuenta: él estaba ordenando a sus compañeros destruir la Espada.

Los ojos de Reece se abrieron de par en par mientras observaba a tres de los más grandes soldados del Imperio izando la roca del piso con todas sus fuerzas, mientras los otros cuatro los rodeaban, como un muro para defenderlos.

Reece y los demás lucharon cuerpo a cuerpo con los cuatro soldados, tratando de cortar su camino hacia los tres soldados que llevaban la Espada hacia el borde del puente. Fueron golpe por golpe, sonido metálico tras sonido metálico, pero no fue fácil — estas cuatro soldados que quedaban eran mejor que los otros, y más decididos. Ellos estaban perdiendo un tiempo valioso.

Conven se fue directamente a la carga y se lanzó al soldado al mando, derribándolo al suelo. Fue un movimiento que nadie esperaba, y resultó ser la marea a su favor. Mientras que los otros soldados del Imperio se distraían,

tratando de alejar a Conven, Reece y los otros atacaron intrépidamente. Los siete lucharon al unísono, abrumando a los cuatro soldados del Imperio y matándolos en el acto.

Reece, arrodillado sobre un soldado que acababa de matar, miró la piedra que estaba a unos centímetros del borde. Los tres soldados del Imperio la estaban levantando más y más alto, preparándose para arrojarla por la barandilla hacia el precipicio. Ya la tenían en el borde de la piedra del pasamanos, balanceándose, a punto de ser empujada. En momentos la Espada se perdería para siempre. Él no podía permitir que eso ocurriera.

—¡NO!—, gritó Reece.

Reece fue hacia adelante, los otros le siguieron, levantó su espada y atacaron a los cuatro soldados. Ellos se dieron vuelta y levantaron sus espadas — pero era demasiado tarde. Reece hábilmente mató a dos de ellos, y antes de que los demás pudieran plantear una defensa, Elden, con su hacha y Conven, blandiendo una lanza corta, se acercaron y los remataron.

Los hombres del Imperio estaban todos muertos, pero no había tiempo para que Reece y los otros descansaran. La roca se balanceaba sobre el borde, la Espada se balanceaba en ambos sentidos.

Reece y los demás corrieron hacia adelante y entre todos sujetaron la roca. Era muy pesada, muy precaria y ya se estaba inclinando sobre el borde.

La sujetaron con todas sus fuerzas, sus nudillos se pusieron blancos, la roca empezó a deslizarse sobre el borde; Reece agarró la empuñadura de la Espada, mientras que los demás sujetaban la roca. Él tiró de ella con todas sus fuerzas, jaló tan fuerte que sintió que los músculos de su espalda y estómago se desgarraban.

Todos los demás jalaron con la misma fuerza, el cielo se llenó de los sonidos de sus gritos. Incluso Elden, con todas sus fuerzas, aferrándose con las dos manos, gimió.

Pero sus manos se resbalaban con la sangre de los hombres, y estaban más que agotados. Con la fuerza que les quedaba, jalaron, pero sin importar la fuerza que aplicaran, la roca seguía hundiéndose más y más abajo.

Finalmente, después de un último esfuerzo desesperado, Reece vio, horrorizado, cómo la empuñadura de la Espada se resbalaba de sus manos — y cómo la roca se deslizaba de las manos de todos.

—¡NO!—, gritó Reece.

Él miró hacia abajo y vio, con los ojos bien abiertos, como si fuera una

pesadilla, cómo la roca, con la Espada aún alojada en ella, caía sobre el borde del puente del Cañón. Giró y giró, cayendo en picado hacia la niebla, al Cañón sin fondo.

Reece sintió que toda su vida se derrumbaba, que toda esperanza estaba perdida, mientras veía que todo lo que le importaba en el mundo caía ante sus ojos, la Espada iba al vacío, se perdía para siempre.

El Anillo, lo sabía, estaba acabado.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Thor abrió sus ojos cuando sintió que era arrastrado de las muñecas, sus brazos eran levantados por encima de su cabeza. Sintió que lo jalaban hacia arriba, su cuerpo raspando contra la dura y sucia pared de la fosa, perdiendo y recuperando la conciencia, mientras su cuerpo raspaba contra el barro, las raíces y las rocas.

Thor abrió su ojo bueno, el otro todavía estaba cerrado por la hinchazón, y se encontró tendido de bruces en el suelo, en el frío del invierno. Él entrecerró los ojos ante la inclemente luz del día, temblando por la fría ráfaga de viento que azotaba su espalda desnuda y pecho. Miró hacia arriba y vio a un soldado del Imperio parado cerca de él, con el ceño fruncido.

—El gran Andrónico desea verte ahora—, dijo el hombre con frialdad.

Thor sintió varios conjuntos de manos fuertes agarrarlo por detrás y ponerlo de pie. Thor estaba parado con sus piernas inestables, sus muñecas aún encadenadas con las esposas Akdon, todavía se sentía débil y se preguntaba cuánto tiempo estuvo fuera.

Sintió que lo empujaban con fuerza por detrás y tropezó hacia adelante, lo arrastraron varios hombres, a través del campamento del Imperio. Miles de soldados lo miraban boquiabiertos al pasar. Sentía cada bache y moretón en su cuerpo, sentía que pesaba un millón de kilos con cada paso que daba. Se sintió más muerto que vivo.

Thor vio que era llevado a una estructura octagonal pequeña, antigua, adornada con columnas de mármol. Eran las ruinas de un antiguo templo. Se sentó solo en el campamento de los soldados del Imperio, manteniendo una distancia segura de él. Las enormes puertas de hierro fueron cerradas, y Thor pudo sentir una intensa energía maligna proveniente de adentro, mientras un ayudante abría la puerta y la hacía girar.

Thor se metió y cerró la puerta detrás de él, resonando en el silencio. Había más frío aquí que afuera y había algo en el aire que le hizo parar los pelos de punta.

Thor estaba solo en el edificio en forma de octágono; había poca luz, estaba iluminado sólo por una abertura circular en el techo a través del cual se transmitía un rayo de luz, teñido de escarlata, cerca del final del día.

Thor percibió que estaba alguien aquí con él. Él vio con horror que, parado en el centro del círculo vacío, estaba su padre. Andrónico.

Estaba parado allí, solo, tan alto como una montaña, sonriendo a Thor, mientras Thor estaba frente a él. Ahora estaban los dos solos, enfrentándose uno al otro en esta vacía, antigua ruina de un templo. Thor apenas podía creer que había nacido de ese hombre. Era como una pesadilla que no se marchaba.

—Has probado la fuerza del gran Andrónico—, comenzó diciendo, con su antigua voz, en pleno auge, resonando a través de la sala. —Has comenzado a aprender el precio de desafiarme—.

Thor sintió que su hombro le punzaba y quemaba donde había sido marcado por Andrónico, y odiaba a este hombre con un odio mayor del que nunca pensó posible. Pensó en Gwendolyn, en lo que Andrónico le había hecho a ella, y ansiaba vengarse por ella también. Estaba tan furioso, que apenas podía respirar.

—Puedo sentir tu odio por mí—, dijo Andrónico. —Eso es bueno. Tu odio te servirá en esta vida. —

Thor se sentía agotado por su propio odio, no era capaz de soportar más. Sentía como si estuviera siendo destruido por este hombre.

—Thorgrin—, se escuchó una voz.

Thor miró hacia arriba, sorprendido por la voz, y vio parado frente a él a Argon.

Era una voz que amaba, un hombre que extrañaba mucho. Argon lo miró, sus ojos brillaban con un amor paternal. Era un amor que Thor jamás había conocido en su vida.

—Únete a Andrónico—, dijo Argon. —Él es tu padre. Acepta quien eres. Abraza tu destino—.

Thor meneó la cabeza, confundido. Él caminó hacia adelante.

—¿Argon?—, preguntó. —No puedes ser tú—.

Thor parpadeó, y la figura ante él se convirtió en otra persona. En su madre.

—Thorgrin—, dijo dulcemente. —Tu tiempo en el Anillo terminó. Es hora de ir a un lugar mejor. Elige la vida. Nadie te va a culpar. Únete a él. Quiero que te unas a él—.

Thor tropezó yendo hacia ella.

—¡Madre!—, gritó.

Thor parpadeó para encontrar a Andrónico de pie delante de él otra vez. Thor meneó la cabeza, tratando de sacudirse las visiones. Él sabía que Andrónico estaba usando algún tipo de hechicería sombría para jugar con su mente. Pero no sabía qué.

—Esos grilletes—, dijo Andrónico. —Hay una manera fácil para sacarlos, para recuperar toda tu fuerza, para convertirte en el guerrero que fuiste alguna vez—.

—¿Cómo?—. Thor preguntó, con su voz débil.

—Únete a mí. Eso es todo lo que debes hacer. Únete a mí, y los dos gobernaremos el Imperio juntos. Únete a mí, y serás más fuerte que nunca. Bastante fuerte, incluso, para matarme, si eso eliges. Eso es lo que quieres, ¿no? ¿Matarme a mí? Sí... Puedo sentirlo. Únete a mí y serás lo suficientemente fuerte para hacerlo—.

Thor respiró con fuerza, su mente estaba confusa, tratando de hacer sentido de todo esto. ¿Lo suficientemente fuerte como para matar a Andrónico?

—Todo lo que tienes que hacer es decidir, dentro de tu corazón, que eres mi hijo. Que estás listo para aceptar quién eres. Una vez que lo hagas, los grilletes en tus muñecas se caerán por sí mismos. Es la única manera de sacarlos. Volverás a nacer como uno de nosotros. Como mi hijo. Y llegarás a un nivel de fuerza que no podrás comprender. Te convertirás en el guerrero más grande de todos los tiempos. Todo lo que tienes que hacer es aceptarme. Aceptarme como tu padre—.

Thor sacudió su cabeza una y otra vez, tratando de sacar las voces de su cabeza. Parecían girar en su cerebro, alojarse en lo más profundo de su mente como una entidad extraña que no podía sacar. Thor sintió como si una fuerza estuviera invadiendo sus pensamientos, haciéndole incapaz de pensar, de decidir, por sí mismo.

¿Era todo verdad? ¿Andrónico era realmente su padre? ¿Estaría mal desafiar a su propio padre? Estaba empezando a sentir que si decía que no, de alguna manera traicionaría a su padre. Se traicionaría a sí mismo. Él no podía entender sus propios pensamientos. Era como si se estuviera convirtiendo en él, como si todo lo que dijo Andrónico empezara a tener sentido.

—Thorgrin—, dijo Andrónico, acercándose a él, a apenas treinta centímetros de distancia. Se estiró y puso una mano sobre su hombro.

—Sabes que digo la verdad—, continuó diciendo. —Nunca has tenido un padre en este mundo. Y, aparte de mí, nunca lo tendrás. Soy el único que te reclama. Ahora debes reclamarme. Soy parte de ti. Una parte que nunca te dejará. Si quieres que todo esto desaparezca, para silenciar la voz en tu cabeza, entonces acéptame.

Acéptame como yo lo he hecho contigo—.

—¡NO!—, Thor gritó, hundiéndose hasta las rodillas, tratando de elevar sus manos a la cabeza, para borrarlo todo.

Las palabras de Andrónico daban vueltas dentro de su cabeza, haciendo que los pensamientos claros fueran imposibles.

—Únete a mí, y juntos, aplastaremos el Anillo. El Anillo que nunca te aceptó.

Únete a mí y serás imparable—.

—¡NO!—, Thor gritó, tan fuerte, que su voz resonó en las paredes, borrando todos sus pensamientos.

Se recostó y rugió en agonía.

Thor escuchó un ruido, sintió que algo se levantaba y subió sus muñecas y las miró conmocionado: las cadenas Akdon se rompieron.

Se cayeron inofensivamente de sus muñecas y aterrizaron en el piso con un sonido metálico.

Thor miró a Andrónico y vio sus propios ojos mirando hacia él.

—Padre—, dijo Thor, sintiendo que una nueva fuerza comenzaba a surgir dentro de él.

Andrónico sonrió ampliamente, satisfecho.

—Hijo mío—.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Kendrick sintió un renovado sentido de optimismo mientras cabalgaba al lado de Bronson y Erec. Desde la llegada de Bronson, ellos habían destruido la división del Imperio. Juntos habían cruzado el valle, sus miles de hombres se mezclaban perfectamente uno con el otro. Se había duplicado el tamaño de sus fuerzas, gracias a Bronson, y la fuerza estaba finalmente de su lado.

Kendrick sabía que tenían con Bronson una gran deuda. Bronson tendría un amigo en él para toda la vida, y si sobrevivían a esto, Kendrick se aseguraría de que a Bronson se le diera una posición de honor y poder. Se asombró de cuán equivocados estaban todos acerca de él. Él debería haber sabido que siempre era su hermana, Luanda, quien lo había engañado. Ella siempre había sido así: manipuladora, hambrienta de poder y dispuesta a no detenerse ante nada hasta hacer lo que quería. Era, en cierta forma, muy parecida a Gareth.

Con su nuevo impulso, Kendrick sintió que tenían una oportunidad renovada para entrar en las líneas enemigas, rescatar a Thorgrin y sacarlo. Ellos habían debilitado al ejército del Imperio, o al menos a una parte de él, lo suficiente como para permitirles alcanzar su meta. Su plan estaba funcionando. Ahora, antes de que el Imperio pudiera reagruparse, todo lo que necesitaban era escurrirse por la rendija en los hombres que ellos habían creado.

Kendrick recordó los viejos tiempos, cuando el rey MacGil había estado vivo; cuando Los Plateados habían estado todos juntos, no había nada en el mundo que pudiera detenerlos. Sintió que los viejos tiempos regresaban una vez más y sentía que estaban a punto de lograr una de las mayores conquistas de sus vidas, una que podría ser cantada durante muchas generaciones.

El valle se redujo, llevándolos por un camino entre dos acantilados escarpados, y al dar la vuelta en una curva, un nuevo paisaje se abrió delante de ellos — y Kendrick se sintió descorazonado.

Bloqueando su camino en el estrecho valle, frente a ellos en combate, les esperaba una emboscada con decenas de miles de hombres. Había más soldados del Imperio, como nunca habían visto. Éstos eran comandados por

miles más. Eran hombres que reconoció de inmediato por la armadura, por sus banderas.

Los hombres de Tirus.

Al principio, Kendrick estaba confundido. ¿Por qué se unirían los hombres de Tirus con los del Imperio, una fuerza unificada frente a él? Entonces se dio cuenta: habían sido vendidos por Tirus.

Como todos sus hombres se detuvieron repentinamente, Kendrick se quedó sentado en su caballo, estupefacto, casi sin poder respirar. Tirus estaba ahí sentado, sonriendo con una mirada enorme de satisfacción. El campo de batalla era espeso, con un tenso silencio de anticipación.

Kendrick finalmente aclaró su garganta y llamó a Tirus a través del campo de batalla:

—Has traicionado a la mejor mitad de los MacGil—, le gritó.

—¿Quién dijo que son la mejor mitad?—, respondió Tirus.

—¿Por qué nos has traicionado?—, preguntó Erec.

—Ustedes los MacGil siempre han sido tontos—, dijo Tirus. —Creen en la palabra de los hombres. Todavía creen en la caballeridad. Y ése es su gran fallo. Yo creo en el oro. Hasta ahora no me ha fallado—.

—Hemos sido gentiles contigo—, gritó Erec. —Gwendolyn te ofreció el control de la mitad norte del Anillo—.

Tirus lo miró con detenimiento.

—Pero Luanda nos ofreció todo el Reino occidental del Anillo. Tu hermana, al parecer, es la más inteligente de las dos—.

—¿Entonces tu palabra no significa nada?—, preguntó Kendrick.

Tirus sonrió.

—Sí—, respondió. —Pero no tanto como el oro—.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Mycoples despedazó furiosamente la red Akdon que tenía enredada, incapaz de batir sus alas para liberar sus garras, para estirar su cuello y soplar fuego. Llena de rabia, la despedazo una y otra vez, tratando de respirar o al menos rasguñar a sus controladores. Docenas de soldados del Imperio sujetaban la cuerda arrastrando la red y llevándola a rastras, golpeando, hacia el tablón largo que conducía al barco.

Mycoples se raspaba contra la blanca arena de la playa del Imperio, sintiéndose indefensa por primera vez en su vida. El barco del Imperio acechaba amenazante ante sus ojos, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto.

Mycoples cerró los ojos y vio a Thorgrin, su amo. La única persona en el mundo que se preocupaba por ella. Ella intentó llamarlo, compartir sus pensamientos como lo hacía a menudo.

Pero mientras cerraba los ojos, vio a Thorgrin en un edificio oscuro, al lado de su padre. Ella lo vio transformándose. Se estaba convirtiendo en otra cosa. Ya no era el mismo hombre que una vez conoció.

Se le rompió el corazón a Mycoples. Thorgrin, por quien moriría, se estaba desapareciendo de ella.

Mycoples arqueó su cuello hacia atrás y gritó a los cielos, una y otra vez. Fue un grito tan penetrante que rompió el mástil de la nave. Pero aunque chilló como lo hizo, nada pudo evitar que fuera arrastrada a bordo, atada a la embarcación, y llevada lejos, muy lejos de aquí.

Thor, pensó ella. Sálvame.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Gwendolyn temblaba con el frío y bajó su cabeza contra la nieve mientras caminaba con Steffen, Aberthol y Alistair, con Krohn quejándose, junto a ella, el grupo se dirigía más adentro del bosque. La tormenta de nieve era más fuerte, haciendo caer grandes copos en su cara, y ella puso sus pieles alrededor de sus hombros, todos temblando violentamente contra el gélido vendaval. La nieve se aferraba a todo y dificultaba el andar. Cuanto más adentro iban, Gwendolyn empezaba a pensar si Aberthol había tenido razón todo el tiempo, si este viaje no se podría lograr.

La nieve se hizo más gruesa, sus piernas más pesadas, el viento tan fuerte que apenas podía escuchar a Krohn jadeando a su lado; finalmente dieron vuelta en una curva y Gwen vio luz más adelante, asomándose a través del espeso bosque.

Con renovada esperanza, marcharon más rápido, y todos llegaron al mismo precipicio del bosque.

Caminaron hacia adelante, a campo abierto, y fueron recibidos por un vendaval de viento todavía más fuerte. El mundo se abrió ante ellos, un mundo blanco, desolado, interminable.

Ante ellos estaba la gran división del Cañón y abarcándola, la Travesía del Norte. Era un lugar del que Gwendolyn había oído hablar, pero nunca había ido. Atravesaba por un puente peatonal lo suficientemente estrecho para que cupiera una persona a la vez, en forma de un arco alto, elevándose sobre el Cañón, como si fuera un arco iris. En el extremo del Cañón, había una pared de color blanco. La nieve azotaba en un frenesí, mezclada con las olas de la niebla que se elevaban. En efecto, mientras el puente arqueaba hacia el otro lado, estaba totalmente cubierto de hielo, colgando por debajo y a sus costados.

Todos se detuvieron y miraron con asombro. Krohn lloriqueó.

—El Mundo de las Tinieblas—, dijo Aberthol. —Un mundo de hielo y nieve y desolación. Un mundo de ilusiones y trampas—.

Gwendolyn tragó saliva.

—Nadie ha cruzado y regresado—, agregó Aberthol.

Gwendolyn miró al testimonio, la desolación y sabía que sería una misión larga y difícil. Tal vez imposible. Ella no sabía si sería capaz de encontrar a Argon, y si lo hiciera, no tenía idea si sería capaz de liberarlo. Pero sobre todo, sabía que probablemente ni siquiera ella sobreviviría a este viaje.

A pesar de todo esto, Gwendolyn no tenía duda en su mente. Sólo pensaba en Thorgrin. Tenía que salvarlo. No importaba lo que costara. Aunque fuera una posibilidad remota, aunque fuera imposible.

—Bueno—, dijo ella, dirigiéndose a Aberthol, —alguien tiene que ser el primero—.

Aberthol se dirigió a ella.

—¿Estás segura, mi señora?—, preguntó suavemente.

Todos la miraron, esperando su respuesta.

Ella puso sus manos sobre sus caderas y miró con seguridad.

—Estoy más segura que nunca he estado en mi vida—, respondió Gwendolyn.

Diciendo eso, dio su primer paso, dirigiéndose al plano vacío, hacia el viento que aullaba, hacia el puente de hielo, totalmente preparada para entrar en el abismo del Mundo de las Tinieblas.

CAPÍTULO CUARENTA

Thorgrin, libre de sus grilletes, vestido otra vez, sintiéndose más fuerte que nunca, caminaba junto con Andrónico por una pequeña loma, los dos se dirigían hacia el punto más alto del campamento. Cuando llegaron a la cima, miraron juntos, y ahí estaba el ejército del Imperio, un grupo de medio millón de soldados viendo hacia atrás.

Los soldados del Imperio miraron en suspenso, esperando. Andrónico estaba parado al lado de Thorgrin, padre e hijo. Thor ahora estaba vestido con la ropa del Imperio, usando el mismo negro y oro, el mismo uniforme de su padre, su coraza adornada con su símbolo: un león con un águila en su boca. Los ojos de Thor eran fríos y duros, y al mirar, se parecía más que nunca a su padre. Estaba irreconocible del niño que alguna vez fue.

Thor estaba parado en la cima de la colina, agarrando su nueva espada, la que había pertenecido a su padre, larga y negra y maligna, con una empuñadura de plata, brillando en el sol escarlata como una serpiente lista para atacar.

—¡HOMBRES DEL IMPERIO!—, gritó Andrónico. —Les presento a su nuevo comandante. Mi hijo. ¡Thornicus!—.

Thorgrin dio un paso adelante y miró hacia abajo. Entonces, él levantó su nueva espada por lo alto, por encima de su cabeza con un solo brazo.

Hubo un gran grito de aprobación, y Thor bebió. Estaba listo para guiar a estos hombres, para aplastar al Anillo. Estaba preparado para aceptar quien era realmente. Estaba preparado para lo que su padre le había ordenado. Estaba preparado para la destrucción final del Anillo.

—¡Thornicus!—, repitió el ejército, medio millón de voces elevándose al cielo.

Thor se volvió lentamente, levantando la espada cada vez más alto.

—¡THORNICUS!—.

—¡THORNICUS!—

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!

UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS

Libro #8 de El Anillo del Hechicero (The Sorcerer's Ring).

En UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS A GRANT OF ARMS (Libro #8 de El Anillo del Hechicero), Thor está atrapado entre fuerzas inmensas del bien y del mal, mientras Andrónico y Rafi usan toda su magia negra para intentar aplastar la identidad de Thor y tomar el control de su alma. Bajo su hechizo, Thor tendrá que combatir en la mayor pelea que haya conocido, mientras lucha por deshacerse de su padre y liberarse de sus cadenas. Pero puede ser demasiado tarde.

Gwendolyn, con Alistair, Steffen y Aberthol, incursionan en lo más profundo de El Mundo de las Tinieblas, en su búsqueda para encontrar a Argon y liberarlo de su trampa mágica. Ella lo ve como la única esperanza para salvar a Thor y salvar al Anillo, pero el Mundo de las Tinieblas es vasto y traicionero y aunque encuentre a Argon, puede ser una causa perdida.